

UN PEREGRINO APASIONADO Y OTROS CUENTOS

HENRY JAMES

La Historia De Un Año

1

Mi historia principia igual que han principiado muchísimas historias en los últimos tres años y, a decir verdad, igual que han concluido otras tantas; pues, cuando el protagonista se marcha, ¿acaso el romance no llega a un final?

A comienzos de mayo, hace dos años, una joven pareja que yo me sé se dirigía a casa de vuelta de un paseo vespertino, una larga caminata entre las apacibles colinas que circundaban su campestre residencia. Hasta estas apacibles colinas el joven había traído no el rumor (que moraba en ellas desde hacía mucho tiempo) sino algo de la realidad de la guerra: un ligero olorcillo a pólvora, el metálico sonido de una espada; pues, si bien el señor John Ford aún no había pisado el frente de batalla, ostentaba cierto garboso porte soldadesco que lo convertía en todo un Héctor a los ojos de los impresionables pueblerinos y en un acompañante muy guapo a los de la señorita Elizabeth Crowe, su pareja en este sentimental paseo. Y es que ¿acaso no iba uniformado con el gran esplendor azul y oro que cuadra a un recién nombrado teniente? Era un infrecuente espectáculo en estas felices tierras norteadas; pues, aunque tiempo atrás la primera Revolución las había cogido de lleno, los honrados voluntarios que las defendieron vistieron sencillamente de paisano, y es fama que las tropas de Su Majestad llevaron uniformes rojos.¹

Los dos jóvenes, como digo, habían estado paseando. Saltaba a la vista que habían caminado por sitios donde eran abundosas las zarzas e intensa la humedad... es más, por cenagales y charcos de terrenos en los cuales aún no se habían secado las lluvias de abril. Las botas y los pantalones de Ford habían recibido un prematuro anticipo de lo que el barro de Virginia iba a infligirles; las faldas de su compañera se habían puesto en un estado lastimoso. ¿Qué gran entusiasmo había hecho que nuestros amigos se despreocuparan tantísimo de por dónde pisaban? ¿Qué ciego ardor había ocasionado estos raros fenómenos: un joven teniente descuidando su primer uniforme, una bieneducada mujercita indiferente a las condiciones de sus medias?

Mi buen lector, este relato es enemigo de la retrospección.

Elizabeth (como no tendré ningún reparo en llamarla sin más ceremonias) se apoyaba en el brazo de su compañero, medio avanzando acompasada a él, medio dejándose llevar, con ese instintivo reconocimiento de dependencia típico de una

¹ Se refiere a la Guerra de la Independencia que libraron los Estados Unidos para emanciparse de la monarquía inglesa. Este cuento está ambientado durante la Guerra de Secesión del Norte contra el Sur. (*N. del T*)

muchacha que acaba de recibir la promesa de una protección vitalicia. Ford caminaba indolentemente con esas calmas zancadas vigorosas que casi siempre delatan, interpretadas correctamente, la apropiada conciencia de un repentino acceso de varonilidad. En este momento un espectador habría podido creerlo profundamente vanidoso. Por uno de sus bolsillos asomaba el velo azul de la muchacha; se había puesto al hombro la sombrilla de ésta a la manera de un mosquetón en un desfile: de buena gana transportaba estas fruslerías. ¿Acaso no había un vago anhelo reflejado en el enérgico henchimiento de su fornida espalda, en la cariñosa acomodación de su paso al de ella —el paso de ella tan sumiso y lento que, cuando él trataba de imitarlo, casi terminaban deliciosamente inmóviles—, un mudo deseo de portar la totalidad de la bella carga?

Ascendieron a un gran otero elevado, desde cuya cima se dominaba la puesta de sol. Ahora se oscurecía con el gris nocturno el tenue paisaje que durante todo el día había estado brillando con el verde de la primavera. Las colinas más bajas, las granjas, los arroyos, los campos, huertos y bosques, se recortaban entenebrecidos contra el gran resplandor del ocaso. Al contemplar Ford las nubes, le pareció que entre todas conformaban una imaginería bélica, que sus enormes masas desiguales se habían congregado en orden de batalla. Había columnas atacando y columnas retrocediendo y estandartes ondeando (retazos de color púrpura reflejado), y grandes capitanes sobre corceles colosales, y un creciente dosel de humo y fuego y sangre. De hecho, el telón de fondo encima del cual se desplegaban las nubes era como una tierra incendiada, o un campo de batalla iluminado por otra puesta de sol, una comarca de aldeas negrecidas y praderas carmesíes. Se intensificó el tumulto de las nubes; difícil era creerlas inanimadas.

Habría sido posible hacerse la ilusión de que eran un ejército de gigantescos espíritus jugando al fútbol con el sol. Semejaban moverse de un lado a otro en confuso esplendor; cada grupo contrincante salía al encuentro del otro; y entonces súbitamente se dispersaron, rodando con idéntica velocidad hacia el norte y el sur y gradualmente desvaneciéndose en el pálido cielo nocturno. Los pendones púrpuras se alejaron flotando y se hundieron hasta desaparecer de vista, atrapados, sin duda, en las zarzas de la planicie intermedia. El día se redujo a un disco inflamado y se esfumó.

Ford y Elizabeth habían presenciado enmudecidos aquel gran misterio de los cielos.

—Eso es una alegoría —dijo el joven mirando el rostro de su compañera, donde semejaba perdurar un rubor rosáceo, mientras el sol continuaba hundiéndose—; representa el final de la guerra. Las fuerzas de ambos bandos se retiran. La sangre derramada se junta en un glóbulo inmenso y va a parar al océano.

—Temo que lo que represente sea una calamitosa capitulación —dijo Elizabeth—. La luz desaparece también, y el país queda en tinieblas.

—Sólo por una temporada —repuso el otro—. Guardamos luto por nuestros

mueritos. Después retorna la luz, más intensa y brillante que nunca. —En ese lejano día, Lizzie, tal vez estarás llorando por mí.

—Oh, Jack, ¿no me habías prometido no hablar de eso? —dice Lizzie, amenazando con ofrecer por adelantado el espectáculo en cuestión.

Avizorando con aire pensativo el firmamento vacío, Jack acogió aquel reproche con serenidad. Pronto los ojos de la muchacha se alzaron sigilosamente hacia su rostro. Si él hubiese estado mirando alguna cosa en especial, creo que ella habría seguido la dirección de su mirada; mas como pareció tratarse de una mirada muy ausente, ella dejó fijos los ojos.

—Jack —dijo, luego de una pausa—. Me pregunto qué aspecto tendrás cuando regreses.

La pensatividad de Ford se deshizo en una carcajada:

—Más feo que nunca. Estaré rebozado de barro y sangre. Y además estaré magníficamente moreno, y llevaré barba.

—¡Oh, qué tonto eres! —Y Lizzie soltó un gritito—. En serio, Jack: si te dejas barba, no parecerás un caballero.

—¿Pareceré una dama, pues? —replica Jack.

—¿Lo dices de veras? —preguntó Lizzie.

—No te quepa duda. Pienso arreglar mi semblante igual que tú haces con las ropas que no te vienen bien: acortando por este lado y alargando por aquél otro. ¿No es así como se hace? Me raparé el cabello y me dejaré crecer la barba.

—Tienes un mentón precioso, cariño, y pienso que sería una pena taparlo.

—Sí, ya sé que mi mentón es muy bonito; pero espera a ver mi barba.

—¡Ah, la vanidad —exclamó Lizzie—, la vanidad de los hombres a cuenta de sus caras! ¡Para que luego digan de las mujeres! —Y la atolondrada criatura contempló a su enamorado con asaz inconsecuente satisfacción.

—¡Ah, el orgullo de las mujeres a cuenta de sus maridos! —dijo Jack, que naturalmente sabía qué se proponía ella.

—No es usted mi marido, señor. Del dicho al hecho... —Mas la muchacha se interrumpió bruscamente.

—...hay mucho trecho —completó Jack—. No te detengas. Puedo replicar a tu proverbio con otro: “Un clavo saca otro clavo”, y así sucesivamente. Ciertamente, querida mía: no soy tu marido. Quizá no llegue a serlo nunca. Pero, si algo termina ocurriéndome, sabrás consolarte, ¿verdad?

—¡Nunca! —dijo Lizzie, trémulamente.

—Oh, pero sí que tendrías que consolarte; de lo contrario, Lizzie, me parecería imperdonable nuestro compromiso. ¡Qué cosas dices! ¿Quién soy yo para que permanezcas llorándome eternamente?

—Eres el más bueno y el más inteligente de los hombres. Me da igual; lo *eres*.

—Gracias por tu inmenso amor, querida. Es una ilusión maravillosa. Pero confío en que el Tiempo acabará por aniquilarla, a su amable modo peculiar, antes de

que haga daño a alguien. Conozco a tantos hombres que valen infinitamente más que yo (hombres inteligentes, generosos y gallardos), que no me dará la sensación de dejarte en un mundo vacío.

—¡Oh, mi querido amigo! —dijo Lizzie, luego de una pausa—. Ojalá puedas aconsejarme toda mi vida.

—Ten cuidado, ten cuidado —dijo Jack riendo—; no sabes lo que estás buscándote. Pero ¿me permites una palabrita ahora? Si por casualidad soy arrebatado de este mundo, quiero que te guardes de ese sentimentalismo cursi que te ordena permanecer “fiel a mi recuerdo”. ¡Al diablo con mi recuerdo! Recuérdame en mi mejor momento: es decir, repleto del deseo de humildad. No me impongas a la gente. Hay algunas viudas y novias despojadas que me recuerdan al buhonero de aquel horrible relato criminal, que llevaba un cadáver en la albarda. Desde luego, ésa es la mercancía que ellas pregonan. La única justificación de la fidelidad a un hombre es sus derechos. ¿Qué derechos tiene un hombre muerto?... Descendamos.

Se orientaron hacia el sur y comenzaron a bajar las irregularidades de la colina.

—¿Te molesta esta conversación, Lizzie? —preguntó Ford.

—No —dijo Lizzie, ahogando un sollozo, inadvertido por su compañero en su sublime egocentrismo protector—; me agrada.

—Muy bien —dijo el joven—, quiero que te ayude mi recuerdo. Cuando yo esté en Virginia, espero que me haga mucho bien pensar en ti: que ello me anime a superarme en mi tarea y a mantenerme fiel a mis ideales. Como todos los enamorados, soy horriblemente egoísta. Seguramente me veré ante muchas miserias y bajezas y conmociones, y en medio de todo ello estoy cierto de que alguna vez habrá de desfallecer la inspiración del patriotismo. Entonces pensaré en ti. Te amo mil veces más que a mi patria, Liz. ¿Eso no está bien? Lo siento, pero es la verdad. Mas, si descubro que tu recuerdo me vuelve blandengue, te mandaré a hacer gárgaras, sin contemplaciones: te dejaré guardada en mi baúl o entre las hojas de mi Biblia, y sólo te sacaré los domingos.

—Me alegraré mucho, señor, si eso logra que abra usted su Biblia frecuentemente —dice Elizabeth, con cierta solemnidad.

—Colocaré una fotografía tuya en cada una de las páginas —enfaticó Ford— y así me parece que no me faltará un texto para mis meditaciones. ¿No sabías que los católicos meten pequeñas estampas de su adorada Señora dentro de sus libros de oraciones?

—Vaya que sí —dijo Lizzie—; ya lo creo que será una imagen muy alentadora, cuando marches al frente, la noche anterior a una batalla: una estúpida muchacha pobre, tejiendo estúpidos calcetines, en un estúpido pueblecito yanqui.

¡Oh la eficacia de las lenguas desmañadas! Durante algunos instantes Jack siguió caminando en silencio, metiéndose de lleno en un charco; entonces, antes de haber acabado de salir, alargó los brazos y estrechó prolongadamente a su compañera.

—Y, si me haces el favor, ¿qué voy a hacer yo —reanudó la plática Lizzie, maravillada, algo orgullosamente quizá, ante el semblante abstraído de Jack mientras tú estás de marchas y contramarchas en Virginia?

—Cumplir con tu deber, claro está —dijo Jack, con una voz firme, que acalló cierto pequeño aire conjetural de la de Lizzie—. Me parece que comprobarás que cada mañana el sol seguirá saliendo por el este, querida, igual que antes de que te comprometieras.

—Puedo asegurar que no suponía que no fuese a ser así —dice Lizzie.

—Con eso de tu deber no me refiero a nada incómodo, Liz —especificó el joven—. Espero que también te distraigas. Ojalá pudieras ir a Boston, o incluso a Leatherborough, a pasar un mes o dos.

—¿Para qué, si puede saberse?

—¿Para qué? Caramba, porque es muy agradable: para “desintoxicarte”, como suele decirse.

—Jack, ¿me consideras capaz de irme de jarana mientras estás en peligro?

—¿Por qué no? ¿Por qué he de disfrutar yo de toda la diversión?

—¿Diversión? Te aseguro que puedes quedártela toda. En cuanto a mí, me propongo emprender un nuevo comienzo.

—¿De qué?

—Huy, de todo. En primer lugar, empezaré a mejorar mi inteligencia. Aunque, ¿no te parece horrible que las mujeres se vuelvan razonables?

—Querrás decir difícil.

—Horrible... y también difícil, sí. Pero me propongo convertirme en una mujer razonable. ¡Oh, las muchachas son tan tontas, Jack! Me propongo aprender a apreciar la carne cocida y la historia y los vestidos caseros, y todo eso. Sin embargo, cuando una muchacha está comprometida, no se espera de ella que haga nada especial.

Jack se rió, pero no dijo nada; y Lizzie prosiguió:

—Me pregunto qué dirá tu madre ante la noticia de nuestro compromiso. Creo que lo sé.

—¿Qué?

—Dirá que has sido un irresponsable. No, no lo hará: nunca te habla así. Dirá que yo he sido una fresca o una descarada, o algo por el estilo. No, tampoco hará eso: tu madre no dice esas cosas, aunque estoy segura de que las piensa. No sé lo que dirá.

—En efecto, creo que no, Lizzie, ya que te entregas a tales conjeturas. Mi madre jamás habla sin pensar. Esperemos que piense de un modo favorable en punto a nuestro proyecto. Pero, incluso si no es así...

Jack no acabó la frase, y Lizzie no lo acució. Sentía un gran respeto hacia las vacilaciones de él. Pero al cabo de un instante él volvió sobre ello:

—Esto es lo que iba a decir, Lizzie: que me parece que por el momento será mejor que nuestro compromiso quede en secreto.

El corazón de Lizzie desfalleció con una repentina decepción. Imagínense los sentimientos de la damisela de un cuento de hadas, a quien la disfrazada hada acabara de facultar para proferir diamantes y perlas, si acto seguido la buena anciana agrega que por el momento será mejor que la señorita refrene su lengua. Pero poco duró la decepción. Creo que esta envidiable joven habría marchado a casa hablando imparablemente consigo misma, y no le habría desagradado comprobar que su boquita se convertía en un joyero sólidamente cerrado. Item más, ¿acaso en una ocasión así no habría deseado tener una boca —una boca enorme y descomunal— que se extendiera de oreja a oreja? ¿Quién quiere echar sus perlas a los puercos? La joven de las perlas era, en fin de cuentas, nada más que una porqueriza. Lizzie estaba demasiado deslumbrada por Jack para ser presumida. Es muy lícito que vayamos con nuestros propios corazones en la mano; pero para los corazones ajenos, cuando nos son confiados, creo que es mejor que hallemos un emplazamiento más recóndito.

—Verás, me da la impresión de que el secreto nos dejará mucho más libres —dijo Jack—; te dejará mucho más libre *a ti*.

—¡Oh, Jack, ¿cómo puedes decir eso?! —exclamó Lizzie—. Sí, claro: voy a enamorarme de algún otro. ¡Más libre! ¡Gracias, señor!

—No, Lizzie, en realidad lo que estoy diciendo es más gentil de lo que parece. Quizá *llegarás* a agradecermelo cualquier día.

—¡Sin duda! Ya le he cobrado una gran afición a George Mackenzie.

—¿Me permites que me extienda sobre mi sugerencia?

—¡Oh, desde luego! Pareces tener muy claras tus ideas.

—Confieso que me gusta tener en cuenta todas las posibilidades. ¿No sabes que las matemáticas son mi *hobby*? ¿Alguna vez has estudiado álgebra? Yo nunca pierdo de vista la incógnita.

—No, nunca he estudiado álgebra. Concuerdo contigo: mejor será que no hablemos de nuestro compromiso.

—Tienes razón, querida. Siempre tienes razón. Pero atiende: no quiero atarte al secreto. ¡Grítalo por los campos, si lo crees preferible! Haz lo que te resulte más fácil y harás lo mejor. Lo que me ha hecho hablar ha sido mi horror a la abominable difusión que alcanzan estos asuntos. Actualmente, cuando una muchacha se compromete, ya no es simplemente “Habla con mamá”, sino también “Habla con la señora Brown, y con la señora Jones, y con mi inmenso círculo de amistades... con la señora Grundy,² en resumidas cuentas”. Digo actualmente, pero me figuro que siempre ha sido igual.

—De acuerdo, lo mantendremos todo bien secreto —dijo Lizzie, que habría

² Personaje de *Speed the Plough*, pieza de Tom Morton (1798), que ha venido a quedar como el prototipo de persona rígida y puritana que condena la más mínima infracción de la decencia y la respetabilidad anglosajonas. Constantemente los personajes de la obra aluden a ella, preguntándose qué opinará la señora Grundy sobre esta o aquella cuestión; pero la señora Grundy nunca aparece en escena. (*N. del T*)

estado dispuesta a celebrar sus nupcias según el rito de los esquimales si Jack hubiese considerado idóneo sugerirlo.

—Ya sé que en los enamorados no queda bien mostrarse tan reservados — ahondó Jack—; pero tú me comprendes, Lizzie, ¿a que sí?

—No acabo de comprenderte, pero confío en ti por entero.

—¡Dios te bendiga! Verás, mi prudencia es la mejor de mis energías. Y si alguna vez he necesitado de todas mis energías, es ahora. Mientras un hombre corteja, Lizzie, es todo sentimiento, o debería serlo; una vez que es aceptado, entonces empieza a pensar.

—Y a arrepentirse, supongo que quieres decir.

—No: a ingeniar medios para evitar que se arrepienta su amada. Déjame ser franco. ¿Acaso sólo los mayores bobos son los mejores enamorados? Nadie sabe lo que puede suceder, Lizzie. Deseo que te cases conmigo con los ojos abiertos. No quiero que te sientas atada ni obligada. Eres muy joven, ya sabes. ¿Tienes idea de cómo pensarás dentro de un año? Atraviesas una edad en que ninguna muchacha puede responder de sus sentimientos de un año para otro.

—¿Y usted, señor?! —exclama Lizzie—; cualquiera diría que es usted un abuelo.

—Vaya, voy camino de serlo. Bonito niño viejo estoy hecho. Estoy hablando en serio. Tal vez no sea indefectiblemente comunicativo, pero creo que soy sincero. Me parece como si hubiera estado mintiendo toda mi vida antes de decirte que tu amor es indispensable para mi felicidad. Hablo con absoluta seriedad. Jamás había amado a nadie antes ni volveré a amar a nadie después. Si hace media hora me hubieras rechazado, ya no me habría casado nunca. No temo por mí. Temo por ti. Hace unos instantes dijiste que ojalá fuera tu consejero. Ahora bien, ya sabes que el oficio de un consejero consiste en adiestrar a su víctima en el arte de obrar con los ojos cerrados. Yo no voy a ser tan cruel.

A Lizzie le pareció adecuado contemplar bajo una luz humorística aquellos comentarios.

—¡Cuán altruista! —dijo—; ¡cuán sacrificadísimo! ¡Ya no se habría casado nunca! ¡Por mi parte, creo que yo voy a hacerme mormona! —Verdaderamente creo que la pobre criatura malinformada se figuraba que en Utah quienes practican la poligamia son las mujeres.

Antes de que transcurrieran muchos minutos ya habían llegado a la vista de su casa. En la puerta del jardín estaba la señora Ford, mirando a uno y otro lado del camino, con una carta en la mano.

—Es para ti, John —dijo su madre, al verlos venir—. Parece que es del cuartel. ¡Caramba, Elizabeth, fíjate en cómo tienes la falda!

—Ya me he dado cuenta —dice Lizzie, sacudiéndose la prenda en entredicho—. ¿De qué se trata, Jack?

—¡Orden de partir! —exclamó el joven—. Dentro de dos días el regimiento

marcha. Debo irme mañana por la mañana en el primer tren. ¡Hurra! —Y camufló un súbito beso de regocijo con una salutación filial.

Entraron en la casa. Las dos mujeres habían quedado silenciosas, a la manera de mujeres que sufren. Pero Jack apenas hacía otra cosa que reír y hablar y circunnavegar el salón, sentándose primero aquí y luego allá: muy junto a Lizzie y al extremo opuesto de la estancia. Al cabo de un rato la señorita Crowe se sumó a sus risas, mas pienso que su alborozo era un enmascaramiento de las elocuentes palpitaciones de su corazón. Tras el té se retiró a acostarse, a fin de darle oportunidad a Jack para unos últimos *épanchements* filiales. ¡Qué generosas vuelve a las mujeres la presencia de un hombre! Pero Lizzie prometió despedirse de su enamorado por la mañana.

—¡Ni hablar! —dijo la señora Ford—. No te levantarás. John querrá desayunar en calma.

—Te diré adiós mañana, Jack —insistió la joven, desde el umbral.

Elizabeth subió las escaleras inundada de su joven amor. Su joven amor había alboreado sobre ella cual una nueva vida, una vida resueltamente digna de ser vivida. Gracias al mismo, ella se sustentaría sin costarle nada a nadie. Con su amor ya era ilimitadamente rica. Estaba determinada a convertirlo en el oculto manantial de un centenar de acciones encomiables. Emprendería la senda del deber; abrigaría una ecuanimidad sin límites; haría que todo su ser estuviera a la altura de su sublime pasión. Practicaría la caridad, la modestia, la piedad: en definitiva, todas las virtudes... junto con ciertos *morceaux* de Beethoven y Chopin. Caminaría por el mundo como una bienaventurada. Pagaría su tributo al mejor de los hombres no revelando su secreto. Aquí, merced a no sé qué delicada transición, mientras yacía en la silenciosa oscuridad, Elizabeth bañó su almohada con un reguero de lágrimas.

Mientras tanto, en la planta baja, Ford se puso a hablar de esta guisa. Se había tendido cuan largo era sobre el sofá, en zapatillas.

—¿Te molesta que encienda una pipa, madre?

—No, cariño. Pero por favor ten cuidado con las cenizas. Allí tienes el periódico.

—Las pipas no desprenden cenizas. Madre, ¿qué te parece? —siguió entre calada y calada de tabaco—; tengo una noticia.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Ford, buscando sus tijeras—. Espero que sea buena.

—Yo espero que así te lo parezca. Me he comprometido (*puff puff*) con Lizzie Crowe. —Entre el rostro de su madre y el suyo se interpuso una nube de humo. Cuando se despejó, Jack sintió la mirada de su madre. Había dejado la labor en su regazo—. Para casarme con ella, ya sabes —aclaró.

Desde el punto de vista de la señora Ford, igual que el rey desde el de la Constitución británica, su único hijo era incapaz de cometer un error. Las ideas preconcebidas son un recio baluarte contra la sorpresa. Por lo demás, el instinto materno de la señora Ford no había estado inactivo. Aun así, de ningún modo había caminado al unísono de los hechos. Ella había estado callándose, en parte por falta de

seguridad absoluta, en parte por respeto a su hijo. Mientras John no dudara de sí mismo, estaría en lo cierto, y ella estaba segura de que, en la duda, hablaría. Y ahora, al decirle John que la cuestión estaba decidida, ella se convenció de que le pedía consejo.

—Lo esperaba —dijo ella, por último.

—¿De veras? No me habías dicho nada.

—Bueno, John, el hecho de que lo esperara no quiere decir que lo anhelara.

—¿Por qué no?

—No me fío del corazón de Lizzie —dijo la señora Ford, que, acaso convenga añadirlo, se fiaba muchísimo del suyo propio.

Jack se echó a reír:

—¿Qué le pasa a su corazón?

—Me parece que Lizzie es superficial —dijo la señora Ford; y en su tono hubo algo que denotó cierta satisfacción por haber empleado este adjetivo.

—¡Diablos, por supuesto que es superficial! —dijo Jack—. Pero cuando una cosa es superficial, se puede verla hasta el fondo. Lizzie no pretende ser enrevesada. Madre, necesito una esposa a la cual pueda comprender. Ésa es la única clase de esposa que puedo amar. Lizzie es la única muchacha a quien he sido capaz de comprender, y la primera que he querido. La amo muchísimo... más de lo que podría explicar.

—Sí, reconozco que es inexplicable. Eso se parece —añadió, con una desagradable sonrisa— a un encaprichamiento.

A Jack no le gustó la sonrisa: le gustó aún menos que el comentario. Por unos instantes fumó en silencio, y luego dijo:

—Pues bien, madre, el amor es algo muy obstinado, ¿sabes? No llegaremos a ponernos de acuerdo en este asunto; ¿qué tal si lo dejamos?

—Ten presente que ésta será tu última velada en casa en mucho tiempo, hijo mío —dijo la señora Ford.

—Lo tengo presente. Por eso mismo quiero eludir discordias.

Hubo una pausa. El joven fumó, y su madre cosió, en silencio.

—Opino que mi situación, en cuanto tutora de Lizzie —insistió finalmente la señora Ford—, me autoriza a inmiscuirme en el asunto.

—Cierto es, y yo lo he reconocido contándote nuestro compromiso.

Otra pausa.

—¿Me permites decir —dijo la señora Ford, rompiendo el silencio— que tu decisión me parece un poco egoísta?

—¿Que si te lo permito? Desde luego, si lo deseas de un modo especialmente intenso. Aunque confieso que a un hombre no le resulta grato sentarse a escuchar cómo es despellejada su futura esposa... y encima por su propia madre.

—John, me asombra tu lenguaje.

—Te pido disculpas. —Y John habló con mayor mesura—: No debe asombrarte

nada proveniente de un enamorado al que acaban de decir que sí. Estoy convencido de que juzgas mal a Lizzie. A decir verdad, madre, no creo que la conozcas bien.

La señora Ford cabeceó, con una infinita hondura de significación; y por la lobreguez con que cortó de un mordisco la punta de un hilo habría podido pensarse que imaginaba estar ejecutando alguna venganza humana.

—¡Oh, la conozco pero que muy bien!

—¿Y no la aprecias?

La señora Ford realizó otra decapitación de su hilo.

—Pues me alegro de que Lizzie cuente con un amigo en el mundo —dijo Jack.

—Su mejor amigo —dijo la señora Ford— será el que la adule menos. Lo entiendo todo, John. Su cara bonita es la responsable del entuerto.

El joven se acaloró impacientado.

—Madre —dijo—, estás equivocadísima. No soy un niño ni un lelo. Confías en mí en muchas cuestiones importantes; ¿por qué no confiar en mí en ésta?

—Mi querido hijo, te devalúas a ti mismo. Mereces como compañera de tu vida a alguien mejor que esa muchacha.

Se me hace que para su hijo la señora Ford, que había sido una excelente madre, habría querido una esposa modelada a su propia imagen.

—Oh, vamos, madre —dijo él—, exageras. Ya me gustaría a mí ser la mitad de bueno que Lizzie.

—Digo la verdad, John, y para mí tu proceder (no sólo el paso que has dado, sino también la forma como hablas de él) resulta una gran decepción. Si últimamente había acariciado algún deseo, era que mi querido hijo consiguiese una esposa digna de él. Un hogar gobernado por Elizabeth Crowe no es la clase de hogar que yo desearía para ningún ser querido.

—Es un hogar donde siempre sería usted bienvenida, señora —dijo Jack.

—No es un sitio donde yo me sentiría en casa —replicó su madre.

—Lo lamento —dijo Jack. Y se irguió y empezó a pasearse por la estancia—. En resumidas cuentas, madre —dijo por último, deteniéndose ante la señora Ford—, no nos comprendemos mutuamente. Algún día lo lograremos. Por ahora abandonemos toda discusión. Casi siento haberte informado.

—Yo me alegro de semejante prueba de confianza. Pero, aunque tú no me hubieses informado, sin duda lo habría hecho Elizabeth.

—No, señora; yo diría que no.

—Entonces es que es aún más indiferente a sus obligaciones de lo que yo creía.

—Yo le he aconsejado que no le diga nada a nadie. La señora Ford no respondió. Lentamente comenzó a doblar su labor.

—Creo que será mejor que dejemos estar las cosas —siguió su hijo—. No temo al tiempo. Pero querría pedirte algo: no le menciones esta conversación a Lizzie, por favor, ni la dejes sospechar que estás enterada de nuestro compromiso. Tengo un motivo muy especial.

La señora Ford continuó alisando su labor. Entonces levantó bruscamente la mirada:

—Muy bien, querido, guardaré secreto. Dame un beso.

2

No tengo intención de seguir al teniente Ford por los escenarios bélicos. Las proezas de su campaña están recogidas en las publicaciones de la época, donde todavía pueden leerlas los curiosos. Mi propia afición siempre ha sido la historia no escrita, y mi presente tarea está relacionada con el reverso del cuadro.

Después de la partida de Jack, las dos mujeres reanudaron su antigua vida hogareña. Pero a Elizabeth ahora había dejado de resultarle antipática aun la más hogareña de las vidas. Ya no le parecían pesadas sus obligaciones domésticas: por vez primera, experimentaba el delicioso compañerismo de los pensamientos. Su principal tarea consistía aún en sentarse junto a la ventana a tejer calcetines para los soldados; pero ni siquiera la señora Ford pudo dejar de admitir que trabajaba con mucho mayor diligencia, se dedicaba menos a bostezar, frotarse los ojos y mirar a uno y otro lado del camino, y de hecho confeccionaba unas prendas mucho más bonitas. ¡Ah!, con sólo que la mitad de las amorosas fantasías que durante aquellas atareadas horas revoloteaban por la mente de Lizzie hubiesen podido permear la textura de la vulgar hilaza, mientras lentamente ésta cobraba forma, el portador final de los calcetines habría andado con tan alados pies como Mercurio. Me temo que yo provocaría la burlona sonrisa del lector si reprodujese algunas de las ensoñaciones de esta atolondrada jovencita. A diario pasaba varias horas en el cuarto de Jack; en este santuario, a decir verdad, junto a la soleada ventana orientada hacia el sur, dominando la larga carretera, las boscosas cumbres, el esplendente río, era donde trabajaba con más placer y provecho. Aquí se hurtaba a la incansable vigilancia de la mujer de más edad, a sus fastidiosas preguntas y manías; aquí estaba a solas con su amor, esa la más grandiosa manía que hay en la vida. En la habitación de Jack, Lizzie percibía cierta reverberación de la personalidad de éste. Y las ociosas fantasías de su propia alma se proyectaban sobre una docena de reliquias sagradas. Algunos de estos objetos Elizabeth los acariciaba tiernamente. Ya era un poco tarde para que desarrollara aficiones literarias: sus lecturas se habían iniciado y terminado (bastante lógicamente) con la arcaica ficción de *Los caudillos escoceses*.³ Conque a duras penas habría podido evitar ser ella misma, en ocasiones, la primera en sonreírse ante su interés por los viejos libracos universitarios de Jack. Se llevó varios a su propio cuarto y los colocó junto al pie de su cama, en una estantería adornada, además, con un

³ Exitosa novela histórica de Jane Porter, publicada en 1810, basada en la heroica vida de Sir William Wallace, también recreada en la película *Braveheart* de Mel Gibson. (N. del T)

jarrón de violetas primaverales, una efigie del general McClellan⁴ y un retrato del teniente Ford. Tenía la vaga creencia de que un amoroso estudio de aquellos versos intensamente manoseados remediaría, hasta cierto punto, sus tristes deficiencias intelectuales. Se dolía de saber tan poco; se dolía, es decir, hasta donde era capaz, pues ya sabemos que era superficial. La omnisapiencia de Jack era uno de los más odiosos atributos de éste. Y sin embargo se consolaba a sí propia con el pensamiento de que, puesto que él le había perdonado su ignorancia, sin duda ella misma podía no otorgarle trascendencia. ¡Feliz Lizzie, te envidio esta cómoda senda hacia la sabiduría! El volumen que con mayor frecuencia abría era un viejo *Fausto* en alemán, el cual se esforzaba en leer con un gastado diccionario. El secreto de esta preferencia era ciertas notas marginales a lápiz, firmadas "J." Espero que realmente fueran obra de Jack.

A Lizzie nunca le había gustado mucho pasear. Hasta que conoció a Jack, aquél había sido un placer enteramente insospechado por ella. Había tenido, aparte, miedo a las vacas, ocas y ovejas: todos los *spectra* agrícolas de la imaginación femenina. Pero ahora sus terrores habían desaparecido. ¿Acaso no podía ella también, a su humilde modo particular, portarse como un soldado? A menudo con el corazón palpitante, según me temo, pero asimismo con decididos pasos elásticos, revisitaba los lugares predilectos de Jack; intentaba amar la Naturaleza igual que él había semejado amarla; contemplaba sus antaño compartidas puestas de sol; exploraba sus antiguas charcas con brillantes miradas sondeadoras, cual si buscara en sus pardas profundidades algún imborrado vestigio de las facciones de Jack, impresas allí como en un amante corazón humano; esperaba ver su querido nombre grabado en las rocas y en los árboles; y al caer la noche, examinaba, a su modo candoroso, el grandioso dosel estrellado, bajo el cual, quizá, dormía su guerrero en esos instantes; paseaba por la verde campiña, cantando con voz cristalina retazos de las viejas baladas favoritas de Jack, al compás del amor; y, cuando cantaba, se mezclaba con el sempiterno murmullo de los árboles el amortiguado sonido de una tenue voz grave, impelido por el viento cual unos lejanos redobles de tambor que contestaran a una corneta. Durante algunos meses vivió así una agradabilísima existencia idílica, cara a cara con un intenso recuerdo vívido, el cual daba todo y no pedía nada. Sin duda éstos habían de ser (y ella lo intuía de un modo impreciso) los días más venturosos de su vida. ¿Acaso hay en la vida una dicha tan grande como este meditabundo éxtasis? Saber que los dorados granos de arena están cayendo uno por uno hace de la servidumbre libertad, y de la carencia riquezas.

A despecho de una cierta sensación de pérdida, Lizzie pasó un verano muy dichoso. Gozaba de la profunda serenidad que, es de suponer, santifica todos los noviazgos sinceros. Apenas pensaba en un posible desastre. Bien sabemos que

⁴ George Brinton McClellan (1826-1885), "el joven Napoleón", militar de la Unión que inicialmente cosechó fulminantes éxitos para finalmente ser postergado por el presidente Lincoln a causa de sus ulteriores fracasos. (N. del T)

cuando las columnas de humo del combate abandonan el campo de batalla, viajan a través del pesado aire hasta un millar de tranquilos hogares, para envolverlos como una nube maléfica. Pero la visión de Lizzie nunca estuvo nublada. Tal vez la señora Ford escudriñaba la progresivamente más larga noche estival y se limpiaba las gafas; mas su compañera se dedicaba a tararear sus estribillos de viejas baladas sin que le temblara la voz. No dejó de sonreír ante augurios funestos más de lo que el riachuelo deja de ondularse bajo el alcance de la sombra de un sauce próximo. Fueron olvidadas las promesas que a sí propia se hiciera aquella llorosa noche de despedida. La perseverancia no hallaba cabida en la concepción que Lizzie tenía de una celestial holganza. ¡Menuda pretensión moralizar en el Elíseo!

No hay que suponer que la señora Ford permanecía indiferente a los estados de ánimo de Lizzie. Los estudiaba con atención, y tomaba nota de todas sus oscilaciones. Y entre las cosas que descubrió estuvo el hecho de que su compañera se percataba de aquel escrutinio y de que, en términos generales, no le importaba. De lo muy penetrante que era la observación de la señora Ford, empero, yo opino que Lizzie no tenía plena conciencia. Era como una jueguista nocturna en una habitación brillantemente iluminada, con una ventana sin cortinas, consciente de, y empero indiferente a, los transeúntes. Y a la señora Ford puede comparársela no inadecuadamente con el glacial espectador al lado exterior del cristal. Muy pocas palabras se cruzaban las dos mujeres sobre el tema de sus pensamientos comunes. Desde el primer momento, como hemos visto, Lizzie había adivinado la probable opinión de su tutora sobre su compromiso: un paso en falso por parte de John. Lizzie carecía de lo que se denomina sentido del deber; pero, a diferencia de la mayoría de tales temperamentos, que se las industriaban para flotar sobre la reluciente pompa de la Dignidad, al propio tiempo tenía una pobre opinión de sus merecimientos. ¡Ay, mi pobre protagonista femenina no poseía vanidad! Los mudos reproches de la señora Ford no suscitaban ningún rencor. Llegaban a su oído como un soporífico zumbido indistinto. Lizzie estaba profundamente encantada gracias a lo que un libro francés designa como *aïses intellectuelles*. Su comodidad espiritual estribaba en no prestar atención a los problemas. Poseía una cierta perspicacia innata que le revelaba muchas de las penosas desigualdades de su camino; pero consideraba que era una facultad tan cruel y tan desilusionadora que la ceguera era infinitamente preferible. Anteponía el sosiego al rigor, y la benevolencia a la justicia. Era especulativa, sin ser crítica. Constantemente se preguntaba cosas, pero nunca investigaba. Este mundo era un enigma; sólo el siguiente sería la solución.

Así, pues, nunca sintió deseos de llegar a un “entendimiento” con la señora Ford. ¿Que la buena mujer la juzgaba mal?; era problema suyo. Aparentemente la señora Ford no sentía el menor deseo de corregir su propio error. Ya se sabe: Lizzie ignoraba la promesa de su amiga. Había algunos momentos en que la lengua de la señora Ford estaba a un palmo de hablar. Había otros, cierto es, en que temía cualquier explicación que la obligara a ser desposeída de su derecho al disgusto. Era

harto desesperante la feliz autosuficiencia de Lizzie. Le envidiaba a la joven la dignidad de su secreto; su propio conocimiento real de éste acrecentaba sus celos, pues le demostraba la importancia del proyecto del cual ella había sido excluida. Lizzie, sintiéndose de absoluto buen humor con el mundo y consigo misma, no disminuyó ni un ápice su deferencia personal hacia la señora Ford. Acerca de Jack, en calidad de buen amigo y de hijo de su tutora, hablaba muy cariñosamente. Pero la señora Ford se mostraba recelosa de esta semiconfianza. No estaba dispuesta, como muchas veces se decía para sus adentros, a dejarse engatusar contra sus principios. ¡Sus principios! ¡Oh, cuán arduo habría sido que la lustrosa pala de alguna intención socavara tan tercos postes! Lizzie no tenía ningún designio de conquistar con zalamerías a su compañera. Jamás engañaba a nadie excepto a sí misma. Era incapaz de determinarse a contar con una posible buena disposición por parte de la señora Ford. Sabía que a menudo Jack sufría por la testarudez de su madre. Conque su inveterada humildad no encubría ningún propósito inconfesado. Era paciente y amable por naturaleza, por costumbre. Sin embargo me parece que, si la señora Ford hubiera dictaminado sobre su benignidad, habría preferido, en términos generales, una actitud de abierto desafío. “¡Mira que tener que aguantar —murmuraba alguna vez— el paternalismo de esa jovenzuela!” Era muy desagradable, por ejemplo, tener que escuchar *fragmentos* de las cartas de su propio hijo.

Tales cartas llegaban semana tras semana, volando desde el Sur cual palomas mensajeras de blancas alas. Más de una vez y más de dos, por mero orgullo, Lizzie habría deseado un auditorio más numeroso. Había fragmentos de ellas que ciertamente merecían difusión. Eran demasiado buenos para ella. ¿Acaso no eran mejores que aquellos estúpidos partes de guerra del *Times*, que en vano ella trataba de leer tan a menudo? Conténían amplios detalles de movimientos, planes de campaña, opiniones y conjeturas militares, expresados con el énfasis típico de los subtenientes jóvenes. Dudo que las consignaciones del general Halleck fueran más pormenorizadas que las del teniente Ford.⁵

Lizzie contestaba a su manera. Hay que admitir que la suya era una pluma torpe. Le contaba a su queridísimo, queridísimo Jack cuánto lo amaba y lo honraba, y cuánto lo echaba de menos, y cuán deliciosa era su última carta (con aquellos diagramas tan bellamente dibujados), y los chismes del pueblo, y cuán sana y rolliza seguía su madre... y vuelta a empezar con cuánto lo amaba, etc., etc., y que continuaba siendo su enamorada L. Jack leía estas efusiones del modo en que debe hacerlo una persona tan bienamada. No me maravillaría si le parecieron muy brillantes.

El verano declinaba hacia su fin, y a través de gran número de etapas discretas comenzó a deshacerse en el otoño. ¿Quién puede relatar la historia de esos meses tintos? Yo tengo que relatar otra transición muda. Mas, así como no he logrado hallar

⁵ Henry Wager Halleck (1815-1872), general en jefe de las fuerzas de la Unión, era célebre por haber publicado un exhaustivo libro sobre el Arte de la Milicia. (*N. del T*)

palabras suficientemente delicadas y hermosas para describir los múltiples cambios de la Naturaleza, de igual manera, asimismo, debo contentarme con indicar toscamente los acontecimientos espirituales.

John Ford se convirtió en un veterano junto al Potomac. Y, a decir verdad, Lizzie se convirtió en una veterana en casa. Es decir, su amor y esperanza se tornaron una vieja historia. Se resignó, como deben hacerlo los más fuertes, como desean hacerlo los más sabios, a la influencia del paso del tiempo. La pasión que a su candorosa manera superficial había confiado a los bosques y a las aguas, fue un espejo de las variaciones externas de éstos: ahora pensaba menos en su novio, y con menos decidido placer. Los dorados granos de arena se habían agotado. La serenidad perfecta había quedado atrás. La tácita protesta de la señora Ford comenzó a parecer enojosa. Con ánimo más bien rencoroso, Lizzie se abstuvo de leer más cartas en voz alta. Éstas llegaban con idéntica regularidad. Una incluyó una tosca fotografía campamentaria del recién barbado semblante de Jack. Lizzie declaró que estaba “demasiado feo para todo”, y la apartó de la vista. Ahora se saltaba sus pormenores militares, que continuaban siendo tan extensos y escritos con tan bonita caligrafía como de costumbre. El “demasiado buenos”, que antes era pronunciado con patente orgullo, ahora se había trocado en una fastidiosa verdad. Cuando en determinadas tesisuras criticadoras Lizzie trataba de hallar un calificativo para el temperamento de Jack, se decía que era demasiado plano. Una vez él la rió levemente por no escribirle más a menudo. “Jack no es capaz de ponerse en el lugar de los demás —se lamentó Lizzie—. No comprende otros sentimientos que los suyos. Recuerdo que solía decir que los estados de melancolía son enfermedades. Su espíritu es demasiado saludable para tales cosas; su corazón es demasiado recio para el dolor o la pena. La noche antes de su partida me dijo que la Razón, como él la llama, era la norma de la vida. Me figuro que cree que también es la norma del amor. Pero es que su corazón es más joven que el mío: más joven y mejor. Ha pasado por espantosas escenas de peligro y muerte y crueldad, y no obstante su corazón es más puro.” Lizzie tuvo una inquietante premonición de estar *blasée* de este afecto único. “¡Oh, Dios lo bendiga!”, lloró. Se sintió mucho mejor por las lágrimas con que concluyó este soliloquio. Me temo que casi había dudado de su disposición a llorar a Jack.

3

Llegó la Navidad. El ejército del Potomac había arrumbado los mosquetes para retirarse a sus cuarteles de invierno. La señorita Crowe recibió una invitación para pasar la segunda quincena de enero en la gran ciudad industrial de Leatherborough. Leatherborough está junto a la vía del tren, a dos horas al sur de Glenham, en el estuario del gran río Tan, donde esta noble corriente acuática se despliega en su más ancha sonrisa, o abre una boca demasiado inmensa para aminorarla con puente

alguno.

—La señora Littlefield te invita amablemente para finales de este mes —dijo la señora Ford, leyendo una carta desde detrás de la tetera grande.

Convenía a las intenciones de la señora Ford —unas intenciones que no tengo espacio para analizar— que su joven pupila entrara en sociedad y trabara relaciones.

En la mirada de Elizabeth brillaron dos chispas de placer. Mas, tal como últimamente se había enseñado a sí misma a hacer ante su protectora, meditó antes de contestar.

—Mi deseo es que aceptes —dijo la señora Ford, tomando el silencio por una negativa. Las chispas se apagaron.

—Pensaba ir —dijo Lizzie, algo ariscamente—. Le quedo muy reconocida a la señora Littlefield. Su compañera alzó los ojos:

—Yo pensaba que fueras. Haz el favor de escribirle esta misma mañana.

Durante el resto de la semana, las dos dieron juntas muchas puntadas a muselinas y sedas, y fueron bonísimas amigas. A duras penas pudo Lizzie evitar maravillarse ante el celo que la señora Ford desplegó en su beneficio. ¿Es que no habría podido atribuirlo a los principios de su tutora? Su vestuario, hasta ahora correspondiente a la noción que de la elegancia se tenía en Glenham, paulatinamente fue elevándose hasta las pautas de Leatherborough. Mientras cogía su vela para subir a acostarse la noche antes de su partida, dijo:

—Le doy muchísimas gracias, señora Ford, por haberse molestado tanto por mí, por haberse tomado tanto interés por mi vestimenta. Si en Leatherborough me preguntan quién ha confeccionado mis ropas, desde luego diré que usted.

La señora Littlefield trató a su joven amiga con gran gentileza. Era una afable matrona sin hijos. Lizzie le pareció muy ignorante y muy bonita. Se alegró de albergar a una tan gran belleza y de conocer a tantas personas distinguidas que presentarle.

Una velada Lizzie se dirigió a su habitación acompañada por una de las doncellas, llevando media docena de velas entre las dos. ¡El cielo no me permita trasponer ese umbral virgen... por ahora! Pero aguardaremos. Les concederemos dos horas. Al cabo de ese tiempo, tras haber llamado educadamente a la puerta, entraremos en el santuario. ¡Gloria de glorias! La fiel asistente ha cumplido su obligación. Nuestra damita está ataviada, coronada, preparada para adoradores.

Confío en que no se me exigirá una minuciosa descripción de la persona y el vestido de nuestra querida Lizzie. ¿Alguien es un ermitaño tan recluso que jamás haya contemplado la joven feminidad en esplendor indumentario? Casi todos tenemos hermanas e hijas. No pocos, espero, tenemos relaciones mujeriles de otra índole, aunque no menos amadas. Otros tienen prismáticos. Les doy mi palabra de que Elizabeth constituía una visión tan hermosa de contemplar como la que más. Por descontado iba bien arreglada. Su falda era de un blanco voluminoso, con vuelo y ornamentación fantásticos. Su cabello estaba profusamente exornado de rizos y

trenzas de su propia materia abundosa. Le ceñía el talle una banda, ancha y azul. Iba blanca de adornos de coral, como le escribió a Jack en el curso de la semana. ¡Adornos de coral, en verdad! Y si hace el favor, señorita, ¿qué hay de las otras joyas con que iba engalanada su persona: los rubíes, perlas y zafiros? Una por una Lizzie se pone sus modestas baratijas: su pulsera, sus guantes, su pañuelo, su abanico, y por último... su sonrisa. ¡Oh, esa rara sonrisa perfecta!

Una hora más tarde, en el hermoso salón de la señora Littlefield, en medio de música, luces y conversaciones, la señorita Crowe le hacía una grandiosa reverencia a un hombre alto, cetrino, cuyo apellido captó como Bruce entre el excesivo parloteo de la anfitriona. Cinco minutos después, cuando la bondadosa matrona echó un vistazo a la recién iniciada amistad, desde el otro extremo de la habitación, se dijo para sus adentros que realmente, para tratarse de una sencilla pueblerina, la señorita Crowe hacía este tipo de cosas bastante bien. Su siguiente vislumbre de la pareja le mostró a aquellos dos jóvenes girando por la estancia a los estruendosos acordes del aporreado piano. A las once los vio mutuamente cogidos de las manos en los intrincados laberintos de la contradanza. A las once y media los distinguió bailando hombro contra hombro en las apiñadas columnas de los lanceros.⁶ A medianoche tocó suavemente a su joven amiga con el abanico:

—Llevas desabrochado el ceñidor, querida. Creo que ya has bailado más que bastante con el señor Bruce. Si viene a sacarte otra vez, es preferible que rehúses. No estaría bien visto. Sí, querida, lo sé. Señor Simpson, ¿tendría la amabilidad de acompañar al comedor a la señorita Crowe?

Me temo que el joven Simpson tuvo una pareja algo renuente.

Después del decente intervalo, el señor Bruce fue a cumplimentar a la señora Littlefield. Halló a la señorita Crowe también en el salón. Lizzie y él se saludaron como viejos amigos. La señora Littlefield escuchó atentamente; pero le dio la impresión de haber llegado en el segundo acto de la obra. Bruce se marchó con la promesa por parte de la señorita Crowe de salir a dar un paseo con él por la tarde. Por la tarde se presentó ante la puerta en un trineo cabrioleante y campanilleante. Tras algunos minutos de chistes roncós y risas argentinas en el cortante aire invernal, reemprendió la marcha con Lizzie a su lado hecha un ovillo sobre una piel de búfalo, cual un gatito sobre una alfombra. Ya había anochecido cuando regresaron. Cuando Lizzie entró y se colocó junto al fuego de la sala de estar, fue congratulada por su anfitriona por haber hecho una “conquista”.

—Creo que es un hombre sumamente caballeroso —dice Lizzie.

—Lo es, querida —dijo la señora Littlefield—; el señor Bruce es un perfecto caballero. Es uno de los jóvenes más valiosos que conozco. Y sin ser joven en demasía. Su tez es un poco excesivamente amarillenta para mi gusto; pero ha recibido una exquisita educación. Ojalá escucharas su acento cuando habla en

⁶ Baile de figuras, muy parecido al rigodón. (N. del T)

francés. Ha pasado no sé cuántos años en el extranjero. La firma Bruce y Robertson es sumamente próspera.

—¡Y me alegra mucho —exclama Lizzie— que en marzo vaya a venir a Glenham! Llevará allí a su hermana para una cura de aguas.

—¿De veras? ¡Pobrecilla! Sus modales son excelentes.

—¿Qué opina usted de su aspecto? —preguntó Lizzie, alisando su penacho.

—Me refería a Jane Bruce. Opino que el señor Bruce tiene hermosos ojos.

—Debo decir que lo que a mí me gusta son los hombres altos —dice la señorita Crowe.

—En tal caso Robert Bruce es tu hombre —dice riéndose la señora Littlefield—. Es tan alto como un campanario. Y tiene todo un badajo en la cabeza, además.

—Creo que subiré a hacer mi equipaje —comenta la señorita Crowe, tirándose de los rizos.

Por supuesto el señor Bruce hubo de volver de visita al día siguiente para preguntar qué tal le había sentado el paseo a la señorita Crowe. Opuso su veto a la proyectada marcha y sacó una invitación de su hermana para la semana próxima. A instancias de la señora Littlefield, Lizzie aceptó la invitación, le envió una lacónica nota a la señora Ford y se quedó hasta la fiesta de la señorita Bruce. Fue un acontecimiento grandioso. La señorita Bruce era toda una gran dama; trató con el mayor miramiento a la señorita Crowe. A algunos les pareció que Lizzie estaba más bonita que nunca. La vaporosa gasa, los alegres cabellos, el coral, los zafiros, la sonrisa, fueron desplegados con renovado éxito. El amo de la casa no pudo bailar: fue acaparado por menesteres menos gratos. Ni tampoco se pudo persuadir a la señorita Crowe de que lo hiciera, por haberse torcido el pie sobre el hielo. Naturalmente esto fue una desilusión; esperemos que sus anfitriones supieran compensársela.

El segundo día después de la fiesta, Lizzie retornaba a Glenham. El buen señor Littlefield la llevó a la estación, robándole unos instantes a su precioso tiempo.

—Aquí tienes tu billete —dijo—; asegúrate de no perderlo. Métetelo en un guante.

Lizzie lanzó una pequeña exclamación de jolgorio:

—¡Señor Littlefield, qué cosas dice usted! Tengo un pequeño bolso. Pero de veras no quiero retenerlo más.

—Vaya, confieso que... —dijo su acompañante—. ¡Anda, aquí viene tu caudillo escocés!⁷ Lo convenceré para que te haga compañía hasta que salga el tren. Acaso él también parte de viaje. ¡Bruce!

—¡Oh, señor Littlefield, no lo haga! —exclama Lizzie—. Tal vez el señor Bruce ya tenga compañía propia.

La alta figura de Bruce se aproximó hasta ellos a grandes zancadas. Se asombró

⁷ Robert Bruce es el mismo nombre de otro de los personajes que aparecen en la precitada novela histórica de Jane Porter. (*N. del T*)

al enterarse de que la señorita Crowe se marchaba en aquel tren. ¡Qué coincidencia! Él había venido a recibir a un amigo que no se había presentado.

—Littlefield —dijo—, sus negocios lo reclaman a usted. Yo cuidaré de la señorita Crowe hasta que el tren se vaya.

Cuando el caballero de más edad se hubo marchado, el señor Bruce llevó a su compañera hasta su vagón y le halló un confortable asiento, equidistante de la tórrida estufa y la gélida portezuela. Luego le colocó en la redecilla sus chales, sombrilla y bolso. ¿Quería llevar puesto el manguito? Hacía muy bien. ¡Estaba hecho de una piel muy bonita!

—Igual que el cuello de su abrigo —dijo Lizzie—. Ojalá tuviera también un manguito para los pies —prosiguió, taconeando el suelo.

—¿Por qué no recurre a alguno de sus chales? —dijo Bruce—; vamos a ver qué podemos hacer con ellos.

Y se agachó y los dispuso a modo de alfombra, muy cuidadosa y gentilmente. Y después se llamó tonto a sí mismo por no haber utilizado el asiento contiguo, que estaba desocupado; y de nuevo fue efectuada la operación de envolver y abrigar.

—¡Tengo miedo de que el tren salga sin que usted se haya apeado! —dijo Lizzie—. ¿Qué haría usted entonces?

—Creo que trataría de sacarle el mejor provecho a la situación. ¿Y usted?

—Le rogaría que se sentara ahí. —Y designó el asiento frente al suyo. El lo ocupó—. Ahora seguro que se lo sacará usted —dijo Elizabeth.

—Mucho me temo que sí, a menos que interponga el periódico entre nosotros. —Y lo extrajo del bolsillo—. ¿Ha leído las noticias?

—No —dice Lizzie, estirando las cintas de su sombrero—. ¿Qué es eso? Fíjese en aquel grupito.

—No viene casi ninguna información interesante. Ha habido una escaramuza en el Rappahannock. Involucró a dos de nuestros regimientos: el XV y el XXVIII. Por cierto, ¿no me dijo usted que tenía un primo o algo así en el XV?

—No un primo, ni siquiera un pariente, sino un amigo íntimo: el hijo de mi tutora. ¿Qué dice el periódico, por favor? —inquire Lizzie, palidísima.

Bruce repasó la información:

—No parece haber sido nada trascendental; rechazamos al enemigo y volvimos a cruzar el río con facilidad. Nuestras bajas sólo suman cincuenta. No hay una lista de nombres —agregó, teniendo un atisbo de la palidez de Lizzie—; por lo menos no figura ninguna en este periódico.

Casi en aquel preciso momento pasó un vendedor de periódicos anunciando los diarios de Nueva York.

—¿Cree usted que los periódicos de Nueva York sí incluirán los nombres? —preguntó Lizzie.

—Podemos cerciorarnos —dijo Bruce. Y adquirió un Herald y lo abrió—. Hay una lista aquí —prosiguió algún rato después de hojearlo—. ¿Cómo se llama su

amigo? —preguntó desde detrás de la hoja.

—Ford, John Ford, segundo teniente —dijo Lizzie.

Hubo una larga pausa.

Por último Bruce bajó el periódico, y exhibió un semblante donde semejaba tenuemente reproducida la palidez de Lizzie.

—*Hay* un nombre así entre los heridos —dijo; y, tornando a cerrar el periódico, se lo tendió y educadamente se mudó al asiento junto a ella.

Lizzie tomó el periódico y ávidamente se lo llevó a los ojos. Pero Bruce no dejó de advertir que sus sienes habían pasado del blanco al colorado.

—¿Lo encuentra? —preguntó—. Sinceramente espero que no sea nada serio.

—Aquí dice *gravemente* —musitó Lizzie.

—Sí, pero eso no demuestra nada. No hay que fiarse de lo que dicen los periódicos. Espere *siempre* lo mejor.

Lizzie no comentó nada. Mientras tanto otros pasajeros habían ido montándose, y el vagón estaba lleno. La locomotora comenzó a resoplar y el jefe de tren a vociferar. El tren dio una sacudida.

—Mejor será que se apee, señor, o se quedará en el tren —dijo Lizzie, tendiéndole la mano, con el rostro aún oculto.

—¿Me permite acompañarla hasta la próxima estación? —dijo Bruce.

Lizzie le dedicó una mirada veloz, con un rubor más intenso. Él se había figurado que estaría llorando. Pero aquellos ojos estaban secos: despedían fuego en vez de agua.

—No, no, señor: no debe usted. Insisto. Adiós.

A Bruce el ofrecimiento también le costó un sonrojo. Había estado dispuesto a apuntalarlo con la aseveración de que tenía allá unos asuntos, e, incluso, que cancelar un asuntillo a fin de tranquilizar su conciencia. Pero la negativa de Lizzie fue tajante.

—Muy bien —dijo él—, *buen* viaje. De veras deploro las noticias, señorita Crowe. No desespere. Volveremos a vernos.

El tren arrancó con estrépito. En el andén Lizzie vio fugazmente una alta figura con el sombrero alzado. Pero permaneció sentada inmóvil, con la cabeza recostada contra el marco de la ventanilla, el velo bajado y las manos yertas.

Ya tenía bastante que hacer tratando de pensar o, mejor dicho, de sentir. Es una suerte que casi siempre se produzca al principio la conmoción más terrible que una mala noticia puede causar. Después de ello, todo no puede sino ir a mejor. El nombre de Jack permanecía impreso en aquella columna fatal como una terca señal de desesperación. Lizzie era víctima de una crisis que casi la dejaba sin aliento. La noche había caído en pleno día; ¿qué hora era? En su vida había irrumpido una tragedia; ¿ella era espectadora o actriz? Se hallaba cara a cara con la muerte; ¿se trataba de su propia alma amortajada con un sudario? Estaba sentada en un estado de semiestupor. Había sido despertada de un hermoso sueño para enfrentarse con una pesadilla real. Era como escuchar un alarido de asesinato mientras se pasa la página

de una novela. Pero soy incapaz de describir estas cosas. Poco a poco fue aflojándose la presión de la atroz sensación de calamidad. A ella el sentimiento le azuzó las alas. El pensamiento luchó por remontarse. La conmoción fue aquietada, sofocada, vencida. Ella había retrocedido como una ola en retirada para volver con redobladas fuerzas. Un centenar de horribles miedos e imaginaciones se posaron arrogantes un momento, picoteando en el desnudo corazón de la joven, cual aguzanieves en una playa desierta. Después, como con una gran avalancha rumorosa, se precipitó el significado de su pesar. Se abrieron las compuertas de la emoción.

Por fin la alteración pasó, y Lizzie meditó. En sus oídos resonaron las palabras de despedida de Bruce. Se esforzó en alumbrar esperanzas. Reflexionó que unas heridas, incluso unas heridas graves, no significaban obligatoriamente la muerte. La muerte podía ser fácilmente ahuyentada. Ella acudiría al lado de Jack; lo cuidaría; lo velaría; lo sanaría. Incluso aunque la Muerte ya hubiera hecho una señal, ella le detendría la mano: aunque la Vida ya se hubiera sometido a aquélla, ella interpondría el superior mandato del Amor. Le restañaría las heridas; lo haría abrir los ojos a fuerza de besos; lo llamaría hasta que él le contestara.

Lizzie llegó a casa y recorrió el caminito del jardín. Cuando entró, la señora Ford estaba en el salón, erguida, pálida y tesa. Cada una leyó el semblante de la otra. Lenta y palpitantemente Lizzie se acercó a su tutora. Naturalmente debía besarla. Le cogió la inerte mano y empezó a aproximarle sus paralizados labios. Habitualmente la señora Ford era la menos expansiva de las mujeres. Pero conforme Lizzie pudo escudriñarle el rostro más de cerca, advirtió las trazas de un pesar infinitamente más hondo que el suyo. El beso formulario no llegó a término: la joven apoyó la cabeza en el hombro de la señora mayor y rompió en sollozos. La señora Ford acogió aquellas lágrimas con un despacioso ladeamiento de cabeza, pleno de cierto lúgubre patetismo; la rodeó con los brazos y la estrechó contra su corazón.

Por último Lizzie se desasíó y tomó asiento.

—Voy a acudir al lado de Jack —dijo la señora Ford.

Lizzie sintió retornarle el vértigo. La señora Ford iba a acudir... ¿Y ella, ella?

—Voy a cuidarlo y, con la ayuda de Dios, a salvarlo.

—¿Cómo se enteró usted?

—Mediante un telegrama del cirujano del regimiento. —Y la señora Ford extendió un papel.

Lizzie lo tomó y leyó: “Teniente Ford gravemente herido acción de ayer. Conveniente acuda usted.”

—Yo también querría ir —dijo Lizzie—. A Jack le hará ilusión tenerme a su lado.

—¡Ni hablar! ¡Vaya lugar para una muchacha! Yo no voy por razones sentimentales: voy para prestar ayuda.

Lizzie echó hacia atrás la cabeza en su asiento, y cerró los ojos. Desde el momento en que había posado los mismos sobre la señora Ford, había experimentado cierta quietud. Y ahora era un alivio ser descargada de toda

responsabilidad. Como la mayoría de las personas débiles, se alegraba de mantenerse al margen de la corriente de la vida, ahora que ésta había entrado en acción. Durante las emergencias, tácitamente son relegadas semejantes personas; e igual de tácitamente ellas consienten en serlo. Incluso para los espíritus susceptibles hay cierto arrobo filosófico, que compensa de la pérdida de dignidad, en quedarse en la orilla (junto al rumiante ganado) limitándose a contemplar la gigantesca inundación remolineante. El corazón de Lizzie recobró su ritmo apacible. Permaneció sentada, casi soñadoramente, con los ojos cerrados.

—Partiré dentro de una hora —dijo la señora Ford—. Voy a hacer los preparativos. ¿Me oyes?

El silencio de la joven fue un asentimiento más hondo de lo que se figuró su compañera.

4

Una semana transcurrió antes de que Lizzie recibiera noticias de la señora Ford. La carta, cuando por fin llegó, era muy breve. Jack seguía vivo. Las heridas eran tres en total, y muy graves; permanecía inconsciente; no la había reconocido; pero sus posibilidades de vivir aún se diagnosticaban equiparables a las de morir. Las primeras se acrecentarían si estuviera en casa; pero era imposible trasladarlo. “Escribo en medio de espantosas escenas”, decía la pobre mujer. Adjuntaba una relación de imprescindibles medicinas, artículos y alimentos que debían serle mandados por correo.

Durante un rato Lizzie halló ocupación escribiendo una carta a Jack, para que la leyese en su primer momento de lucidez, como le apuntó a la señora Ford. El hombre que cuidaba de los negocios de esta dama acudió desde el pueblo a supervisar el empaquetado de las cajas. Las instrucciones de la señora mayor fueron seguidas estrictamente; y en ningún respecto fueron consideradas inadecuadas. El señor Mackenzie verbalizó los mismos sentimientos de admiración que experimentó Lizzie hacia la portentosa claridad de memoria y juicio de su mutua amiga. “Ojalá tuviéramos a esa mujer a la cabeza de la nación —dijo—. Caracoles, yo me alistaría como general de brigada.” “Yo me alistaría para ser enviada al Sur”, pensó Lizzie. Una vez mandados los paquetes y cartas, se sentó a esperar más noticias. ¿Se sentó, digo? Se sentó, y se levantó, y se interrogó, y vuelta a sentarse. Fueron agotadores días solitarios. Muy distintas son la ociosidad del amor y la ociosidad del pesar. No es lo mismo estar solo con una esperanza que estar solo con una desesperación. Lizzie no consiguió alegrar sus meditaciones. No quiero decir que su pena fuese muy desgarradora, aunque ella imaginaba que lo era. La costumbre era una gran fuerza en su naturaleza sencilla; y ahora su principal problema era que la costumbre se negaba a funcionar. Lizzie tenía que enfrentarse con la severa tribulación de una decisión que

adoptar, un problema que resolver. Sentía que había alguna barrera espiritual entre ella misma y el reposo. Conque a su manera usual empezó a construirse un falso reposo al margen de la realidad. Igual habría podido intentar hundirse en el Mar Muerto. Como la paz la eludía, trató de resignarse al tumulto. Bebió profundamente en el pozo de la autocompasión, pero encontró insalubres sus aguas. Las personas tienden a pensar que pueden suavizar las complicaciones de la deshonestidad a fuerza de autoconmiseración, tal como sazonan el duradero regusto de la beneficencia con una pizca de autoaplausos. Pero es que la Fuerza del Bien es un amo más agradecido que el Diablo. ¡Qué felicidad contemplar la lisa estela rumorosa de una buena acción, mientras este hermoso barco navega bandera al viento! ¡Qué angustia observar el viscoso sedimento que flota alrededor de una nave pirata! ¡Ve, pecador, y disuélvelo con tus lágrimas! ¡Y tú, amigo incrédulo, existe una salida! ¿O prefieres la ventana? Ahora y siempre soy un hombre franco.

Una noche Lizzie tuvo un sueño —uno más bien desagradable— que la obsesionó durante muchas horas de vigilia. Le había parecido que paseaba por un lugar solitario, con un hombre alto de ojos negros que la llamaba su esposa. Súbitamente, a la sombra de un árbol, tropezaron con un cadáver sin enterrar. Lizzie propuso cavar una tumba. Excavaron un gran agujero y cogieron el cadáver para introducirlo en él, cuando de repente el muerto abrió los ojos. Entonces advirtieron que estaba lleno de heridas. Los miró fijamente unos instantes, dirigiendo su mirada del uno al otro. Por fin dijo solemnemente: “¡Así sea!”, y cerró los ojos. Luego Lizzie y su acompañante lo colocaron en la tumba, y arrojaron tierra sobre él, y la apisonaron con los pies.

El hombre de ojos negros y el hombre de las heridas eran las dos figuras constantemente recurrentes de los ensimismamientos de Lizzie. Nunca lograba pensar en John sin pensar también en el atento caballero de Leatherborough. Tales eran los datos de su problema. Estas dos figuras se erguían como dos reyes opuestos (el negro y el blanco) en primer término del gran tablero de ajedrez del destino. Lizzie era la fatigada jugadora desconcertada. Tocaba ociosamente las otras piezas y las movía irresponsablemente de acá para allá; pero ello era inútil: el juego era entre los dos reyes. Cerraba los ojos y anhelaba que una caritativa mano acudiera a intervenir en el tablero; los abría y veía que los dos reyes seguían inmóviles, frente a frente. No era nada novedoso. Una fantasía había retado a una realidad: ambas tenían que luchar. Generosamente Lizzie estaba de parte de la fantasía, el desconocido paladín con una reputación que forjarse. Llámenla *blasée*, si así lo desean, a esta jovencita, cuya crónica encerraba un par de bailes y un solo novio, descorazonada, vieja prematura. Tal vez merezca el desprecio de ustedes. Confieso que se sentía traicionada. ¿Por quién?, ¿para qué?, ¿en qué? Éstas eran preguntas que la señorita Crowe no estaba en condiciones de responder. Su intelecto estaba en desventaja ante la inflexible lógica de los acontecimientos humanos. Ella esperaba que dos y dos fuesen cinco; y ¿por qué no podían serlo en aquel caso? Era como un

actor que se encuentra sobre el escenario con medio papel aprendido y sin el suficiente ingenio para improvisar. Cielos, ¿dónde está el apuntador? ¡Ay, Elizabeth, que no tenías madre! Las muchachas son propensas a imaginar que en cuanto tienen novio, ya lo tienen todo solucionado: una conclusión que no se acuerda con la creencia albergada por muchas personas de que la vida se inicia precisamente con el amor. Las peripecias de Lizzie se le tornaron viejas historias antes de haberlas siquiera medio asimilado. Las heridas y el peligro de Jack fueron una vieja historia. No supongan que había extraído todas las lecciones, todas las sugerencias de estos peliagudos acontecimientos, sus insinuaciones, exhortaciones; no supongan que había llorado como correspondía al horror de la tragedia. No: el telón todavía no había descendido, y sin embargo nuestra joven ya había empezado a bostezar. ¿A bostezar? Sí, y a anhelar una obra nueva. Ya que la tragedia se eternizaba, ¿no podía ella distraerse con aquel cumplido caballero sentado a su lado?

Elizabeth distaba de admitir haber desertado de su amor. Por mi parte, no necesito mejor prueba de que sí lo había hecho que la vacía persistencia con la cual lo negaba. ¿Qué voz acusadora brotaba del silencio? A todas horas la nobleza y la magnanimidad de Jack eran el tema de sus estancados pensamientos. Una y otra vez declaraba para sus adentros ser indigna de ellas, pero que, si él se reponía y volvía a casa, sería su esclava eterna. Así pasó un mes muy desgraciado. Esperemos que su infantil espíritu fuera siendo templado para algún propósito útil. Esperémoslo.

Vagaba por la casa vacía mientras un fantasma todavía errante seguía sus pasos. Exclamaba en voz alta y decía que era muy desdichada; gruñía y se llamaba malvada a sí misma. Luego, a veces, abrumada ante sus perplejidades morales, declaraba no ser ni malvada ni desdichada: era resignada, paciente y sabia. Otras muchachas ya habían perdido a sus novios: era algo corriente en las actuales circunstancias. ¿Acaso iba a ser ella más débil que la mayoría de las mujeres? No, pero Jack era el más bueno de los hombres. ¡Si regresara inmediatamente, sin demora, tal como se encontraba, inconsciente, aun moribundo, de modo que ella pudiera mirarlo, tocarlo, hablarle! Entonces decía que no podía responder de sí misma ni un minuto más, y se preguntaba (o fingía preguntarse) si no estaría volviéndose loca. ¿Y si la señora Ford volvía y se la encontraba pálida y demente en una habitación sin adecentar? ¿Y si ella moría de sus tribulaciones? ¿Qué pasaría si se suicidaba: si despedía a los criados y atrancaba la casa y se encerraba con un cuchillo? Entonces se abriría las venas para huir de su consternación por su conducta pasada; y entonces el valor se le escaparía junto con la sangre y, habiéndose ya entregado a la desesperación hasta tal punto, la vida se le escaparía junto con el valor; y entonces, sola, en la oscuridad, sin nadie para auxiliarla, gritaría en vano, y se clavaría el cuchillo en la sien, y caería en el desmayo de la muerte. Y Jack retornaría, e irrumpiría en la casa, y recorrería las vacías estancias, llamándola por su nombre, ¡y por toda respuesta recibiría un hedor cadavérico! Por parte de Lizzie estas imaginaciones eran tanto más honrosas o vergonzosas cuanto que nunca había leído *Romeo y Julieta*. De todos modos servían

para pasar el tiempo, el tiempo opresivo y monótono, aún más opresivo y monótono toda vez que traía oscuras predicciones de algún acontecimiento decisivo. ¡Ojalá llegara ese acontecimiento, fuera el que fuere, y cortara este nudo gordiano de la incertidumbre!

Los días pasaban lentamente: los plomizos granos de arena caían uno por uno. Los caminos se hallaban en muy mal estado para pasear; conque Lizzie se veía obligada a confinar su inquietud a los estrechos límites de la vacía casa, o a alguna ocasional visita al pueblo, donde la gente la ponía enferma con su boba indiferencia a su agonía espiritual. Así y todo, no pudieron dejar de comentar que la señorita Crowe tenía un aspecto fatal. Esto era cierto, y Lizzie lo sabía. Creo que incluso hallaba cierto consuelo en su mismísima palidez y su creciente desaliño en el vestir. Había cierta satisfacción en exhibir sus blanquecidas mejillas en medio de la rubicunda prosperidad de la Calle Mayor. Al final la señorita Cooper, la hermana del médico, la interpeló:

—¿Cómo es posible, Elizabeth, que estés tan pálida y delgada y consumida? ¿Qué has estado haciendo? Enamorarte, ¿verdad? No es bueno vivir tan sola. Ven a pasar una temporada en nuestra casa... hasta que regresen la señora Ford y John — agregó la señorita Cooper, que deseaba que ella pusiera al mal tiempo buena cara.

A la propia señorita Cooper, por lo demás, le habría resultado difícil poner cualquier otra cara. Lizzie aceptó la invitación. Su anfitriona era una industriosa solterona poco agraciada, hermana y ama de llaves del médico del lugar. Su ocupación aquí abajo era cumplir las olvidadas tareas de sus congéneres: retomar los cabos sueltos de éstos, como declaraba ella misma. Jamás paraba quieta, pues su inteligencia global era parangonable a sus deberes inaplazables. Su propia explicación era que estaba en constante movimiento para evitar que la gente se diese cuenta de lo fea que era. Y, de hecho, su existencia personal era visible gracias a su largo cortejo de buenas acciones... al igual que el paso de un cometa se revela gracias a su cola. Sin duda se debía al principio ya mencionado el que su semblante se convulsionara en una perpetua carcajada.

Mientras tanto habían llegado nuevas desde Virginia. “Vaya carta más absurdamente larga le has mandado a John”, escribió la señora Ford, acusando recibo de los paquetes. “Su primer momento de lucidez sería brevísimo si hubiera de forzarse a leer tus efusiones. Haz el favor de guardarte tus largas historias hasta que se ponga bien.” Durante una quincena el joven oficial había permanecido en un estado invariable: febril, sólo consciente a ratos. Luego se había producido un cambio desfavorable, que, tras muchos días agotadores, sin embargo, no había desembocado en nada definitivo. “Si pudiera ser trasladado a Glenham, a casa, a antiguas vistas”, decía su madre, “yo tendría esperanzas. ¡Pero piensa en el viajecito!” A estas alturas Lizzie ya llevaba diez días de visita.

Un día la señorita Cooper retornó de un paseo, radiante de noticias. Su rostro, como ya he comentado, exhibía una sempiterna sonrisa, surcado y puntuado de

arriba a abajo por el regocijo; de tal manera que, cuando venía a superponerse alguna alegría desacostumbrada, aquél se asemejaba a una pequeña charca turbulenta a la cual arrojaran una gran piedra.

—Adivina quién ha llegado —dijo, acercándose al piano, cuyas teclas recorría Lizzie distraídamente, y colocando sus manos sobre los hombros de la joven— ¡Adivínalo!

Lizzie alzó la mirada.

—Jack —balbuceó torpemente.

—¡Oh, cielos, no, él no! ¡Qué tonta soy! Me refiero al señor Bruce, tu admirador de Leatherborough.

—¡El señor Bruce! ¡El señor Bruce! —dijo Lizzie—. ¿En serio?

—Tan cierto como que estoy viva. Ha venido a hacer compañía a su hermana en el balneario. Me los he encontrado en la estafeta de correos.

Lizzie experimentó una extraña sensación de buenas noticias. Le cosquillearon las puntas de los dedos. Fue sorda a la atropellada crónica de su compañera. Súbitamente la interrumpió con un fragmento de alguna jubilosa melodía triunfal. Las teclas sonaron bajo sus ágiles manos. E inesperadamente se detuvo, y la señorita Cooper, que estaba quitándose el sombrero ante el espejo, observó que el rostro de la muchacha se había cubierto de un intenso rubor.

Aquella tarde, el señor Bruce se presentó en casa del doctor Cooper, con quien lo unía cierta amistad. Para con Lizzie se mostró infinitamente atento y tierno. Le aseguró, con bellísimas palabras, su profunda condolencia por la desgracia de su primo —seguía llamándolo su primo—, y a Lizzie le pareció que hasta ese momento nadie había siquiera empezado a ser amable. Y luego él comenzó a reprocharle, en tono bromista pero de excelente gusto, la palidez de sus mejillas.

—¿A que es horrible? —dijo la señorita Cooper—. Parece un fantasma. Me huelo que está enamorada.

—Debe de tratarse de un novio muy inepto si pone tan triste a su amada. Yo que usted me olvidaría de él, señorita Crowe.

—No sabía que yo pareciera triste —dijo Lizzie.

—Ahora ya no —dijo la señorita Cooper—. Estás sonriente y colorada. ¿A que está colorada, señor Bruce?

—Opino que la señorita Crowe no ostenta sino su color natural —dijo Bruce, bajando su monóculo—. ¿Qué ha estado usted haciendo todo este tiempo desde que nos separamos?

—¿Todo este tiempo? Tan sólo han sido seis semanas. No lo sé. Nada. ¿Qué ha estado haciendo usted?

—Lo mismo: nada. Es un trabajo muy duro.

—¿Ha asistido a alguna fiesta más?

—Ni una.

—¿Algún otro paseo en trineo?

—Sí. Di otro paseo, triste, totalmente a solas... por la misma ruta, ya sabe. Y otra vez me detuve en la alquería, y vi a la anciana con quien charlamos. Se acordaba de nosotros y me preguntó qué había sido de la joven que me acompañaba en aquella ocasión. Le dije que usted se había marchado a casa, pero que yo esperaba ir a verla pronto. Conque me encargó saludarla cariñosamente de su parte...

—¡Oh, qué maja! —exclamó Lizzie.

—¿A que sí? Y luego soltó una pequeña perorata; no voy a repetirla, no sea que la señorita Cooper vuelva a aludir a sus mejillas coloradas.

—¡Ya sé! —exclamó la señorita en cuestión—: dijo que ella era muy...

—Muy ¿qué? —dijo Lizzie.

—Muy g-u-a... lo que todo el mundo dice.

—¿Muy guasona? —preguntó Lizzie—. Estoy segura de que nadie ha dicho eso jamás.

—Naturalmente —dijo Bruce—; y yo contesté lo que todo el mundo contesta.

—¿Ha visto usted recientemente a la señora Littlefield?

—Varias veces. Fui a visitarla el día antes de partir de la ciudad, para ver si tenía algún mensaje para usted.

—¡Oh, gracias! Espero que se encuentre bien.

—Huy, está tan estupenda como siempre. Me encargó saludarla cariñosamente de su parte y decirle que espera que vuelva por Leatherborough cuanto antes. Yo le aclaré que, dejando aparte el primer mensaje, el segundo sería un mensaje conjunto de parte de ambos a dos.

—Son ustedes muy amables. Me gustaría mucho volver por allá. ¿Aprecia usted a la señora Littlefield?

—¿Que si la aprecio? Claro. ¿Usted no? Se la considera una mujer muy agradable.

—Oh, es majísima... pero no me parece que tenga mucha conversación.

—Ah, me temo que quiera usted decir que no difama. Ella y yo siempre hemos hallado mucho de que hablar.

—Lo dice usted en un tono muy especial. ¿Qué, por ejemplo?

—Caramba, *hemos* hablado de la señorita Crowe.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que usted denomina hallar mucho de que hablar?

—Nosotras *hemos* hablado del señor Bruce, ¿verdad, Elizabeth? —dijo la señorita Cooper, que tenía sus propias ideas sobre lo que es hacerse simpática.

En conjunto no eran ideas totalmente desacertadas, tal vez; pero a Bruce le parecían más bien enfadosas sus interrupciones y desconsideradamente resolvió acortar la visita. No obstante, al final, se quedó hasta las once... una visita sin precedentes en Glenham.

Cuando abandonó la casa, caminó saltarinamente por la calle con agilísimos pasos, saltando los estrellados charcos y tarareando una tonada sentimental. Llegó al balneario y subió a la sala de estar de su hermana.

- Caramba, Robert, ¿dónde has estado tantísimo rato? —dijo la señorita Bruce.
—En la casa del Dr. Cooper.
—¿La casa del Dr. Cooper? ¡Debe de gustarte mucho! ¿Quién es el Dr. Cooper?
—Donde se aloja la señorita Crowe.
—¿La señorita Crowe? ¡Ah, la amiga de la señora Littlefield! ¿Sigue tan guapa como siempre?
—Más guapa, más guapa, más guapa. ¡Tralará-tralará!
—¡Oh, Robert, para de canturrear! Vas a despertar a todo el establecimiento.

5

Al atardecer, unas tres semanas después de la llegada del señor Bruce, Lizzie estaba sentada sola junto al fuego, en el salón de la señorita Cooper, meditando, tal como convenía al lugar y la hora. El doctor y su hermana entraron, aprestados para ir a una conferencia.

—Siento que no quieras venirte, querida —dijo la señorita Cooper—. Es un tema sumamente interesante: “Un año de guerra.” Con descripción de las batallas y todo, ¿sabes?

—Estoy harta de guerra —dijo Lizzie.

—Bueno, bueno, ya que estás harta de guerra, te dejaremos en paz. Dame un beso. ¿Qué te pasa? Pareces enferma. Sientes añoranza, ¿verdad?

—No, no: estoy muy bien.

—¿Quieres que me quede en casa contigo?

—¡Oh, no, se lo ruego, no!

—Bueno, ya te contaremos cómo ha ido la cosa. ¿Darán programas, James? Le traeré un programa a ella. Pero de veras que tienes mala cara. Ponle tu mano en la frente, James.

—No, no hace falta, señor —dijo Lizzie—. ¡Qué empeñada está usted, señorita Cooper! Me encuentro perfectamente.

Y sus amigos acabaron por marcharse. Poco rato después entró el criado con una lámpara, haciendo pasar al señor Mackenzie.

—Buenas noches, señorita —dijo éste—. Malas noticias procedentes de la señora Ford.

—¿Malas noticias?

—Sí, señorita. Acabo de recibir una carta que informa que el señor John está cada vez más gravísimo y que de un momento a otro se espera su muerte. Algo muy triste —agregó, ya que Elizabeth permanecía silenciosa.

—Sí, algo muy triste —dijo Lizzie.

—Pensé que querría usted saberlo.

—Gracias.

—Era un joven muy noble —continuó el señor Mackenzie.

Lizzie no dijo nada.

—Aquí está la carta —dijo el señor Mackenzie, tendiéndosela.

Lizzie la abrió.

“¡Cuánto está tardando en leerla!”, pensó su visitante.

—No ve usted bien tan lejos de la luz, ¿verdad, señorita?

—Sí veo bien —dijo Lizzie—. ¡Su pobre madre! ¡Pobre mujer!

—Muy cierto, señorita: a ella es a quien hay que compadecer.

—Sí, a ella es a quien hay que compadecer —dijo Lizzie—. ¡Gracias! —Y le devolvió la carta.

—Pensé que querría usted leerla —dijo Mackenzie, poniéndose los guantes; y después, tras un silencio, agregó—: Si me entero de algo más, señorita, vendré a comunicárselo. ¡Buenas noches!

Lizzie se levantó y redujo al mínimo la luz, y luego tornó a su sofá junto al fuego.

Transcurrió media hora: lentamente, pero transcurrió. Aún inmóvil en el sofá de la estancia a oscuras, Lizzie oyó sonar la campanilla de la puerta, una voz de hombre y los pasos de alguien en el vestíbulo. Se irguió y se dirigió hacia la lámpara. Mientras reanimaba la luz, se abrió la puerta del salón. Entró Bruce.

—Estaba sentada a oscuras —dijo Lizzie—, pero al oírlo llegar he encendido la luz.

—¿Tiene miedo de mí? —dijo Bruce.

—¡Oh, no! Volveré a rebajarla. Tome asiento.

—Vi salir a sus amigos —siguió Bruce—; así que sabía que la encontraría a solas. ¿Qué hace aquí a oscuras?

—Acabo de recibir de la señora Ford malas noticias acerca de su hijo. Se ha agravado su estado y probablemente no vivirá.

—¿Es posible?

—En eso estaba pensando.

—¡Cielos! Tristísimo tema para meditaciones. Me han dicho que era un joven excelente.

—Lo era... y mucho —dijo Lizzie.

Bruce guardó un rato de silencio. Para él el joven oficial era un desconocido, y le parecía que no podría ofrecer más que las tópicas declaraciones de condolencia y sorpresa. Además ignoraba hasta qué punto su compañera estaba interesada en él.

—Si muere —dijo Lizzie—, será bajo una gran injusticia.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

—En el ejército no había otro hombre tan valiente.

—Supongo que no.

—Y ¡oh, señor Bruce —continuó Lizzie—, era tan inteligente y bueno y generoso! Me gustaría que lo hubiese conocido.

—También a mí me habría gustado conocerlo. Pero ¿a qué se refiere usted con eso de una injusticia? ¿Es que se le negaban esas cualidades?

—¡Ni mucho menos! Todo aquél que lo miraba se daba cuenta de que era intachable.

—¿Dónde está la injusticia, pues? Debería bastarle saber que usted tenía una tan alta opinión de él.

—Lo sabía —dijo Lizzie.

Bruce estaba algo intrigado ante la actitud de su compañera. La contempló, mientras permanecía sentada con la mejilla apoyada contra una mano, mirando el fuego. Hubo una pausa prolongada. Ambos eran demasiado amigos o estaban demasiado meditabundos para que el silencio resultara embarazoso. Al final Bruce lo rompió.

—Señorita Crowe —dijo—, en cierta ocasión, hace algún tiempo, cuando por vez primera tuvo usted noticia de que había sido herido el señor Ford, le ofrecí a usted mi compañía con el deseo de, en la medida de mis posibilidades, consolarla de lo que semejó una impresión brutal. Fue, tal vez, un ofrecimiento demasiado atrevido habida cuenta de lo reciente de nuestra amistad; mas, pese a ello, incluso entonces lo que hice fue dejar hablar mi corazón. Usted me rechazó. ¿Me permite que repita mi ofrecimiento ahora? Ahora, con algo más de derecho, ¿puedo dejar que mi corazón diga todo lo que guarda dentro de sí?

Lizzie escuchó este discurso, que fue pronunciado con tono lento y vacilante, sin alzar la mirada ni mover la cabeza, salvo, acaso, ante las palabras “me rechazó”. Cuando Bruce hubo callado, ella no cambió de postura.

—¿No me rechazará esta vez? —insistió su compañero.

Ella dejó caer la mano, levantó la cabeza y lo miró un instante; él creyó ver brillo de lágrimas en sus ojos. Luego ella se retrepó en el sofá ocultando el rostro entre la sombra proyectada por la repisa de la chimenea.

—No lo comprendo a usted, señor Bruce —dijo.

—¡Oh, Elizabeth! Soy un pésimo orador. ¿Cómo expresar lo que siento? Cuando hace media hora vi que sus amigos salían de esta casa y colegí que probablemente usted estaría sola, resolví entrar sin pérdida de tiempo a decirle lo que desde hace mucho quiero que sepa. Pero primero me dediqué a pasear un kilómetro entero de carretera, meditando intensamente: meditando cómo debía decir lo que debía decir. No llegué a ninguna conclusión, excepto a la de que ya se me ocurriría un modo u otro. Confiaría, *como* en su sinceridad, su bondad *y* su simpatía... *y* en que sus sentimientos sean los mismos que los míos. ¿Es usted asequible a tales sentimientos? ¿Sabe que la amo? ¡La amo, la amo, la amo! *Tiene* que saberlo. Y, si no lo sabe, solemnemente juro que la amo. Solemnemente le pido, Elizabeth, que me acepte como esposo.

Mientras pronunciaba estas palabras Bruce se puso de pie, impulsado por la creciente pasión, y se acercó a Lizzie hasta quedar ante ella. De nuevo ella

permanecía inmóvil.

—¿Tanto tiempo necesita para pensarlo? —dijo él, intentando interpretar sus borrosas facciones; y se sentó a su vera en el sofá y le cogió la mano.

Finalmente Lizzie habló.

—¿Está seguro —dijo— de que me ama?

—Tan seguro como de que respiro. Ahora, Elizabeth, déjeme estar igualmente seguro de que soy amado en correspondencia.

—Me parece algo muy raro, señor Bruce —dijo Lizzie.

—¿Qué es lo que parece raro? ¿Por qué ha de parecerlo? Durante un mes he estado procurando, de un centenar de maneras mudas, expresar lo que siento; ¡y ahora, cuando lo juro, lo único que parece es algo raro!

—¿Por qué me ama?

—¿Por qué? Por usted misma, Elizabeth.

—¿Por mí misma? Pero si no soy nada.

—La amo por lo que usted es... por su gran corazón tierno... por ser con tal perfección una mujer.

Lizzie desasíó la mano, y su enamorado tornó a levantarse y quedarse de pie ante ella. Pero ahora ella alzó la mirada hacia su rostro, interrogando cuando habría debido contestar, extrayendo de las súplicas masculinas fuerza para sus propias respuestas. Ahí se erguía él ante ella, iluminado por las llamas de la chimenea, en toda su caballerosidad, esperando a que lo aceptara o rechazara. Lentamente ella se levantó y le tendió la misma mano que acababa de retirar.

—Señor Bruce, me sentiré muy orgullosa de amarlo —dijo.

Y luego, como si este esfuerzo hubiera excedido todas sus energías, medio tambaleándose volvió a dejarse caer en el sofá. Y él, sin soltarle la mano, se sentó junto a ella. Y así seguían sentados cuando oyeron entrar al doctor y su hermana.

Durante tres días Elizabeth no recibió visita del señor Mackenzie. Por último, el cuarto día, al pasar por delante de su despacho en el pueblo, entró a preguntar por él. El señor Mackenzie salió de su pequeña salita posterior con la boca llena y un rostro resplandeciente.

—¡Buenos días, señorita Crowe, y buenas noticias!

—¡¿Buenas noticias?! —exclamó Lizzie.

—¡Estupendas! —dijo, mirándola intensamente, mientras se ponía las gafas—.

La señora Ford ha escrito que el señor John (¿no quiere usted tomar asiento?) ha experimentado un súbito e inesperado cambio favorable. Ahora es el momento de intentar salvarlo; se puede correr el riesgo. Los dos iban a ponerse en camino hacia el Norte el segundo día contando desde la fecha de la carta. El cirujano viene con ellos. Conque dentro de cuatro o cinco días (claro está que deben viajar muy despacio) llegarán a casa. Sí, señorita, ha sido una notable Providencia. Y ese noble joven será conservado para la patria, y para quienes lo aman, como es mi caso.

—Será mejor que yo vuelva a mi propia casa y haga prepararlo todo —dijo

Lizzie, por toda respuesta.

—Sí, señorita, será mejor que lo haga. De hecho, la señora Ford me encargaba que se lo pidiera.

La petición fue atendida. Aquel mismo día Lizzie se trasladó a su propia casa. Durante un par de jornadas concentró su atención en supervisar, con asiduidad, un barrido, fregado y aprovisionamiento generales. No se permitía a sí propia ningún momento de ocio hasta la hora de acostarse. Al llegar dicha hora... Pero prefiero no oficiar de chambelán de su tormento. Sus trabajos eran tanto más fáciles cuanto que el señor Bruce había tenido que irse a Leatherborough por un asunto de negocios.

El cuarto día, al atardecer, entraba por la puerta John Ford transportado en una camilla, con su madre a su lado rígida de pesar y amables amigos taciturnos dispuestos a echar una mano en cualquier cometido.

*A casa traían a su guerrero muerto,
Ella ni se desmayó ni profirió gritos.*

Era dable preguntar, de hecho, si Jack no estaba muerto. La muerte no se habría mostrado más demacrada, ni más pálida, ni más silenciosa. Lizzie se movió de un lado a otro como en sueños. Por supuesto, cuando hay tantos amigos serviciales, la familia de un hombre no halla nada que hacer... a excepción de ejercitar un poco el autodomínio. Las mujeres apremiaron a la señora Ford para que se acostara: era perentorio el descanso, estaba matándose a sí propia. Y fue buena prueba de su debilidad el que ella no se resistiera ante este consejo. Al saludarla, Lizzie se había sentido como si abrazara la pétrea efigie que preside un sepulcro. También a ella la dispensaron de sus oficios. El buen doctor Cooper y su hermana se instalaron junto al lecho del joven.

El doctor vaticinó cosas maravillosas debidas al cambio de clima; estaba convencido de que se produciría una completa sanación. Enseguida Lizzie se vio considerada un obstáculo a este proceso. Le fue vedado todo contacto con John. “Silencio y reposo absolutos, ya sabes, querida”, susurró la señorita Cooper, abriendo una rendija la puerta de la estancia del enfermo, calzada con un par de zapatos asaz sigilosos. Conque durante la primera noche que su querido amigo pasó en casa Lizzie no pudo echarle más que una breve ojeada a su pálido rostro inconsciente mientras permanecía marginada del copioso cortejo de sus cuidadores. Si podemos suponer que alguna de estas serviciales personas tuvo ojos para algo que no fuera el doliente, podemos estar seguros de que tales ojos vieron otro continente igualmente triste y pálido. ¿El doliente? No fue precisamente Jack, pensándolo bien.

Tras de que se le impidiera el acceso a la habitación de Jack, Lizzie tomó un cobertor de un montón de ropa que precipitadamente había sido dejado en el vestíbulo: era una vieja manta del ejército. Se envolvió en ella y salió a la veranda. Eran las nueve; pero la oscuridad estaba pletórica de luz. Se había levantado una

recia brisa juguetona —el fantasma del crudo ventarrón que viaja de día—, trayendo largas ráfagas suaves de la primavera en el interior del país. Raudas nubes dispersas surcaban el pálido cielo. La brillante luna, siguiendo su propio curso en medio de ellas, parecía moverse en frenética búsqueda de las ocultas estrellas.

Lizzie se subió la manta hasta la cabeza y se sentó en los escalones. Un raro olor a tierra se desprendía de aquel viejo tejido gastado, y con él un tenue aroma a tabaco. Al momento los sentidos de la joven fueron transportados como nunca anteriormente a esos lejanos campos de batalla sureños. Vio hombres tendidos sobre terrenos húmedos, fumando sus amigables pipas, abrigándose más con sus mantas, bajo el dosel de la misma luminosa oscuridad que brillaba sobre la acomodada debilidad de ella misma. Su mente vagó por estas escenas hasta que fue devuelta a la realidad por el ruido de la puerta del jardín. Oyó unas firmes pisadas conocidas aplastando la grava. El señor Bruce se aproximaba por el caminito. Cuando llegó junto a los escalones, Lizzie se puso en pie. Se quitó la manta de la cabeza, y Bruce se sobresaltó al reconocerla:

—¡Anda! ¿Eres tú, Elizabeth? ¿Qué sucede?

Lizzie no respondió.

—¿Eres una de quienes velan al señor Ford? —insistió él, subiendo los escalones—. ¿Cómo está?

Continuó callada. Bruce extendió sus manos para tomar las de ella y se adelantó como para besarla. Ella lo medio empujó hacia atrás y se batió en retirada hacia la puerta.

—¡Santo cielo! —exclamó Bruce—; ¿qué es lo que pasa? ¿Estás lunática? ¿No puedes hablar?

—No..., no..., esta noche no —dijo Lizzie, con voz quebrada—. ¡Vete..., vete!

Permaneció agarrada a la manija de la puerta, haciéndole ademanes para que se fuera. Él dudó un instante y después avanzó hacia la joven. Rápidamente ella abrió la puerta y se metió en la casa. El oyó que cerraba con llave. Se quedó un rato allí mirando estúpidamente la puerta, y luego lentamente dio media vuelta descendiendo los escalones.

A la mañana siguiente Lizzie se levantó con los primeros rayos de la aurora y bajó las escaleras. Se encaminó a la habitación donde yacía Jack, y suavemente abrió la puerta. En una butaca dormitaba la señorita Cooper. Lizzie traspuso el umbral, y de puntillas se llegó hasta la cama. El pobre Ford dormía apaciblemente. Allí estaba su antiguo rostro, después de todo: sus recias y honradas facciones, afiladas, pero no debilitadas, por el dolor. Quedamente Lizzie arrimó una silla baja y se sentó junto al lecho. Le contempló el rostro, el querido rostro que tantas veces ella había contemplado lleno de salud. Extrañamente era más hermoso; el cuerpo se mantenía menos firme. A Lizzie le pareció que, como la estructura del alma de su enamorado estaba más claramente a la vista —el velo del templo estaba poco menos que rasgado por la mitad—, ella podía ver la justificación de toda su antigua adoración por él.

Sobre la colcha reposaba una de las manos de Jack: aquellos fuertes dedos flexibles, en otro tiempo tan habilidosos en el trabajo, tan francos en la amistad, ahora más delgados y pálidos que los de ella misma. Tras contemplarle la mano algún rato, Lizzie se la cogió suavemente. Con lentitud Jack abrió los ojos. El corazón de Lizzie palpitó con fuerza: era como si el silencio del santuario hubiese dado alguna señal. Al principio la mirada del joven no traslució ningún reconocimiento. Luego las vagas e indecisas pupilas comenzaron a iluminarse patentemente. A sus labios asomó el esbozo de esa extraña sonrisa agonizante que parece tan inefablemente satírica hacia las cosas de este mundo. ¡Oh el grandioso espectáculo de la muerte! ¡Oh bendita alma, próxima a ascender! ¿Qué privilegio terrenal es equiparable al tuyo? Lizzie se dejó caer de rodillas y, sin desasir la mano de John, se inclinó hacia él.

—Jack..., querido, querido Jack —susurró—, ¿me reconoces?

La sonrisa se intensificó. El pobre muchacho sacó su otra mano de bajo las sábanas y lentamente, débilmente, la posó sobre la cabeza de Lizzie, acariciándole el pelo con sus dedos.

—Sí, sí —murmuró ella—; me reconoces, ¿verdad? Soy Lizzie, Jack. ¿Te acuerdas de Lizzie?

De un modo inaudible Ford movió los labios, y prosiguió acariciándole la cabeza.

—Estás en casa, ¿sabes? —dijo Lizzie—; estás en Glenham. ¿Te acuerdas de Glenham? Estás con tu madre y conmigo y con tus amigos. ¡Querido, amado Jack!

Todavía continuó acariciándola; y sus débiles labios intentaron articular algún sonido. Lizzie apoyó su propia cabeza en la almohada, junto a la cabeza de él, pero la mano masculina no dejó de demorarse tiernamente sobre sus cabellos.

—Sí, me reconoces —insistió ella—; ahora estás para siempre con tus amigos... ¡con quienes para siempre, ah, te amarán y te cuidarán!

—Estoy gravemente herido —se lamentó Jack, murmurando al oído femenino.

—Sí, sí, amor mío, pero tus heridas están curándose. Te querré y te atenderé siempre, siempre.

—Sí, Lizzie, nuestra antigua promesa —dijo Jack; y deslizó la mano hasta el cuello de ella, y con su débil presión la acercó más hacia sí, y ella le humedeció el rostro con sus lágrimas.

Entonces la señorita Cooper, despertándose, se levantó y obligó a Lizzie a abandonar la habitación:

—Estoy segura de que lo excitas, querida. Es mejor que no tenga cerca de él a nadie de su familia, personas que le traen recuerdos, ¿entiendes?

En este momento se oyó al doctor llamar quedamente con los nudillos, conque Lizzie se encaminó a la puerta de la casa a dejarlo entrar.

En todo el día ella no pudo volver a ver a Jack. Dos o tres veces trató de entrar en la habitación, pero fue despedida mediante un fruncimiento de ceño o un dedo llevado a los labios. En los pasillos sometió a frecuentes interrogatorios al doctor. Este

se mostró optimista y animado, convencido de que se produciría la completa sanación de Jack. El buen hombre exhibía tantísimo regocijo espiritual ante la perspectiva de una cura como un creyente ortodoxo ante la de una nueva conversión: sería otro cuerpo rescatado del Diablo. Le aseguró a Lizzie que el cambio de escenario y clima ya había empezado a surtir efecto: la fiebre remitía, los peores síntomas desaparecían. Ante las reiteradas súplicas de Lizzie de que la dejaran hacer algo útil, le dio instrucciones para mantener silenciosa la casa e infrecuentada la habitación del enfermo.

Poco después del desayuno se presentó la señorita Dawes, una vecina, a relevar a la señorita Cooper, pero esta infatigable mujer pasó a consagrar sus cuidados a la señora Ford. Le prohibió cualquier actividad. La señorita Cooper estaba encantada de tener por una vez la oportunidad de hablarle autoritariamente a su vigorosa amiga, cuyo excelente juicio siempre la había amedrentado. Habiendo ya obligado a la señora Ford a tomar el desayuno en la salita de estar, cerró la puerta y se aprestó a “una larga charla entretenida”. Lizzie se guardó de interrumpir esta entrevista. Le había dado los buenos días a su protectora, la había preguntado por su salud y había recibido uno de sus adustos ósculos. Cuando pasaba ante la puerta del enfermo, salió el doctor Cooper y le solicitó que fuera en busca de determinado rollo de vendas que estaba en el baúl del señor John, baúl que había sido colocado en otro cuarto. Lizzie se aprontó a cumplir este encargo. Revolviendo el contenido del baúl, dio con un fajo de cartas cuya caligrafía femenina le era harto familiar. Se las guardó en el bolsillo y, después de entregar las vendas, se fue a su propio cuarto, se encerró con llave y se sentó a releerlas. Entre leer y pensar y suspirar y (a despecho de sí misma) sonreír, aquella dedicación le ocupó la mañana entera. Cuando bajaba a almorzar, se topó con la señora Ford y la señorita Cooper que emergían de la sala de estar, recién terminada la larga charla entretenida.

—¿Qué tal se siente, señora? —le preguntó a la mujer de más edad—. ¿Descansada?

Por toda respuesta la señora Ford le clavó una mirada —casi digo un entrecejo— tan dura, tan fría, tan reprobadora, que Lizzie quedó petrificada. Pero súbitamente se le apareció claro su condenatorio significado. Se volvió hacia la señorita Cooper, que estaba pálida y temblorosa junto a la dueña de la casa, con su sempiterna sonrisa recubierta de un lastimoso aspecto acongojado; y mucho me temo que sus ojos le dirigieron el mismo mensaje de iracundo desprecio que acababan de recibir. Estas transmisiones telegráficas suelen ser muy rápidas. Las mujeres apenas se habían detenido: el siguiente instante las halló sentadas a la mesa del comedor, la señorita Cooper mirando fijamente hacia su servilleta y la señora Ford bendiciendo la mesa.

El almuerzo se desarrolló en silencio. A su término, Lizzie volvió a su propio cuarto. La señorita Cooper se marchó a su casa y la señora Ford se metió en la habitación de su hijo. Lizzie oyó el firme chasquido de la cerradura mientras aquélla cerraba la puerta. ¿Por qué echaría el pestillo? Hubo algo ominoso en el silencio que

siguió. Se complicaba la trama de la pequeña tragedia. Que así fuera: ella estaba dispuesta a interpretar su papel con los demás. Por segunda vez en su experiencia, su espíritu se veía fortalecido a causa de la intervención de la señora Ford. Ante el desprecio de su propia conciencia (que no brotó), ante el más sentido de los reproches de Jack, consentiría en humillarse... pero no ante aquella cariacontecida Némesis vestida de seda negra. La levadura del rencor empezó a fermentar. Se retrepó en su asiento y se cruzó de brazos, presta a enfrentarse a las consecuencias. Mas no tardó en quedarse dormida. La despertó una llamada a la puerta de su habitación. Hacía rato que había caído la noche. Quien había llamado era la señorita Dawes.

—Elizabeth, el señor John desea muchísimo verla, y le envía cariñosos saludos. Baje sin hacer ruido: su madre está acostada. ¿Le hará usted compañía mientras ceno? ¿Que si está mejor? Sí, muchísimo mejor.

Con temblorosa prisa Lizzie se trasladó a la vera del lecho de Jack.

Estaba recostado sobre varias almohadas. Sus pálidas mejillas estaban ligeramente arreboladas. Su mirada era brillante. Se semiincorporó y, pese a la debilidad de sus brazos, le dio a Lizzie un fuerte abrazo prolongado.

—No te he visto en todo el día, Lizzie —dijo—. ¿Dónde has estado?

—Querido Jack, no han querido permitirme estar a tu lado. He rogado y suplicado. Y deseé tanto ir a verte al frente; pero no pude. ¡Ojalá, ojalá hubiese ido!

—No te habría gustado, Lizzie. Celebro que no vinieras. Es un mal, mal lugar. Yacía inmóvil, asiéndole las manos y mirándola.

—¿Puedo hacer algo por ti, cariño? —preguntó la joven—. Estoy dispuesta a dejarme la vida. ¡Cuánto me alegro de que estés mejor!

Transcurrió algún rato antes de que Jack respondiera.

—Lizzie —dijo, al fin—, he mandado que te llamaran para mirarte. Estás mas maravillosamente hermosa que nunca. Tu pelo es castaño... como... como ninguna otra cosa; tus ojos son azules; tu cuello es blanco. ¡Bien, bien!

Yacía completamente quieto, exceptuando sus ojos. Éstos vagaban sobre ella con una especie de apacible brillo, cual rayos de sol recreándose sobre una estatua. El pobre Ford no dejaba de asemejarse, en verdad, a un antiguo griego herido que al anochecer se hubiera arrastrado hasta el interior de un templo para morir consumiendo su último intervalo inútil en admiración espiritual de una esculpida Artemisa.

—¡Ah, Lizzie, esto es ya el cielo! —murmuró.

—Será el cielo cuando te pongas bien del todo —susurró Lizzie.

Jack les dirigió una sonrisa a sus ojos:

—Dices lo que no crees. Entre nosotros debe haber una sinceridad absoluta. Querida Lizzie, no voy a ponerme bien. Todos están equivocadísimos. Vmy a morirme. He cumplido mi tarea. La muerte resarce de todo. Mi gran pena es dejarte. Pero también tú morirás cualquier día; recuérdalo. En todas tus angustias y pesares,

recuérdalo.

Lizzie sólo fue capaz de reaccionar estrechándole más fuertemente las manos.

—Pero aún hay algo más —siguió Jack—. La vida *es* tan buena como la muerte. Tu corazón ha encontrado su verdadero destinatario; conquie los tres seremos felices. Dile que lo bendigo y hónralo. Dile que también Dios lo bendice. Dale un apretón de manos de mi parte —dijo Jack, moviendo débilmente los pálidos dedos—. En cuanto a mi madre —continuó—, sé muy comprensiva con ella. Sentirá una gran aflicción, pero no morirá de ella. Vivirá hasta muy avanzada edad. Lizzie, ya no puedo hablar más: quería despedirme de ti. Te quedarás conmigo hasta el final, te quedarás conmigo un ratito, ¿verdad? Te miraré hasta el fin. Durante un ratito serás mía, estrechándome las manos..., así..., hasta que la muerte nos separe.

Jack cumplió sus palabras. Sus ojos seguían contemplándola fijamente mucho después que la vida los había dejado.

Con las primeras luces del siguiente día, Lizzie se levantó de su insomne cama, abrió la ventana y contempló el amplio paisaje, aún frío y tenue en la desvaneciente noche. El paisaje ofrecía frescor y paz para su acalorada mente y su inquieto corazón. Se atavió con presteza, descendió las escaleras sin hacer ruido, pasó ante la cámara mortuoria y salió de la silenciosa casa. Tomó la dirección opuesta a la del todavía dormido pueblo y marchó hacia campo abierto. Recorrió una considerable distancia sin darse cuenta. El sol ya estaba en lo alto cuando decidió dar media vuelta. Cuando retornaba por la reluciente carretera, y llegaba a la vista de su casa, vio una alta figura de pie bajo la sombra de los florecientes árboles, dudando, al parecer, si abrir la puerta del jardín para pasar adentro. Lizzie se plantó ante él casi antes de que él la viera. El primer gesto de Bruce fue extender las manos hacia ella, como haría cualquier enamorado; pero, mientras Lizzie se alzaba el velo, él las dejó caer.

—Sí, señor Bruce —dijo Lizzie—, le daré la mano una vez más... a modo de adiós.

—¡Elizabeth! —exclamó Bruce, medio estupefacto—. En nombre de Dios, ¿qué significan esas absurdas palabras?

—Significan que quiero portarme amable y humanamente con usted. Y significan que deseo permanecer fiel a mi antiguo... antiguo amor.

Ella se le aproximó, le tomó la inerte mano, sin mirarle el ceñudo semblante abrumado, se la estrechó apasionadamente, y luego, sustrayendo la suya propia del asimiento masculino, abrió la puerta del jardín y la dejó balanceándose tras ella.

—¡No, no, no! —casi chilló, volviendo la cabeza mientras andaba—. ¡Le prohíbo seguirme!

Mas, pese a ello, él franqueó la puerta.

La Leyenda De Ciertas Ropas Antiguas

Hacia mediados del siglo XVIII vivía en la provincia de Massachusetts una dama viuda, madre de tres hijos. Su nombre es lo de menos; me tomaré la libertad de llamarla señora Willoughby: un apellido, como el suyo auténtico, de sonido altamente respetable. Había perdido a su marido tras unos seis años de matrimonio y se había consagrado al cuidado de su prole. Su prole se desarrolló de un modo que recompensó su tierno cariño y cumplió sus más elevadas esperanzas. El primogénito era un varón, a quien había puesto el nombre de Bernard, el mismo del padre. Los otros dos eran niñas, entre cuyos respectivos nacimientos había mediado un intervalo de tres años. La buena apariencia era tradicional en la familia, y no parecía probable que estas infantiles personas fueran a permitir que la tradición pereciera. El muchacho era de esa tez rubia y sonrosada y de esa complexión atlética que en aquel tiempo (al igual que en éste) era marchamo de genuina sangre inglesa: un afectuoso jovencito sincero, estupendo hijo y hermano, y amigo leal. Listo, empero, no era: la inteligencia de la familia había recaído principalmente en sus hermanas. El señor Willoughby había sido un gran lector de Shakespeare, en un tiempo en que semejante afición implicaba mayor penetración espiritual que en nuestros días y en una comunidad donde hacía falta mucho valor para patrocinar el teatro incluso en privado; y había querido dejar constancia de su admiración por el gran poeta poniéndoles a sus hijas nombres sacados de sus obras favoritas. A la mayor le dio el encantador nombre de Viola;⁸ y a la menor, el más serio de Perdita,⁹ en recuerdo de otra niña nacida entre las dos pero que sólo vivió unas semanas.

Cuando Bernard Willoughby cumplió los dieciséis años, su madre se armó de valor y se dispuso a ejecutar la postrera voluntad de su marido. Había consistido en un apasionado ruego de que, al llegar a la edad apropiada, su hijo fuese enviado a Inglaterra para completar su educación en la universidad de Oxford, que había sido el escenario de sus propios estudios. A la señora Willoughby su hijo le importaba el triple que sus dos hijas juntas; pero le importaban más los deseos de su marido. Conque reprimió sus sollozos, y preparó el baúl de su hijo y su sencilla vestimenta provinciana, y lo envió al otro lado del océano. Bernard fue inscrito en la facultad de su padre y pasó cinco años en Inglaterra, sin grandes honores, la verdad sea dicha, pero con una amplia ración de diversiones y ningún descrédito. Al dejar la universidad realizó un viaje por Francia. En su vigésimotercer aniversario embarcó

⁸ De *Noche de Epifanía*. (N. del T)

⁹ De *El cuento de invierno*. (N. del T)

de regreso a casa, dispuesto a valorar la pobre pequeña Nueva Inglaterra (en aquel tiempo Nueva Inglaterra era muy pequeña) como un lugar de residencia enteramente insoportable. Pero en casa se habían producido cambios, no menos que en las opiniones del señorito Bernard. Halló bastante habitable la casa de su madre, y a sus dos hermanas convertidas en dos guapísimas señoritas, con los mismos talentos y gracias que las jóvenes británicas sumados acierta agradable *brusquerie* y originalidad propia que, aunque no era un talento, desde luego las hacía aún más graciosas. Confidencialmente Bernard le aseguró a su madre que sus hermanas no tenían nada que envidiar a las más distinguidas muchachas de Inglaterra; a consecuencia de lo cual la pobre señora Willoughby se envaneció bastante de sus hijas. Tal era la opinión de Bernard, y tal, multiplicada por diez, era la opinión del señor Arthur Lloyd. Este caballero, me apresuro a agregar, era un compañero de estudios del señorito Bernard: un joven de reputada familia, de buen natural y de cuantiosa fortuna; este último accesorio se proponía invertirlo en negocios en este país. Él y Bernard eran íntimos amigos; habían cruzado el océano juntos y el joven norteamericano no había dudado en presentarlo en casa de su madre, donde había causado una impresión tan buena como la que él mismo había recibido y de la cual acabo de suministrar un indicio.

En aquella época las dos hermanas estaban en plena lozanía de su juvenil floración; cada una de ellas, por supuesto, manifestaba esta natural brillantez de la manera que más le cuadraba. Eran disímiles tanto en apariencia como en carácter. Viola, la mayor —de veintidós años recién cumplidos—, era alta y clara, de calmosos ojos grises y cabellos de color castaño rojizo: un muy remoto parecido con la Viola de la comedia de Shakespeare, a la cual imagino como una criatura morena (con permiso de ustedes), pero delgada, briosa, plena de las más tiernas y elevadas emociones. La señorita Willoughby, con su intensa blancura de piel, sus bien torneados brazos, su majestuosa estatura y su pausado hablar, no estaba hecha para la aventura. Nunca se habría puesto unas calzas y una camisa masculinas; y, a decir verdad, siendo una belleza muy corpulenta, acaso es una suerte que no lo hiciera. También Perdita habría debido cambiar la dulce melancolía de su nombre por algo más en consonancia con su aspecto y temperamento. Era morena a ultranza, baja de estatura, ligera de pies, con ojos oscuros plenos de fuego y animación. Desde niña había sido una criatura de sonrisas y alegría; y, cuando uno hablaba con ella, lejos de hacerlo esperar como era costumbre en su bella hermana (quien lo estudiaba a uno con sus más bien fríos ojos grises), le daba a escoger entre media docena de respuestas antes de que uno hubiera terminado de pronunciar sus frases.

Las jóvenes se alegraron muchísimo de volver a ver a su hermano; mas se descubrieron bastante capaces de reservar cierta porción de entusiasmo para destinarla al amigo de su hermano. Entre sus propios amigos y vecinos, la *belle jeunesse* de la colonia, había muchos jóvenes excelentes, varios admiradores devotos, y unos dos o tres que gozaban de la reputación de irresistibles galanes y conquistadores. Pero los lugareños ardides y la algo ruda galantería de estos

honrados colonos incipientes quedaron completamente eclipsados ante la buena apariencia, las elegantes ropas, el respetuoso *empressement*, la perfecta cortesía, la inmensa cultura, del señor Arthur Lloyd. En realidad no era ningún dechado: era un franco, resuelto, instruido joven, rico en libras esterlinas, en salud y anodinas esperanzas, y en un pequeño capital de afectos por invertir. Pero era un caballero; poseía un hermoso rostro; había estudiado y viajado; hablaba francés, tocaba la flauta y declamaba versos con muy buen gusto. Había una docena de razones para que de sopetón la señorita Willoughby y su hermana menor se volvieran sobremanera exigentes en su elección de amistades masculinas. La imaginación de la mujer está particularmente adaptada a las diversas pequeñas convenciones y misterios de la buena sociedad. La conversación del señor Lloyd les reveló a nuestras jóvenes doncellas de Nueva Inglaterra muchísimo más de lo que él creyó sobre las personas de alcurnia de las capitales europeas. Era fascinante sentarse a oír charlar a él y Bernard sobre las personas extraordinarias y las cosas extraordinarias que ambos habían visto. Tras el té toda la familia solía reunirse alrededor de la chimenea, en el saloncito revestido de madera —por entonces inocente de cualquier propósito de resultar pintoresco o de resultar cualquier otra cosa, a decir verdad, salvo económico, de tal modo que se habían ahorrado los gastos de papeles pintados y colgaduras—, y los dos jóvenes aludían discretamente el uno para el otro, desde los extremos opuestos de la alfombra, esta, esa y aquella aventura. Muchas veces Viola y Perdita habrían dado cualquier cosa por saber exactamente de qué aventura se trataba, y dónde ocurrió, y quién participó, y qué llevaban puesto las mujeres; mas en aquel tiempo no se consideraba correcto que una joven bien educada interviniese en la conversación por iniciativa propia o formulase excesivas preguntas; y por lo tanto las pobres muchachas se parapetaban ansiosas detrás de la curiosidad, más lánguida —o más discreta—, de su madre.

Que las dos eran muy atractivas fue algo que Arthur Lloyd no tardó en descubrir; pero necesitó más tiempo para decidir cuál poseía mayores encantos. Tuvo un fuerte presagio —una sensación de una naturaleza demasiado enteramente alegre para aplicarle el calificativo de ominosa— de que estaba destinado a llevar al altar a una de ellas; sin embargo era incapaz de llegar a una preferencia, y para tal ceremonia ciertamente era indispensable una preferencia, por cuanto Lloyd tenía demasiada sangre joven como para avenirse a la idea de elegir echándolo a suertes y verse desposeído del celestial deleite de enamorarse. Resolvió tomarse las cosas con calma y aguardar hasta que hablara su corazón. Mientras tanto, llevaba una existencia muy agradable. La señora Willoughby hacía gala de una digna indiferencia ante sus “intenciones”, tan lejana de despreocuparse de la honra de sus hijas como de mostrar esa insoportable alacridad por hacerlo comprometerse que tantísimas veces él, en su calidad de joven con posibles, había notado en las venerables damas de sus islas natales. En cuanto a Bernard, lo único que él pedía era que su amigo tratara a sus hermanas como si fueran suyas; y en cuanto a las propias lindas criaturas, por

mucho que cada una anhelara secretamente el monopolio de las atenciones del señor Lloyd, se ciñeron a un proceder muy decoroso y humilde y discreto.

En su trato mutuo, empero, ellas estaban algo más a la ofensiva. Eran buenas amigas fraternas, entre las cuales habría hecho falta más de un día para que germinara y fructificara la semilla de los celos; pero ambas pensaban que esa semilla había quedado sembrada el día en que el señor Lloyd llegó a la casa. Cada una determinó que, de no cumplirse sus esperanzas, soportaría la decepción en silencio, y que nadie llegaría a sospechar nada; pues, aunque sentían un fuerte amor, asimismo sentían una fuerte soberbia. Pero cada una rezaba en secreto, pese a todo, para que sobre *ella* recayera la gloria. Tuvieron necesidad de una gran cantidad de paciencia, de autodominio y de disimulo. En aquel tiempo, una joven que se preciara no podía permitirse hacer ninguna insinuación, ni casi responder, de hecho, a las que se le hacían. Lo correcto era que permaneciera inmóvil en su asiento con la mirada en la alfombra, contemplando el lugar donde caería el mágico pañuelo. El pobre Arthur Lloyd estaba obligado a llevar a cabo su cortejo en el saloncito revestido de madera, bajo la mirada de la señora Willoughby, de Bernard y de su futura cuñada. Pero la juventud y el amor son tan astutos que era posible intercambiar un centenar de minúsculas señas y promesas sin que las detectara ninguno de aquellos tres pares de ojos. Las dos muchachas compartían la misma habitación y el mismo lecho, conque durante largas horas estaban juntas cada una bajo la observación directa de la otra. Empero, el saberse recíprocamente espiadas no introdujo ni un ápice de diferencia en los pequeños servicios que se prestaban mutuamente, ni en las diversas tareas domésticas que desempeñaban en común. Ninguna desertó ni titubeó ante las silenciosas baterías de la mirada de su hermana. El solo cambio notable que se verificó en sus costumbres fue que ahora tenían menos cosas que contarse una a otra. Era imposible hablar sobre el señor Lloyd y era ridículo hablar sobre cualquier otra cosa. Por tácito acuerdo empezaron a lucir sus mejores ropas y a emplear pequeños instrumentos de coquetería, en forma de cintas y moños y volantes, permitidos por la más incorruptible modestia. De esa misma guisa muda establecieron un pequeño pacto de sinceridad sobre estos delicados menesteres. “¿Quedo mejor así?”, preguntaba Viola, prendiéndose al corpiño un conjunto de cintas y apartando del espejo la mirada para dirigírsela a su hermana. Solemnemente Perdita alzaba la vista de su propia labor y examinaba el ornato. “Creo que sería preferible que añadieras una lazada más”, decía, con gran gravedad, mirando intensamente a su hermana con ojos que agregaban: “Palabra de honor.” Así estaban continuamente cosiendo y modificando sus faldas, y planchando sus muselinas, y urdiendo lociones y pomadas y cosméticos, como las mujeres del hogar del vicario de Wakefield.¹⁰ Transcurrieron unos tres o cuatro meses; ya era pleno invierno y Viola continuaba diciéndose que si Perdita todavía no era capaz de vanagloriarse de algo más que ella, no había mucho que temer de su rivalidad. Pero a estas alturas Perdita, la encantadora Perdita, tenía

¹⁰ Personaje protagonista de la novela homónima de Oliver Goldsmith. (N. del T)

la impresión de que su secretismo se había vuelto diez veces más precioso que el de su hermana.

Una tarde la mayor de las señoritas Willoughby estaba sentada a solas ante el espejo de su tocador, desenredándose los luengos cabellos. Había empezado a anochecer y cada vez había menos luz; encendió las dos velas a ambos lados del marco del espejo y después se acercó a la ventana para cerrar las cortinas. Era un gris atardecer decembrino: el panorama se veía vacío y desolado y el cielo estaba cubierto de nubes nivosas. Al extremo del amplio jardín al cual daba la ventana había una tapia con una puertecita trasera, que comunicaba con un callejón. Dicha puertecita estaba entreabierta, como borrosamente vio en la creciente oscuridad, y morosamente oscilaba en sus goznes, como si alguien la moviera desde el lado del callejón. Sin duda se trataba de una de las criadas. Pero, cuando se disponía a echar la cortina, Viola vio a su hermana entrar en el jardín y echar a andar apresuradamente por el caminito que conducía hasta la casa. Corrió la cortina, aunque dejando una pequeña rendija para espiar. Mientras Perdita recorría el caminito, parecía examinar un objeto que llevaba en la mano, acercándolo mucho a los ojos. Cuando llegó junto a la casa se detuvo un instante, contempló intensamente el objeto y se lo oprimió contra los labios.

La pobre Viola regresó lentamente a su silla y se sentó ante el espejo, en el cual, de haberlo mirado menos abstraídamente, habría visto sus bellas facciones tristemente desfiguradas por los celos. Un instante después, la puerta se abrió a su espalda y su hermana entró en la habitación sin resuello y con las mejillas encendidas por el aire glacial.

Perdita se sobresaltó:

—Qué susto —dijo—. Creía que estabas con mamá. —Las tres mujeres iban a asistir a una merienda, y en tales ocasiones su costumbre era que una de las hijas ayudara a la madre a vestirse. En vez de penetrar, Perdita se quedó junto a la puerta.

—Pasa, pasa —dijo Viola—. Aún nos queda más de una hora. Me gustaría mucho que le hicieras unos cuantos retoques a mi peinado. —Sabía que su hermana quería retirarse y que ella podía ver en el espejo todos sus movimientos en la habitación—. Vamos, ayúdame a peinarme —dijo—, y después yo iré a ayudar a mamá.

De mala gana Perdita acudió a empuñar el cepillo. Vio la mirada de su hermana, en el espejo, firmemente clavada en sus manos. Aún no se lo había pasado tres veces por el cabello cuando Viola aferró su propia mano derecha a la izquierda de su hermana y se levantó de un salto.

—¿De quién es este anillo? —gritó pasionalmente, arrastrándola hacia una luz.

En el dedo corazón de la joven refulgía un anillito dorado, adornado con un par de pequeños rubíes. Perdita decidió que ya no servía de nada guardar secreto, pero que debía efectuar su confesión con audacia.

—Es mío —dijo con orgullo.

—¿Quién te lo ha regalado? —gritó la otra.

Perdita vaciló un instante.

—El señor Lloyd.

—De golpe y porrazo el señor Lloyd se ha vuelto rumboso.

—¡Huy, no —exclamó Perdita, con arrojo—: no de golpe y porrazo! Ha estado ofreciéndomelo desde hace un mes.

—¿Es que necesitas un mes de ruegos para aceptarlo? —dijo Viola, contemplando la pequeña sortija, que en realidad no era extraordinariamente elegante aunque sí la mejor que el joyero de la provincia podía suministrar—. Yo no lo habría aceptado en menos de dos.

—¡No es tanto el anillo —dijo Perdita— cuanto lo que significa!

—Significa que no eres una muchacha decente —gritó Viola—. A ver, ¿mamá está enterada de tu intriga?; ¿y Bernard?

—Mamá ha aprobado mi “intriga”, como tú la llamas. El señor Lloyd ha pedido mi mano, y mamá se la ha concedido. ¿Habrías preferido que te solicitara a ti, hermana?

Viola le dedicó a su hermana una larga mirada, llena de pesadumbre y envidia apasionadas. Después bajó las pestañas sobre las pálidas mejillas y se dio la vuelta. Perdita se hizo cargo de que no había sido una escena agradable; mas la culpa era de su hermana. Pero raudamente la joven de más edad hizo acopio de amor propio, y tornó a encararla:

—Acepta mis felicitaciones —dijo con una débil cortesía—. Te deseo toda la felicidad del mundo, y una muy larga vida.

Perdita se rió amargamente.

—¡No lo digas con ese tono! —exclamó—. Una maldición sería más entusiasta. Vamos, hermana —agregó—, él no puede casarse con las dos.

—Te deseo muchísimas alegrías —reiteró maquinalmente Viola, tornando a sentarse frente al espejo—, y una muy larga vida, e innumerables hijos.

En el sonido de estas palabras hubo algo que no fue del entero agrado de Perdita.

—¿Me concederás un año, al menos? —dijo—. En un año puedo tener un hijo... o cuando menos una hija. Si me dejas el cepillo, te arreglaré el cabello.

—Gracias —dijo Viola—. Será mejor que vayas con mamá. No es correcto que una joven prometida en matrimonio atienda a una muchacha que no lo está.

—De eso nada —dijo Perdita, bienhumoradamente—. Yo ya tengo a Arthur para atenderme. Tú necesitas mis servicios más de lo que yo necesito los tuyos.

Pero su hermana le hizo ademanes para que se fuera, conque ella abandonó la habitación. En cuanto hubo salido, la pobre Viola cayó de rodillas ante el tocador, ocultó la cabeza entre los brazos y derramó un torrente de lágrimas y sollozos. Se sintió muchísimo mejor gracias a esta efusión de pesadumbre. Cuando regresó su hermana, ella insistió en ayudarla a vestirse y en que se pusiera sus mejores galas. La

obligó a aceptar un hermoso encaje de su propiedad, declarando que ahora que iba a casarse debía hacer todo cuanto estuviera a su alcance para aparecer digna de la elección de su novio. Ejecutó esas tareas en severo silencio; pero, aun así, hubieron de servir como disculpa y expiación; no se excusó de ninguna otra forma.

Ahora que Lloyd era recibido por la familia en calidad de pretendiente aceptado, únicamente restaba fijar la fecha de la boda. Se concertó para el cercano mes de abril, y durante el intervalo se realizaron diligentes preparativos para la ceremonia. Lloyd, por su parte, estaba ocupado realizando acuerdos comerciales y estableciendo correspondencia con la gran empresa mercantil a la cual estaba vinculado en Inglaterra. Por consiguiente no fue un tan asiduo visitante de la casa de la señora Willoughby como durante los meses de su timidez e irresolución, y la pobre Viola hubo de sufrir menos de lo que había temido a causa del espectáculo de los mutuos arrumacos de los jóvenes novios. En lo tocante a su futura cuñada Lloyd tenía perfectamente tranquila la conciencia. Entre ellos no había sido pronunciada una sola palabra de sentimiento, y no tenía ni la más remota sospecha de que ella codiciara algo más que un fraternal afecto por parte de él. Se sentía muy feliz: la vida se anunciaba plena de venturas, tanto domésticas como financieras. A la sazón las cárdenas nubes de la revuelta de las colonias todavía estaban veinte años por debajo del horizonte, y era absurdo, era blasfemo, temer que su dicha conyugal tomara derroteros trágicos. Mientras tanto, en casa de la señora Willoughby había un mayor rumor de sedas, un más rápido manejo de tijeras y vuelo de agujas que nunca anteriormente. La señora Willoughby se había propuesto que su hija tuviera el ajuar más espléndido que su dinero pudiera comprar o que el país pudiera suministrar. Fueron convocadas todas las mujeres sabias del condado, y sus gustos aunados fueron inducidos a concentrarse en el vestuario de Perdita. Desde luego no era para ser envidiada la situación de Viola en aquellos momentos. La pobre tenía un irrefrenable amor por los vestidos, y el mejor de los gustos, como sobradamente sabía su hermana. Viola era alta, era exuberante y majestuosa, estaba hecha para portar rígidos brocados y masas de pesados encajes, tales como los propios del atavío de la esposa de un hombre rico. Pero Viola se mantenía apartada, cruzados los hermosos brazos y ausente la mirada, mientras su madre y su hermana y las venerables mujeres antedichas discurrían y cavilaban acerca de sus materiales, abrumadas por la multitud de sus recursos. Un día llegó un hermoso rollo de seda blanca, con brocados de color azul celeste y plata, enviado por el mismísimo novio: en aquel tiempo no se consideraba impropio que el futuro marido contribuyera al *trousseau* de la novia. A Perdita no se le ocurría ninguna confección y disposición que estuviera a la altura del esplendor de aquella tela:

—El azul es tu color, hermana, más bien que el mío —dijo, con ojos zalameros—. Es una lástima que la tela no sea para ti. Tú sabrías qué hacer con ella.

Viola se levantó de su asiento y se acercó a examinar el gran rollo reluciente, extendido sobre el respaldo de una silla. Después lo tomó en sus manos y lo palpó —

amorosamente, como observó Perdita— y se plantó ante el espejo con él. Dejó caer hasta sus pies uno de los extremos y colgó de sus hombros el otro, ciñéndoselo alrededor del talle y dejando su blanco brazo desnudo hasta el codo. Echó hacia atrás la cabeza y contempló su propia imagen, y una trenza de su pelo castaño rojizo cayó sobre la lustrosa superficie de la seda. El efecto era sorprendente. Las mujeres que la rodeaban profirieron un pequeño “¡Oh!” de admiración. “Sí, en efecto —dijo Viola en su fuero interno—, el azul es mi color.” Mas Perdita se dio cuenta de que su imaginación se había disparado y de que ahora se volcaría en la tarea y les resolvería todos sus enigmas modisteriles. Y de hecho lo hizo requetebién, tal como estuvo muy dispuesta a declarar Perdita, sabedora del insaciable amor de su hermana por la mercería. Metros y metros de preciosas sedas y satenes, de muselinas, terciopelos y encajes, pasaron por sus hábiles manos, sin que de sus labios brotara una sola palabra de envidia. Gracias a su laboriosidad, el día de la boda Perdita estaba preparada para lucir mayor número de vanidades de este mundo que cualquier otra temblorosa joven novia que hasta entonces hubiese solicitado la bendición sacramental de un cura de Nueva Inglaterra.

Hablase convenido que la joven pareja viajaría de luna de miel al extranjero para pasar unos días en la mansión campestre de un caballero inglés: un hombre de rango y un muy gentil amigo para con Lloyd. Se trataba de un soltero: se declaró encantado de esfumarse para dejarlos entregados durante una semana a sus caricias y arrullos. Tras la ceremonia en la iglesia —había sido oficiada por un clérigo inglés— la joven señora Lloyd se aprontó a dirigirse a casa de su madre para cambiarse sus galas nupciales por un traje de montar. Viola la ayudó a hacerlo, en la antigua habitacioncita que durante tantos años habían compartido como buenas hermanas. Luego Perdita fue sin pérdida de tiempo a decir adiós a su madre, dejando que Viola la siguiera. La despedida fue breve: los caballos aguardaban a la puerta y Arthur estaba impaciente por emprender viaje. Mas Viola no la había seguido, conque Perdita regresó a su habitación, abriendo la puerta bruscamente. Como de costumbre, Viola estaba frente al espejo, pero en una situación que hizo que la otra se detuviera paralizada por el asombro. Se había puesto el velo y la guirnalda nupciales de Perdita, y en su cuello tenía el oneroso collar de perlas que la joven había recibido de su marido como regalo de bodas. Estos objetos habían sido dejados de lado apresuradamente, para esperar hasta que su dueña dispusiera de ellos a su regreso de la campiña inglesa. Adornada con estas galas ilegítimas, Viola estaba de pie ante el espejo, hundiendo una prolongada mirada en sus profundidades y teniendo Dios sabe qué audaces visiones. Perdita se sintió escandalizada y dolida. Era una espantosa imagen que resucitaba su antigua rivalidad mutua. Avanzó un paso hacia su hermana, como para arrancarle el velo y las flores. Mas, habiendo percibido la mirada de Viola en el espejo, se detuvo.

—Adiós, Viola —dijo— Por lo menos habrías podido esperar a que me hubiera marchado. —Y apresuradamente salió de la habitación.

El señor Lloyd había comprado una casa en Boston que, según el gusto de aquel tiempo, era considerada un prodigio de elegancia y comodidad; y aquí muy pronto se estableció con su joven esposa. De esta guisa quedó separado de la residencia de su suegra por una distancia de treinta kilómetros. En aquella era de primitivos caminos y transportes treinta kilómetros eran como ciento cincuenta de los actuales, conque la señora Willoughby vio escasamente a su hija durante su primer año de matrimonio. Sufrió no poco por su ausencia; y su pesar no se vio aminorado por la actitud de Viola, quien había caído en un estado de apatía y languidez, que hacía imprescindible para su recuperación un cambio de escenario y ambiente. La verdadera causa del decaimiento de la muchacha será adivinada sin dificultad por el lector. Sin embargo, la señora Willoughby y sus compañeras de cotilleo consideraron que su mal era puramente físico y no dudaron de que obtendría alivio del remedio precitado. En consecuencia su madre gestionó en su nombre una visita a unos parientes de su difunto esposo, residentes en Nueva York, que siempre estaban quejándose de lo poco que veían a sus primos de Nueva Inglaterra. Viola les fue enviada a estas buenas personas, con una escolta apropiada, y permaneció con ellas varios meses. En el intervalo su hermano Bernard, que había empezado a ejercer como abogado, se resolvió a tomar esposa. Viola retornó a casa para la boda, aparentemente curada de su melancolía, con encendidos colores en las mejillas y una orgullosa sonrisa en los labios. Arthur Lloyd se vino desde Boston para asistir a la boda de su cuñado, pero sin su esposa, quien en breve esperaba dar a luz. Hacía casi un año que Viola no lo veía. Se alegró —sin saber muy bien por qué— de que Perdita se hubiera quedado en su casa. Arthur parecía feliz, pero estaba más serio y solemne que antes del matrimonio. A ella se le antojó que tenía un aspecto “interesante”... pues aunque este vocablo en su sentido moderno todavía no había sido inventado, podemos estar seguros de que la idea sí. La verdad es que sencillamente estaba preocupado por el inminente trance de su esposa. Pese a ello, de ningún modo dejó de observar la belleza y esplendor de Viola y cómo casi borraba del mapa a la pobre novia. La asignación que antaño Perdita recibía para comprar ropa le había sido transferida ahora a su hermana, quien ciertamente le sacaba el máximo partido. La mañana inmediatamente posterior a la boda, Lloyd hizo colocar una silla de montar femenina en el caballo del criado que con él se había venido desde la ciudad y salió a dar un paseo ecuestre con Viola. Era una clara mañana contagiosa de enero: el suelo estaba limpio y firme, y los caballos en buenas condiciones..., por no hablar de Viola, que estaba preciosa con su empenachado sombrero y su chaqueta azul de montar forrada con pieles. Cabalgaron toda la mañana, se extraviaron y se vieron obligados a detenerse a almorzar en una alquería. Ya había caído la temprana noche invernal cuando lograron regresar. La señora Willoughby los recibió con cara larga. A mediodía había llegado un mensajero despachado por la señora Lloyd: había empezado a sentirse enferma y anhelaba el inmediato regreso de su marido. El joven profirió una blasfemia al pensar que había perdido varias horas y que cabalgando sin

descanso ya habría podido estar junto a su esposa. No accedió a quedarse a tomar un bocado de cenar, sino que montó en el caballo del mensajero y partió al galope.

A medianoche llegó a su hogar. Su esposa había parido una niña.

—Ah, ¿por qué no has estado conmigo? —dijo ella, al llegarse él a la vera de su lecho.

—Había salido cuando se presentó el mensajero. Estaba con Viola —dijo él, inocentemente.

La señora Lloyd articuló un pequeño gemido y volvió la cabeza. Pero la convalecencia iba muy bien, y durante una semana fue ininterrumpida su mejoría. Finalmente, empero, a causa de alguna imprudencia en la dieta o de su afán por abandonar el lecho, se presentaron complicaciones y la pobre mujer empeoró velozmente. Lloyd estaba desesperado. Bien pronto se hizo obvio que la recaída era fatal. La señora Lloyd cobró conciencia de que su fin estaba próximo y declaró que se había resignado a morir. La tercera noche desde que se iniciara el empeoramiento le dijo a su marido que estaba convencida de que no pasaría de esa noche. Hizo salir a los criados, y asimismo le pidió a su madre que abandonara la habitación (la señora Willoughby había llegado el día anterior). Había hecho que trajeran a su hijita a su lecho, y ahora estaba tumbada de costado, con la niña contra su seno, mientras asía las manos de su marido. La lamparilla de noche estaba oculta tras las pesadas cortinas de la cama, pero la estancia era iluminada por un rojizo resplandor procedente del inmenso fuego de leños de la chimenea.

—Resulta extraño morir cerca de un fuego como ése —dijo la joven, débilmente tratando de sonreír—. ¡Ojalá tuviese siquiera una pizca de él en mis venas! Pero se lo he dado todo a esta chispita de humanidad. —Y posó la mirada sobre su hija. Luego alzó los ojos para dedicarle a su marido una larga mirada penetrante. El postrer sentimiento que anidaba en su corazón era de desconfianza. No se había recuperado de la conmoción que Arthur le había producido al enterarla de que en el instante de su tormento él había estado con Viola. Confiaba en su marido casi tanto como lo amaba; pero ahora que iba a abandonar este mundo para siempre, su hermana le inspiraba un escalofriante horror. En el fondo sabía que Viola nunca había dejado de envidiarle su buena suerte; y un año de feliz seguridad no había borrado la imagen de la joven ataviada con sus galas nupciales y sonriendo con imaginado triunfo. Ahora que Arthur iba a quedar solo, ¿qué no haría Viola? Era hermosa, era insinuante; ¿qué artificios no utilizaría, qué impresión no causaría en el melancólico corazón del joven? En silencio la señora Lloyd miró a su marido. Resultaba difícil, pensándolo bien, dudar de su fidelidad. Sus hermosos ojos rebosaban de lágrimas; su rostro se convulsionaba por los sollozos; el asimiento de sus manos era cálido y apasionado. ¡Cuán noble parecía, cuán tierno, cuán fiel y devoto! “No —pensó Perdita—, no está hecho para una mujer como Viola. Jamás me olvidará. Ni realmente Viola lo ama: lo único que ama es el lujo y los vestidos y las joyas.” Y posó la mirada sobre sus pálidas manos propias, que la generosidad de su marido había

cubierto de anillos, y sobre los fruncidos de encaje que formaban el reborde de su camisón. “Viola me envidia más los anillos y los encajes que a mi marido.”

En aquel momento el pensar en la rapacidad de su hermana semejó proyectar una negra sombra entre ella y la indefensa figura de su hijita.

—Arthur —dijo—, tienes que quitarme todos los anillos. No deseo ser enterrada con ellos puestos. Algún día mi hija los llevará: mis anillos y mis encajes y sedas. Hoy he hecho que los sacaran y me los mostraran. Es un magnífico vestuario, no hay ninguno comparable en toda la provincia; puedo decirlo sin vanidad ahora que ya no será mío. Será un magnífico legado para mi hija cuando se haga mayor. En él hay cosas que un hombre no puede comprar dos veces, y si se pierden no hay medio de volver a tenerlas. Conque guárdalas bien. Una docena de ellas se las lego a Viola: ya se las he especificado a mi madre. Le doy aquel vestido de seda recamado de azul y plata; es perfecto para ella; yo sólo lo llevé una vez, no me sentaba nada bien. Pero lo demás debe ser guardado como oro en paño para esta pequeña inocente. Es providencial que su color sea el mismo que el mío; podrá llevar mis vestidos; tiene los ojos de su madre. Ya sabes que las modas se repiten cada veinte años. Podrá llevar mis vestidos sin retocarlos. Hasta que crezca lo suficiente, reposarán envueltos en alcanfor y pétalos de rosa, y conservarán sus colores en la dulcemente perfumada oscuridad. Tendrá el pelo negro, se vestirá con mi satén granate. ¿Me lo prometes, Arthur?

—¿Qué he de prometerte, cariño?

—Prométeme que preservarás los vestidos de tu pobre esposa.

—¿Acaso temes que los venda?

—No, sino que se pierdan. Mi madre los envolverá adecuadamente y tú los guardarás con doble cerradura. ¿Te acuerdas del gran baúl que hay en el ático, reforzado con hierro? Es enorme e inviolable. Ahí podrás meterlos todos. Mi madre y el ama de llaves lo harán y te entregarán la llave. Y tú guardarás la llave en tu secreter y jamás se la entregarás a nadie que no sea tu hija. ¿Me lo prometes?

—Oh, sí, te lo prometo —dijo Lloyd, desconcertado ante la intensidad con que su esposa parecía aferrada a aquel plan.

—¿Lo juras? —insistió Perdita.

—Sí, lo juro.

—Bien..., confío en ti.... confío en ti —dijo la pobre mujer, mirándolo a los ojos con una mirada en que él, si hubiera intuido las vagas aprensiones de ella, habría podido leer una advertencia no menos que una súplica.

Lloyd sobrellevó su pérdida con entereza y hombría. Un mes después de la muerte de su esposa, en el decurso de sus negocios, surgieron circunstancias que le ofrecieron la oportunidad de viajar a Inglaterra. Abrazó tal oportunidad como un remedio contra la tristeza. Estuvo ausente casi un año, durante el cual su hijita quedó bajo los tiernos cuidados y mimos de la abuela. A su regreso volvió a abrir de par en par las puertas de su casa y proclamó su intención de reincorporarse a la vida social

como en la época de su esposa. Muy pronto oyéronse predicciones de que no tardaría en casarse de nuevo, y hubo por lo menos una docena de muchachas de quienes se puede decir que no fue por culpa de ellas si, durante seis meses tras su regreso, la predicción se incumplió. Durante este intervalo su hijita siguió en manos de la señora Willoughby, pues ésta le aseveró a su yerno que un cambio de residencia a tan temprana edad era arriesgado para la salud. Finalmente, empero, él declaró que su corazón ansiaba la presencia de la pequeña y que debía serle reintegrada. Mandó su carruaje y su ama de llaves para recogerla. A la señora Willoughby le entró terror de que a su nietecita le ocurriera algún percance por el camino; y, ante la manifestación de tal sentimiento, Viola se ofreció a acompañarla durante el viaje. Podría regresar al día siguiente. Así es que marchó a Boston con su sobrinita, y el señor Lloyd se la encontró ante el umbral de su casa, emocionado de gratitud ante su amabilidad. En vez de regresar al día siguiente, Viola se quedó allí toda la semana; y cuando por fin volvió a su casa, sólo lo hizo para llevarse algunas de sus cosas. Arthur y la niña no querían ni oír hablar de su marcha. La pequeña lloraba y gemía si Viola la dejaba; y ante la visión de su decaimiento Arthur enloquecía y juraba que también ella iba a morir. En definitiva, nada los tranquilizaba excepto que Viola se quedara hasta que la criaturita se hubiere acostumbrado a las caras desconocidas.

El acostumbramiento tardó dos meses en producirse; pues no fue sino hasta que hubo transcurrido este plazo cuando Viola se despidió de su cuñado. La señora Willoughby se había incomodado e irritado ante la prolongada ausencia de su hija: había declarado que no era decorosa y que estaba siendo la comidilla de toda la región. Había transigido únicamente porque, sin la presencia de la joven, su hogar gozó de un inusitado período de paz. Bernard Willoughby continuaba viviendo en casa de su madre, junto con su esposa, y entre ésta y su cuñada existía una amarga hostilidad. Puede que Viola no fuese ningún ángel; pero en los asuntos cotidianos de la vida era una muchacha de suficiente buen talante, y aunque se peleaba con la mujer de Bernard no era sin mediar provocación. Que se peleaba, sin embargo, era algo sobre lo cual no cabía duda, para gran enojo no sólo de su antagonista, sino también de los dos espectadores de estos continuos altercados. Por consiguiente, el vivir en el hogar de su cuñado habría sido delicioso aunque sólo fuera porque así podía apartarse del objeto de sus antipatías en el hogar materno. Lo era doblemente —lo era diez veces más— por cuanto la mantenía cerca del objeto de su antigua pasión. Las reflexiones de la señora Lloyd se habían quedado lejísimos de la verdad, en lo tocante a lo que por su marido sentía Viola. Había sido una pasión al principio y una pasión seguía siendo: una pasión los efluvios de cuyo radiante calor no tardó en notar el señor Lloyd, atemperados para acomodarse al delicado estado de los sentimientos de éste. Como ya he dicho, Lloyd no era ningún dechado; no entraba en su naturaleza guardar una fidelidad eterna. Aún no había compartido muchos días su hogar con su cuñada cuando comenzó a aseverarse para sus adentros que ésta era, como se solía decir en aquel tiempo, diabólicamente atractiva. No es preciso

investigar si realmente Viola puso en práctica aquellos insidiosos artificios que su hermana se había sentido tentada de atribuirle. Baste decir que siempre hallaba el modo de aparecerse en su aspecto más favorecedor. Todas las mañanas se sentaba junto a la gran chimenea del comedor, con una labor de ganchillo, mientras a sus pies su sobrinita retozaba sobre la alfombra, o sobre la cola de su vestido, y jugaba con sus ovillos de lana. Muy insensible habría sido Lloyd si hubiese permanecido indiferente a las ricas sugerencias de aquel cuadro encantador. Adoraba portentosamente a su hijita, y nunca se cansaba de cogerla en brazos y de lanzarla al aire para volver a recogerla, haciéndola gorjear de alegría. No pocas veces, sin embargo, se permitía mayores libertades de lo que por ahora la pequeña estaba dispuesta a tolerar, y ésta vociferaba súbitamente su desagrado. Entonces Viola depositaba la labor y tendía sus bellas manos con la grave sonrisa de una joven cuya virginal imaginación le hubiera revelado todas las artes apaciguadoras de una madre. Lloyd le entregaba la niña, sus miradas se encontraban, sus manos se rozaban, y Viola apagaba los infantiles sollozos sobre los niveos pliegues del tocado que cruzaba su pechera. Su dignidad era perfecta, y nada podía ser menos intrusivo que el modo en que hacía uso de la hospitalidad de su cuñado. Casi se habría podido decir, quizá, que en su reserva había algo de hosquedad. Lloyd experimentaba la provocativa sensación de que ella estaba en la casa y sin embargo era inabordable. Media hora después de la cena, al mismísimo inicio de las largas veladas invernales, ella encendía su vela, le hacía una asaz respetuosa reverencia al joven y marchaba a acostarse. Si esto eran artificios, Viola era una gran artífice. Pero el efecto de los mismos era tan suave, tan paulatino, estaban calculados para influir sobre el alma del joven viudo con un *crescendo* tan exquisitamente matizado, que, como ya ha visto el lector, hicieron falta varias semanas para que Viola principiara a sentirse segura de que sus ganancias habrían de compensar su desembolso. Una vez que adquirió esta convicción interior, hizo el equipaje y regresó a casa de su madre. Allí esperó durante tres días; al cuarto, el señor Lloyd hizo su aparición: un respetuoso pero apasionado pretendiente. Viola lo escuchó hasta el final con gran humildad y lo aceptó con infinito recato. Es difícil creer que la señora Lloyd le habría perdonado esto a su marido; mas si algo habría podido desarmar su resentimiento habría sido la ceremoniosa continencia de aquella entrevista. Viola le impuso a su novio un brevísimo periodo de noviazgo. Se casaron, como convenía, en la más estricta intimidad, casi en secreto... con la esperanza, tal vez, como a la sazón alguien sugirió maliciosamente, de que la anterior señora Lloyd no llegara a enterarse.

Según toda apariencia el casamiento era venturoso, y cada una de las partes obtenía lo que había deseado: Lloyd una mujer “diabólicamente atractiva”, y Viola... pero hasta ahora los deseos de Viola, como habrá advertido el lector, tienen mucho de misteriosos. En su mutua felicidad hubo, a la hora de la verdad, dos sombras; pero el tiempo podría, acaso, desvanecerlas. Durante los primeros tres años de su matrimonio la señora Lloyd no consiguió ser madre, y por su parte su marido sufrió

grandes descalabros económicos. Esta última circunstancia motivó una drástica reducción de gastos, y por fuerza Viola no pudo llevar la vida de una gran dama en la misma medida que su hermana. Se las industrió, no obstante, para representar con ininterrumpida constancia el papel de mujer elegante, aunque hay que confesar que ello requería el despliegue de un ingenio mayor de lo que corresponde a un auténtico sosiego aristocrático. Desde hacía mucho tiempo había comprobado que el suntuoso vestuario de su hermana había sido secuestrado en beneficio de su hija y estaba languideciendo en la desagradecida oscuridad del polvoriento ático. Era indignante pensar que aquellas gloriosas telas esperarían hasta que las reclamase una niña que se sentaba en una sillita y tomaba leche con migas en una cuchara de madera. Viola tuvo el buen gusto, empero, de no hablar del asunto hasta que hubieron expirado varios meses. Entonces, por fin, tímidamente abordó a su marido. ¿No era una lástima que se estropearan tantos vestidos tan hermosos? Pues se estropearían, sin duda, comidos por la polilla, descoloridos por el tiempo y devaluados por los cambios de las modas. Pero Lloyd le ofrendó una negativa tan abrupta y perentoria que ella comprendió que por el momento su aspiración era vana. Transcurrieron seis meses, sin embargo, que trajeron consigo nuevas necesidades y nuevas ocurrencias. Los pensamientos de Viola se cernían ávidamente sobre las reliquias de su hermana. Subió a examinar el baúl del cual eran prisioneras. En sus tres grandes candados y sus refuerzos de hierro hubo un hosco desafío, que no logró sino acrecentar sus ansias. Había algo exasperante en su incorruptible inviolabilidad. El baúl era como un viejo sirviente canoso y severo que se obstinara en no revelar un secreto de familia. Y además sus vastas dimensiones sugerían un copioso contenido, y cuando Viola golpeó su costado con la punta de la zapatilla se produjo un sonido de estar lleno a rebosar, que la hizo sofocarse de impotentes anhelos.

—¡Es absurdo! —exclamó—. ¡Es una ridiculez, una iniquidad! —Y en el acto determinó llevar a cabo otra tentativa ante su marido. Al día siguiente, después del almuerzo, cuando él se hubo tomado su vino, osadamente ella volvió a la carga. Pero él la interrumpió con gran sequedad:

—De una vez por todas, Viola —dijo—, no hay nada que discutir. Me sentiré gravemente disgustado si vuelves a hablarme de ese asunto.

—Qué bien —dijo Viola—. Me resulta muy agradable enterarme de la valía que se me atribuye. ¡Cielo santo —gritó—, qué mujer tan feliz soy! ¡Es maravilloso sentirse sacrificada a un capricho! —Y sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia y decepción.

Lloyd sentía el natural horror de un hombre bueno a los sollozos de una mujer, y probó —puedo decir condescendió— a explicarse:

—No es un capricho, cariño, es una promesa —dijo—, un juramento.

—¿Un juramento? ¡Bonito motivo de juramentos! Y ¿a quién, si puede saberse?

—A Perdita —dijo el joven, alzando la mirada un instante, pero bajándola de inmediato.

—¡Perdita, ah, Perdita! —Y se desbordó el llanto de Viola. Su pecho se estremeció en tempestuosos sollozos: unos sollozos que eran la retardada reproducción del violento acceso de llanto que la invadiera la noche en que se enteró del compromiso de su hermana. Se había figurado, en sus mejores momentos, que sus celos habían desaparecido; mas he aquí que volvían a hervir tan fieros como siempre—. Y, si me haces el favor, ¿qué derecho —gritó— tenía Perdita a disponer de mi futuro? ¿Qué derecho tenía a obligarte a la mezquindad y la crueldad? ¡Ah, qué digno lugar ocupó y qué bonito papel representó! ¡Tengo que conformarme con lo que Perdita dejó! Y ¿qué es lo que dejó? ¡Hasta ahora no lo había sabido! ¡Nada, nada, nada!

Esto fue un razonamiento muy endeble, pero un apasionamiento muy efectivo. Lloyd pasó el brazo alrededor del talle de su esposa y trató de darle un beso, pero Viola lo rechazó con olímpico desdén. ¡Pobre hombre! Había ambicionado una mujer “diabólicamente atractiva”, y la había conseguido. Fue insoportable aquel desdén. Salió de la estancia mientras le zumbaban los oídos, indeciso, turbado. Ante él estaba el secreter, y en éste la sagrada llave con que su propia mano había echado el triple cerrojo. Se acercó y lo abrió, y extrajo de un cajón secreto la llave, envuelta en un paquetito que él mismo había sellado con su propio noble blasón heráldico. *Teneo*, rezaba la divisa: “Yo guardo.” Pero no se atrevió a devolverla a su escondite. La arrojó sobre la mesa ante su esposa.

—¡Quédatela! —gritó ella—. No la quiero. ¡La odio!

—Yo me lavo las manos de este asunto —dijo su marido—. ¡Dios me perdone!

Despectivamente la señora Lloyd se encogió de hombros y se fue de la estancia, mientras el joven se retiraba por otra puerta. Diez minutos más tarde la señora Lloyd volvió y encontró la estancia ocupada por su pequeña hijastra y la niñera. La llave no estaba sobre la mesa. Miró a la niña. La niña estaba subida en una silla, con el paquetito en las manos. Había roto el sello con sus propios deditos. Prestamente la señora Lloyd se apoderó de la llave.

A la hora habitual de la cena Arthur Lloyd regresó de su contaduría. Era el mes de junio y mientras la cena se servía todavía duraba la luz diurna. La comida estaba sobre la mesa, pero la señora Lloyd no comparecía. El criado a quien su señor envió en su busca, volvió diciendo que estaba vacía la habitación de su señora y que las sirvientas lo habían informado de que no había sido vista desde el almuerzo. Lo cierto es que se habían apercebido de su rostro lloroso y, suponiendo que se habría encerrado en su habitación, no habían querido molestarla. Su marido la llamó por su nombre por diversas partes de la casa, pero sin obtener respuesta. Por último se le ocurrió que tal vez la hallaría si se encaminaba al ático. La idea le produjo una extraña sensación de malestar, y les ordenó a los criados que permanecieran en la planta baja, no deseando ningún testigo de su búsqueda. Llegó al pie de las escaleras que conducían al piso superior y se detuvo con la mano en la barandilla, voceando el nombre de su esposa. Le tembló la voz. Llamó de nuevo, en tono más alto y firme. El

único sonido que rompió el absoluto silencio fue un débil eco de su propia voz, que repetía su llamada bajo el gran alero. Pese a todo se sintió irresistiblemente impulsado a subir las escaleras. Desembocaban en una amplia sala, flanqueada de armarios de madera y rematada por una ventana orientada a poniente, que dejaba pasar los últimos rayos solares. Ante la ventana estaba el enorme baúl. Ante el baúl, arrodillada, el joven vio con asombro y horror la figura de su esposa. Al instante salvó la distancia que los separaba, privado del habla. La tapa del baúl estaba abierta, exhibiendo, entre perfumadas fundas, su tesoro de telas y joyas. Viola había caído hacia atrás mientras permanecía arrodillada, y había quedado con una mano apoyada en el suelo y la otra oprimida contra el corazón. En sus extremidades había la rigidez de la muerte, y en su rostro, a la moribunda luz del sol, el terror de algo más poderoso que la muerte. Sus labios estaban entreabiertos en súplica, en consternación, en agonía; y en su exangüe cuello destacaban las horrendas huellas de los dedos de dos vengativas manos fantasmales.

Un Problema

Septiembre llegaba a su término, y con él la luna de miel de dos jóvenes personas en las cuales celebraré interesar al lector. La habían estirado con un soberano desdén hacia los datos del calendario. Que septiembre tiene treinta días es una verdad sabida por cualquier chiquillo; pero nuestros jóvenes enamorados le habían concedido al menos cuarenta. Pese a todo, en términos globales no deploraban ver finalizar la obertura y alzarse el telón para el drama en el cual habían aceptado los papeles protagónicos. Muy a menudo Emma pensaba en la encantadora casita que la aguardaba en su ciudad y en los sirvientes que su querida madre había prometido contratar; y, a decir verdad, en cuanto a eso, la joven esposa dejaba vagar su imaginación alrededor de las selectas viandas de que esperaba encontrar repletas sus alacenas merced a las mismas cariñosas gestiones. Además, se había dejado el ajuar en casa —considerando absurdo llevarse sus mejores galas al campo— y sentía un gran anhelo por refrescarse la memoria en punto al tono concreto de cierta seda color lavanda y la exacta longitud de la cola de cierto vestido. El lector advertirá que Emma era una persona sencilla *y* corriente *y* que probablemente su vida matrimonial iba a estar hecha de pequeñas alegrías y pequeños disgustos. Era simple *y* amable *y* hermosa *y* joven; adoraba a su marido. También él había empezado a opinar que ya era hora de que vivieran en serio su casamiento. Sus pensamientos volaban hacia su contaduría y su vacío despacho y los posibles contenidos de las cartas que había solicitado a un compañero de oficina que abriese en su ausencia. Pues David, asimismo, era un individuo sencillo *y* corriente, *y* a pesar de que consideraba a su esposa la más dulce de las criaturas humanas —o, precisamente, a causa de ello—, no podía olvidar que la vida está llena de amargas necesidades y peligros inhumanos que soterradamente hacen acopio de fuerzas mientras uno está ocioso. Era feliz, en resumidas cuentas, y no le parecía equitativo continuar disfrutando de su felicidad a cambio de nada.

Por consiguiente, los dos habían hecho el equipaje y encargado el vehículo que a la mañana siguiente habría de conducirlos puntualmente a la estación. El crepúsculo se había iniciado y Emma estaba sentada junto a la ventana sin nada que hacer, silenciosamente despidiéndose del paisaje, al cual sentía que ellos dos habían permitido participar del secreto de su joven amor. Se habían sentado a la sombra de cada uno de aquellos árboles y habían contemplado la puesta de sol desde la cima de cada uno de aquellos peñascos.

David había salido a pagarle la cuenta al casero y a despedirse del doctor, quien

tan útil había sido cuando Emma atrapó un resfriado por pasarse tres horas sentada sobre la hierba tras un abundantemente lluvioso día anterior.

Resultaba aburrido permanecer sentada a solas. Emma cruzó el umbral de la puerta vidriera y se llegó hasta la verja del jardín para ver si regresaba su marido. La casa del doctor estaba a kilómetro y medio de distancia, cerca del pueblo. En vista de que no aparecía David, echó a andar a lo largo del camino, destocada, envuelta en su chal. Era un atardecer precioso. No habiendo nadie a quien decírselo, Emma se lo dijo, con cierto fervor, a sí propia; y a éste agregó otra docena de comentarios, igualmente originales y elocuentes... e igualmente sinceros. Que David era, ¡oh!, tan bueno, y que ella había de ser tan feliz. Que tendría muchas ocupaciones, pero que sería ordenada, y ahorradora, y perseverante, y que su hogar sería un santuario de modesta elegancia y buen gusto; y, además, que podría ser madre.

Cuando Emma llegó a este punto, cesó de meditar y de susurrarle virtuosas inanidades a su conciencia. Se regocijó; caminó con mayor lentitud, y contempló en derredor las oscurecidas colinas que se erguían en suaves ondulaciones contra el luminoso poniente, y escuchó las largas pulsaciones de sonido que ascendían de bosques y setos y las orillas de las charcas. Le zumbaron los oídos, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Mientras tanto ya había recorrido más de medio kilómetro, pero todavía David no estaba a la vista. En este instante, empero, su atención se vio desviada de su búsqueda. A su derecha, al mismo nivel que el camino, se extendía un amplio espacio circular, mitad prado y mitad descampado, limitado al fondo por un bosque. A cierta distancia, cerca del bosque, había un par de tiendas de lona semejantes a las que utilizan los indios vagabundos que venden cestos y artículos tallados en corteza de árbol. En primer término, cerca del camino, sobre un tronco caído, sentábase una joven india que tejía un cesto, con dos niños a su lado. Emma la miró con curiosidad a la par que se acercaba.

—Buenas tardes —dijo la india, devolviéndole la mirada con unos intensos, brillantes ojos negros—. ¿No quiere usted comprar nada?

—¿Qué tiene para vender? —preguntó Emma, parándose.

—Toda clase de cosas. Cestos, y alfileros, y abanicos.

—Me gustaría mucho un cesto... uno pequeño... si son bonitos.

—Oh, sí que son bonitos, ahora mismo lo verá. —Y le dijo algo a uno de los niños, en su propio dialecto. Él se encaminó, obediente, hacia las tiendas.

Mientras éste estuvo ausente, Emma miró al otro niño y lo declaró muy guapo; pero sin llegar a tocarlo, pues el pequeño salvaje estaba sucio a más no poder. La mujer continuó incansable su labor, examinando la persona de Emma de la cabeza a los pies y fijándose especialmente en su vestido, sus manos y sus anillos.

Pocos instantes después el niño regresó con una serie de cestos atados juntos, seguido de una mujer anciana, al parecer madre de la primera. Emma comparó los cestos, seleccionó uno bonito y sacó su monedero para pagarlo. El precio era un

dólar, pero el peculio más pequeño que tenía Emma era un billete de dos dólares y la mujer declaró que no podía cambiárselo.

—Dale el dinero —dijo la anciana— y, por la diferencia, te diré tu futuro.

Emma la miró con vacilación. Era una piel roja vieja y repulsiva, de tétricos ojos negros y atezado rostro surcado por gran número de arrugas.

La mujer de menos edad se percató de que Emma parecía un poco asustada y le dijo algo a su compañera en su bárbaro idioma gutural. Esta última respondió algo, y la otra prorrumpió en una carcajada.

—Déjame tu mano —dijo la anciana— y te diré tu futuro. —Y, antes de que Emma encontrara tiempo para resistirse, le tomó la mano izquierda. La sostuvo unos momentos, con el dorso hacia arriba, contemplando su fina superficie y los diamantes de su dedo corazón. Después, dándole la vuelta, empezó a murmurar y gruñir. Cuando estaba a punto de hablar, Emma vio que miraba medio retadoramente a alguien que por lo visto se encontraba detrás suyo. Volviendo la cabeza, vio que su marido había llegado sin que ella se diera cuenta. Se sintió aliviada. La mujer tenía una pinta horriblemente maligna y despedía, además, un intenso olor a whisky. De esto David se dio cuenta inmediatamente.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a su esposa.

—¿No lo ves? Está diciéndome el futuro.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—Todavía nada. Parece estar aguardando a que se le revele.

Taimadamente la piel roja miró a David, y David le devolvió la mirada con mal disimulado disgusto.

—Va a tener que aguardar mucho tiempo —le dijo a su esposa—. Está bebida.

Había bajado la voz, pero la mujer lo oyó. La otra se echó a reír y le dijo algo a su madre en su propia lengua. Ésta última no dejó de retener la mano de Emma y permaneció callada.

—¿Es tu marido? —dijo, al fin, señalando a David.

Emma asintió con la cabeza. De nuevo la mujer le examinó la mano.

—Antes de un año —dijo— serás madre.

—Es una maravillosa noticia —dijo David—. ¿Será niño o niña?

La mujer miró intensamente a David.

—Niña —dijo. Y después volvió a concentrarse en la palma de Emma.

—Muy bien, ¿eso es todo? —dijo Emma.

—La niña enfermará.

—Es muy probable —dijo David—. Y llamaremos al doctor.

—El doctor no servirá de nada.

—Pues llamaremos a otro —dijo Emma, riéndose... aunque no sin aprensión.

—No servirá de nada. La niña morirá.

Otra vez la joven piel roja se echó a reír. Emma retiró la mano y miró a su marido. Estaba un poco pálido, y Emma lo cogió del brazo.

—Le estamos muy agradecidos por la información —dijo David—. ¿A qué edad morirá nuestra hija?

—Oh, muy joven.

—¿Como cuánto?

—Oh, muy joven. —La anciana no parecía dispuesta a comprometerse a más, conque David se llevó a su esposa.

—Bueno —dijo Emma—, por un dólar no se puede pedir más.

—Creo —dijo David— que ya había estado tomándose todo lo que se puede pedir de un dólar. Apestaba a alcohol.

Durante las siguientes veinticuatro horas Emma extrajo de esta aseveración muchísimo consuelo. En cuanto a David, al cabo de una hora ya se había olvidado por completo de la profecía.

Al día siguiente regresaron a su ciudad. Emma encontró su hogar tal como lo había deseado, y su seda color lavanda ni un ápice demasiado clara, ni la cola de su vestido un centímetro demasiado corta. El invierno llegó y se fue, y seguía siendo una mujer muy feliz. Llegó la primavera, y se acercó el verano y se acrecentó su felicidad. Fue madre de una niña.

Durante algún tiempo tras el nacimiento de su hija, Emma estuvo confinada en su habitación. Solía sentarse con la bebé en su regazo, cuidándola, contando sus respiraciones, preguntándose si le saldría guapa. Con la mente llena de cifras, David atendía su negocio. En una docena de ocasiones Emma se repitió la profecía de la anciana, a veces con temor, a veces con indiferencia, a veces casi con desafío. Luego, declaró que era estúpido recordarla. Una vieja piel roja borracha... vaya providencia más adecuada para su preciosa hija. A estas alturas, quizá, ya era precisamente ella quien habría muerto. Pese a todo, su profecía era llamativa: había parecido tan convencida. Y la otra mujer se había reído tan desagradablemente. Emma no se había olvidado de aquella risa. Bien podía reírse, con sus propios pequeños salvajes alborotadores a su lado.

El primer día en que Emma salió de su cuarto, por la noche, durante la cena, no pudo evitar preguntar a su marido si se acordaba de la predicción de la india. David estaba bebiendo un vaso de vino. Asintió con la cabeza.

—Ya ves que se ha cumplido la mitad —dijo Emma—. Una niña.

—Cariño —dijo David—, cualquiera diría que crees en ella.

—Desde luego enfermará —dijo Emma—. Debemos esperarlo.

—¿Crees, cariño —insistió David—, que ha sido niña porque aquella venerable persona lo dijo?

—Caramba, no, por supuesto que no. Es una simple coincidencia.

—Bien, pues si no es más que una coincidencia, no tenemos por qué preocuparnos. Y si el *dictum* de la anciana era una auténtica predicción, tampoco tenemos por qué preocuparnos. Que se haya cumplido la mitad disminuye las posibilidades para la otra mitad.

Es posible que el lector advierta una fisura en la lógica de David; pero a Emma le pareció suficientemente buena. Apoyada en ella vivió durante un año, al término del cual aquella lógica se vio puesta a prueba en cierto sentido.

Desde luego sería inexacto decir que Emma extremó la protección y el cuidado de su hijita a causa de la afirmación de la anciana: por sí solo su natural cariño era garantía de una vigilancia perfecta. Pero la vigilancia perfecta no es infalible. Cuando la niña cumplió doce meses se puso gravísimamente enferma, y a lo largo de una semana su pequeña vida pendió de un hilo. Me inclino a creer que durante este plazo Emma olvidó por completo la triste predicción suspendida sobre la cabeza de la niña; es un hecho cierto, por lo menos, que no le habló de la misma a su marido y que él tampoco hizo ninguna tentativa de recordársela. Al final, tras una intensa lucha, la pequeña se liberó del cruel abrazo de la enfermedad, jadeante y exhausta pero ilesa. Emma tuvo la sensación de que su hija fuera inmortal y de que, en adelante, la vida no le ofrecería sinsabores. No fue sino hasta entonces cuando una vez más pensó en la profecía de la atezada sibila.

Estaba sentada en el sofá de su cuarto, con la niña dormida en su regazo, contemplando el lento retorno del color alas pálidas mejillas infantiles. David regresó del trabajo y se sentó junto a ella.

—Me pregunto —dijo Emma— lo que nuestra amiga Magawisca (o comoquiera que se llame) diría ahora.

—Se sentiría desesperadamente desairada —dijo David—. ¿A que sí, pequeña convaleciente suprema? —Y con un extremo de su bigote cosquilleó cariñosamente la punta de la nariz de la niña. Suavemente la bebé abrió los ojos y, vagamente consciente de su padre, levantó una mano y lánguidamente aferró la nariz de éste—. A fe mía —dijo David—, es realmente traviesa. Aún queda vida en el perro viejo.

—Oh, David, ¿cómo eres capaz de hablar de esa forma? —dijo Emma. Pero contempló a su marido e hija con una plácida sonrisa radiante. Gradualmente su sonrisa fue poniéndose seria, y después se esfumó, aunque siguió presentando el aspecto de la feliz mujer que era. La niñera regresó de cenar y se hizo cargo de la pequeña. Emma se quedó sentada en el sofá. Cuando la niñera ya estuvo en la habitación contigua, ella puso su mano sobre una de las de su marido.

—David —dijo—, tengo un pequeño secreto.

—No me cabe duda —dijo David— de que tienes una docena. Eres la mujer más reservada, clandestina y misteriosa que he visto en mi vida.

Inútil aclarar que esto era simplemente una muestra del exuberante humorismo de David; pues Emma era el alma más comunicativa y simpática del mundo. Albergaba, de un modo silencioso, una apasionada devoción hacia su marido, y era parte de su religión hacerlo su confidente. Tenía, por supuesto, hablando con propiedad, muy poco que confiarle. Pero siempre le confiaba ese poco, con la esperanza de que un día él le confiaría lo que la complacía creer su muchísimo.

—No es exactamente un secreto —prosiguió Emma—; sólo que casi lo parece

por habérmelo callado tantísimo tiempo. Pensarás que soy muy tonta, David. No me atrevía a mencionarlo mientras hubiera alguna posibilidad de certeza en las palabras de aquella horrible vieja piel roja. Pero, ahora que se han demostrado falsas, parece ridículo callármelo; no es que nunca me obsesionara, pero si no dije nada sobre ello, fue por tu bien. Estoy segura de que a ti no te inquietará; y, si a ti no te inquieta, David, tampoco tiene por qué inquietarme a mí.

—Hija mía, ¿qué diantre se avecina? —dijo David “¡Si a ti no te inquieta, tampoco tiene por qué inquietarme a mí!” Haces que a uno se le ponga la carne de gallina.

—Caramba, se trata de otra profecía —dijo Emma.

—¿Otra profecía? Sepámosla, pues, claro que sí.

—No querrás decir, David, que piensas creértela.

—Depende. Si me es favorable, por supuesto que me la creeré.

—¡Si te es favorable! ¡Oh, David!

—Mi querida Emma, no hay que burlarse de las profecías. Fíjate en ésta acerca de la niña.

—Fíjate en la niña, diría yo.

—Exactamente. ¿Acaso no fue niña?, ¿acaso no ha estado a las puertas de la muerte?

—Ya, pero la anciana añadió que las franquearía.

—Bah, no tienes imaginación. Por supuesto, las profecías nunca aciertan en el desenlace; pero sí en muchas cosas que conducen a él.

—Muy bien, cariño, ya que pareces tan resuelto a creer en ellas, me pesaría impedírtelo. Considera ésta como un regalo.

—¿Fue una piel roja, esta vez?

—No, fue una vieja italiana: una mujer que los sábados por la mañana venía al colegio a vendernos golosinas y baratijas. Ya ves que de esto hace más de diez años. A las profesoras les desagradaba; pero nosotras la dejábamos entrar al jardín por una puerta trasera. Llevaba una especie de cajón, como los buhoneros. Tenía caramelos y pasteles, y guantes de cabritilla. Un día se ofreció a leernos el porvenir en los naipes. Extendió sus cartas sobre el cajón y media docena de alumnas nos prestamos al ceremonial. Las demás se asustaron. Creo que fui la segunda en orden. Me soltó un largo rollo que ya he olvidado, pero no me dijo nada sobre novios ni maridos. Eso, por supuesto, era lo único que nos interesaba a todas; pero, aunque me sentí defraudada, me daba vergüenza formularle pregunta alguna. A las muchachas que siguieron a mí les prometió sucesivamente los más espléndidos matrimonios. Me pregunté si mi destino era ser una solterona. La idea era horrible, conque me propuse intentar conjurar tamaño hado. “¿Y yo?”, le dije cuando ella estaba a punto de recoger su tinglado; “¿es que no voy a casarme?” Me miró y después volvió a echarme las cartas. Supongo que deseó compensarme por su negligencia. “Huy, usted, señorita”, dijo, “supera a cualquiera de las otras. ¡Se casará dos veces!” Ahora, cariño —agregó

Emma —, que disfrutes con eso. —Y recostó la cabeza en el hombro de su marido y lo miró sonriente a la cara.

Pero David no sonrió en absoluto. Todo lo contrario, permanecía muy serio. Enseguida Emma abandonó su sonrisa y también se puso seria. De hecho, se puso afligida. Le pareció resueltamente antipático por parte de David tomarse de un modo tan severo su pequeña anécdota.

—Es muy extraño —dijo David.

—Es una bobada —dijo Emma—. Lamento habértelo contado, David.

—Yo celebro que lo hayas hecho. Es extremadamente curioso. Atiende y verás: también yo tengo un secreto, Emma.

—Pues no quiero escucharlo —dijo Emma.

—Sí que lo escucharás —dijo el joven—. Hasta hoy no lo había mencionado por la sencilla razón de que lo había olvidado... olvidado por completo. Pero tu anécdota me lo trae a la memoria. También a mí una vez me leyeron el porvenir. No fue ni una india ni una gitana. Fue una joven dama, de la alta sociedad. No me acuerdo de su nombre. Yo tenía menos de veinte años. Estaba en una fiesta, y ella les decía el futuro a los invitados. Echaba las cartas; afirmaba tener ese poder. No sé lo que yo habría estado diciendo. Supongo que, como les gusta hacer a los muchachos de esa edad, había estado destilando sarcasmos a propósito de la vida matrimonial. Recuerdo que alguien me presentó a esta persona, diciéndole que aquí había un joven que declaraba que nunca se casaría. ¿Era cierto? Ella consultó sus cartas y dijo que era completamente falso, y que yo iba a casarme dos veces. Todo el mundo se echó a reír. Me sentí mortificado. “Y ¿por qué no dice usted tres veces?”, dije. “Porque”, contestó, “mis cartas solamente indican dos”. —David se había levantado del sofá, y estaba de pie ante su esposa—. ¿No te parece curioso? —dijo.

—Bastante curioso. Cualquiera diría que a ti te parece algo más.

—Ya sabes —siguió David— que los dos no podemos casarnos dos veces.

—“¡Ya sabes!” —exclamó Emma—. Bravo, querido. “Ya sabes” es delicioso. Acaso querrías que yo desapareciera y te diera una oportunidad.

Medio sorprendido ante el desabrimiento de sus palabras, David miró a su esposa. Por lo visto estuvo a punto de pronunciar algunas frases conciliadoras; mas pareció irresistiblemente impresionado, otra vez, por la singular similitud de las dos predicciones:

—¡A fe mía —exclamó—, es sobrenaturalmente extraño! —Le entró un ataque de risa.

Emma se llevó las manos a la cara y se quedó callada. Luego, pasados unos instantes, exclamó:

—¡Por mi parte, yo creo que es extraordinariamente desagradable! —Abrumada por el esfuerzo de hablar, prorrumpió en lágrimas.

Nuevamente su marido se sentó a su lado. Insistió en el aspecto jocoso del caso... en conjunto, quizá, inoportunamente.

—Vamos, Emma —dijo—, seca tus lágrimas y consulta tu memoria. ¿Estás segura de nunca haber estado casada antes?

Emma rechazó sus caricias y se levantó. Luego, volviéndose súbitamente, dijo con vehemencia:

—¿Y usted, señor?

A guisa de respuesta David tornó a reírse; y después, atalayando un momento a su esposa, se incorporó y la siguió.

—*Où diable la jalousie va-t-elle se nicher?* —exclamó. La rodeó con los brazos, ella se sometió y él la besó. En este momento un pequeño lamento brotó de la bebé en la habitación vecina. Apresuradamente Emma salió.

¿Dónde, en verdad, como había preguntado David, irán a colarse los celos? ¿En qué extraños lugares improbables harán su aparición? Anidaron en el candoroso corazón de la pobre Emma y, a su antojo, se instalaron y acomodaron allí. La pequeña escena que acabo de describir no dejó a ninguno de los participantes, de hecho, igual que lo encontró. David había dado un beso a su esposa y le había demostrado la insensatez de sus lágrimas, pero no había abjurado de su historia. Por espacio de diez años no había pensado en la misma; pero, ahora que la había recordado, fue totalmente incapaz de apartarla de su mente. Lo asediaba, y lo hostigaba y distraía; se inmiscuía en sus pensamientos en los momentos más inoportunos; le zumbaba en los oídos y danzaba entre las columnas de cifras de sus grandes libros de cuentas en folio. A veces la predicción de la joven dama se confundía con una prodigiosa hilera de números, y saltaba desde su humilde puesto entre las unidades hasta las centenas de millar. David se veía casado un millón de veces. Mas, pensándolo bien, según reflexionó, lo raro no era que estuviera predestinado, según la joven dama, a casarse dos veces... sino que a la pobre Emma también le hubiera sido asignada la misma suerte. Se trataba de un conflicto de oráculos. Sería una interesante indagación, si bien por el momento, claro está, totalmente irrealizable, averiguar cuál de los dos era más fidedigno. Pues ¿cómo era dable que pudieran cumplirse ambos? El más acendrado ingenio era incapaz de reconciliar su mutua incompatibilidad. ¿Acaso alguna de las augures había hablado en sentido figurado? A David le pareció que esto era caracterizarlas como un poco excesivamente retorcidas. La solución más sencilla —aparte no pensar para nada en la cuestión, cosa que no podía comprometerse a lograr— era discurrir que cada una de las profecías invalidaba la otra y que cuando se convirtió en marido de Emma sus supuestos destinos se vieron burlados.

A Emma le resultó absolutamente imposible tomarse con tanta calma la cuestión. Durante un mes la sopesó día y noche. Admitía que la perspectiva de un segundo matrimonio era, a la fuerza, irreal para uno de ellos; mas su corazón pugnaba por descubrir para cuál de ellos era real. Se había reído de la insensatez de la amenaza de la india; mas le fue imposible reírse de la extraordinaria coincidencia entre la suerte asignada a David y la suya propia. Que fuera absurda e ilógica no

lograba sino volverla aún más penosa. Llenaba su vida de una horrible incertidumbre. Parecía anunciar que, se cumplieran estrictamente o no, por cualquiera de las partes, los estúpidos disparates de un par de charlatanas, indudablemente había alguna oscura nube que se cernía sobre su matrimonio. ¿Por qué habían tenido que ser pronunciadas cosas tan extrañas sobre una joven pareja decente? ¿Por qué habían sido ellos llamados a descifrar un acertijo tan indescifrable? Emma estaba amargamente arrepentida de haber contado su secreto. Y sin embargo, asimismo, estaba satisfecha; pues habría sido espantoso que David, no estimulado a revelar su propia peripecia, hubiera mantenido oculta en su pecho una circunstancia tan horrible, proyectando Dios sabe qué siniestra influencia sobre la vida y la suerte de ella. Ahora ella podía borrarla: podía combatirla, reírse de ella. Y también David podía hacer lo mismo con el misterioso pronóstico de su propio fenecimiento. Jamás la imaginación de Emma se había mostrado tan activa. Situaba las dos caras de su destino bajo todas las luces concebibles. En un momento determinado, imaginaba que David podía sucumbir a la presión de su ilusorio destino y dejarla viuda, libre para volver a casarse; y al momento siguiente pensaba que él se entusiasmaría con la idea de obedecer a su propio oráculo y la aplastaría a ella hasta la muerte con el masculino vigor de su voluntad. Luego, de nuevo, se sentía como si su propia voluntad fuera indestructible y como si llevara sobre la cabeza la mano protectora del hado. El amor era mucho, ciertamente, pero el hado era más. Y aquí, en realidad, ¿qué era el hado sino el amor? Puesto que había amado a David, igualmente podía amar a otro. Se estrujaba su pobre cerebritito para pintarse a este futuro dueño de su vida. Pero, si hay que hacerle justicia, ello era en vano. No podía olvidar a David. Pese a todo, se sentía culpable. Y luego pensaba en David y se preguntaba si también él era culpable..., si soñaba con otra mujer.

De esta guisa fue como Emma se volvió celosa. No voy a negar que era una muchacha de limitados alcances mentales. Ya he dicho expresamente que era una persona de índole muy normalita; y la intensidad de su antigua confianza ilimitada en su marido era proporcionada a la de sus actuales sospechas y fantasías.

Desde el momento en que Emma se volvió celosa, el ángel doméstico de la paz sacudió sus inmaculadas alas y emprendió un melancólico vuelo. Inmediatamente Emma se delató a sí propia. Acusó a su marido de indiferencia y de preferir el trato de otras mujeres. En cierta ocasión le dijo que muy bien podía hacerlo así si tal era su deseo. Ello fue a propósito de una velada a la cual habían sido invitados ambos. Por la tarde, mientras David estaba en el trabajo, la bebé se había indispuerto y Emma había escrito una nota para comunicar que no iba a serles posible asistir. Cuando David regresó, ella le habló de la nota y él se echó a reír y dijo que se preguntaba si la anfitriona se figuraría que él ejercía las funciones de niñera. Por su parte, declaró que él sí se proponía aceptar la invitación; y a las nueve ya estaba elegantemente vestido. Pálida e indignada, Emma lo contempló:

—Si bien se mira —dijo—, haces bien. Aprovecha el tiempo que te queda.

Fueron unas palabras horribles y, como es natural, cavaron una ancha zanja entre marido y esposa.

De vez en cuando Emma experimentaba el impulso de tomarse la revancha, y buscar su felicidad en la vida social, y en las galanterías y atenciones de hombres atractivos. Pero nunca fue demasiado lejos. Semejante felicidad parecía más bien un goce problemático, y el gran mundo no tuvo ningún motivo para sospechar que no se encontraba en la mejor de las relaciones con su marido.

Por su parte, David sí fue mucho más lejos. De un individuo tranquilo, casero, afectuoso, paulatinamente pasó a ser un nervioso, inquieto, insatisfecho hombre de diversiones, aficionado a cenar fuera de casa y frecuentar clubes y teatros. Había sido incapaz de mofarse de las dos profecías desde el momento en que se percató de la influencia de éstas sobre su vida. Primero una, luego la otra, dominaban su imaginación y, en ambos casos, le era imposible vivir como habría vivido haciéndoles caso omiso. A veces, ante el pensamiento de una muerte prematura, se sentía poseído de un apasionado apego a la vida y de un irresistible deseo de saciarse de placeres mundanos. En otros momentos, pensando en la posible muerte de su esposa y su sitio ocupado por otra mujer, experimentaba una vehemente y perversa impaciencia ante cualquier posible demora en el desarrollo de los acontecimientos. Deseaba aniquilar el presente. Vivir en tan aguda y tan febril expectación no era vivir. Eventualmente el pobre David se sentía tentado por métodos drásticos de matar el tiempo. Gradualmente la sempiterna oscilación entre una faceta de su destino y la otra, y el constante cambio de una pasional exaltación a una apatía igualmente morbosa, desembocaron en un estado de excitación crónica, no muy distinto de la demencia.

Hacia esta época trabó conocimiento con una joven soltera a la cual puedo llamar Julia: una persona sumamente dotada y encantadora, de un carácter capaz de ejercer una benéfica influencia aquietante sobre su acuitado espíritu. Andando el tiempo, él le contó la historia de su revolución doméstica. Al principio, ella se sintió muy divertida: se rió de él y lo tachó de supersticioso, fantástico y pueril. Pero él se tomó tan a mal su ligereza, que ella cambió de estrategia y le siguió la corriente.

Le pareció, no obstante, que el caso de él era grave y que, si no se hacía algún intento por atajar su creciente distanciamiento de su esposa, la felicidad de los dos cónyuges podría irse para no volver. Estaba convencida de que el ridículo fantasma del enigmático futuro de ambos podría ser eficazmente disipado únicamente por medio de una reconciliación. Dudaba de que su mutuo amor estuviera muerto para siempre. Sólo estaba aletargado. Si ella consiguiera reavivarlo, podría retirarse con el corazón tranquilo y dejarlo dueño de la casa.

Conque sin enterar a David de su intención, Julia se arriesgó a visitar a Emma, a quien no conocía personalmente. Apenas sabía qué iba a decirle; fiaría en la inspiración del momento; meramente deseaba arrojar un rayo de luz en el oscurecido hogar de la joven esposa. Emma, según imaginaba ella, sería una sencilla persona

sensible: ante un ofrecimiento de comprensión quedaría fácilmente conmovida.

Pero, si bien ella no conocía a Emma, la joven esposa tenía un considerable conocimiento de Julia. Había hecho que se la señalaran en público; Julia era hermosa. Emma la odiaba. La consideraba como la tentadora y genio del mal de su marido. Se persuadió de que ellos dos ansiaban su muerte, para poder casarse. Tal vez ya eran amantes. Sin duda los encantaría matarla. De esta guisa fue como, en vez de encontrarse con una persona amable, entristecida y sensible, Julia se encontró con una mujer amargada y rencorosa, enfurecida por una sensación de insulto e injuria. A Emma la visita de Julia se le antojó el colmo de la insolencia. Se negó a escucharla. Su cortesía, su gentileza, su alegato en pro de una reconciliación, le dieron la impresión de ser una burla y una trampa. Finalmente, perdido todo autodomínio, le aplicó a Julia un muy duro calificativo.

Entonces Julia, que poseía mucho temperamento, perdió a su vez la compostura y descargó un golpe para reafirmar su dignidad: un golpe, empero, que por desdicha rebotó contra David.

—Yo había rehusado tenazmente, señora —dijo—, creer que es usted boba. Pero usted misma me ha convencido.

Tras estas palabras se retiró. Pero a Emma la traía sin cuidado que se quedara o se marchara. únicamente tenía conciencia de una cosa: David la había llamado boba delante de otra mujer.

—¿Boba? —gritó—. Desde luego que lo he sido. Pero ya no voy a serlo más.

Inmediatamente hizo los preparativos para abandonar la casa de su marido, y cuando David se presentó la halló lista a marcharse con su hija y una criada. En pocas palabras ella le contó que se iba a casa de su madre, que en su ausencia él había utilizado a otras personas para que la insultaran en su propia casa y se veía obligada a buscar el amparo de su familia. David no opuso ninguna resistencia. No trató de protestar contra la acusación. Había estado preparado para cualquier cosa. Era el destino.

En consecuencia Emma se marchó a casa de su madre. Se sintió respaldada en esta medida extraordinaria, y en los largos meses de retiro que la sucedieron, por una exacerbada conciencia de su propia comparativa integridad y virtud. Al menos, ella había sido una esposa fiel. Había resistido, había sido paciente. Cualquiera que fuese su destino, no había hecho ninguna indecente tentativa para adelantarlo. Se consagró más que nunca a su hijita. El relativo sosiego y libertad de su existencia le infundió casi una sensación de felicidad. Sintió ese hondo aplomo que llena el alma cuando se ha comprado la tranquilidad al precio de la reputación. Ahora ya no había, por lo menos, ninguna falsedad en su vida. Ni le concedía importancia a su matrimonio ni fingía concedérsela.

En cuanto a David, apenas veía a nadie excepto a Julia. Julia, ya lo he dicho, era una mujer de gran mérito y de absoluta generosidad. Muy pronto se le pasó el enojo por la afrenta que había recibido de Emma y, como no desesperaba, todavía, de ver

restablecida la paz en el hogar del joven, consideró un deber de conciencia utilizar su influjo para mantener a David en unas condiciones espirituales tan cuerdas y honestas como lo permitieran las circunstancias. "Puede que ella me odie —pensaba Julia—, pero yo lo vigilaré por el bien de ella." La de Julia, como puede apreciarse, era la única cabeza sensata en todo este asunto.

David tenía su propia opinión sobre sus relaciones:

—Desde luego vendré a visitarte tan a menudo como me plazca —afirmó—. Tomaré mi consuelo dondequiera que lo encuentre. Ella cuenta con su hija, con su madre. ¿Va a reprocharme que yo tenga una amiga? Puede dar gracias a sus astros de que no me entrego a la bebida o al juego.

Durante seis meses David no vio a su esposa. Por último, una velada, mientras estaba en casa de Julia, recibió esta nota:

"Tu hija ha muerto esta mañana, tras varias horas de padecimientos. Mañana por la mañana se efectuará el entierro.

E."

David le pasó la nota a Julia.

—Después de todo —dijo—, estaba en lo cierto.

—¿Quién estaba en lo cierto, pobre amigo mío? —preguntó Julia.

—La vieja piel roja. Cantamos victoria demasiado pronto.

A la mañana siguiente fue a casa de su suegra. Reconociéndolo, la criada lo hizo pasar a la habitación donde yacían los restos mortales de su pobre hijita, preparados para el entierro. Junto a la velada ventana estaba su suegra, en conversación con un caballero —un tal señor Clark— en quien David reconoció a un clérigo predilecto de su esposa y que a él jamás le había caído simpático. A su entrada, la dama le hizo una elegantísima reverencia —si, de hecho, puede decirse que está incluida en el reglamento que gobierna las saluciones de esta clase una tal reverencia, en que la cabeza se alza en la misma proporción en que el cuerpo descende— y salió majestuosamente de la estancia. David hizo un saludo al clérigo y se acercó a contemplar el pequeño vestigio de mortalidad que una vez fuera su hija. Tras un decoroso intervalo, el señor Clark se aventuró a interpellarlo:

—Sobre usted ha descendido una gran prueba, señor —dijo el clérigo.

David asintió en silencio.

—Supongo —prosiguió el señor Clark— que ha sido enviada, como toda prueba, para recordarnos nuestra débil y dependiente condición, para purificarnos de obstinación y orgullo, para hacernos examinar nuestros propios corazones y comprobar si por un acaso no hemos permitido que la mala hierba de la locura cubra y ahogue la humilde flor de la sensatez.

Yo dudaría en afirmar que deliberadamente el señor Clark había preparado este discurso con miras a la ocasión. Los caballeros de su profesión siempre llevan a mano

estas pequeñas píldoras de sentimentalismo. Pero estaba, desde luego, enterado de la separación entre Emma y su marido (aunque no de los motivos originarios) y, cual hombre de convicciones religiosas profundas, imaginaba que, bajo la acción suavizadora de una pena común, sus dos endurecidos corazones podrían derretirse y tornar a fundirse en uno solo.

—Cuanto más perdemos, amigo mío —insistió—, más debemos cuidar y valorar lo que nos queda.

—Dice usted bien, caballero; pero, por desgracia —dijo David—, a mí ya no me queda nada.

En este momento se abrió la puerta y entró Emma, pálida y vestida de luto. Se detuvo, al parecer sorprendida de ver a su marido. Pero, al volver David la cabeza hacia ella, ella avanzó.

David sintió como si el cielo hubiera enviado un ángel para dar un mentís a sus últimas palabras. Su rostro enrojeció: primero de vergüenza, y luego de alegría. Abrió los brazos. Emma hizo brevemente un alto, luchando con su orgullo, y miró al clérigo. Éste alzó la mano, en un pío ademán sacramental, y ella se precipitó al cuello de su marido.

El clérigo tomó la mano de David y se la estrechó; y aunque, como ya he dicho, el joven jamás había simpatizado especialmente con el señor Clark, devotamente le devolvió el apretón.

—Pues bien —dijo Julia, una quincena después (ya que en el intervalo Emma había terminado accediendo a que su marido conservara su amistad con esta mujer, e incluso llegado ella misma a considerarla una excelente persona)—, pues bien, yo no veo sino que al fin el terrible problema ha quedado resuelto, y que cada uno de vosotros se ha casado dos veces.

La Venganza De Osborne

1

Philip Osborne y Robert Graham eran amigos íntimos. Este último había ido a pasar el verano en ciertos manantiales medicinales en las afueras de Nueva York, el recurso a los cuales había sido prescrito por su médico. En cambio, Osborne —de profesión abogado y con una clientela en veloz aumento— había quedado confinado a la ciudad y había aguantado que junio y julio pasaran no inadvertidos, bien lo sabe Dios, aunque sí enteramente inapreciados. Hacia mediados de julio comenzó a intranquilizarse al no recibir noticias de su amigo, habitualmente el mejor de los correspondientes. Graham poseía un cautivador talento literario, y sobrado tiempo libre, por carecer de familia y de ocupación. Osborne le escribió preguntándole el motivo de su silencio y solicitándole una pronta respuesta. Al cabo de unos días recibió la siguiente carta:

QUERIDO PHILIP: Mi salud actual es, como conjeturaste, insatisfactoria. Estas infernales aguas no me han sentado nada bien. Al contrario: me han envenenado. Me han envenenado la vida, y por Dios que desearía no haber venido nunca a ellas. ¿Recuerdas la “Dama Blanca” de El monasterio,¹¹ que se le aparecía al protagonista en el manantial? Hay una igual aquí, en este manantial... que como ya sabes tiene sabor a azufre. Juzga la índole de la joven. Me ha embrujado y no consigo librarme de su hechizo. Pero me propongo intentarlo otra vez. No pienses que estoy chiflado, sino espera a verme la semana próxima. Siempre tuyo:

R. G.

El día posterior a la recepción de esta carta, Osborne conoció, en casa de una amiga retenida en la ciudad por la enfermedad de uno de sus hijos, a una mujer que acababa de llegar de la comarca donde Graham había asentado sus reales. Dicha mujer, de nombre señora Dodd y viuda, había visto mucho al joven y al referirse a él puso una cara muy larga e hizo cobrar una rara expresión a su mirada. Percatándose de que estaba dispuesta a ser confidencial, Osborne maniobró para que pudiera conversar con él en privado. Ella le aseguró, desde detrás de su abanico, que su amigo estaba muriéndose a causa de su destrozado corazón. Había que hacer algo. En resumen la historia era ésta. Graham había trabado conocimiento, a principios del

¹¹ Novela de Walter Scott. (N. del T)

verano, con una joven, una tal señorita Congreve, que se alojaba en la vecindad con una hermana casada. No era guapísima, pero sí inteligente, graciosa y agradable, y de inmediato Graham se enamoró de ella. Ella había alentado sus avances, según sabían todos los amigos de ambos, y al cabo de un mes —en los pequeños balnearios se desarrolla muy rápido cualquier asunto del corazón— su compromiso, aunque todavía no anunciado, se esperaba de un momento a otro. Pero en este punto había hecho su aparición en la pequeña sociedad uno de cuyos más brillantes ornatos era la señorita Congreve, un extraño —un tal señor Holland, procedente del Oeste—, hombre de idéntica edad que Graham pero de más favorecida presencia. Sin importarle la circunstancia de que notoriamente los afectos de la joven ya tuvieran destinatario, al punto había comenzado a cortejarla. Igualmente despreocupada de la susodicha circunstancia, Henrietta Congreve había sido toda sonrisas, toda seducción. En el transcurso de una semana, de hecho, progresivamente había transferido sus favores del antiguo enamorado al nuevo. Graham había sido abandonado a su propia suerte: ella había cesado de mirarlo, de hablarle, de pensar en él. Pese a ello Graham continuaba en el balneario, como si hallara una especie de fascinación en sentirse herido y en ver juntos a la señorita Congreve y a Holland. Además, sin duda deseaba que la gente pensara que, por buenas razones, la joven había dejado de interesarlo y por consiguiente él no era quien tenía por qué ocultarse. Era orgulloso, lacónico y reservado, mas sus amigos no tuvieron dificultad en percibir que su dolor era intenso y que su herida era casi mortal. La señora Dodd declaró que, a menos que fuese distraído de su pesar y apartado del contacto con los diversos escenarios y objetos que le recordaban su desdichada pasión —y, sobre todo, privado de la diaria oportunidad de observar a la señorita Congreve—, no respondía de su salud mental.

Osborne no dejó de tener en cuenta las posibles exageraciones. A toda mujer, reflexionó, le gusta mucho hinchar las historias... máxime cuando se trata de historias tristes. Pese a ello se sintió muy ansioso y en el acto escribió una larga carta a su amigo, preguntándole hasta qué punto era cierta la pequeña novela de la señora Dodd y apremiándolo para que sin pérdida de tiempo regresara a la ciudad, donde, si era sustancialmente cierta, podría procurar distraerse. Graham contestó presentándose en persona. Al principio, Osborne se sintió francamente aliviado. Su amigo tenía un aspecto más saludable y robusto que desde hacía meses. Pero, al ponerse a conversar con él, lo encontró convertido moralmente, cuando menos, en un triste minusválido. Se mostraba apático, abstraído y enteramente inactivo de alma. Con desaliento Osborne comprobó que no reaccionaba ante sus tentativas de interrogatorio ni sus manifestaciones de simpatía. Por naturaleza Osborne no guardaba respeto a las aflicciones sentimentales. No era hombre que suavizara sus pisadas porque su vecino de abajo guardara cama a causa de un corazón destrozado. Mas se percató de que no serviría de nada hacerle chistes al pobre Graham y de que éste era completamente inaccesible al contagio de la alegría. Graham le suplicó que

no lo creyese malsano o indiferente a su amabilidad y que le permitiese no hablar de su problema hasta haberlo superado. Había resuelto olvidar. Cuando hubiere olvidado —al modo en que se olvidan semejantes cosas—, cuando por lo menos hubiere logrado verlo como algo tolerablemente perteneciente al pasado, entonces le contaría todo sobre ello. En el momento presente había de ocupar sus pensamientos con otra cosa. Era arduo decidir lo que hacer. Era arduo irse de viaje sin un objetivo. Y sin embargo el calor insoportable tornaba imposible que se quedara en Nueva York. Podía irse a Newport.

—Un momento —dijo Osborne—. ¿La señorita Congreve se ha ido a Newport?

—No que yo sepa.

—¿Ni pensaba irse allí?

Graham se quedó callado.

—¡Santo cielo! —exclamó, por último—. ¡Impídemelo! Todo lo que quiero es verlo vedado para mí. Yo no soy capaz de impedírmelo. ¿Alguna vez habías visto a un ser humano tan degradado? —añadió, con una sonrisa espantosa—. ¿Adónde puedo ir?

Philip se acercó a su mesa y empezó a revolver en un fajo de papeles atado con una cinta roja. Escogió varios de estos documentos y los colocó aparte. Después, volviéndose hacia su amigo, le dijo mirándolo a los ojos:

—Vas a ir a Minnesota. —La propuesta iba en serio y, en virtud de la misma seriedad de su intención, a Osborne le habría gustado ver a Graham oponer alguna resistencia. Mas éste continuó sentado mirándolo con una expresión solemne que (a la luz de posteriores acontecimientos) arrojó una lúgubre sombra sobre todo el episodio. “¡Diantres! —pensó Osborne—. ¿Es que se ha quedado atontado?” Y dijo en voz alta—: Lo que necesitas es tener algo en que pensar. Un hombre ocioso no puede esperar curarse de semejantes cuitas. Tengo algunos asuntos que solucionar en St. Paul y sé que si les consagras tu atención estás tan capacitado para resolverlos como el que más. Es un encargo sencillo, pero requiere una persona digna de confianza. Conque dependeré de ti.

Graham se aproximó para coger los documentos y los ojeó maquinalmente.

—No te preocupes por ellos ahora —dijo Osborne—; ya es más de medianoche: debes marcharte a la cama. Mañana por la mañana te pondré *au fair* y pasado mañana, si aceptas, saldrás de viaje.

A la mañana siguiente Graham pareció haber recobrado una parte considerable de su antigua jovialidad. Habló de cosas impersonales, se rió y durante un par de horas semejó haberse olvidado de la señorita Congreve. Osborne empezó a dudar de que fuera necesario el viaje, y se alegró de poder pensar, posteriormente, que había expresado sus dudas, y que su amigo las había rebatido enérgicamente y había insistido en que le explicara la misión. Se enteró, a plena satisfacción de Osborne, y emprendió viaje por el país.

Durante la siguiente semana Philip estuvo tan atareado con su trabajo que le

quedó poquísimo tiempo para pensar en el éxito del cometido de Graham. Antes de que finalizara aquella quincena recibió la siguiente carta:

QUERIDO PHILIP: Heme aquí, salvo pero cualquier cosa menos sano. No sé qué pensar de ello, pero el caso es que se me han olvidado por completo los términos de mi embajada. De ningún modo consigo acordarme de qué tengo que hacer o decir, y ni los documentos ni tus notas me sirven de recordativo. Día 12: Ayer escribí hasta aquí y luego salí a dar una vuelta para aclarar mis pensamientos. Los he aclarado, y de una vez para siempre. ¿Me comprendes, queridísimo Philip? No me taches de loco, ni de sacrílego, ni de nada que únicamente exprese tu irritación e intolerancia, sin antes proyectar un rayo de luz sobre el estado de mi mente. Sólo puede entenderlo quien lo haya experimentado, y quien lo haya experimentado sólo puede hacer lo que voy a hacer yo. La vida ha perdido no ya su encanto —sin el cual yo podría pasarme perfectamente—, sino su sentido. Viviré en tu recuerdo y en tu afecto, lo cual es harto mejor que vivir en mi autodesprecio. Hasta siempre.

R. G.

Tres días después Osborne se enteró de las circunstancias de la muerte de su amigo, por intermedio de su corresponsal en St. Paul: la persona a quien había sido enviado Graham. El infeliz se había pegado un tiro en la cabeza en su habitación del hotel. Había dejado dinero y escrito instrucciones para la disposición de sus restos: instrucciones que fueron, por supuesto, respetadas. Como Graham no tenía ningún pariente cercano, el efecto de su muerte quedó restringido a un estrecho círculo: el círculo, puedo decir, de la amplia personalidad de Philip Osborne. Los dos jóvenes habían estado unidos por una amistad casi apasionada. Ahora que Graham había cesado de existir, Osborne cobró conciencia de la fuerza de este vínculo: comprendió que le había importado más que cualquier otro lazo humano. Se habían tratado diez años y su intimidad había crecido conforme ellos crecían durante el período más activo de sus vidas. Se había fortalecido desde dentro y desde fuera por el compartido goce de muchísimos placeres, la experiencia de muchísimos vaivenes, el intercambio de muchísimos consejos, muchísimas confidencias y muchísimas pruebas de mutuo afecto, hasta tal punto que ambos habían llegado a considerar aquella amistad como la única certidumbre en la existencia, el único hecho fijo en un mundo cambiante. Tal como frecuentemente sucede con los amigos íntimos, eran totalmente diferentes en carácter, gustos y apariencia. Graham era tres años mayor, delgado, bajito, frágil de salud, sensible, indolente, antojadizo, generoso y desde luego de una arcilla mucho más delicada que su amigo, como éste último, por lo demás, sabía perfectamente. A menudo su intimidad era un enigma para los observadores. A los extraños no se les alcanzaba cómo Osborne había puesto su afecto en un insignificante gandul valetudinario que, en las reuniones, hablaba con monosílabos, en voz muy baja, y se daba aires de alguien a quien la naturaleza

hubiera otorgado derecho a ser exigente sin jamás haber dado golpe. Por su lado, los partidarios de Graham, que preponderantemente eran mujeres (lo cual, por cierto, lo absuelve tajantemente de la acusación eventualmente formulada contra él de ser “afeminado”), eran de todo punto incapaces de discernir los motivos de su interés por un prosaico abogado laborioso que se dirigía a una mujer encantadora como si exhortase a un jurado de tenderos y enterradores y consideraba el universo como un vasto “caso”. Esta versión de la mentalidad y los modales de Osborne era demasiado satírica para resultar enteramente justa y sin embargo era aceptable en cuanto tentativa de describir a una figura en acentuado contraste con el pobre Graham. En todos los respectos Osborne era un tipo grande. Tenía más de un metro noventa de estatura, con el tórax de un campeón de boxeo y una brillante tez morena que resistía con éxito la acción deletérea de una vida sedentaria. Era, de hecho, sin un ápice de vanidad, un hombre especialmente guapo. Su carácter correspondía a su persona o, como podría decirse, continuaba y completaba a ésta última, y su idiosincrasia cumplía la promesa de su carácter. Era todo de una pieza: todo salud y anchura, capacidad y energía. Una vez Graham le había dicho a su amigo con alguna brutalidad —pues pese a su débil vocecilla Graham decía cosas mucho más brutales que Osborne, igual que las decía mucho más finas—, le había dicho que trabajaba con una energía caballar y quería con una lealtad perruna.

Teóricamente, el remedio de Osborne para las congojas espirituales era el trabajo. Reduplicó la atención que consagraba a sus asuntos profesionales y luchó por resignarse, de una vez para siempre, a su pérdida. Mas descubrió que su pena era mucho más fuerte que su voluntad y la sintió negarse obstinadamente a apaciguarse sin algún acto de sacrificio o devoción. Osborne tenía un corazón esencialmente bueno y sobrada piedad y caridad hacia los entes que la merecían; pero en el fondo de su alma había un pozo de amargura y rencor que, cuando su naturaleza era fuertemente sacudida por una sensación de injusticia, infaliblemente fermentaba y aumentaba de nivel y finalmente anegaba su conciencia. Estas amargas aguas se habían agitado, y notaba que subían rápidamente. Con contumaz iteración sus pensamientos pasaban de la muerte de Graham a la joven que figuraba en el prólogo de la tragedia. En su pecho sentía una salvaje necesidad de odiarla. Durante estos días los amigos de Osborne observaron que su aspecto no tenía nada de plácido; y si no hubiese sido una tan excelente persona, fácilmente habría podido pasar por un bruto insoportable. El sufrimiento no lo atemperaba ni lo ablandaba: lo exasperaba. Le parecía que la justicia clamaba a gritos que Henrietta Congreve debía ser enfrentada a las consecuencias de su frivolidad y obligada a llevar eternamente en el pensamiento, en todo el horror de un suicidio, la imagen de su desdichada víctima. Osborne estaba, tal vez, equivocado, pero era ciertamente sincero; y es una prueba concluyente del poder de un afecto genuino el que aquel intelecto sano fuese llevado, en interés de otra persona, a inclinarse por un proyecto que un tal intelecto habría debido estimar entera y ridículamente impotente para aquietar la dignidad herida de

su propio poseedor. Osborne debía de querer muchísimo a su amigo para no juzgarlo un insensato desquiciado. Verdad es que siempre lo había compadecido tanto como lo había apreciado, si bien las incontestables dotes y virtudes de Graham habían mantenido en último término aquel sentimiento. Ahora que Graham había desaparecido, la compasión era lo que más salía a la superficie y se empecinaba en moverlo a una despiadada desestimación de todos los alegatos atenuantes en favor de la acusada. Fue increíble que, al menos por algún tiempo, no atendiera a ninguna razón excepto a que Graham había sido ignominiosamente traicionado y la luz de su vida se había visto gratuitamente extinguida. Halló imposible quedarse cruzado de brazos. A decir verdad, el mayor de sus esfuerzos no podría devolverle la vida a Graham; pero por lo menos podría desahogar su propia bilis y obtener el consuelo de ver recibir su merecido a la señorita Congreve. No se sentía capaz de trabajar. Durante tres días callejó de un desconsolado modo iracundo. El tercero de esos días, fue a hacer una visita a la señora Dodd, gracias a la cual se enteró de que la señorita Congreve se había ido a Newport, a alojarse con una segunda hermana casada. Volvió a su casa a preparar una maleta y —sin saber exactamente para qué—, únicamente impelido por la sensación de que hacer esto ya era hacer algo y ponerse en vías de hacer aún más, embarcó con destino a Newport.

2

Su primera pregunta nada más arribar, al ir a ver a varios de sus amigos y encontrarse con una serie de conocidos, fue sobre el domicilio y las costumbres de la señorita Congreve. Descubrió que era muy poco famosa. Se alojaba con su hermana, la señora Wilkes, y hasta ahora había hecho nada más que una sola aparición en público. La señora Wilkes, aparte, según lo informaron, estaba enferma y llevaba una vida muy retirada. Él se cercioró de la ubicación de la casa y se dio la satisfacción de pasearse ante ella. Era un hermoso lugar, en una callecita a trasmano, caracterizado por diversos indicios de riqueza y comodidad. Oyó, mientras paseaba, a través de las cerradas persianas de la ventana del salón, el sonido de una alta voz melodiosa que trinaba y gorjeaba con el acompañamiento de un piano. Osborne no sentía afición por la música, mas se detuvo a escuchar y, mientras así hacía, recordó la pasión de Graham por este precioso arte y se figuró que aquéllos eran los mismos acentos que seductoramente lo habían precipitado a su perdición. ¡Pobre Graham!: también aquí, como en todo, había demostrado su buen gusto. La cantante descargó una magnífica salva de gorgoritos y floreos y quedó silenciosa. Osborne, creyendo percibir un movimiento de los listoncillos de la persiana, se alejó morosamente. Un par de días después se encontraba vagando, solitario y desolado, por la larga avenida que discurre paralela a los acantilados de Newport, los cuales, como todo el mundo sabe, pueden ser alcanzados en cinco minutos de paseo desde cualquier punto de dicha

avenida. Llevaba casi una semana, ya, en el campo de batalla, pero estaba tan lejos de su venganza como el primer día. Su insatisfecho deseo obsesionaba sus pasos y se cernía de un modo fantasmal sobre unos pensamientos que el constante contacto con viejos amigos *y* nuevos, *y* con el ameno espectáculo de una turba heterogénea de buscadores de placer y proveedores de placer, habría podido tornar libres y felices. A Osborne le gustaba mucho el mundo *y*, aunque no abjuraba de su resentimiento, sin embargo tácitamente lo consideraba una especie de aguafiestas. También le gustaba la naturaleza *y*, entre una afición *y* otra, en determinados momentos se avergonzaba de su rencor. De cualquier manera, experimentó una grata sensación de alivio cuando, mientras proseguía su caminata por esta sagrada travesía de moda, tuvo un atisbo de la profunda extensión azul del océano brillando al final de una bocacalle. En el acto se encaminó hacia los acantilados. En el punto donde terminaba dicha calle halló un birlocho abierto, cuyos ocupantes no parecían estar a la vista. Dejando atrás este carruaje, llegó a un sitio donde la cima del acantilado se comunicaba con la playa por medio de un empinado sendero. Descendió tal sendero *y* se halló al nivel de la amplia extensión de arena *y* la velozmente creciente marea. El viento soplabla fresco desde el mar *y* las olas se agitaban en un muchedumbroso clamor líquido. En cuestión de instantes Osborne sintió un notable regocijo espiritual. Aún no había avanzado muchos pasos bajo la influencia de este sentimiento gozoso cuando, al sortear un pequeño saliente del acantilado, acertó a divisar un espectáculo que lo hizo reaccionar con presteza. Sobre una ancha roca lisa en medio del agua, a una docena de metros de la orilla, había un niño de unos cinco años —un guapo muchacho, rubio *y* bien vestido— pataleando *y* retorciéndose las manos en una manifiesta agonía de terror. Era fácil comprender la situación. El niño se había aventurado hasta la roca mientras el agua estaba todavía baja, *y* se había entretenido tanto hurgando con su palita de madera entre los ricos depósitos marinos de su superficie, que no se había percatado del avance de las olas, las cuales ahora habían cubierto por entero el espacio intermedio *y* rugían *y* rompían entre él *y* la playa. El pobrecillo gritaba al viento *y* a las aguas, completamente incapaz de responder a las voces de interrogación *y* de consuelo de Osborne. Mientras tanto, éste se dispuso a traerlo a la playa. Con cierto desagrado vio que el espacio hasta la roca era demasiado extenso para cruzarlo de un salto, *y* sin embargo, ya que en cualquier instante podían reaparecer los acompañantes del niño, en forma de despistadas mujeres inoportunas, juzgó imprudente quitarse ninguna de sus prendas de ropa. En consecuencia se adentró en el agua vestido, se abrió camino hasta la roca, cogió al niño *y* finalmente lo devolvió a *terra firma*. Lo notó temblar en sus brazos como un pájaro asustado. Lo depositó en el suelo, lo consoló *y* le preguntó qué había sido de sus guardianes.

El niño señaló hacia una roca a cierta distancia, muy debajo del acantilado, *y* Osborne, siguiendo la dirección de su mano, distinguió lo que parecía ser el sombrero empenachado de una dama sentada al otro lado de la roca.

—Allí está tía Henrietta —dijo el niño.

—Tía Henrietta se merece una regañina —dijo Osborne—. Ven, vamos a propinársela. —Y cogió de la mano al niño y lo condujo hacia su culpable parienta. Cruzaron la playa hasta contornear la roca y se aproximaron de frente a la mujer. Ante el ruido de sus pisadas sobre las piedras, ella alzó la cabeza. Era una joven, sentada sobre un canto rodado, con un cuaderno en el regazo, por lo visto absorta en el arte de dibujar. Percibiendo de un solo vistazo que había sucedido algo inhabitual, se puso en pie y se guardó el cuaderno en el bolsillo. Los mojados pantalones de Osborne y las salpicadas ropas y alterada fisonomía del niño denunciaban la índole del desastre. Le tendió los brazos a su sobrinito. Él se desasíó de la mano de Philip y corrió a arrojarle al cuello de su tía. Ella lo alzó y lo besó a la par que miraba interrogativamente a Osborne.

—No he podido evitar asegurarme de que su sobrino llegaba en perfectas condiciones hasta usted —dijo éste último, quitándose el sombrero—. Ha vivido una terrible aventura.

—¿Qué ha pasado, cielito? —exclamó la joven, tornando a besar el pálido rostro del pequeño.

—¡Él se ha metido en el agua para rescatarme! —gritó el niño—. ¿Por qué me has abandonado allí?

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó la joven, en tono algo autoritario.

—Al parecer usted lo había abandonado sobre aquella roca, señora, con un brazo de mar entre él y la orilla lo bastante hondo como para que se ahogara. Yo me he tomado la libertad de sacarlo de allí. Pero está más asustado que lastimado.

La joven tenía un pálido rostro y oscuros ojos. En sus facciones no había gran belleza; pero ya Osborne había advertido que eran extraordinariamente expresivas e inteligentes. El rostro femenino enrojeció un poco y sus ojos relampaguearon: lo primero, le pareció a Philip, con mortificación por su propia negligencia, y lo segundo con irritación ante el implícito reproche del tono masculino. Pero tal vez él se equivocara. Ella se sentó en la roca con el niño en sus rodillas, besándolo repetidamente y abrazándolo con una especie de convulsiva presión. Cuando alzó la mirada, los relámpagos de sus ojos se habían derretido en un par de lágrimas. Percatándose de que Philip era un caballero, pronunció algunas palabras de autojustificación. Constantemente había vigilado al niño y únicamente en los últimos minutos había dejado concentrarse su atención en otro menester. Sus excusas fueron interrumpidas por la llegada de una segunda joven —por lo visto una niñera— que surgió desde detrás de las rocas próximas llevando de la mano a una niña. Instintivamente, su mirada se posó en las mojadas ropas del niño.

—¡Oh! ¡Señorita Congreve —exclamó, en el más genuino estilo de una niñera—, ¿qué va a decir la señora Wilkes?!

—Dirá que le está agradecidísima a este caballero —dijo la señorita Congreve, con decisión.

Philip había estado contemplando a la joven mientras hablaba, forzosamente impresionado ante su rostro y sus modales. En su aspecto detectaba una peculiar conjunción de modestia y franqueza, de lozanía juvenil y elegante amaneramiento, lo cual sugería unas vagas posibilidades de posterior relación. Ya había estimado agradable observarla. Durante diez días había estado buscando a una muchacha malvada y resultaba un momentáneo alivio hallarse de sopetón frente a frente con una muchacha encantadora. El apóstrofe de la niñera había sido como una descarga eléctrica.

Es de suponer, pese a ello, que logró disimular su sorpresa, por cuanto la señorita Congreve no dio ningún indicio de haber percibido su respingo. Aludió un tanto tardíamente al deplorable estado de sus ropas. Le imploró que hiciera uso de su carruaje, el cual encontraría junto al acantilado, para regresar prestamente a su casa. Él le dio las gracias pero declinó su ofrecimiento, declarando que prefería caminar. Le tendió la mano a su amiguito para despedirse de él. La señorita Congreve dejó libre al niño, quien se acercó a Philip y le estrechó la mano.

—Dentro de algún tiempo —dijo Osborne— tú también tendrás piernas largas y el agua ya no te dará miedo. —Le hablaba al niño, pero miraba intensamente a la señorita Congreve, quien, acaso, pensó que él estaba reclamando alguna expresión formal de gratitud.

—Su madre —dijo ella— tendrá el placer de darle las gracias a usted.

—La molestia —dijo Osborne—: una molestia absolutamente innecesaria. Lo mejor que podría usted hacer —agregó, con una sonrisa (pues, increíblemente, llegó a sonreírle)— es no contarle nada.

—Si yo atendiera únicamente a mis propios intereses —dijo la joven, con una traviesa luz en sus ojos oscuros—, claro está que mantendría quieta la lengua. Pero espero que mi pequeña víctima no sea tan desagradecida como para prometer guardar silencio.

Osborne se envaró; pues esto era más o menos un cumplido. En silencio hizo una inclinación y echó a andar de vuelta a casa con ritmo rápido. Al día siguiente recibió esta nota por correo:

La señora Wilkes desea agradecerle muy calurosamente al señor Osborne el pronto y generoso alivio brindado a su hijito. Lamenta que el paseo del señor Osborne se viera interrumpido y espera que sus esfuerzos no le acarrearán ninguna consecuencia ingrata.

Acompañaba a la nota un pañuelo con el nombre de Philip, quien recordó habérselo dado al niño para que se secara las lágrimas. Su contestación fue, por supuesto, breve:

El señor Osborne desea asegurarle a la señora Wilkes que exagera la importancia

del servicio hecho a su niño y que él no tiene ningún motivo para lamentar su muy insignificante intervención. Se toma la libertad de presentarle sus respetos al señorito Wilkes y de esperar que se haya recobrado de sus penosas sensaciones.

Lógicamente la correspondencia no pasó de ahí, y durante algunos días no fue arrojada ninguna luz adicional sobre la señorita Congreve. Ahora que Philip se había encontrado con ella cara a cara, descubriendo que era una muchacha normal —una joven inteligente, sin duda, pues lo parecía, y también agradable— pero en último término una simple damisela, respetuosa de las convenciones, con un rostro bastante inocente e incluso un poco triste y un par de hermosos niños que la llamaban “tía” y a quienes, a decir verdad, en un momento de entusiástica devoción por la naturaleza y el arte, dejaba a merced de las olas, aunque luego los besara y consolara y tratara con toda la debida ternura..., ahora que había conocido a la señorita Congreve bajo estas circunstancias, notaba que su misión apremiaba menos a su conciencia. Idealmente ella había sido repulsiva; a la hora de la verdad, era una persona a la cual, de no haberse obligado a sí propio a detestarla, le habría parecido muy grato apreciar. Había quedado humanizada, a su modo de ver, por la mera contingencia de ser de carne y hueso. De ninguna manera Philip estaba preparado para abandonar su resentimiento. El fantasma del pobre Graham se erguía lúgubre e insistente en su recuerdo y avivaba la vacilante llama. Pero resultaba problemático conciliar a la protagonista de sus anhelos vengadores con la protagonista de la breve escena en la playa, y adaptar esta inofensiva figura, a su vez, al color de su afán justiciero. Una docena de asuntos conspiraron para impedirle tomar una decisión definitiva y para ponerlo de relativamente buen humor. Recibió invitaciones a diestro y siniestro; holgazaneó y se bañó, y conversó, y fumó, y cabalgó, y cenó fuera, y vio una interminable sucesión de caras nuevas, y en resumidas cuentas redujo las vestiduras de su ánimo externo a un traje de muy jovial semiluto. Y todo esto, además, sin ninguna sensación de deslealtad a su amigo. Por muy sorprendente que parezca, jamás Graham había semejado tan vivo como ahora que estaba muerto. En carne mortal, no había poseído sino una semivitalidad. Su espíritu había estado exquisitamente pronto, pero su carne había sido fatalmente débil. En el mejor de los casos era un hombre frustrado, decepcionado. Lo cálido y activo era su espíritu, sus afectos, sus simpatías y percepciones, y Osborne fue consciente de haber sido el heredero único de estas cosas. Sintió henchírsele el pecho con una saludable conciencia de la magnitud de su herencia, y con cada día que pasaba notaba menores deseos de invocar al pobre Graham en rincones oscuros y llorarlo en lugares solitarios. Merced a una única solemne asimilación irrevocable, había puesto su recio organismo y su enérgica voluntad bajo las órdenes de las virtudes de su amigo. Conque, al descubrir que su incursión se convertía en unas vacaciones, estiró sus largos brazos y con un perezoso bostezo susurró “Amén”.

Antes de que transcurriera una semana desde su encuentro con la señorita

Congreve, acudió con un amigo a cierta función teatral de aficionados que se celebraba en casa de una dama de gran predicamento social. La función constaba de dos obras, la primera de las cuales fue tan sosa y burda que nada más descender el telón Philip se dispuso a huir, juzgando que fácilmente hallaría algún modo menos inoperante de pasar el resto de la velada. Mientras recorría el estrecho pasillo entre los asientos y la pared del salón, rozó el brazo de una dama haciendo caer el programa impreso que sostenía la mano de ésta. Al agacharse a recogerlo, su mirada reparó en el nombre de la señorita Congreve, que figuraba entre los que iban a actuar en la segunda pieza. Inmediatamente volvió sobre sus pasos. Empezó la obertura, otra vez se alzó el telón y en el escenario aparecieron varias personas, embellecidas con los polvos y lunares del siglo anterior. Por fin, entre estentóreas aclamaciones, apareció en el papel protagonista la señorita Congreve, empolvada y enlunarecida a la perfección. Hacía el papel de una joven condesa —viuda y en un apuro asaz interesante— que era, por legítimos motivos histriónicos, irresistiblemente bella. Estaba ataviada, maquillada y adornada con gran destreza y excelente gusto. Parecía salida del marco de uno de aquellos deliciosos retratos al pastel de hermosas damas de la época de Luis XV, como los que los guías enseñan en los palacios franceses. Pero es que no sólo era toda gracia y elegancia y *finesse*: poseía dignidad; se ponía seria en determinados momentos, y severa; fruncía el ceño e impartía órdenes; y, cuando así lo requería la ocasión, derramaba las más espontáneas de las lágrimas. A todas luces la señorita Congreve era una auténtica artista. Jamás Osborne había presenciado una interpretación mejor... ni siquiera una igual de buena; pues aquí había una actriz que a un tiempo era una verdadera dama y una consumada maestra de los efectos dramáticos. El público estaba entusiasmado hasta el delirio, y los compañeros de reparto de la señorita Congreve pasaban casi inadvertidos. La guapa señorita Latimer, célebre entre la buena sociedad por su rostro y su figura, quien hacía de coprotagonista femenina, se vio obligada temporalmente a quedarse sin figura y sin rostro. En los programas la obra figuraba como adaptada del francés “específicamente para la ocasión”; así que, cuando el telón descendió por última vez, muy alborozadamente los espectadores pidieron a voces la presencia del adaptador. Transcurrió algún rato antes de que la petición fuese atendida, cosa que los espectadores interpretaron como una provocación a su curiosidad. Por último, un hombre surgió desde detrás del telón y manifestó que la versión de la pieza que sus compañeros habían tenido el honor de representar se debía a la dotada pluma de la joven que se había granjeado sus aplausos en el papel protagonista. Ante esta declaración, una docena de entusiastas alzaron sus voces reclamando la presencia de la señorita Congreve; pero el hombre atajó el griterío anunciando que ya había abandonado la casa. Esto no era cierto, como posteriormente supo Osborne. Henrietta estaba sentada en un sofá entre bastidores, esperando su carruaje, acariciando un inmenso ramo de flores y escuchando con una exhausta sonrisa los cumplidos... no de la señorita Latimer, que comía un pastel sentada junto a su madre,

quien miraba de un modo enemistoso a aquella feísima y espantosamente lisa señorita Congreve.

Osborne regresó a su alojamiento caminando emocionado y apasionado, pero francamente desconcertado. Le parecía que había echado la cuenta sin la huésped y que la inconstante novia de Graham no era una persona que pudiera ser desdeñada ni anonadada. No sabía qué pensar de ella. Destrozaba los corazones de los hombres y trastornaba sus cerebros; dejaba la impronta de su genio en todo cuanto tocaba. Era una coqueta, una música, una dibujante, una actriz, una autora: un prodigio. ¿De qué materia estaba hecha? ¿Qué había sido de su corazón y su conciencia? Se pintaba la cara y jugueteaba entre candilejas y flores despertando el aplauso de un millar de manos mientras el pobre Graham yacía aprisionado en el silencio eterno. Osborne se sintió desafiado en su amor propio. Arrancar una contrita lágrima de aquellos ojos profundos y encantadores era toda una tarea para un hombre inteligente.

Las obras habían sido representadas un miércoles. El sábado siguiente Philip fue invitado a participar en una jira campestre organizada por la señora Carpenter, la dama que había ofrecido la función y que sentía una verdadera pasión por las reuniones sociales. Las personas a las que esta vez había reclutado habían de dirigirse por vía acuática a un determinado paraje bucólico consagrado por la naturaleza para las jiras campestres, y allí almorzarían sobre la hierba, bailarían y jugarían a las prendas. Fueron transportadas en dos grandes barcasas y durante el trayecto Philip conversó un rato con la señora Carpenter, quien le pareció una muy cordial persona locuaz. En el extremo de la barcaza en que, junto a su anfitriona, había ocupado un sitio, aquél vio a una joven que llevaba un vestido blanco y se cubría el rostro con un tupido velo azul. A través del velo, dirigida hacia su propia persona, percibió la insistente mirada de dos hermosos ojos oscuros. Durante unos instantes fue incapaz de reconocer a su propietaria; mas la incertidumbre se disipó sin tardanza.

—Observo que ha invitado usted a la señorita Congreve —le dijo a la señora Carpenter—, la actriz de la otra noche.

—Sí —dijo la señora Carpenter—, logré persuadirla de que viniera. Desde el miércoles se ha puesto de moda.

—¿Se resistía a venir? —preguntó Philip.

—Sí, al principio. Verá usted, es una modosa joven discreta; odia llamar la atención.

—La otra noche la llamó lo suficiente. Tiene un talento maravilloso.

—Maravilloso, maravilloso. Y sabe Dios de dónde lo habrá sacado. ¿Conoce usted a su familia? Son las personas más realistas, menos dramáticas y menos imaginativas del mundo... de ésas que tienen reparos contra el teatro por razones morales.

—Comprendo. Como no van al teatro, el teatro viene a ellas.

—Exactamente. Les está bien empleado. La señora Wilkes, la hermana de

Henrietta, montó en cólera al enterarse de que pensaba actuar en una función teatral. Pero ahora, tras el éxito de Henrietta, lo comenta con todo el mundo.

Cuando la barcaza llegó junto a la orilla, fue tendido un tablón desde la proa hasta una roca saliente, para comodidad de las damas. Philip permaneció al lado del tablón ofreciéndoles la mano a éstas. La señora Carpenter fue la última en descender a tierra, acompañada de la señorita Congreve, quien rehusó la ayuda de Osborne pero le dedicó una pequeña inclinación de cabeza a través del velo. Media hora más tarde, nuevamente Philip se halló al lado de su anfitriona y nuevamente habló sobre la señorita Congreve. La señora Carpenter le advirtió que aquélla estaba muy cerca, entre un grupo de muchachas.

—¿Sabe usted —preguntó él, bajando la voz— si está prometida en matrimonio... o si lo ha estado recientemente?

—No sé nada, no —dijo la señora Carpenter—. ¿Con quién? Aguarde un momento. Me suena haber oído decir algo sobre este verano en Sharon. Tuvo una especie de amorío con algún hombre, cuyo nombre no recuerdo.

—¿No sería Holland?

—Creo que no. El hombre a que me refiero la dejó por esa estúpida mujercita que es la señora Dodd, quien no lleva ni seis meses de viudedad. Creo que su nombre era Graham.

Osborne prorrumpió en una carcajada tan ruidosa y abrupta que su compañera lo miró con asombro.

—Discúlpeme —dijo él—. Eso no es así.

—Usted es quien formula preguntas, señor Osborne —dijo la señora Carpenter—, pero da la impresión de saber más que yo sobre la señorita Congreve.

—Es muy posible. Verá usted, yo conocía a Robert Graham. —Las palabras de Philip fueron pronunciadas con tal énfasis y resonancia que dos o tres de las muchachas del grupo contiguo se volvieron para mirarlo.

—Ella lo ha oído —dijo la señora Carpenter.

—No se ha vuelto —dijo Philip.

—Eso demuestra lo que digo. Pensaba presentársela a usted, y ya no puedo.

—Gracias —dijo Philip—. Me presentaré yo mismo. —En su pecho Osborne notó todo el ardor de su antiguo resentimiento. Su alma le gritó que esta joven perversa e insensible, pues, no satisfecha con haber conducido al pobre Graham a su sacrílega autodestrucción, había intrigado para que popularmente se pensara que se había suicidado acosado por remordimientos de infidelidad. Decidió golpear mientras el hierro estaba candente. Pero, aunque era un vengador, seguía siendo un caballero, conque se acercó a la joven exhibiendo un semblante muy cortés.

—Si no me equivoco —dijo, quitándose el sombrero—, usted me ha hecho ya el honor de reconocerme.

La inclinación de cabeza de la señorita Congreve, cuando descendía de la barcaza, había sido tan evidentemente una señal de reconocimiento que Philip quedó

sorprendido ante la inexpresiva sonrisa con que ella acogió su comentario. En el intervalo había ocurrido algo que la había hecho cambiar de idea. A Philip no se le ocurrió otro motivo sino que accidentalmente lo había oído mencionar el nombre de Graham.

—Tengo la impresión —dijo ella— de haberlo visto en alguna parte; pero me confieso incapaz de situarlo.

Osborne la miró unos instantes.

—No puedo rehusarme a mí mismo —dijo— el placer de preguntar por el señorito Wilkes.

—Ahora lo recuerdo a usted —se limitó a decir la señorita Congreve—. Rescató del agua a mi sobrino.

—Espero que ya se le haya pasado el susto.

—Mi sobrino niega, creo, haberse asustado. Naturalmente, por la cuenta que me trae, yo no lo contradigo.

Las palabras de la señorita Congreve fueron seguidas de una larga pausa, que no pareció turbarla en lo más mínimo. Philip se sintió confundido ante su aparente autodominio... por no darle una denominación peor. Teniendo en cuenta que ella llevaba sobre su conciencia la muerte de Graham y que, al oír su nombre en labios de Osborne, había debido comprender que éste último era aquel querido amigo sobre el cual Graham le hablaría a menudo, desde luego estaba comportándose de un modo muy valeroso. Pero ¿de veras se habría enterado de la muerte de Graham? Por un instante Osborne le concedió el beneficio de la duda. Pensó que obtendría una siniestra satisfacción de darle la noticia. A fin de rendirle los debidos honores a la revelación, juzgó necesario apartar a la joven de sus compañeras. Como resultara que ahora éstas últimas comenzaron a dispersarse en subgrupos y parejas hacia la orilla, le propuso acompañarlo a dar un paseo tierra adentro. La señorita Congreve miró en derredor a las otras muchachas como para invitar también a alguna de ellas, pero ninguna parecía disponible. Conque lentamente echó a caminar bajo la tutela de Philip, con una semidisimulada expresión de reticencia. Philip comenzó por dedicarle un sustanciosísimo elogio a propósito de su actuación teatral. Fueron unas palabras harto inconsecuentes, habida cuenta de su tesitura actual, mas no pudo evitarlo. Tal vez era una joven tan malvada como la que más, pero su interpretación era perfecta. Una vez pagado este pequeño tributo a la ecuanimidad, él inició su empresa relativa a Graham:

—No me siento, señorita Congreve —dijo—, como si usted fuera una recién conocida. He oído hablar mucho de usted. —Esto no era literalmente cierto, como recordará el lector. Toda la información de Philip había sido adquirida en su media hora con la señora Dodd.

—¿A quién, si puede saberse? —preguntó Henrietta.

—A Robert Graham.

—Oh, sí. Estaba casi segura de que usted me hablaría de él. Recuerdo que él me

habló de una persona con el nombre de usted.

Philip estaba intrigado. ¿Sabía o no lo de la muerte de Graham?

—Creo que también usted lo conoció bastante bien —dijo él, algo perentoriamente.

—Tan bien como él me lo permitió; me pregunto si alguien llegó a conocerlo realmente bien.

—Así, pues, está enterada de su muerte —dijo Philip.

—Sí, mediante él mismo.

—¿Mediante él mismo?

—Me escribió una carta, en sus últimos momentos, dejándome adivinar su próximo fin más bien que anunciándolo claramente. Le contesté, especificando en el sobre que si mi carta no era inmediatamente recogida por el destinatario, me la devolvieran por correo. Me la devolvieron al cabo de una semana... Y ahora, señor Osborne —agregó la joven—, permítame formularle un ruego.

Philip asintió.

—Le quedaré especialmente agradecida si no vuelve a hablarme del señor Graham.

Éste era un golpe para el cual no estaba preparado Osborne. Al menos tenía el mérito de no andarse con rodeos. Osborne miró a su interlocutora. Había un tenue rubor en sus mejillas y una expresión seria en su mirada. En su deseo patentemente no había habido carencia de energía. Él comprendió que debía suspender las operaciones y atacar por otro flanco. Pero transcurrieron unos instantes sin que consiguiera decidirse a acceder a su ruego. Ella lo miraba aguardando una respuesta, y él sintió sobre su rostro los oscuros ojos.

—Como usted quiera —terminó por decir, maquinalmente.

En silencio siguieron caminando durante algunos momentos. Entonces, encontrándose súbitamente con una joven casada, a quien la señora Carpenter había puesto a su propio servicio a guisa de lugarteniente, la señorita Congreve despidió a Philip, aduciendo un débil pretexto, y se puso a hablar con esta mujer. Philip se alejó y por espacio de una hora estuvo paseando a solas. Había sufrido una derrota, pero estaba dispuesto, ya que había tenido que retroceder, a que esto le sirviera para dar un salto mayor. Durante la media hora que Philip deambuló junto al agua, la negra nube suspendida sobre la cabeza de la pobre señorita Congreve duplicó su portentoso volumen. Y, en efecto, desde el punto de vista de Philip, ¿podía haber algo más aberrante y más cruel que el ruego de la joven?

Por último Osborne recordó que estaba negligiendo las obligaciones que le había encomendado la señora Carpenter. Volvió sobre sus pasos y se encaminó al lugar destinado al festín. La señora Carpenter lo llamó a su lado, dijo que llevaba una hora buscándolo y, al enterarse de cómo había pasado él ese lapso, le dio un golpecito con su quitasol, lo tildó de malvado y declaró que nunca volvería a invitarlo a ninguna de sus reuniones. Después le presentó a su sobrina, una joven no muy

crecidity, con quien él fue a sentarse a la orilla. Encontraron poquísimo de que hablar. Osborne pensaba en la señorita Congreve, y la sobrina, que era muy tímida y nerviosa, siendo todavía novata, como quien dice, en la vida social, se sentía acobardada e intimidada por estar a solas con un caballero tan alto y tan listo y tan guapo como Philip. Al cabo de un rato él le infundió algo de confianza, empero, lanzando piedras de tal manera que rebotaran sobre la superficie del agua para divertirla. Pero no paraba de pensar en Henrietta Congreve y al final se animó a preguntarle a su compañera si la conocía. Sí, la conocía superficialmente; mas no arrojó ninguna luz sobre el problema. Obviamente no poseía espíritu analítico y era demasiado inocente para chismorrear. Se limitó a decir que creía que Henrietta era portentosamente inteligente y que leía latín y griego.

—Inteligente, inteligente —dijo Philip—. No oigo decir otra cosa. Empezaré a creer que es un demonio.

—No, Henrietta Congreve es muy buena —dijo su compañera—. Es muy religiosa. Visita a los pobres y lee sermones. ¿Sabe?, su actuación teatral de la otra noche fue a beneficio de los pobres. Es cualquier cosa menos un demonio. A mí me parece simpatiquísima.

Enseguida todos los invitados fueron convocados para el almuerzo. Lentamente aparecieron a la vista parejas rezagadas: caballeros que habían ayudado a muchachas a salir de escondrijos rocosos en los cuales nadie las habría supuesto capaces de meterse y hacia los cuales —cosa aún más prodigiosa— nadie las había observado dirigir sus pasos.

Sobre la hierba fueron extendidos los manteles, a la sombra, y los excursionistas se sentaron en derredor sobre alfombrillas y chales. Mientras Osborne se colocaba al lado de la sobrina de la señora Carpenter, observó que todavía no había reaparecido la señorita Congreve. Llamó la atención de su compañera sobre esta circunstancia y ella se la comentó a su tía, quien respondió que según sus últimas noticias la joven había sido vista en compañía del señor Stone —persona desconocida de Osborne— y que no tardaría, sin duda, en presentarse.

—Supongo que está completamente a salvo —dijo el vecino de Philip, ingenua o maliciosamente; él no supo muy bien qué—; con quien está es con un clérigo.

Unos momentos después la pareja echada de menos apareció en la cresta de una colina adyacente. Osborne los estudió mientras bajaban. El señor Stone era un apuesto joven con alzacuello y traje de exagerado corte sacerdotal: un cura, patentemente de fuertes tendencias “ritualistas”. A su lado iba la señorita Congreve, grácil, pálida y seria, y a Philip, con la vista clavada en ella durante este intervalo, no se le escapó un solo movimiento de su persona ni una sola mirada de sus ojos. Llevaba un vestido de muselina blanca, corto, según la moda imperante, con adornos de cinta amarilla adheridos a la falda; y sobre los hombros un chal de tupido encaje negro, cruzado sobre el pecho y atado con un gran nudo a la espalda. En la mano portaba un gran manojo de flores silvestres, con las cuales, como la compañera de

Philip le susurró a éste, había “arruinado” sus guantes. Osborne se interrogó sobre el posible significado de que ella se hubiera pegado a un clérigo. ¿Había experimentado súbitamente tardías punzadas de remordimiento y se había sentido movida a recabar consejo espiritual? Ni en el continente de su eclesiástico galán ni en el suyo propio había trazas visibles de piadosa emoción. Por el contrario, el pobre señor Stone parecía deplorablemente secularizado; su conversación habría versado enteramente sobre cuestiones profanas. Su corbata blanca había perdido su conservadora rigidez, y su sombrero su imparcial equilibrio. Y, lo peor de todo, una pequeña nomeolvides azul había hallado alguna manera de introducirse en su ojal. En cuanto a Henrietta, su semblante tenía ese aspecto de semisevera serenidad que constituía su expresión acostumbrada, mas no había ningún indicio de que hubiera visto el fantasma de su enamorado.

Maquinalmente Osborne cumplió su obligación de mostrarse atento con la insípida personita a su vera. Pero su mente estuvo ocupada con la señorita Congreve y su vista se dirigió continuamente hacia el rostro de ésta. De vez en cuando, sus miradas se encontraron. Un rencor feroz recorrió el pecho masculino. Lo que Henrietta Congreve necesitaba, se dijo a sí propio, era que la utilizaran igual que ella utilizaba a los demás, igual que patentemente estaba utilizando ahora al pobre curita. Este ya estaba loco de amor... vanamente tratando de hacer pie en medio del torrente, mientras ella se sentaba seca en la ribera. Ella necesitaba una lección; pero ¿quién iba a dársela? Era más lista que todos sus profesores juntos. Los hombres se acercaban a ella con el solo resultado de quedar deslumbrados y hechizados. ¡Ojalá se topara con su igual o su maestro! Alguien con un cerebro tan despierto, una imaginación tan vivaz, una voluntad tan inexorable como los suyos: alguien que invirtiera las tornas, se anticipara a ella, la fascinara y luego consultara inesperadamente el reloj y la dejara plantada. Entonces, tal vez, Graham podría descansar tranquilo en la tumba. Entonces ella entendería lo que era jugar con los corazones ajenos, pues entonces el suyo habría quedado como el cristal tras el choque del hierro. Osborne miró a su alrededor, pero ninguno de los convidados masculinos de la señora Carpenter guardaba la más mínima semejanza con el protagonista de su visión: un hombre con un corazón de hierro y una mente de hielo. Eran, de hecho, muy adecuados enamoradores para las mujeres sentadas junto a ellos, mas Henrietta Congreve no se parecía a éstas. No era una simple gárrula presumida. En su coquetería había algo importante y refinado. Era un juego de ingenio. Sorbía hasta la última gota de sangre de los corazones de los hombres buenos y rebosaba salud gracias a esta dieta monstruosa. Mientras Philip miraba en su derredor, su mirada reparó en una joven que parecía haberse olvidado momentáneamente de sus contertulios, sus emparedados y su champaña a fin de contemplarlo a él con una especie de arrobamiento. Tan pronto como se percató de que él se había fijado en ella, naturalmente ella se sumió en la contemplación de su plato. Mas Philip había leído el significado de su mirada. Esta insistente contemplación virginal había parecido decir,

en lenguaje fácilmente traducido: ¡Tú eres el hombre! Había dicho, en otras palabras, de un modo menos tremebundo: Mi querido señor Osborne, es usted un sujeto muy atractivo. Philip sintió acelerársele el pulso: había recibido su bautismo. No es que un continente atractivo fuera bagaje suficiente para destrozar el corazón de la señorita Congreve; pero sí era el signo externo de su misión.

Por fin el almuerzo llegó a su término. Un violinista, que había sido traído deliberadamente, empezó a templar su instrumento y la señora Carpenter procedió a organizar un baile. El *débris* de la colación fue recogido y el llano espacio que quedó libre fue transformado en pista de baile. Osborne, que no bailaba, se sentó a cierta distancia junto a otros dos o tres espectadores, entre los cuales se contaba el reverendo señor Stone. Cada uno de estos caballeros contemplaba con suma atención los movimientos de Henrietta Congreve. Empero, ocasionalmente Osborne se fijaba en su vecino, quien, por su parte, estaba demasiado ocupado en mirar a la señorita Congreve para prestarle atención a nadie más.

—Tienen un aspecto encantador esas muchachas —dijo Philip, dirigiéndose al joven clérigo, a quien acababa de ser presentado—. Algunas de ellas bailan especialmente bien.

—¡Huy, sí! —dijo el señor Stone, con fervor. Y después, cual si temiese haber incurrido en una odiosa discriminación impropia de su sotana, agregó—: Creo que todas bailan bien.

Pero lógicamente Philip, en su calidad de abogado, tenía un punto de vista diferente que el señor Stone, en su calidad de clérigo.

—Algunas muchísimo mejor que otras, me parece a mí. No sospechaba que pudiera haber tanta diferencia. Mire a la señorita Congreve, por ejemplo.

El señor Stone, que tenía clavada la vista en la señorita Congreve, obedeció esta intimación desviando momentáneamente la mirada y fijándola en otra muchacha muy voluminosa y más bien lenta de movimientos que bailaba junto a aquella.

—¡Oh sí, es muy grácil! —dijo, con devoción—. ¡Tan ligera, tan alada, tan suave!

Philip sonrió. “También tú, excelso borrico —se dijo para sus adentros—, también tú serás vengado.” Y después añadió, en voz alta:

—La señorita Congreve es una persona muy notable.

—¡Vaya que sí, muy notable!

—Tiene una extraordinaria versatilidad.

—¡Sumamente extraordinaria!

—¿Usted la ha visto actuar?

—Sí..., sí. Infringí mi costumbre en lo relativo a esparcimientos de esa índole y asistí a la función de la otra noche. Fue una interpretación sumamente brillante.

—Y ¿sabe usted que ella escribió la obra?

—Oh, no exactamente —dijo el señor Stone, con un pequeño ademán de protesta—; lo que hizo fue traducirla.

—Sí; pero casi tuvo que reescribirla. ¿Conoce usted la obra en francés? —Y

Philip mencionó el título original.

El señor Stone dio a entender que no estaba familiarizado con la obra.

—Aquí habrían juzgado inaceptable, ¿sabe? —dijo Philip—, representarla tal como realmente es. La vi en

París. La señorita Congreve amputó los pequeños escollos con inusitada habilidad.

El señor Stone se quedó callado. El violín emitió una nota sostenida y las damas hicieron una profunda reverencia a sus caballeros. El que era pareja de baile de la señorita Congreve estaba de espaldas a nuestros dos amigos, y el homenaje de ella fue, por consiguiente, ejecutado directamente frente a ellos. Mientras se inclinaba hacia el suelo, alzó la vista y los miró. Aunque el entusiasmo del señor Stone había sido enfriado por la irreverente indiscreción de Philip, fue reavivado por esta mirada.

—Supongo que usted la habrá oído cantar —dijo, luego de una pausa.

—Ya lo creo —dijo Philip, sin vacilación.

—Canta música sacra con el más hermoso fervor.

—Sí, eso me han dicho. Y me han dicho, también, que es muy culta: que siente pasión por los libros.

—Lo considero muy probable. A decir verdad, es una teóloga consumada. Esta mañana sostuvimos una discusión muy animada.

—¿Es que disintieron ustedes? —dijo Philip.

—Huy —dijo el señor Stone, con una encantadora *naïveté*—, yo no disentí. ¡Fue ella!

—¿Ella no es un poco..., un pelín...? —Y Philip se interrumpió, tratando de dar con la palabra exacta.

—¿Un pelín? —preguntó el señor Stone, en tono benevolente. Y después, como Philip siguiera dudoso, sugirió—: ¿Un pelín heterodoxa?

—Un pelín coqueta.

—¡Oh, señor Osborne! —exclamó el joven cura—. Ésa es la última cosa que yo llamaría a la señorita Congreve.

En este momento, la señora Carpenter pasaba cerca:

—¿Cuál dice usted que es la última cosa que llamaría a la señorita Congreve? —preguntó, habiendo escuchado casualmente las últimas palabras del clérigo.

—Coqueta.

—Por mi parte —dijo la dama—, ésa es la primera cosa que la llamaría yo. Aún tiene usted que descubrirlo, supongo. Eso siempre acaba por descubrirse, ya lo sabe. Yo tendría que borrarélo de la cabeza por completo para poder encomiar sus atractivos.

—¡Oh, señora Carpenter! —dijo el señor Stone.

—Sí, mi querido joven. No hay que juzgar a la señorita Congreve en extensión, sino en profundidad... Veo que el señor Osborne sabe algo de eso. —Y la señora Carpenter se alejó.

—La señorita Congreve es profunda: eso es lo que yo digo —dijo el señor Stone, con delicada firmeza—. ¿Qué es lo que usted sabe de eso, señor Osborne?

A Philip se le antojó que el pobre se había puesto pálido; indudablemente parecía serio.

—Oh, yo no sé nada —dijo Philip—. No afirmaba nada. Sólo preguntaba.

—Pues en tal caso, mi querido señor —y el cándido rostro del joven se arreboló un poco con la intensidad de su sentimiento—, le doy mi palabra de que estoy convencido de que la señorita Congreve es no sólo la más dotada, sino también la más noble, más sincera y más genuinamente cristiana muchacha... de toda esta asamblea.

—Puedo asegurarle que le quedo agradecidísimo por su garantía —dijo Philip—. La sopesaré y la recordaré.

A Philip no le habría sido arduo tomar al señor Stone por un simple párroco blando y sentimental: una tipología que conocía muy bien. Por su lado, la señora Carpenter era una astuta mujer sagaz. Pero extrañamente se había sentido impresionado ante las palabras del pastor y casi indiferente ante las de la dama. Por fin aquéllos de los danzantes que estaban cansados del ejercicio abandonaron el grupo y tornaron a deambular hacia la playa. La tarde tocaba a su fin: el poniente principiaba a teñirse de carmesí y las sombras a alargarse sobre la hierba. Sólo quedaba media hora para el momento fijado para el retorno a Newport. Philip determinó aprovecharla bien. Siguió a la señorita Congreve hasta cierta plataforma rocosa que dominaba el mar, hacia la cual, en compañía de un par de señoras ancianas, ella se había dirigido a fin de contemplar la puesta de sol. No le fue dificultoso persuadirla para que se separara de sus compañeras. En el perspicaz y delicado rostro femenino no hubo ningún recelo. Era inconcebible que se propusiera expresar desafío; pero su mismísimo sosiego y placidez ejerció un efecto extrañamente irritante sobre Philip. A éste le pareció el colmo de la desfachatez. Sacó del bolsillo de su chaqueta una carpetita que contenía una docena de cartas, entre las cuales figuraba la última que recibiera de Graham.

—Voy a tomarme la libertad, por una sola vez, señorita Congreve —dijo—, de violar la promesa que esta mañana usted me arrancó en lo tocante al señor Graham. Aquí tengo una carta que me gustaría que leyera.

—¿Del propio señor Graham?

—Del propio Graham... escrita justo antes de su muerte. —Le tendió la carta, mas Henrietta no hizo el menor ademán de tomarla.

—No siento ningún deseo de leerla —dijo ella—. Preferiría no hacerlo. Ya sabe que él me escribió otra carta a mí en aquel momento.

—Puedo asegurarle —dijo Philip— que yo no me rehusaría a leer la carta dirigida a usted.

—No puedo ofrecerme a dejársela. La destruí inmediatamente.

—Pues ya ve que yo he conservado la mía... No es muy larga —insistió

Osborne.

Como con un gran esfuerzo, la señorita Congreve alargó la mano y cogió el documento. Durante unos instantes contempló el sobre, en silencio, y después alzó la mirada hacia Osborne.

—¿La aprecia mucho usted? —preguntó—. ¿Contiene algo que desee conservar?

—No: se la regalo, si es eso lo que desea.

—¡Muy bien! —dijo Henrietta. Y rasgó la carta en cuatro pedazos, que tiró al mar.

—¡Eh! —exclamó Osborne—. ¿Qué diablos ha hecho usted?

—No se excite, señor Osborne —dijo la joven—. No tenía la menor intención de leerla. Este es un merecido castigo por haberme desobedecido.

Philip se tragó su furor y la siguió mientras ella daba media vuelta.

3

A mitad de septiembre la señora Dodd llegó a Newport para pasar unos días en casa de una amiga, sintiéndose algo malhumorada por haber sido invitada cuando ya la temporada veraniega llegaba a su tramo final, pero en conjunto era la misma señora Dodd de antaño; o mejor dicho no del todo la misma, pues, a su modo, se había tomado muy a pecho la muerte de Graham. Un par de días después de su llegada se encontró a Philip en la calle y lo detuvo.

—Celebro hallar a *alguien* todavía aquí —dijo, pues iba con su amiga; y tras presentar a Philip a esta dama, le rogó que viniera a visitarla. Al cabo de dos días, en consecuencia, Philip se personó en la casa y halló sola a la señora Dodd. Esta comenzó a hablar sobre Graham; se afectó mucho y, con un poco más de estímulo por parte de Osborne, ciertamente habría derramado lágrimas. Pero, extrañamente, Philip fue adverso a fomentar la pesadumbre femenina: ofrendó réplicas cortantes. La señora Dodd le pareció débil y tonta y morbosamente sensiblera. Se preguntó si podría haber algo de cierto en el rumor de que Graham se había interesado por ella. Desde luego que no si había algo de cierto en la historia de su pasión por Henrietta Congreve. Era imposible que se hubiera interesado por ambas. Philip se hizo esta reflexión, mas exceptuó agregar que la señora Dodd le desagradaba extremadamente porque durante las últimas tres semanas él había gozado constantemente de la presencia de Henrietta.

Para la señora Dodd, por supuesto, fue fácil la transición de Graham a la señorita Congreve:

—Me han contado que la señorita Congreve todavía está aquí —dijo—. ¿Ya la ha conocido usted?

—Perfectamente —dijo Philip.

—Usted semeja tomárselo con gran calma. Espero que la habrá hecho caer en la cuenta de sus iniquidades. He ahí toda una tarea, señor Osborne. Debe reformarla.

—No he intentado reformarla. La he aceptado tal cual es.

—¿Ella guarda luto por el señor Graham? Es lo menos que podría hacer.

—¿Que si guarda luto? —dijo Philip—. Caramba, ha estado asistiendo a una fiesta cada dos noches.

—Desde luego no me imagino que se haya puesto un vestido negro. Pero ¿guarda luto *aquí*? —Y la señora Dodd se apoyó la mano contra el corazón.

—¿Quiere usted decir en el corazón? Vaya, ¿sabe usted?, es dudoso que ella tenga.

—Me figuro que ella desaprueba el suicidio —dijo la señora Dodd, con una sonrisita agria—. A fe mía, yo también.

—Y yo, señora Dodd —dijo Philip. Y por un instante se quedó pensativo—. ¡Pluguiera al cielo —exclamó— que Graham estuviera aquí! Hay momentos en que se me antoja que él y la señorita Congreve habrían podido reconciliarse.

La señora Dodd alzó las manos en un gesto de horror:

—Caramba, ¿acaso ha abandonado a su último novio?

—¿Su último novio? ¿A quién se refiere?

—Caramba, al hombre de quien le hablé: el señor Holland.

Philip parecía haberse olvidado por completo de aquel extremo de la narración de la señora Dodd. Prorrumpió en una sonora carcajada nerviosa.

—¡Que me aspen —exclamó— si lo sé! Una cosa es segura —prosiguió con énfasis, reportándose—: durante las tres últimas semanas el señor Holland (quienquiera que sea) no le ha puesto la vista encima a la señorita Congreve.

La señora Dodd se quedó callada, con la mirada baja. Por último, alzando la vista, dijo:

—En cambio, según infiero, usted la ha visto mucho.

—Sí, la he visto continuamente.

La señora Dodd enarcó las cejas y estiró los labios en una sonrisa que enfáticamente no era una sonrisa.

—Pues bien, pensará usted que es una pregunta desusada, señor Osborne —dijo—, pero ¿cómo concilia su intimidad con la señorita Congreve y su devoción por el señor Graham?

Philip frunció el ceño... tal vez con excesiva severidad para lo que exigen los buenos modales. Decididamente, la señora Dodd era extraordinariamente necia.

—Oh —respondió—, concilio perfectamente las dos cosas. Además, mi querida señora Dodd, permítame decirle que es problema mío. De todos modos —agregó, con mayor suavidad— quizá, uno de estos días, descifre usted el enigma.

—Ah, si es un enigma —espetó la mujer—, quizá pueda adivinarlo.

Philip se había puesto en pie para despedirse, pero la señora Dodd se recostó en el sofá, juntas las manos sobre el regazo, y con una sonrisa penetrante lo miró. Le

hizo un ademán de reproche con el dedo. Philip se dio cuenta de que ella tenía una idea: acaso la idea correcta. En cualquier caso, se puso colorado. Ante esto la señora Dodd cantó victoria:

—Ya lo he adivinado —dijo—. ¡Ah, señor Osborne!

—¿Qué ha adivinado? —preguntó Philip, sin saber por qué diantres había de ponerse colorado.

—Si he adivinado bien —dijo la señora Dodd—, se trata de un plan estupendo. Lo honra a usted. Es muy romántico. No desentonaría en una novela.

—No estoy seguro —dijo Philip— de saber de qué me habla.

—Oh, sí que lo está. Le deseo suerte. A otro hombre le diría que es un juego peligroso. ¡Pero a usted...! —Y con un insinuante movimiento de cabeza, la señora Dodd midió con una mirada la longitud y la anchura de la buena planta de Philip.

Osborne estaba indeciblemente disgustado, y sin más dilaciones se despidió.

Al lector le será dificultoso comprender por qué Philip había de estar disgustado ante la mera intuición, por parte de otra persona, de un plan que, tres semanas atrás, él mismo había considerado una felicísima ocurrencia. Pues muy bien podemos decir sin ambages que, aunque la señora Dodd era necia, no era tan necia como para no haber adivinado sus auténticas intenciones respecto a Henrietta. Lo cierto es que en tres semanas el ánimo de Philip había experimentado un gran cambio. El lector ya ha apreciado por sí mismo que Henrietta Congreve no era ninguna joven vulgar sino, por el contrario, una persona de distinguidas dotes y notable carácter. Hasta hacía escasos meses había visto muy poco mundo y su espíritu y su inteligencia habían ido formándose gradualmente en la reclusión, el estudio y, no es excesivo decirlo, la meditación. Gracias a su existencia circunscrita y sus prolongados ocios contemplativos, había alcanzado una cima de rara perfección intelectual. Estaba educada, se podría decir, en un sentido en que este vocablo es aplicable a poquísimas jóvenes, por muy ricamente agasajadas que hayan sido por la naturaleza. Cuando, en una etapa más tardía que la mayoría de las muchachas, debido a circunstancias domésticas que no es preciso relatar, había hecho su entrada en sociedad y aprendido lo que era estar en el mundo y pertenecer al mundo, hablar y escuchar, complacer y ser complacida, sentirse maravillada, halagada e interesada, sus admirables facultades y su portentoso intelecto, madurados en estudiosa soledad, habían estallado en lujuriente floración y dado el más espléndido fruto. En consecuencia la señorita Congreve era una persona por quien un hombre de gusto y sentimiento no podía evitar concebir una sincera estima. Categóricamente Philip Osborne era un hombre de éstos; lo mucho que lo había afectado la muerte de su amigo demuestra, creo, que tenía sentimiento; y es concluyente prueba de su gusto haber escogido un amigo así. En cuanto había empezado a obrar guiado por el impulso esotéricamente infundido, por así decirlo, al término de la jira campestre de la señora Carpenter, en cuanto había conseguido que lo presentaran en casa de la señora Wilkes y, con excelente tacto y discreción, obtenido permiso para acudir allí

con frecuencia, había comenzado a sentir en lo más hondo del corazón que en verdad el pobre Graham, al poner en juego su vida contra el favor de la señorita Congreve, había revelado las profundidades de su exquisita sensibilidad. Al menos durante una semana —una semana en la cual, con inaudita buena suerte y un grado de audacia digno de mejor causa, de un modo y de otro Philip se las industrió para conversar con su proyectada víctima no menos de una docena de veces— había estado bajo el dominio de una febril excitación que le había impedido ver a la joven en toda su pasmosa plenitud. Había estado preocupado con sus propias intenciones y el efecto de sus propias maniobras. Pero gradualmente había ido casi olvidándose de sí propio mientras estaba en compañía de ella, y sólo después de abandonar la casa recordaba que tenía un sagrado papel que desempeñar. Fue entonces cuando había entendido la intensidad de la desesperación de Graham, y fue entonces cuando había empezado a sentirse tristemente, dolorosamente desconcertado por el pensamiento de que una mujer pudiera conjugar tanto encanto con tanta perfidia, tanta luz con tanta obscuridad. Estaba tan seguro de la brillante superficie de la naturaleza de ella como de su frío y negro reverso, y era completamente incapaz de descubrir un lazo de unión entre aquellas dos caras de una misma moneda. Por momentos se preguntaba cómo diantres había llegado a echarse sobre sus propios hombros esta carga metafísica: *que diable venaitil faire dans cette galère?* Pero a pesar de los pesares se mantenía a flote: tenía que propulsar su embarcación sobre la corriente hasta donde el alma en pena de su amigo vagaba por la orilla opuesta.

Henrietta Congreve, después de un primer movimiento de manifiesta aversión, había terminado sumamente complacida de aceptar a Osborne como amigo y como *habitué* de la casa de su hermana. Philip había barruntado que podía creer sin fatuidad —pues, sea lo que fuere lo que opine el lector, huelga decir que Philip estaba lejísimo de suponer que todos sus progresos fuesen una caprichosa presunción— que ella lo prefería a la mayoría de los jóvenes de su círculo. Philip tenía una exacta estimación de sus propias dotes y sabía que para los más elevados propósitos sociales, si es que no para los estrictamente sentimentales, estaba hecho de la pasta de un personaje importante. Las trivialidades no eran su fuerte, pero en el salón de la señora Wilkes las trivialidades no desempeñaban sino un papel poco relevante. La señora Wilkes era una mujer simple, pero no tonta ni frívola; y la señorita Congreve estaba exenta de estas flaquezas por motivos todavía mejores. “Las mujeres sólo se interesan realmente por los hombres que pueden contarles algo —recordaba Osborne haber oído decir a Graham en cierta ocasión, no sin amargura—. Siempre tienen una hambre canina de noticias.” Y con satisfacción Philip consideraba estar en condiciones de aportarle a la señorita Congreve más noticias que la mayoría de sus informadores usuales. Poseía una admirable memoria y una vivaz facultad de observación. La propia Henrietta no estaba peor dotada en ese sentido; mas por supuesto la experiencia mundana de Philip era diez veces más amplia y continuamente podía completar las inducciones parciales y rectificar las

falsas conjeturas de ella. A veces le parecían extraordinariamente sagaces y a veces deliciosamente ingenuas. No por ello dejaba de tener frecuente ocasión de hacerla saber hechos poseedores del encanto de una total novedosidad. Había viajado y conocido una gran diversidad de hombres y mujeres, y naturalmente había leído una serie de libros considerados inadecuados para una mujer. Philip era agudamente consciente de estas ventajas; mas pese a ello tenía la sensación de que aun cuando la exhibición de sus tesoros mentales procuraba una gran dosis de entretenimiento a la señorita Congreve, la atención que ella les dedicaba, por su parte, tenía un efecto asaz refrescante sobre su propio espíritu.

Al cabo de tres semanas Philip habría podido, acaso no irrazonablemente, creerse en posición de descargar su golpe. Verdad es que, para una mujer con juicio, hay un largo trecho entre considerar a un hombre como un excelente amigo y agradable conversador, y rendirle su corazón. Philip tenía sobrados motivos para suponer que Henrietta lo consideraba un hombre así; pero si basándose en esto él hubiera vuelto la espalda para marcharse definitivamente, en la convicción de que después de cerrar tras de sí la puerta del salón la oiría, pegando un atento oído, caer desmayada sobre la alfombra, habría podido quedar lastimosamente decepcionado y chasqueado. Anhelaba la oportunidad de poner a prueba la magnitud de su influjo. Sólo con que durante una semana pudiera fingir estar hechizado por otra mujer, tal vez la señorita Congreve se descubriría a sí misma. Philip se vanagloriaba de ser capaz de interpretar los más pequeños indicios. Pero ¿qué otra mujer podría servir aceptablemente como objeto de una tan improvisada pasión? La única que a Philip se le vino a las mientes fue la señora Dodd; pero pensar en la señora Dodd hacía perder los ánimos. Que un íntimo de la señorita Congreve fingiera interesarse por cualquier otra mujer (excepto una bonísima amiga) era actuar con flagrante desprecio de toda verosimilitud. Philip debía, por consiguiente, contentarse con desplegar su pretendida ausencia de amor contra el afectuoso aprecio de Henrietta. Pero a este ritmo el juego avanzaba con mucha lentitud. El trabajo estaba acumulándose en su despacho a pasos agigantados, y no podía mariposear eternamente alrededor de la señorita Congreve. Urdió un inofensivo artificio para hacerla delatarse. Le pareció que su jugada no sería enteramente desacertada y que, en una situación extrema, tal vez Henrietta se pondría celosa de una rival en el afecto de él. Pese a ello, se sintió poderosamente tentado de dejarlo todo y abandonar la partida. La partida era demasiado nocivamente excitante.

El ardid de que hablo fue concebido unos días después de la visita de Osborne a la señora Dodd. En la imposibilidad de exhibir una pasión imaginaria por una joven real y visible, Philip determinó inventarse no sólo la pasión, sino también a la joven. Una mañana, al pasar ante la vitrina de uno de los numerosos fotografías que se afincaban en Newport durante la temporada, quedó impresionado por el retrato de una bellísima joven. Era de tez clara, graciosa, bien vestida, bien retratada, su rostro era encantador, saltaba a la vista que era toda una dama. Philip entró y preguntó

quién era aquella muchacha. El fotógrafo había destruido el negativo y no conservaba ningún registro de su nombre. La recordaba, empero, nítidamente. El retrato no había sido hecho durante el verano: había sido hecho durante el invierno anterior, en Boston, residencia fija del fotógrafo.

—Lo conservé —dijo— porque me parecía un retrato tan sumamente perfecto. ¡Y una modelo tan encantadora! No nos caen muchas así. —Agregó, no obstante, que dicho retrato era demasiado bueno para gustar a las masas y que Philip era el primero que había tenido el buen gusto de prestarle atención.

“Mejor que mejor”, pensó Philip, y en el acto se ofreció a comprárselo. Naturalmente, el fotógrafo adujo escrúpulos de conciencia: iba contra sus principios poner en circulación los retratos de las damas que acudían a él confiadas en su honradez. Para hacerle justicia, no desertó de sus escrúpulos, y Philip no logró persuadirlo de que lo vendiera. Él consintió, empero, en dárselo *gratis* al señor Osborne. El señor Osborne se lo merecía, y le quedaba otro para sí mismo. A estas alturas Philip ya se había encariñado apasionadamente del retrato; y ante esta última información puso cara seria y sugirió que aunque el artista no aceptara vender uno quizá sí aceptaría vender dos. El fotógrafo se negó, reiteró su ofrecimiento y Philip concluyó por acceder. A título de compensación, no obstante, resolvió posar para su propio retrato. En el decurso de media hora el fotógrafo le brindó una docena de reproducciones de su cabeza y hombros, caracterizadas por igual número de distintas posturas y expresiones.

—Es usted un modelo de primera clase, señor —dijo el artista—. Muy fotogénico. Haría una gran pareja con mi joven damita.

Philip se marchó con su docena de instantáneas, prometiendo examinarlas con calma, seleccionar entre ellas y encargar un buen número de copias de las mejores.

Al anochecer se presentó en casa de la señora Wilkes. Halló a esta mujer en el porche, bebiendo té al aire libre con una invitada, a quien él no identificó en la oscuridad. Cuando la señora Wilkes efectuó las presentaciones, graciosamente su compañera resultó ser la señora Dodd. “¿Cómo narices —pensó Philip— se ha introducido aquí?” Era, desde luego, una crasa derrota encontrarse a la señora Dodd en vez de a la señorita Congreve. Philip tomó asiento, empero, de buena gana, según toda apariencia, con la esperanza de que se presentara Henrietta. Al final, corriendo su silla hasta emplazarla frente a la ventana del salón, vio adentro a la joven leyendo a la vera de la lámpara. Estaba sola y embebida en su libro. Llevaba un vestido de granadina blanca, cubierto de ornamentos y arabescos de seda carmesí, que le confería cierto aspecto fantástico. Por lo demás, su expresión era bastante seria y sus cejas estaban contraídas, como si se hallara completamente absorta en la lectura. Su codo derecho se apoyaba en la mesa, y con la mano se retorció maquinalmente el largo rizo que pendía de su *chignon*. Percatándose de su oportunidad, Osborne huyó de las mujeres del porche y se metió en el salón. La señorita Congreve lo acogió como a un viejo amigo, sin levantarse del asiento.

Philip comenzó fingiendo reñirla por eludir la obligación de hacerle compañía a la señora Dodd.

—¡La obligación! —dijo Henrietta—. Es usted muy gentil con la señora Dodd.

—Me da la impresión —repuso Osborne— de que no soy menos gentil que usted.

—Bueno, tal vez sea así. Lo cierto es que yo no soy muy gentil. De todos modos, a ella no la ilusiona verme. Debe de haber venido para visitar a mi hermana.

—No sabía que ella conociera a la señora Wilkes.

—Su conocimiento se remonta a hace un par de horas. Yo la conocí, ¿sabe?, el pasado julio en Sharon. En cierta ocasión se mostró muy impertinente conmigo y me figuré que se habría desentendido de mí para siempre. Pero esta tarde, durante un paseo, cuando mi hermana y yo nos apeamos del carruaje, junto a las rocas, ¿a quién veo sino a la señora Dodd paseando sola con un manojo de algas marinas tan grande como su cabeza? Se precipitó hacia mí: yo se la presenté a Anna y, al enterarse de que llevaba un largo rato andando, Anna la hizo montarse en nuestro carruaje. Parece que se aloja en casa de una amiga que no tiene carruaje, y se siente muy desgraciada. Durante una hora la paseamos por todas partes. La señora Dodd estuvo fascinante, tiró sus algas marinas y Anna la invitó a merendar. Después de la merienda, habiéndola soportado ya durante dos larguísimas horas, me refugié aquí.

—Si estuvo fascinante —dijo Philip—, ¿por qué lo denomina usted soportarla?

—Tanto mayor motivo, se lo aseguro.

—Comprendo: usted no le ha perdonado su impertinencia.

—En efecto, confieso que no. Esta mujer se mostró decididamente agresiva.

—Pese a todo, ella parece haberla perdonado a usted.

—No tenía nada que perdonarme.

Al cabo de unos instantes, Philip extrajo del bolsillo las fotografías, se las pasó a Henrietta y le pidió consejo sobre cuáles seleccionar. La señorita Congreve las examinó detenidamente, y sólo escogió una.

—Ésta es excelente —dijo—. En comparación todas las otras son una birria.

—Entonces, ¿me aconseja que encargue copias de sólo ésa?

—Caramba, usted es libre de hacer lo que lo plazca. Yo le aconsejo que sí encargue copias de ésa, en todo caso. Si lo hace, le pediré una; pero no me apetecen nada las restantes.

Philip objetó ver muy poca diferencia entre esta fotografía predilecta y las restantes, pero la señorita Congreve declaró que había toda la diferencia del mundo. Cuando Philip volvió a introducir en su cartera las instantáneas, dejó caer sobre la alfombra el retrato de la muchacha de Boston.

—Anda —dijo Henrietta—, una joven. Supongo que me dejará mirar su retrato.

—Con una condición —dijo Philip, recogiéndolo—. Haga el favor de no leer el reverso.

Me siento muy abochornado de tener que contar semejantes cosas del pobre

Philip; pues, en realidad, el reverso del retrato estaba hartamente inocentemente en blanco. Si la señorita Congreve se hubiera aventurado a desobedecerlo, él habría quedado totalmente en ridículo. Pero en los modales de Henrietta había tan poco de revoltoso, que Osborne era consciente de no correr riesgo alguno.

—¿Quién es ella? —preguntó Henrietta, contemplando el retrato—. Es encantadora.

—Cierta señorita Thompson, de Filadelfia.

—Cielos, no Dora Thompson, ciertamente.

—Desde luego que no —dijo Philip, con algo de nerviosismo—. No se llama Dora... ni nada que se le parezca.

—No hace falta que se ofenda por el comentario, señor. Dora es un nombre muy bonito.

—Sí, pero el auténtico es más bonito.

—Siento mucha curiosidad por saber cuál es.

Inopinadamente Philip se encontró en apuros.

Disparó a ciegas y contestó al azar:

—Angelica.

La señorita Congreve sonrió... con cierta ironía, según le pareció a Philip.

—Pues —dijo— me gusta más su cara que su nombre.

—¡Qué gracia, puestas así las cosas, lo mismo me ocurre a mí! —exclamó Philip, con una carcajada.

—Hábleme sobre ella, señor Osborne —continuó Henrietta—. Debe de ser, con ese rostro y esa figura, la muchacha más adorable del mundo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Philip, recostándose en su asiento y mirando hacia el techo—, quizá lo sea... o, cuando menos, excúseme si digo que *yo* pienso que lo es.

—Lo que me parecería inexcusable sería que no lo dijera —dijo Henrietta, devolviéndole el retrato—. Tengo la certeza de haberla visto en alguna parte.

—Es muy posible. Suele ir a Nueva York —dijo Philip. Y juzgó prudente, en términos globales, desviar la conversación hacia otro tema. La señorita Congreve quedó silenciosa y, según imaginó él, pensativa. ¿Se sentiría celosa de Angelica Thompson? A Philip le pareció que, sin fatuidad, podía inferir que así era, pero que ella era demasiado orgullosa para hacer preguntas.

La señora Wilkes le había dado permiso a la señora Dodd para enviar noticias a su amiga sobre su paradero y había prometido proveerla de escolta para el regreso. Cuando la señora Dodd se alistaba a despedirse, Philip, hallándose presto a marcharse también, se ofreció a acompañarla a su alojamiento.

—Pues bien, señor —dijo la mujer, cuando hubieron abandonado la casa—, su pequeño juego parece prolongarse más de lo debido.

Philip no dijo nada.

—Ah, señor Osborne —dijo la señora Dodd, con mal disimulada impaciencia—, me temo que es usted demasiado bueno para ello.

—Lo mismo me temo yo.

—Si no se hubiese apresurado tanto a convenir conmigo —dijo la señora Dodd—, yo habría añadido que quiero decir, en otras palabras, que es usted demasiado tonto.

—Oh, también convengo en eso —dijo Philip.

Al día siguiente recibió una carta de su socio laboral, informándolo sobre una enorme cantidad de trabajo acumulado y urgiéndolo a regresar lo antes posible. “Nos han hablado”, agregaba este caballero, “de una tal señorita... no recuerdo el nombre. Si es esencial para tu felicidad, tráetela contigo; pero, en cualquier caso, tú debes venir. En tu ausencia, el bufete está empantanado: un horroroso caso de atracón sin digestión.”

Este llamamiento llegó al alma de Philip, para usar una viejísima metáfora, como el toque de trompetas a un antiguo soldado de caballería. Se sintió abrumado por una inopinada vergüenza al pensar en las preciosas horas que había perdido y las largas mañanas que había consagrado al vacío. Había estado quemándole incienso a una sombra, y el humo la había borrado. Por la tarde se dirigió hacia el acantilado, notándose lastimosamente perplejo y espiritualmente exasperado y anhelando nada más que dedicar una mirada de despedida al mar. No estaba dispuesto a admitir que había jugado con fuego y se había quemado los dedos; mas lo cierto era que no había ganado nada en el juego. ¿Cómo diantres había conseguido Henrietta Congreve infiltrarse en su vida, robarle el tiempo y las energías y disgustarlo intolerablemente consigo mismo? Habría dado cualquier cosa por ser capaz de eliminarla de sus pensamientos; pero ella permanecía en ellos y, mientras permanecía, él la odiaba. Pensándolo bien, no había quedado totalmente imposibilitado para su venganza. Había comenzado por odiarla y seguía odiándola. De camino hacia el acantilado vio a la señora Wilkes conduciendo sola su carruaje. El asiento de Henrietta, vacío a su lado, pareció insinuar que ésta estaba en casa e incluso, casi, que lo aguardaba.

De cualquier manera, en vez de ir a despedirse del mar, él fue a despedirse de la señorita Congreve. Estaba seguro de poder hacer fácilmente fría y formularia su despedida, y aun amarga.

Fue admitido en la casa, atravesó el salón hacia la galería y halló a Henrietta en medio del césped del jardín con su sobrinito en las rodillas y leyéndole un cuento de hadas. Ella le hizo sitio a su lado en el banco del jardín, pero no soltó al niño. Ante esta visión Philip se sintió seriamente confuso. En cuestión de momentos sentó al pequeño sobre sus propias rodillas. Después le dijo brevemente a la señorita Congreve que tenía la intención de irse de Newport aquella misma noche.

—Y usted —dijo—, ¿hasta cuándo piensa quedarse aquí?

—Mi hermana —dijo Henrietta— se propone quedarse hasta Navidad. Espero poder permanecer hasta entonces.

El pobre Philip agachó la cabeza y oyó derrumbarse sus ilusiones alrededor de

sus oídos de la manera menos musical. Su golpe no había afectado sino al insensible aire. Había esperado ver que palidecía el rostro femenino u oír que temblaba la voz femenina. Pero había esperado en vano. Cuando alzó la vista y su mirada se encontró con la de Henrietta, ésta se sintió intrigada por la expresión del rostro masculino.

—Tom —le dijo al niño—, ve a pedirle mi abanico a Jane.

El chiquillo obedeció y Philip se puso en pie. Tras vacilar un instante, también Henrietta se levantó.

—¿Ya es su hora de partir? —preguntó.

Philip no dio respuesta, sino que se quedó mirándola con ojos inyectados en sangre, y con una intensidad que extrañó y asustó a la joven.

—¡Señorita Congreve —dijo, bruscamente—, soy muy desdichado!

—¡Ah, no lo sea! —dijo Henrietta, consoladoramente.

—¡Amo a una mujer a la cual le importo un comino!

—¿Está seguro? —dijo Henrietta, con inocencia.

—¡Seguro! ¡La adoro!

—¿Está seguro de que ella no le hace caso?

—¡Ah, señorita Congreve! —exclamó Philip—. Si yo pudiera imaginar..., si yo pudiera tener la esperanza... —Y extendió la mano como para coger la de ella.

Henrietta retrocedió, pálida y cejijunta, refugiando su propia mano en el pecho:

—¡No tenga ninguna esperanza! —dijo.

En este momento, el pequeño Tom Wilkes hizo su reaparición en la puerta vidriera del salón.

—¡Tía Henrietta —gritó—, aquí hay otro caballero!

La señorita Congreve y Philip se volvieron para mirar y vieron a un joven salir del salón a la galería. Con una pequeña exclamación, Henrietta se precipitó a su encuentro. Philip se quedó en su sitio. La señorita Congreve intercambió un efusivo saludo con el recién llegado y lo condujo hasta el césped. Mientras ella venía hacia él, Philip advirtió que la palidez de Henrietta había dado paso a un sonrosado rubor. Estaba hermosa.

—Señor Osborne —dijo—, le presento al señor Holland.

El señor Holland hizo una cortés inclinación, mas Philip no se inclinó en absoluto.

—Entonces adiós —dijo para la joven.

Sin decir nada, ella hizo una inclinación.

—¿Quién es tu amigo, Henrietta? —preguntó su compañero, cuando quedaron a solas.

—Un tal señor Osborne, de Nueva York —dijo la señorita Congreve—: un amigo del pobre señor Graham.

—Por cierto, supongo que te habrás enterado de la muerte del pobre Graham.

—Oh, sí: me informó el señor Osborne. Y, a propósito..., ¿qué te parece?: el señor Graham me escribió diciéndome que creía que iba a morir.

—¿Que creía que iba a morir? ¿Era eso lo que decía?
—No me acuerdo de las palabras exactas. Destruí la carta.
—He de decir que opino que habría sido de mejor gusto no escribirte.
—¿De mejor gusto? Hacía mucho que él había roto relaciones con el buen gusto.
—No lo sé. En su locura había método; y, como norma, si un hombre se suicida no debería mandar circulares.

—¿Se suicida? ¡Santo cielo, George, ¿qué quieres decir?! —La señorita Congreve había palidecido y se quedó mirando a su compañero con ojos dilatados de espanto.

—Caramba, mi amada Henrietta —dijo el joven—, perdona mi brusquedad. ¿Es que no lo sabías?

—¡Qué sorpresa..., qué horror! —dijo Henrietta, con lentitud—. Ojalá hubiera conservado su carta.

—Yo celebro que no lo hicieras —dijo Holland—. Es un asunto siniestro. Olvídalo.

—Qué horror..., qué horror... —se dolió la joven, en tono trémulo. Su voz se contaminó de lágrimas irreprimibles. ¡Pobre muchacha! En un plazo de cinco minutos, había recibido tres sorpresas. Dio libre rienda a su alteración y prorrumpió en sollozos. George Holland la atrajo hacia sí, y la estrechó entre sus brazos, y la besó, y le susurró al oído palabras de consuelo.

Por la noche Philip emprendió viaje a Nueva York. En el vapor halló a la señora Dodd, quien había finalizado su visita. La acompañaba un tal comandante Dodd, miembro del ejército, hermano de su difunto marido y, por añadidura, primo de ella misma. Se trataba de un soltero jovial, atentísimo amigo de su cuñada, la cual carecía de familia propia y estaba en situación de sentirse agradecida ante los servicios de un caballero. A despecho de la opinión general en sentido contrario, puedo afirmar que el comandante no aspiraba a convertir aquellas pequeñas atenciones en algo vitalicio. “Ya estoy emparentado con Maria por partida doble —se lo había oído decir, en un momento de sinceridad—. Si alguna vez me caso, preferiré que no sea tan endogámicamente.” Había acudido a Newport únicamente para acompañar a su prima a casa, quien sin pérdida de tiempo le presentó a Philip.

Era una clara noche suave y, cuando el vapor se hubo alejado del puerto, la señora Dodd y los dos caballeros se trasladaron a la cubierta superior y tomaron asiento a la luz de las estrellas. Philip, fácil es de imaginar, no estaba de humor para charlas; pero se hizo cargo de que no podía desentenderse limpiamente de la señora Dodd. Bajo la influencia de la noche hermosa, el mar oscuramente brillante, las constelaciones esplendentes, esta mujer se puso rabiosamente sentimental. Habló de la amistad, y el amor, y la muerte, y la inmortalidad. Philip adivinó lo que se avecinaba. Al cabo de muy poco, ella tuvo el mal gusto (pensando en la presencia del comandante, según se figuró Philip) de tomar al pobre Graham como tema para una rapsodia. Osborne perdió los estribos y la interrumpió preguntándole si la molestaría que encendiera un cigarro. Ella se escandalizó y al punto proclamó que se retiraba.

Philip no tenía ningún deseo de mostrarse descortés. Procuró reconquistar su buena opinión ofreciéndose a acompañarla hasta el camarote. Ella aceptó su escolta y él fue con ella hasta la puerta de su camarote de lujo, donde ella le tendió la mano para desearle buenas noches.

—Y bien —dijo—, ¿qué hay de la señorita Congreve?

Philip se puso francamente ceñudo.

—La señorita Congreve —dijo— está prometida en matrimonio.

—¿Con el señor...?

—Con el señor Holland.

—¡No me diga! —exclamó la señora Dodd, bajando la mano—. ¿Por qué no ha malogrado usted el compromiso?

—Mi querida señora Dodd —dijo Philip—, no sabe usted lo que dice.

La señora Dodd sonrió con una penosa sonrisa, hizo un ademán negativo y apartó la mirada.

—¡Pobre Graham! —dijo.

Sus palabras lastimaron a Philip cual una bofetada.

—¡Graham! —gritó—. ¡Graham fue imbécil! —Había devuelto el golpe: no pudo evitarlo.

Volvió a ascender la escalerilla y retornó a cubierta, aún trémulo con la violencia de su propia réplica. Caminó hasta el extremo trasero del barco y se apoyó en la barandilla, contemplando los negros abismos acuáticos que espumeaban y remolineaban en la estela del buque. Desprendió la ceniza de su cigarro y observó las ígneas partículas caer flotando y desvanecerse en las tinieblas. Se sentía frustrado y triste. Allá en la embravecida oscuridad tumultuosa se abría de par en par la muerte instantánea. ¿Lo tentó a él también? Él retrocedió con un escalofrío, y regresó a su asiento a la vera del comandante Dodd.

Durante unos momentos el comandante guardó un silencio meditabundo. Luego, por fin, dijo con una risa medio justificatoria:

—La señora Dodd se conduce bajo los efectos de un singular error.

—¿Cómo dice? —preguntó Philip.

—¿Conoció usted al señor Graham? —siguió el comandante.

—¡Vaya que si lo conocía!

—Fue un caso muy melancólico —dijo el comandante Dodd.

—Un caso muy melancólico. —Philip repitió sus palabras.

—No alcanzo a comprender cómo fue inducida la señora Dodd a tamaño fanatismo en lo tocante a ese asunto. Creo que en cierta ocasión llegó incluso a golpear a la joven.

—¿A la joven? —dijo Philip.

—A la señorita Congreve, ya sabe: el objeto de las persecuciones de él.

—¡Ah, sí! —dijo Philip, penosamente desconcertado.

—La verdad es —dijo el comandante, aproximándosele y bajando

confidencialmente la voz— que la señora Dodd estaba enamorada de él... tanto, es decir, como una mujer puede estarlo de un hombre en esas condiciones.

—¿Es posible? —dijo Philip, disgustado y enojado por algo que ignoraba, pues las alusiones de su compañero eran un enigma.

—Oh, yo pasé tres semanas en Sharon —prosiguió el comandante—; fui a hacer compañía a mi cuñada; lo presencié todo. Intenté hacer desistir al pobre Graham, pero rehusó escucharme: no es que se mostrara muy sereno. Casi no hablaba, y únicamente se confiaba a la señora Dodd y a mí: vivíamos en el mismo alojamiento, ¿sabe? Desde luego, enseguida me di cuenta de lo que había detrás de ello, y me dolí mucho por la pobre señorita Congreve. Lo soportaba muy bien, pero debió de resultarle muy fastidioso.

De un salto Philip se levantó de su asiento:

—¡Por el amor del cielo, comandante Dodd —gritó—, ¿de qué me habla?!

El comandante lo miró fijamente un instante y luego soltó una carcajada.

—¿Es que usted conviene con la señora Dodd? —dijo, reportándose.

—A la señora Dodd no la comprendo mejor que a usted.

—Caramba, querido señor mío —dijo el comandante, incorporándose y tendiéndole la mano—, le ruego mil perdones. Pero debe disculparme si me es imposible mudar de opinión.

—En primer lugar, por favor, tenga la bondad de hacerme saber cuál es su opinión.

—Caramba, señor, que toda la historia es un solemne desatino.

—¡Santo cielo —exclamó Philip—, eso no es una opinión!

—Muy bien, señor, usted lo ha querido: ese hombre estaba loco de atar.

—¡Oh! —exclamó Philip. Su exclamación expresaba muchas cosas, pero el comandante la interpretó como una protesta.

—Era un monomaniaco.

Philip no dijo nada.

—¿Para usted no es nueva la idea?

—Pues —dijo Philip—, a decir verdad, sí que lo es.

—Bueno —dijo el comandante, con reverente ademán—, pues ahí la tiene usted... aunque carezca de importancia.

Philip aspiró aire profundamente.

—¡Ah, no! —dijo con seriedad—. No carece de importancia. —Durante cierto rato se quedó callado, con la vista clavada en la cubierta. El comandante Dodd dio unas cuantas chupadas a su cigarro y lo observó de soslayo. Al fin Philip alzó la mirada—: ¿Y Henrietta Congreve?

—Henrietta Congreve —dijo el comandante, con militar generosidad y galantería— es la muchacha más cariñosa del mundo. ¡No me contradiga! La conozco bien.

—¿No se había prometido con Graham?

—¿Prometido? Ella nunca lo miró.

—Pero él estaba enamorado de ella.

—Ah, eso era problema suyo. La atosigaba continuamente. Ella intentó ser considerada *y* amable... *y* ello empeoró las cosas. Después, cuando ella resolvió no volver a tratarlo, el pobre diablo juró que lo había dejado plantado. Se convirtió en una idea fija. Logró que la señora Dodd se la creyera.

Las mudas reflexiones de Philip —la silenciosa elocuencia de su atónito corazón exorcizado— no tenemos espacio para traducirlas en palabras. Pero mientras el comandante le aliviaba su carga con una mano, se la incrementaba con la otra. Hasta aquel momento Philip no había compadecido de veras a su amigo.

—Yo lo conocía bien a él —dijo, en voz alta—. Era el mejor de los hombres. Es perfectamente posible que ella se interesara por él.

—¡Santo cielo! Mi querido amigo, ¿cómo habría podido esa mujer amar a un loco?

—Utiliza usted palabras fuertes. Cuando me separé de él en junio, estaba tan cuerdo como usted o yo.

—En tal caso, por lo visto, perdió la razón en el intervalo. Su estado de salud era lastimoso.

—Pero un hombre no pierde la razón sin algún motivo.

—Admitamos, pues —dijo el comandante—, que la señorita Congreve fue el motivo. Insisto en que fue un motivo involuntario. ¿Cómo habría podido tontear con él? Estaba prometida a otro hombre. Los caminos del Señor son inescrutables. Por fortuna —continuó el comandante—, ella ignora lo peor.

—¿Qué es eso de lo peor?

—Caramba, ya sabe usted que se pegó un tiro.

—Válgame el cielo, la señorita Congreve no lo ignora.

—Me parece que está usted en un error. Esta misma mañana lo ignoraba.

Philip se sentía desconcertado y aturdido por el tejido de horrores en que estaba enredado.

—Oh —dijo, amargamente—, entonces es que se le ha olvidado. Lo supo hace un mes.

—No, no y no —replicó el comandante, con decisión—. Me tomé la libertad, esta mañana, de tributarle una visita y, como ya habíamos hablado un poco sobre el señor Graham en Sharon, aludí a su muerte. Noté que estaba enterada, y no dije nada más...

—¿Entonces? —dijo Philip.

—Entonces, querido amigo mío, ella cree que murió en la cama. ¡Ojalá nunca deje de creerlo!

En el decurso de aquella noche —permaneció levantado en cubierta hasta las dos de la madrugada, a solas— Philip, dándole vueltas en la cabeza a muchas cosas, se hizo ferviente eco de este último deseo del comandante Dodd.

Aux grands maux les grands remèdes. En la actualidad Philip está casado; y, cosa curiosa, su esposa guarda una sorprendente semejanza con la joven cuya fotografía adquirió al precio de seis docenas de la suya propia. Y sin embargo no se llama Angelica Thompson... ni siquiera Dora.

Un Peregrino Apasionado

1

Tras decidir que navegaría de regreso a Norteamérica en la primera parte de junio, determiné pasar el entretanto de seis semanas en Inglaterra, con la cual yo había soñado mucho pero que hasta entonces no conocía personalmente. En Italia y Francia había concebido una resuelta preferencia por las viejas posadas, estimando que lo que algunas veces le cuestan al insatisfecho cuerpo lo pagan con creces a la deleitada alma. A mi llegada a Londres, por consiguiente, me hospedé en cierta antigua hostería muy hacia el este de Temple Bar,¹² inmersa en lo que yo denominaba la zona johnsoniana. Aquí, en la primera noche de mi estadía, descendí al pequeño comedor y encargué la cena al mismísimo genio del decoro, encarnado en la persona del solitario camarero. Tan pronto como hube cruzado el umbral de esta estancia sentí que había segado la primera ringlera de mi doradamente madura cosecha de “impresiones” británicas. El comedor del León Rojo, como tantísimos otros lugares y cosas que estaba destinado a ver en Inglaterra, parecía haber estado esperando durante largos años, con esa robusta tolerancia del tiempo inscrita en el rostro, que yo viniera a escudriñarlo, embelesado pero no sorprendido.

La preparación latente de la mente norteamericana para incluso los rasgos más quintaesenciados de la vida inglesa es un asunto en el que sinceramente yo nunca había logrado llegar hasta el fondo. Sus raíces están tan hondamente enterradas en el suelo virgen de nuestra primitiva cultura que, a falta de alguna gran conmoción de experiencia, es arduo decir con precisión dónde y cuándo y cómo principia. Convierte el goce de Inglaterra para un norteamericano, en una emoción más penetrante y sagrada que su goce, digamos, de Italia o España. Había visto el comedor del León Rojo, hacía años, en casa —en Saragossa (Illinois)—, gracias a libros, visiones, sueños, Dickens, Smollett y Boswell. Era pequeño y estaba subdividido en seis estrechos compartimentos por una serie de perpendiculares mamparas de caoba, algo más altas que la estatura de un hombre, cada una dotada de un magro reborde sin almohadillar a cada lado, tenido por asiento en la antigua Britania. En cada uno de los reducidos receptáculos constituidos así de rígidamente había una estrecha mesa, una mesa que en temporadas repletas se esperaba que diera cabida a las diversas extremidades de cuatro buenos apetitos británicos. En realidad las temporadas repletas habían desaparecido del León Rojo para siempre. Ahora el

¹² Pórtico situado entre Fleet Street y el Strand, construido por Christopher Wren en 1670 y demolido en 1878, que marcaba el límite occidental de la City de Londres. (*N. del T*)

León Rojo estaba repleto sólo de memorias y fantasmas y atmósfera. A lo largo de la estancia se extendía, a la altura del pecho, un soberbio conjunto de entrepaños de caoba, tan oscuros por el tiempo y tan pulidos por el roce incesante que al contemplar un rato su lucida negrura fantaseé la empañada imagen de un grupo de empelucados caballeros en calzones cortos que acabaran de llegar de York en diligencia. En las apagadas paredes amarillas, recubiertas con los humos del carbón inglés, del carnero inglés, del whisky escocés, había una docena de melancólicos grabados, empalidecidos por la edad: el favorito del Derby del año 1807, el Banco de Inglaterra, Su Majestad la Reina. En el suelo había una alfombra turca —tan vieja como la caoba, casi, como el Banco de Inglaterra, como la Reina— sobre la que el camarero, en sus solitarias evoluciones, había estampado tantas masivas huellas de tizne y goterones de cerveza desbordada, que con seguridad los brillantes telares de Esmirna no la habrían reconocido. Decir que pedí la cena a este ser superior sería tergiversar por completo el proceso mediante el cual, habiendo soñado con cordero y espinacas y un pastel de ruibarbo, acabé sentado en penitencia ante una chuleta de carnero y una ración de arroz con leche. Empujando los pies contra el madero transversal de la pequeña mesa de roble, yo oponía a la división de caoba a mis espaldas, esa vigorosa resistencia dorsal que debía expresar la vieja idea inglesa de reposo. La sólida mampara rehusaba incluso crujir; pero mis pobres articulaciones yanquis suplían la deficiencia. Mientras estaba esperando mi chuleta entró en la habitación una persona a quien supuse el único huésped además de mí. Parecía, como yo, haberse formado propósitos de cenar; la mesa al otro lado de mi mampara había sido dispuesta para acogerlo. Anduvo hasta el fuego, expuso a éste la espalda, consultó su reloj y miró directamente a través de la ventana e indirectamente a mí. Era hombre de algo menos que mediana edad y más que la estatura media, aunque lo cierto es que no se habría podido denominarlo ni joven ni alto. Era principalmente llamativo por su exagerada delgadez. Su pelo, muy ralo en la cúspide de la cabeza, era oscuro, corto y fino. Sus ojos eran de un pálido gris turbio y no casaban, quizá, con su pelo y entrecejo morenos, pero tampoco desarmonizaban totalmente con su descolorida tez biliosa. Su nariz era aguileña y refinada; a los pies de ésta crecía un bigote lacio, donoso, negro. Su boca y su mentón eran magros y de perfil incierto: no vulgares, tal vez, pero sí débiles. De hecho una debilidad inconsciente, fatal, caballerosa, era lo que parecía expresar su elegante persona. Su mirada era inquieta y desconfiada; su entera fisonomía, la manera de desplazar el peso del cuerpo de un pie al otro, la abatida inclinación de su cabeza, hablaban de exhaustas intenciones, de voluntad resignada. Su atavío era pulcro y cuidadoso, con un aire de semiluto. Llegué a tres conclusiones: era soltero, tenía poca salud, no era lugareño. El camarero se le aproximó y conversaron unos instantes en tonos escasamente audibles. Oí las palabras “clarete”, “jerez”, con una entonación tímida de voz, y finalmente “cerveza”, con una educada asertividad. Quizás era un ruso de disminuidas circunstancias; me recordó cierta tipología rusa que yo había encontrado por el

continente. Mientras yo sopesaba estas hipótesis —pues ya ven ustedes que estaba yo interesado—, apareció un vivaz hombre bajito de pelo castaño rojizo, nariz vulgar, agudos ojos azules y una roja barba confinada al final de la mandíbula y la barbilla. Mi supuesto ruso seguía de pie sobre la alfombra; su pacífica mirada erraba en el vacío; el otro se le acercó y con el paraguas le dio un golpecito juguetón en la cóncava barriga de su melancólico chaleco.

—¡Un penique y medio por tus pensamientos! —dijo el recién llegado.

Su compañero profirió una exclamación, concentró la mirada y luego apoyó las dos manos sobre los hombros del otro. Este último se volvió a mirarme agudamente, abarcándome con una ojeada momentánea. A la propia luz intensa de ésta leí un fulgor ocular típicamente norteamericano; y esto con tal seguridad que apenas precisé ver a su propietario —mientras se disponía, junto con su amigo, a sentarse en la mesa contigua a la mía— sacar del bolsillo de su sobretodo tres periódicos de Nueva York y depositarlos al lado de su plato. Mientras mis vecinos procedían a cenar cobré conciencia de que, sin mediar ninguna falta de urbanidad por mi parte, una considerable porción de su charla saltaba por encima de la mampara que nos separaba y mezclaba sus sabores con los de mi sencillo condumio. Eventualmente sus voces bajaban, como con intención de secretismo; pero yo escuchaba una frase por aquí y otra por allá con la suficiente nitidez como para sentir viva curiosidad por la totalidad del intercambio y, de hecho, acabar logrando adivinarlo. Las dos voces estaban moduladas en una clave que me era familiar y, parejamente naturales de nuestra atmósfera cisatlántica, parecían caer sobre el amortiguado medio del habla circunvecina como el repiqueteo de guisantes sobre la superficie de un tambor. Eran norteamericanas, empero, de modos diferentes; y no tuve ninguna vacilación en asignarle la más suave y clara de las dos al pálido caballero delgado, a quien decididamente yo prefería sobre su camarada. Este último empezó a preguntarlo sobre su viaje.

—¡Horrible, horrible! Lo pasé mortalmente mareado desde el momento en que zarpamos de Nueva York.

—Bueno, es verdad que tienes un aspecto algo desmejorado —aseveró su amigo.

—¿Desmejorado? He estado al borde de la tumba. No he llegado a dormir seis horas en tres semanas. —Esto fue dicho con gran gravedad—. Pues bien, he hecho el viaje por última vez en mi vida.

—¡Y un cuerno! ¿Vas a quedarte aquí para siempre?

—¡Aquí, o dondequiera que pueda! Probablemente ese “para siempre” será breve.

Hubo una pausa, después de la cual el otro replicó:

—Sigues siendo el mismo viejo prematuro, Searle.

—Va a expirar tu alma mañana, ¿es eso?

—Casi lo desearía.

—¿No te has enamorado de Inglaterra, pues? He oído decir a la gente de casa que te gustaba vestir y hablar y obrar como un inglés. Pero yo conozco a los ingleses, y también te conozco a ti. No eres uno de ellos, Searle, ni hablar. Se hundirá usted aquí, señor. Se hundirá tan seguro como que me llamo Simmons.

Siguiendo a esto oí un repentino estrépito como el de la caída de un cuchillo y tenedor.

—¡Pues eres un hombre muy amable, Simmons! Todo el día he estado vagando por esta execrable ciudad, a punto de llorar de nostalgia y descorazonamiento y toda clase posible de males y deseando, a falta de cosa mejor, encontrarte aquí esta noche para que pronunciaras alguna palabra de aliento y consuelo y me proporcionaras algún destello de esperanza. ¿Hundirme? ¿No estoy hundido ya? ¡Ya no puedo descender más abajo como no sea para descender a la tumba!

Ante este arranque de pasión el señor Simmons parece haberse desconcertado un momento. Pero al momento siguiente lo oí decir:

—No llores, Searle. Ten presente al camarero. Yo sí me he hecho demasiado inglés para eso. Por el amor del cielo, no nos pongamos nerviosos. Aquí los nervios no te servirán de nada. Es preferible que vayamos al grano. Dime en dos palabras lo que esperas de mí.

Oí otro ruido, parecido a como si el pobre Searle se hubiese derrumbado en su silla.

—Palabra de honor, Simmons, eres increíble. ¿No recibiste mi carta?

—Sí, recibí tu carta. Nunca en mi vida he lamentado tanto recibir algo.

Ante esta declaración el señor Searle profirió una blasfemia, que quizá fue misericordioso que yo sólo escuchara parcialmente.

—John Simmons —gritó después—, ¿qué demonio perverso te ha ocupado el alma?! ¿Vas a traicionarme aquí en tierra extranjera, a resultar un falso amigo, un granuja inhumano?

—Desahóguese, señor —dijo porfiadamente Simmons—. Suéltelo todo. Yo esperaré a que termine. Su cerveza es malísima —le observó independientemente al camarero—. Tomaré un poco más.

—¡Por amor de Dios, explícate! —exclamó Searle.

Hubo una pausa, al término de la cual oí al señor Simmons depositar con énfasis su vacía jarra.

—Pobre lunático morboso —reanudó éste el diálogo—, no deseo decirte nada que te lastime. Siento compasión por ti. ¡Pero debes permitirme que diga que has actuado como un maldito idiota!

El señor Searle pareció hacer un esfuerzo para reportarse:

—Ten a bien hacerme saber cuál era a su vez el significado de la carta que tú me escribiste a mí.

—Yo mismo fui un idiota por escribirte esa carta. La culpa es de mi funesta generosidad que siempre se mete donde no la llaman. Habría sido mucho mejor

olvidarme de ti. Para ser absolutamente exactos, nunca en mi vida he estado tan horrorizado como cuando vi que debido al estímulo de esa carta te venías aquí a buscar tu fortuna.

—Y ¿qué esperabas que hiciera?

—Esperaba que aguardarías pacientemente hasta que yo hubiera hecho más indagaciones y te hubiese escrito otra vez.

—Pero a estas alturas ya habrás hecho más indagaciones.

—¿Indagaciones? He hecho asaltos.

—Y lo que has averiguado, ¿es que no tengo derechos?

—Ningún derecho digno de tal nombre. Al principio parecía que tu reclamación judicial era bastante legítima. Confieso que su aspecto me fascinó...

—¡Debido a tu funesta generosidad!

Durante un momento el señor Simmons pareció experimentar cierta dificultad en tragar.

—Su cerveza es intragable —le dijo al camarero—. Tomaré jerez. Vamos, Searle —reanudó el diálogo—, no me desafíes a las artes del debate o me ensañaré contigo. Mi generosidad, como digo, sí participó en ello. La idea de que si triunfabas yo obtendría una hermosa pluma para mi sombrero, y un hermoso penique para mi monedero, también participó en ello. Y la satisfacción de ver a un pobre don nadie yanqui abalanzarse sobre una vieja heredad inglesa participó mucho asimismo. Palabra de honor, Searle, que cuando pienso en ello deseo con todo mi corazón que, a pesar de lo extravagante y presuntuoso que eres, tuvieses derechos, por el mero encanto de la cosa. Casi me daría igual lo que hicieses con la maldita heredad cuando fuese tuya. Te dejaría que la transformaras toda hasta convertirla en una baratija norteamericana; que la tiraras por la borda, como se dice por aquí. ¡Me gustaría verte arrojarles a patadas el sagrado polvo a sus propias caras!

—¡No me conoces en absoluto, Simmons! —dijo Searle, por toda respuesta ante aquel indelicado homenaje.

—Me alegraría mucho poder pensar que no, Searle. He pasado no pocas incomodidades personales por ti. A viva fuerza he consultado con tres hombres de primer rango. Se sonríen ante el asunto. Me gustaría que vieras la sonrisa negativa de uno de estos espadones londinenses. ¡Aunque tus derechos estuviesen escritos en letras de fuego, se extinguirían a causa de esa siniestra emanación! Sondeé en persona al procurador de tu distinguido pariente. De alguna manera dio la impresión de saber que hay algo en el aire y estar perfectamente pertrechado. Parece ser que, hace unos veinte años, tu hermano George ya hizo una tentativa parecida. Conque no tendrás siquiera la gloria de haberles dado miedo.

—Nunca le he dado miedo a nadie —dijo Searle—. No voy a empezar a estas alturas. Quiero abordar el asunto como un caballero.

—Pues si tienes mucho interés en hacer algo como un caballero, se te ofrece una oportunidad estupenda. Acepta tu decepción como tal.

Yo había terminado la cena y estaba vivamente interesado por la misteriosa reclamación judicial del pobre señor Searle; tan interesado estaba que me fastidiaba oír su turbación reflejada en la voz sin poder seguirla además en su rostro. Me levanté de mi sitio, me acomodé junto al fuego, cogí el periódico vespertino y establecí un puesto de observación escudado en éste.

El abogado Simmons estaba en el acto de escoger una chuleta blanda de la fuente: acto acompañado de mucha inspección y tanteo con su propio tenedor ya utilizado. Mi compatriota decepcionado había retirado su plato; permanecía sentado con los codos sobre la mesa, apoyando lúgubrementemente la cara en las manos. Su compañero lo observó un momento, creí, con cierta ternura; no estoy seguro de si era piedad o si era la cerveza y el jerez.

—Caray, Searle —y en mi beneficio, me parece, tomándome por un lugareño deslumbrable, levantó la voz hasta darle cierto deje pomposo—, en este país es privilegio inestimable del ciudadano leal, bajo cualquier presión del placer o el dolor, esforzarse en tomarse la cena.

Disgustadamente Searle le dio otro empujón a su plato.

—¡Me da igual lo que suceda a partir de ahora! —dijo—. No me importa ni un ápice.

—Debería importarte. Tómate otra chuleta *y te importará*. Toma un poco de jerez. ¡Acepta mi consejo!

Entre sus dos manos Searle lo miró.

—¡Ya he tenido consejos tuyos de sobra! —dijo.

—Un momento más —dijo Simmons, amablemente— y ya no te molestaré. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Nada.

—¡Oh, vamos!

—¡Nada, nada, nada!

—Nada más que morirte de hambre. ¿Cómo andas de dinero?

—¿Por qué me lo preguntas? Te trae sin cuidado.

—Mi querido amigo, si no quieres impedir que te ofrezca veinte libras, comienzas del modo más desmañado. Hace un momento has dicho que no te conozco. ¡Es posible! No hay, tal vez, una diferencia tan grandísima entre conocerte y no conocerte. En todo caso, tú sí que no me conoces a mí. Espero que regreses a nuestro país.

—¡No regresaré! Ya he cruzado el océano por última vez.

—¿Qué te pasa? ¿Te da terror?

—Sí, me da terror. ¡“Os doy las gracias, judío, por haberme tal palabra enseñado”!¹³

—¿Te da más terror marcharte que quedarte?

—No me quedaré. Me moriré.

¹³ Cita de *El mercader de Venecia* de William Shakespeare, acto IV, escena I. (N. del T)

—Oh, ¿estás seguro de eso?

—Uno siempre puede asegurarse de eso.

El señor Simmons dio un respingo y se quedó mirándolo; su dulce cinismo se había convertido en un severo estoicismo.

—¡Palabra de honor —dijo—, cualquiera pensaría que la Muerte ya ha fijado el día!

—Lo hemos fijado entre Ella y yo.

Esto fue excesivo para la hasta ahora incorruptible piedad del señor Simmons.

—¡Caray, Searle —exclamó—, no tengo más de melindroso que cualquier otro hombre, pero si vas a ponerte blasfemo, me desentiendo de ti! Si consientes en volverte a nuestro país conmigo en el buque del 23, yo te pagaré el pasaje de vuelta. Más que eso: también te pagaré todo el vino que consumas.

Searle meditó.

—Creo que nunca en mi vida había tomado una decisión tajante —dijo—; pero ahora estoy cierto de haber tomado ésta: me quedaré aquí hasta que yo parta para un mundo más nuevo que ese pobre Nuevo Mundo nuestro. Es una extraña sensación; ¡yo diría que me gusta! ¿Qué haría yo en nuestro país?

—Hace un rato dijiste que te habías sentido nostálgico.

—Y así había sido... durante una mañana. Pero ¿acaso no he pasado toda mi vida anhelando Europa? Y, ahora que ya estoy en ella, ¿debo limitarme a volver? Te estoy muy agradecido por tu ofrecimiento. De momento tengo suficiente dinero. Llevo conmigo unas cuarenta libras de oro británico y la misma cantidad, diría yo, de vitalismo yanqui. ¡Entre ambas cosas podré sostenerme! Después de que se me agoten, reposaré mi cabeza en algún camposanto inglés, junto a alguna torre cubierta de hiedra y bajo un tejo inglés.

Hasta aquí yo había seguido el diálogo con claridad; pero en este punto el patrón del establecimiento entró y, con mi permiso, quería sugerirme que la n° 12, habitación inmejorable, acababa de quedar libre y que se sentía muy honrado de ofrecérmela, etc. Una vez decidido el sino de la n° 12, torné a consagrar mi atención a mis amigos. Éstos se habían incorporado. Simmons ya se había puesto su sobretodo; se ocupaba en sacarle brillo con la servilleta a su enmohecido sombrero negro.

—¿Te propones ir a la mansión? —preguntó.

—Posiblemente. He soñado con ella tan a menudo que me gustaría verla.

—Y ¿le harás una visita al señor Searle?

—¡El cielo no lo quiera!

—Acaba de ocurrírseme una idea —prosiguió Simmons, con una sonrisa desagradable, cual Mefistófeles poniéndose irónicamente maligno—. Hay una cierta señorita Searle, hermana de tu querido primo.

—¿Y bien? —dijo el otro, ceñudo.

—¡Y bien, señor! ¡Suponga que, en vez de morir, se casara usted! —Silenciosamente el señor Searle puso mala cara. Simmons le dio un golpecito en el

estómago—: ¡Pero rellena un poco estas costillas primero!

El pobre caballero se puso colorado y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eres un bruto ordinario —dijo.

La escena fue patética. Me evitó presenciar su conclusión la reaparición del patrón en pro de la no 12. Me rogó que subiera a juzgar la calidad de ésta. Media hora más tarde yo traqueteaba dentro de un cabriolé hacia el teatro de Covent Garden, donde oí a Adelina Patti en *El barbero de Sevilla*. A mi retorno de la ópera entré en el comedor, figurándome vagamente que podría echar otra ojeada al señor Searle. No fui defraudado. Lo encontré sentado ante el fuego con la cabeza hundida en el pecho, sumido en el misericordioso estupor de un sueño largamente pospuesto. Lo observé durante algunos momentos. Su semblante, pálido y afilado a la tenue luz de la lámpara, me pareció caracterizado por un aspecto de desamparada delicadeza inútil. Dicen que la fortuna viene mientras dormimos. Estando allí de pie me sentí lo suficientemente compasivo para ser la fortuna del pobre señor Searle. Mientras salía discerní, entre las sombras de uno de los pequeños encajonamientos rectoriales que ya he descrito, al sempiternamente uniformado camarero solitario dormitando al unísono con mi amigo, habiendo desertado transitoriamente de los deberes del servicio. Remoloneé un rato por el viejo patio de la posada, en el que, tiempo ha, los carruajes y las sillas de posta encontraban espacio para dar la vuelta y descargar. Más arriba del ascendente panorama de las galerías circundantes, desde las cuales ociosos huéspedes y ajadas camareras y toda la pintoresca domesticidad de una añosa hostería debían de haberse acodado durante muchos años a contemplar las grandiosas entradas y salidas del espectáculo de los carricoches, avizoré el lejano centelleo cárdeno de las constelaciones de Londres. Al pie de las escaleras, resguardada como una reliquia en esa reluciente hornacina que era su bien equipado mostrador, la patrona se sentaba soñolienta cual un ídolo solemne en medio del latón y la loza votivos.

A la mañana siguiente, no encontrando al inconsciente objeto de mi benevolente curiosidad en el comedor, supe por el camarero que aquél había pedido el desayuno en la cama. Dentro de ese refugio yo no estaba todavía dispuesto a perseguirlo. Pasé la mañana recorriendo Londres, preeminentemente por asuntos de negocios, pero aprovechando para captar de paso más de una vívida impresión de su enorme interés metropolitano. Bajo el sombrío negro y gris de ese taciturno mundo municipal la ávida alma norteamericana distingue los mágicos colores de las evocaciones. Conforme se aproximaba la tarde, no obstante, mi impaciente corazón principió a anhelar la verde campiña; era con los prados ingleses con lo que principalmente había soñado yo. Escogiendo entre los muchos atractivos del extrarradio, decidí tomar el tren a Hampton Court. El día era tanto más propicio cuanto que deparaba justo esa empañada luz subacuática que tan amorosamente duerme sobre el paisaje inglés.

Al cabo de una hora me encontré vagando a través de las numerosísimas

habitaciones del gran palacio. Éstas se suceden unas a otras en infinita sucesión, sin gran diversidad de interés o aspecto, pero con una grandiosa especie de regia monotonía y un hermoso efecto peculiar. Son asaz exactas a sus diversas etapas. Uno pasa por grandes dormitorios y gabinetes pintados y artesonados, antesalas, salones, salas de consejo, a través de los aposentos del rey, los aposentos de la reina y los aposentos del príncipe, hasta que uno se siente moviéndose entre las concertadas horas y fases de algún decoroso día monárquico. Por un lado están las monumentales tapicerías antiguas, las grandes, frías y deslustradas camas y doseles, con la circunferencia de la desvestida realeza simbolizada por una áurea balaustrada, y las grandes chimeneas de fauces talladas y abiertas, donde los duques del servicio de cámara debían de calentarse los cansados talones; por otro lado, en profundas recesiones, las inmensas ventanas, los enmarcados y engalanados alféizares donde el soberano susurraba y los favoritos sonreían, que miran a los escalonados jardines y los neblinosos claros de bosque de Bushey Park. Las oscuras paredes están grandiosamente decoradas con innumerables retratos oscuros de cortesanos y políticos, y en especial con varios miembros del *entourage* pro-holandés de Guillermo de Orange, el restaurador del palacio; con buena cantidad, asimismo, de las modelos de pechera de azucenas de Lely y Kneller. Todo el tono de este interior procesional es inmensamente sombrío, prosaico y triste. Los tintes de todos los objetos han degenerado hasta un frío y melancólico color pardusco, y el gran vacío palaciego no parece albergar ningún inquilino más corpóreo que una especie de acre gelidez penetrante. Yo parecía ser el único visitante. Sostenía una inenvidiada comunicación con el rígido genio del lugar. ¡Pobres reyes mortalizados! ¡Inútil hechizo de la realeza! Esto, o algo parecido, era el musitado estribillo de mis meditaciones. Súbitamente fueron interrumpidas al toparme con una persona que en manifiestamente devota contemplación estaba de pie ante una afectada condesa creación de Sir Peter Lely. Al oír mis pasos esta persona volvió la cabeza, y reconocí a mi compañero de hospedaje en el León Rojo. Por lo visto yo también fui reconocido: percibí una especie de saludo en su mirada. Al cabo de unos instantes, viendo que yo tenía un catálogo, me preguntó el nombre del retrato. Tras de que yo lo dejara establecido, inquirió, tímidamente, qué me parecía la dama.

—Vaya —dije yo, no lo bastante tímidamente, tal vez—, confieso que se me antoja una obra más bien flojita.

Se quedó silencioso, y un poco cortado, según me pareció. Mientras nos retirábamos lanzó una disimulada mirada de refilón como despedida a su pícara zagala. Hablar con él cara a cara era sentir agudamente que era inseguro e interesante. Conversamos sobre nuestra posada, sobre Londres, sobre el palacio; él expresaba su pensamiento generosamente, pero parecía luchar contra el peso de cierto desánimo. Era una mente bastante sincera, sin gran cultura, pensé, pero con cierto innato donaire atrayente. Preví que me parecería un genuino norteamericano, pleno de esa intrincada mezclanza de refinamiento y tosquedad que es el marchamo

del alma norteamericana. Sus percepciones, adiviné, serían delicadas; sus opiniones, posiblemente, bastas. Al decirle que yo también era norteamericano, se detuvo en seco y semejó abrumado por la emoción; después, pasando silenciosamente su brazo por el mío, permitió que lo condujera por el resto del palacio y dentro de los jardines. Una vasta plataforma arenosa se extiende ante la planta baja del palacio y recibe el sol de la tarde. Una porción del edificio está reservada para alojamientos privados, ocupados por pensionistas estatales, damas venidas a menos recipientes de la dadivosidad de la reina, y otras personas meritorias. Muchos de estos alojamientos tienen sus jardincitos privados; y aquí y allá, entre sus tapias cubiertas de verdor, se tiene un atisbo de estos recónditos gabinetes hortícolas. Mi acompañante y yo medimos más de una vez este espacioso llano, bordeado por la geometría clásica del jardín inferior y por la tapicería firmemente tejida de tupida floración que reviste las soleadas espalderas y abriga las infraestructuras ladrillosas de la enorme mole roja. Pensé en las variadas imágenes de la hidalguía del Viejo Mundo que, antaño y hogaño, debían de haber paseado por esa antigua explanada y sentido la protectora gran quietud del solemne palacio. A través de una antigua verja de hierro martilleado y enroscado miramos dentro de uno de los jardincitos privados y vimos a una vieja dama con una mantilla negra sobre la cabeza, un jarro de agua en una mano y una muleta en la otra, salir seguida de tres perritos y un gato, a regar una planta. Ella tendría su propia opinión, fantaseé, sobre los méritos de la reina Carolina. En la vida hay pocas sensaciones tan exquisitas como estar en tierra extranjera acompañado por un compatriota e inhalar hasta el fondo de la percepción la desacostumbrada densidad del aire y el tonificante pintoresquismo de las cosas. Esta asimilación conjunta de un misterio local suelda amigo con amigo con una intimidad inimaginable en el país de origen. A mi compañero parecía oprimirlo un impreciso asombro. Miraba insistentemente y se demoraba y perseguía la trama del escenario con un dulce aspecto ceñudo. Su disfrute parecía dolerle. Propuse, por fin, que cenáramos en algún sitio del lugar y tomáramos uno de los últimos trenes para la capital. Salimos de los jardines y entramos en el pueblo colindante, donde dimos con un mesón excelente. Al principio el señor Searle exhibió poco interés aparente hacia nuestro condumio, pero, animándose en su tarea poco a poco, al cabo de media hora manifestó que por primera vez en un mes había comido con ganas.

—¿Es usted un enfermo? —dije.

—Sí —respondió—. ¡Un enfermo desahuciado!

El pueblecito de Hampton Court está arracimado en derredor de la extensa entrada a Bushey Park. Después de que hubiéramos cenado anduvimos relajadamente por la inmensa arboleda central. Hasta donde puede abarcarla la mirada, entre las dobles lindes de sus grandes castaños de Indias, anchos de base y circulares de copa, se prolonga el encespedado túnel de su vista velada por la bruma. Despojado de su antigua privacidad, vulgarizado, abierto a curioseadores ociosos, el gran parque resulta todavía deliciosamente noble e inglés. Seguimos la retrocedente

bruma a lo largo de su herbosa vía, como si, dentro de algún guarecido santuario en el espeso follaje, fuéramos a encontrar algún quejumbroso genio del pasado. Hay una exquisita emoción, familiar a todo viajero inteligente, en la que el espíritu, con un gran estremecimiento apasionado, conforma una mágica síntesis de sus impresiones. ¡Uno ha sentido Inglaterra, uno ha sentido Italia! En ese momento la emoción agita las más íntimas profundidades del ser. De vez en cuando yo la había conocido en Italia y le había abierto mi alma como al Espíritu del Señor. Desde mi llegada a Inglaterra había estado esperando sentirla de nuevo. Una botella de excelente Borgoña en la cena quizá le había abierto las puertas de los sentidos; ahora me llegó con avasalladora fuerza. El paisaje a mi alrededor fue ni más ni menos que la Inglaterra de mis ensueños. Sobre nosotros, en medio de la intensamente colorida fecundidad de sus ordenados jardines, el oscuro palacio rojo, con sus formalistas albardillas y sus desiertas ventanas, parecía hablar de un orgulloso y espléndido pasado; el pueblecito anidado entre el parque y el palacio, alrededor de un vasto césped común, con su mesón de buen tono, su iglesia con torre cubierta de hiedra, su rectoría, conservaba para mi modernizada imaginación la latente apariencia de un villorrio feudal; el degradado gran aislamiento del antiguo paraje de caza semejaba volverlo un excelente escondite de fantasmas patricios. A esta oscura luz compuesta era como yo había leído toda la prosa inglesa; este dulce aire húmedo era el que había soplado desde los versos de los poetas ingleses; bajo esta extensión de verdor trabajado por las lluvias yacían enterrados un millar de muertos insignes.

—Pues bien —le dije a mi amigo—, pienso que no cabe duda de que esto es Inglaterra. ¡Nos guste o no, es indiscutible! Ningún hecho más denso e inflexible se le impuso jamás a un expectante turista. Me pone el corazón en la garganta.

Searle permaneció silencioso. Lo miré; él miraba hacia el cielo, como si contemplase algún ataque visible de los elementos.

—¡A mí también —dijo— está imponiéndoseme! —Después agregó con impostada sonrisa—: ¡El cielo me dé fuerzas para sobrellevarlo!

—¡Oh poderoso mundo —exclamé—, que contiene a la vez una tan exquisita Italia y una tan valerosa Inglaterra!

—Por no hablar de Estados Unidos —apuntó Searle.

—Ah —repliqué—, Estados Unidos es un mundo aparte.

—Usted tiene sobre mí la ventaja —reanudó el diálogo mi acompañante, luego de una pausa— de llegar a todo esto con una mirada instruida. Sabe cómo pueden ser las cosas antiguas. Yo no lo he sabido nunca más que de oídas. Siempre me imaginé que me gustarían. De un modo exiguo y en casa, ¿sabe?, intenté mantenerme fiel a las cosas antiguas. Debo de ser conservador por naturaleza. En nuestro país la gente (alguna gente) me llamaba esnob.

—¡No creo que usted fuera esnob! —exclamé—. Parece demasiado buena persona.

Sonrió tristemente.

—Helo ahí —dijo—. ¡Es la cantinela de siempre! ¡Soy una buena persona! ¡Sé lo que significa eso! ¡Era demasiado bobo para ser siquiera un esnob! Si lo hubiera sido, probablemente habría hecho este viaje hace mucho: antes de..., antes de... —Se interrumpió y tristemente inclinó la cabeza sobre el pecho.

La botella de Borgoña le había soltado la lengua. Sentí que ya sólo era cuestión de tiempo llegar a enterarme de su historia. Algo me decía que me había ganado su confianza y que se revelaría hasta el final.

—Antes de perder la salud —sugerí.

—Antes de perder la salud —corroboró—. Y mi propiedad... lo poco que tenía. Y mi ambición. Y mi autoestima.

—¡Vamos! —dije—. Usted lo recobrará todo. En un mes este tonificante clima inglés lo levantará. Y, con el retorno de la salud, retornará todo lo demás.

Se sentó meditabundo, con la mirada fija en el distante palacio.

—Todo está ya muy lejos... ¡en especial la autoestima! Me gustaría ser un viejo caballero pensionista, alojado allí en el palacio, y pasar mis días vagando como en sueños por estos lugares clásicos. Iría cada mañana, a la hora en que le da el sol, a esa larga galería donde cuelgan todas esas bellas mujeres pintadas por Lely (¡ya sé que usted las desdeña!) y la recorrería de un extremo a otro presentándoles mis respetos. ¡Pobres, preciosas criaturas olvidadas! ¡Tan aduladas y cortejadas otrora, tan desatendidas ahora! ¡Ofrecen sus hombros y bucles y sonrisas a esa inexorable soledad!

Le di a mi amigo una palmadita en la espalda.

—Aún se rehará usted —dije.

Justo en este momento venía a medio galope por el llano espacio de la arboleda una muchacha sobre un hermoso caballo negro: una de esas preciosas damas en capullo, perfectamente diestras y pertrechadas, que para los ojos norteamericanos forman una de las incidencias más bellas del escenario inglés. Se había distanciado de su sirviente y, cuando llegó a nuestra altura, se volvió ligeramente en la silla y lo miró. En el movimiento se le cayó la fusta. Tirando de las riendas, dirigió al suelo una mirada de recatada preocupación.

—Esto es algo mejor que un Lely —dije. Searle se apresuró a levantarse, cogió la fusta y, quitándose el sombrero con aire de gran fervor, se la alargó a la joven. Sofocada y sonrojada, ella se inclinó, la tomó con un murmurado “¡Gracias!” y al momento siguiente reanudaba el trote sobre el muelle césped. Searle se quedó mirándola; el sirviente, al rebasarnos, hizo un saludo con el sombrero. Cuando de nuevo Searle se volvió hacia mí, vi que su semblante ardía con un intenso rubor—. Dudo de que usted haya hecho este viaje demasiado tarde —dije, riéndome.

A corta distancia de donde nos habíamos parado había un viejo banco de piedra. Fuimos a sentarnos en él y contemplamos la ligera niebla tornarse melancólicamente dorada con los rayos del sol poniente.

—Deberíamos ir pensando en el tren de vuelta a Londres, supongo —dije por

último.

—¡Oh, al diablo con el tren! —dijo Searle.

—¡De mil amores! No puede haber mejor lugar que éste para sentir la magia de un crepúsculo inglés. —Conque nosotros nos demoramos, y el crepúsculo se demoró alrededor de nosotros: una luz y no una oscuridad. Mientras estábamos sentados allí, se aproximó dificultosamente por el camino un tipo que, desde lejos, identifiqué como miembro de la especie “vagabundo”. Yo había leído sobre el vagabundo británico, pero hasta ahora nunca me había tropezado con él, e hice recaer sobre el presente espécimen la más acendrada agudeza de mi mirada de turista. Conforme se acercó a nosotros aflojó el paso y finalmente hizo un alto, saludándonos con la gorra. Era un hombre de edad madura, tocado con una pringosa gorra, y con grasientas guedejas colgando a los lados. Alrededor de su cuello tenía una mugrienta bufanda roja, remetida en el chaleco; los pantalones y la chaqueta tenían una remota afinidad con los de un mozo de cuadra venido a menos. En una mano tenía una vara; en el brazo llevaba una andrajosa cesta, con un puñado de marchitas hierbas en el fondo. Su cara era pálida, macilenta y degradada más allá de toda descripción: una singular mezcla de brutalidad y *finesse*. El también tendría su propia historia. ¿Desde qué altura había caído, desde qué abismo había surgido? Nunca hubo una imagen más completa de la indigencia granujienta. En él había una despiadada fijeza de rasgos que me infundió una especie de sobrecogimiento. Me sentí como en presencia de todo un personaje: un artista errante.

—Por amor de Dios, caballeros —dijo, en ese rauco tono de la pobreza azotada sugeridor de una ronquera crónica exacerbada por la perpetua ginebra, enseñándonos sus caducos dientes de león—,¹⁴ por amor de Dios, caballeros, ¡tengan piedad de un miserable recogedor de helechos! Mis labios no han probado comida, caballeros, desde hace tres días.

Abrimos cordialmente la boca, con la amanerada piedad del yanquismo honrado. “Me pregunto”, pensé, “si lo consolará media corona”. Y nuestro botánico ayunador se fue cojeando por el parque con un misterio de satírica gratitud sobreañadido a su misterio global.

—Siento como si hubiera visto a mi *Doppelgänger*¹⁵ —dijo Searle—. Me recuerda a mí mismo. ¿Qué soy yo sino un vagabundo?

Tomé pie en esto para hablar.

—Eso digo yo. ¿Qué es usted, amigo mío? —pregunté—. ¿Quién es usted?

Un súbito sonrojo le subió a su pálido rostro, de tal manera que temí haberlo ofendido. Con la punta de su paraguas él hurgó un momento en el césped antes de responder.

¹⁴ Hierba de la familia de las compuestas, con hojas radicales, lampiñas, de lóbulos lanceolados y triangulares, y jugo lechoso. (N. del T)

¹⁵ Término de la tradición germánica que puede traducirse como “mi reflejo”, “mi doble” o “mi otro yo”. (N. del T)

—¿Que quién soy yo? —dijo por fin—. Me llamo Clement Searle. Nací en Nueva York, y en Nueva York he vivido siempre. ¿Que qué soy yo? Eso es fácil de contestar. ¡Nada! Se lo aseguro: nada.

—Una bellísima persona, según toda apariencia —protesté.

—¡Una bellísima persona! ¡Ah, helo ahí! Ha dicho usted más de lo que se figura. Por haber sido una bellísima persona todos mis días es por lo que he llegado a esto. He ido a la deriva por la vida. Soy una quiebra, señor: una quiebra tan insondable e irremediable como cualquiera que haya hecho desaparecer jamás los reducidos ahorros de viudas y huérfanos. No puedo devolver ni cinco centavos por cada dólar. De lo que fui, sin ir más lejos, no queda ni rastro. He estado flotando malamente, desde los inicios, en una marea fatídica que, a mis cuarenta años, ha dejado tras su paso este árido banco de arena. Para empezar, cierto es, no fui un manantial de sensatez. Tanto mayor razón para haber buscado un conducto sólido: voluntad y propósito y dirección. Me guié por el azar y el antojo y el apasionamiento. ¡Dése una vuelta por Nueva York hoy y encontrará los jirones de mis antojos y apasionamientos colgando de todo arbusto y revoloteando con toda brisa: los hombres a los que presté dinero, las mujeres a las que amé, los amigos en quienes confié, los sueños que acaricié, los venenosos humos del placer en medio de los cuales nada era fragante o armonioso salvo la varonilidad que sofocaron! Fue culpa mía el que yo creyese en el placer aquí abajo. Todavía creo en él, pero al modo en que creo en Dios y no en el hombre. Yo creía en nadar y cuidar de la ropa. Traté con respeto el Placer, y él se burló de mí. Otros hombres, que lo han tratado como la redomada mujerzuela que es, lo gozaron en su momento, pero reservaron su cariño para el decente Negocio, de dote más sustanciosa, con el que en la actualidad están legalmente casados. Me gustaba ser refinado; bien, quizás lo fuese. Tenía un poco de dinero; se fue por el camino de mi poco juicio. Aquí en el bolsillo me quedan cuarenta libras. Lo único que poseo para acreditar mi desaparecida riqueza y mi desaparecido seso es un pequeño volumen de poesías, cuyos gastos de impresión sufragué yo mismo, en el que hace quince años tuve la audacia de celebrar los encantos del amor y el ocio. Seis meses atrás cogí el volumen; suena a poesía de hace cincuenta años. El estilo es increíble. Por entonces no había visto Hampton Court. A la edad de treinta años me casé. Fue un error lamentable, pero generoso. La muchacha era pobre y oscura, pero bella y orgullosa. Me imaginé que podría convertirse en una mujer elegante. ¡Fue un error lamentable! Murió al cabo de tres años, sin haber tenido hijos. Desde entonces sólo he hecho el vago. Me he entregado a vicios. A este intangible hilillo de existencia se ha reducido el río de mi vida. Mañana estará seco. ¿Estaba predestinado a llegar a esto? ¡A fe mía que no! Si digo lo que pienso, usted se figurará que mi vanidad es equiparable a mi locura y me tomará por uno de esos teorizadores que extraen de sus desventuras cualquier moraleja excepto la condenatoria moraleja de que el vicio es el vicio y no hay más que hablar. Acepte esto por lo que vale: siempre he creído que fui hecho para un mundo mejor. Pongo al cielo por testigo, señor (quienquiera que usted

sea), de que en la práctica soy tan absurdamente tierno de corazón que puedo permitirme el decirlo: vine al mundo para ser un aristócrata. Nací con afición por la belleza. Ello me condena, lo reconozco; pero en cierta medida, asimismo, me absuelve. No encontré poesía por ninguna parte. Lo que encontré fue un mundo hecho todo de líneas duras y luces ásperas, sin sombreados, sin composición, como dicen de los cuadros, sin el precioso misterio del color. Para proporcionar color yo fundí la mismísima esencia de mi propia alma. Fui por ahí con mi pincel, dando toques y suavizando los matices: ¡un bellissimo claroscuro he ido dejando a mi paso! Sentado aquí, en este viejo parque, en este viejo país, siento... siento que me cierno sobre el borroso borde de lo que pudo ser *y* no fue. Habría debido nacer aquí *y* no allí: aquí mi vulgar holgazanería habría sido... ¡no se ría ahora!... habría sido noble ociosidad. Cómo fue que no hiciera este viaje, es más de lo que sé decir. Ello habría podido cortar el nudo; pero el nudo era demasiado prieto. Siempre estaba sin salud o con deudas o liado en algo. Aparte, sentía pánico del mar... ¡con razón, como bien sabe Dios! Hace un año me acordé de una vieja reclamación sobre una heredad inglesa, reclamación abandonada y retomada por diversos miembros de mi familia durante los últimos ochenta años. Es innegablemente confusa y desesperadamente embrollada. De ningún modo estoy seguro de que hasta la fecha yo sea un experto en ella. Parece que usted tiene una mente despejada. En alguna otra ocasión, si consiente usted, la desentrañaremos, pese a todo, entre los dos. Me amenazaba la miseria; me senté a aprender de memoria nuestro caso jurídico, igual que de niño aprendía nueve por nueve. Durante seis meses soñé con ello, casi esperando despertarme una hermosa mañana para oír a través de una ventana de celosía los graznidos de un arbolado inglés lleno de cornejas. Hace un par de meses partió hacia aquí por asuntos suyos una especie de medio-amigo mío: un astuto abogado neoyorquino, sujeto extraordinariamente basto, pero hombre con mucho ojo para los puntos débiles y los puntos fuertes. Fue con él con quien ayer usted me vio cenar. Él se encargó, como lo expresó él mismo, de “olfatear” y ver si de mis supuestos derechos se podía sacar algo. El asunto nunca había sido abordado concienzudamente. Un mes más tarde recibí una carta de Simmons asegurándome que las cosas tenían muy buena pinta, que se extrañaría enormemente si no era capaz de ganar mi proceso. Me encendí sin quedar reducido a cenizas; entré en acción por primera vez en mi vida; zarpé rumbo a Inglaterra. Llevo aquí tres días; parecen tres meses. Después de tenerme esperando durante treinta y seis horas, anoche mi bienamado Simmons se deja ver y me informa, con la boca llena de carnero, que soy un maldito idiota por haberle tomado la palabra; que él se había precipitado; que yo me había precipitado; que mi reclamación es un desatino; y que debo hacer penitencia y sacar billete para otras dos semanas de mareo en su agradable compañía. ¡Amigo mío, amigo mío! ¿Diré que me sentí decepcionado? Ya estoy resignado. Dudaba de la viabilidad de mi reclamación. En lo más profundo de mi conciencia sabía que sería la ilusión que rematase toda una vida de ilusiones. Bueno, al menos fue hermosa. ¡Pobre Simmons! Lo perdono de

todo corazón. De no ser por él, no estaría sentado en este lugar, en este ambiente, bajo estas impresiones. Éste es un mundo que me habría encantado. Es muy idóneo que haya sido guardado para el final. Después de él, nada más podría ser tolerable. Ahora lo viviré durante un mes a lo sumo, si hay suerte, y así no tendré la posibilidad de desencantarme. ¡Hay una cosa! —Y, haciendo una pausa aquí, puso su mano sobre la mía; me levanté y me quedé de pie frente a él—. Desearía que fuera posible que usted estuviera conmigo hasta el final.

—Le prometo —dije— que lo abandonaré solamente a petición suya. Pero ha de ser a condición de que omita de su conversación ese intolerable sabor de mortandad. ¿El final? Quizá éste sea el principio.

Hizo un ademán negativo:

—Usted no me conoce en absoluto. Es una larga historia. Estoy incurablemente enfermo.

—Sí lo conozco un poco. Tengo la pujante sospecha de que en gran medida su enfermedad es un problema de espíritu y ánimo. Todo lo que me ha contado no es sino otra forma de decir que hasta este momento ha vivido encerrado en sí mismo. ¡La vivienda tiene fantasmas! ¡Salga al mundo! ¡Interésese por algo!

Durante un instante me miró con sus tristes ojos débiles. Después dijo con una desmayada sonrisa:

—No le corte la soga a un hombre que se encuentre ahorcándose, pues tiene una razón para ello. Estoy en bancarrota.

—¡Oh, la salud es dinero! —dije—. Póngase bien, y lo demás se arreglará por sí solo. Estoy interesado en su dudosa reclamación.

—¡No me pida que se la exponga ahora! Es un triste embrollo. Déjela en paz. No entiendo nada de negocios. Si me ocupara del asunto yo mismo, cortarí de un tajo el pobre hilo de seda de mis esperanzas. En un mundo mejor que éste creo que yo sería escuchado. Pero en este duro mundo pocas veces se imparte una justicia ideal. No hay duda, tengo entendido, de que, hace cien años, mi familia sufrió una palpable injusticia. Pero en su momento no hicimos ninguna reclamación, y ahora el polvo de un siglo se ha acumulado sobre nuestro silencio. ¡Dejémoslo reposar!

—¿Cuál es entonces el valor estimado de su interés?

—Desde un principio fuimos aleccionados para aceptar un compromiso. Comparados con la herencia total, nuestros máximos derechos son extraordinariamente magros. Simmons habló de ochenta y cinco mil dólares. Por qué ochenta y cinco mil, puedo asegurar que lo ignoro. No me haga tratar de cifras.

—Permítame otra pregunta: ¿quién está actualmente en posesión de tal fortuna?

—Cierta señor Richard Searle. No sé nada de él.

—¿Está él emparentado de algún modo con usted?

—Nuestros bisabuelos eran hermanastros. ¿Qué grado de parentesco hace eso?

—Primos vigésimos, digamos. Y ¿dónde vive su primo vigésimo?

—En una hacienda llamada Lockley Park, en Herefordshire.

Reflexioné un poco.

—Siento interés por usted, señor Searle —dije—. Por su historia, por sus derechos, cualesquiera que sean, y por ese Lockley Park, en Herefordshire. Suponga que fuéramos a verlo.

Se puso en pie con cierta viveza. “Aún lo volveré un hombre sano”, me dije para mis adentros.

—Yo no tendría valor —dijo— para realizar a solas ese melancólico peregrinaje. Pero con usted iré a cualquier sitio.

A nuestro regreso a la capital determinamos pasar allí tres días juntos y luego proceder con nuestro expediente. Con excelente provecho paladeamos el sombrío encanto de Londres, la poderosa ciudad-madre de nuestra poderosa raza, el gran corazón regulador de nuestra vida tradicional. En Londres hay lugares, monumentos, épocas, retazos de historia, humores locales y recuerdos más impresionantes para una alma norteamericana que ninguna otra cosa de Europa. Con pareja atención fervorosa mi amigo y yo contemplábamos todo esto. Su influencia en Searle era honda y singular. Pronto percibí que su observación era extraordinariamente intensa. Su casi pasional apetito por lo antiguo, lo artificioso y lo sociológico, poco menos que extinguido por una larga inanición, ahora empezó a vibrar y palpar con una vitalidad tardía. En maravillado silencio asistí a este renacimiento espiritual. Entre los regulares límites de los condados de Hereford y Worcester se alzan en luenga ondulación los empinados pastizales de las Colinas de Malvern. Consultando una selecta publicación sobre los castillos y mansiones de Inglaterra, hallamos que Lockley Park se asentaba al pie de esta herbosa sierra, justo en los confines de Herefordshire. En las páginas de este cordial volumen, se hablaban maravillas de Lockley Park y sus dependencias. Tomamos morada en una pequeña posada junto al camino, donde en los buenos tiempos la diligencia debía de detenerse para el almuerzo, y bruñidas jarras de peltre con cerveza rústica les serían encarecidamente recomendadas a los “forasteros” sedientes por el ajetreado desplazamiento. Paramos aquí simplemente por mor del inglesismo de su abrupta techumbre de barda, sus ventanas de celosía y su primorosa entrada. Dejamos transcurrir un par de días en vagos paseos sin rumbo y dulce contemplación sentimental de la campiña, antes de alistarnos a cumplir el peculiar propósito de nuestro viaje. En esta sobremanera admirable comarca la sensación global de Inglaterra descendió sobre nosotros con fuerza coactiva. La noble amenidad del escenario, su sutil cordialidad, la mágica familiaridad de sus numerosísimos detalles, nos cautivaban por doquier. En lo más hondo de nuestras almas respondía un límpido sentimiento de amor. Todos los campos, con las fecundas lluvias cálidas de finales de abril, habían estallado en una inopinada primavera perfecta. Los oscuros muros de setos vivos se habían convertido en floridas mamparas; el saturado verdor de césped y prado se había veteado de una aún más frondosa lozanía; las florecidas ramitas de los negros árboles se habían multiplicado por mil. Sin pérdida de tiempo

fuimos a dar un luengo paseo por las colinas. Subiendo a sus cimas, se divisa media Inglaterra desplegada a los pies. Una docena de amplios condados, al alcance de la dilatada vista, entremezclan sus verdes exhalaciones. Justo debajo de nosotros yacían las ricas llanuras negrecidas del empalizado Worcestershire y las laderas ajedrezadamente cubiertas de sotos del ondulado Hereford, blancas con el florecimiento de los manzanos. De sus prados y huertos y alquerías y parques, de esos populosos y nítidos detalles que hacen que incluso el paisaje de Italia parezca en comparación vacío e impreciso, se desprende una magnificante emanación de rico colorido. En sitios ampliamente opuestos del vasto panorama dos grandes torres catedralicias se elevan agudamente, hasta recibir la luz, desde la espesa sombra de sus circunyacentes poblaciones: ¡la luz, la inefable luz inglesa!

—¡Si quitamos Inglaterra —exclamó Searle—, todo lo demás es un mundo charro!

Toda la vasta extensión de nuestra perspectiva circundante yacía reaccionando con una miríada de matices fugaces a las nubosas evoluciones del cielo abrumador. El firmamento inglés es una idónea contrapartida del suelo inglés: igual de rico, igual de pormenorizadamente trabajado, igual de densamente poblado de efectos. En Norteamérica tenemos la infinita belleza del azul; Inglaterra tiene el esplendor de nubes animadas y combinadas. Sobre nosotros, desde nuestra atalaya en las colinas, las veíamos amontonarse y disolverse, condensarse y desplazarse, en innumerables fases de poderío. Aquí manchan el gran resplandor con tétrica intención de lluvia; allá se estiran, roídas por la brisa, en tordos campos de gris; en una docena de puntos el acosado y paralizado sol restalla en una eclosión de luz o se filtra en una llovizna de plata. Caminamos a lo largo de las redondeadas cúspides de estas bien apacentadas alturas —suaves, oreados bajíos de tierra adentro— y llegamos, por un declive, a través de sesgados campos ondulantes, verdes hasta las puertas de las granjas, a una aldea que nos solicitaba desde su asentamiento entre los prados. Justo detrás de ella, lo admito, el rugiente tren sale lanzado de su túnel en las colinas; y sin embargo se cierne sobre este encantador villorrio una quietud y una soledad propias de tiempos antiguos, las cuales hacen que sea como una vulneración de confianza incluso revelar su topónimo. Avanzamos por una estrecha vereda, una “vereda herbácea”, sombreada por la altura de los setos que la flanqueaban; nos condujo a una soberbia alquería antigua, ahora bastante oprimida por las multiplicadas carreteras y caminos que han cercenado su antiguo dominio. Permanece allí en tozudo pintoresquismo, a merced de apenas contemplaciones y condenada a servir de inspiración para “bocetos”. Dudo de que fuera de Nuremberg —¡o Pompeya!— se pueda ver una tan vigorosa imagen del genio domiciliario del pasado. Es cruelmente completa. ¡Pobre añoso hogar sagrado! Sus combadas vigas y viguetas, bajo el gran peso de los muchos aguilonos, parecen dolerse y lamentarse con memorias y pesares. Las cortas ventanas bajas, donde el plomo y el cristal se combinan en proporciones iguales para hablarle al maravillado observador sobre la oscuridad medieval de los

interiores, siguen prefiriendo su protectora opacidad antes que los clarores de la civilización moderna. En un norteamericano una antigua casa como ésta suscita un indefinible sentimiento de respeto. Tan apuntalada y apedazada y remendada con desmañada ternura, apiñada tan abundantemente en torno a la inglesa robustez central de sus vértebras de roble, tan humanizada por evos de uso y toques de benéfico afecto, y sobre todo tan profusa y certeramente ornada con su ceñida vestidura de detalles —el musgo del clima, el poso de la historia—, parecía ofrecer a nuestros agradecidos ojos un pequeño y concentrado resumen del gran orden social inglés. Pasando la carretera principal, llegamos al pasto comunal, el “verde de la aldea” de los cuentos de nuestra infancia. No faltaba nada: el hirsuto burro de color arratonado que husmeaba el césped con su suave y enorme hocico, los gansos, la anciana —la anciana, personificada, con capa roja y su gorro negro, guarnecida de volantes alrededor de la cara y doblemente guarnecida de volantes al lado de sus honestas mejillas plácidas—, el imponente labrador con su blanca camisa, fruncida en la pechera y en la espalda, sus pantalones cortos de pana, sus poderosas pantorrillas, su rostro grande, rojo, rural. Dimos la bienvenida a estas cosas igual que los niños dan la bienvenida a las amadas ilustraciones de un libro de cuentos, extraviado y llorado y reencontrado. Era pasmoso lo bien que las reconocíamos. Junto al camino vimos un gañán, silbando, subido a horcajadas sobre un portillo. Habría podido ser un cuadro de Mulready. Más allá del portillo, al otro lado del aterciopelado ras de un prado, corría un sendero, cual la trama de un tejido más oscuro. Lo seguimos de campo en campo y de portillo a portillo. Era el camino a la iglesia. A la iglesia llegamos finalmente, inmersa en su camposanto frecuentado por los grajos, oculto del mundo de diario trabajo por la ancha quietud de los pastos: una gris, gris torre, un enorme tejo negro, un racimo de pueblerinas tumbas, con torcidas lápidas, en herboso bajorrelieve. La escena entera resultaba profundamente eclesiástica. Mi compañero se dejó ganar por su fuerza.

—¡Deben enterrarme aquí, ¿sabe?! —exclamó—. Es la primera iglesia que he visto en mi vida. ¡Cómo convierte en día santificado el lugar donde está!

Al día siguiente vimos un templo de más grandiosa índole. Anduvimos hasta Worcester, a través de una comarca tan espesamente sembrada de rasgos e incidencias nativos que me sentía uno de esos protagonistas pedestres de Smollett rumbo a la hostería en busca de una noche de aventuras. Conforme nos acercamos a la provincial ciudad vimos la puntiaguda masa de la catedral, más ancha que alta, elevándose contra el azul moteado de nubes. Y, cuando llegamos más cerca, nos detuvimos en el puente y miramos el reflejo de la sólida basílica en las aguas del amarillo Severn. Y, siguiendo aún más allá, entramos en la ciudad —donde con seguridad las protagonistas de Jane Austen, en carros y faetones, muchas veces habían debido de venir de compras a por estolas de cisne y mitones de encaje—; nos entretuvimos en el hermoso Atrio y contemplamos insaciablemente esa visión sobremanera relajante para el espíritu: la decreciente y extenuada luz de la tarde, el

visible éter que siente las voces de las campanas, en la amplia expansión celeste que rodea la torre catedralicia; vimos cómo esa luz se demoraba y anidaba y habitaba, tal como gusta de hacer en todos los espacios arquitectónicos audaces, convirtiéndolos donosamente en indicadores y testigos de la naturaleza; saboreamos no menos profundamente, asimismo, el peculiar sosiego de este clerical recinto; vimos a un sonrosado mozalbete inglés adelantarse a echar la llave a la puerta de la antigua escuela de la fundación, que une en matrimonio su canoso basamento con el exuberante gótico de la iglesia, y llevar la gran llave responsable al interior de uno de los silenciosos camarines canónicos; y luego estuvimos meditando juntos sobre el efecto que tendría sobre la mente el haber frecuentado en la niñez tamañas sombras catedralicias en calidad de becario de la Corona y empero haberse conservado fornido con mucho críquet en las neblinosas praderas junto al Severn. La tercera mañana fuimos a Lockley Park, por habernos enterado de que la mayor parte de sus terrenos estaba abierta a los visitantes y de que, ítem más, si se solicitaba, en ocasiones se podía recorrer la mansión.

Dentro del radio de estos numerosos acres las declinantes estribaciones de más de una de las grandes colinas se fundían con las lomas y cañadas de la hacienda. Una larga arboleda serpenteaba y discurría desde la verja exterior a través de un agreste bosque, desde donde se entreveían más declives y claros y sotos y frondosos retiros... todo excepto los límites de la propiedad. Era tan profusa y silvestre y desatendida como la casa solariega de un príncipe italiano; y yo nunca he visto el severo hecho inglés de la posesión rústica exhibir tal descuido de la bienvenida. El tiempo se había vuelto perfecto: era uno de la docena de días exquisitos del año inglés, días caracterizados por un refinamiento de pureza desconocido en climatologías más liberales. Era como si el dulce brillo radiante, tan tierno como el de las primulas que tachonaban los umbrosos bordes del camino cual pétalos esparcidos por el viento sobre lechos de musgo, nos hubiera sido brindado en decímetros cúbicos: mezclado, depurado, medido, madurado en meses de solera, inestimablemente fino y raro. Desde esta zona exterior pasamos al corazón central de la hacienda, trasponiendo una segunda verja, con dorados en sus retorcidas barras desgastados por la intemperie, hacia unas suaves cuestas donde los grandes árboles aparecían diseminados y los ciervos domesticados ramoneaban junto al cauce de un riachuelo selvático. Aquí, ante nosotros, avistamos la sombreada mansión isabelina entre sus florecidos parterres y terrazas.

—Aquí puede usted vagar todo el día —le dije a Searle— como un príncipe proscrito y exilado que merodeara por los dominios del usurpador.

—¡Pensar —repuso— que existen personas que todos estos años han disfrutado esto! Sé lo que soy, pero ¿qué habría podido yo ser? ¿En qué puede convertirlo a uno todo esto?

—Que pueda convertirlo en feliz —dije—, es algo que yo vacilaría en creer. Mas es difícil no creer que un lugar como éste no ejerza algún peculiar influjo benefactor.

—¡Qué escenario y fondo más perfecto forma! —perseveró Searle—. ¡Qué leyendas, qué historias conocerá! Mi corazón estalla de incommunicables visiones. Allí está el Roble Parlante de Tennyson. ¡Qué días estivales podría uno pasar aquí! ¡Cómo no reposaría yo lo poco que me queda de vida sobre esta umbría extensión de césped! ¿No tendré en este castillo rodeado de foso alguna prima doncella que me otorgue graciosa venia? —Y luego, volviéndose casi fieramente hacia mí, exclamó—: ¿Por qué me ha traído usted aquí? ¿Por qué me arrastró a esta agonía de vanos pesares?

En este momento pasó junto a nosotros un empleado que había surgido de los jardines de la gran villa. Lo saludé e inquirí sobre nuestra posible admisión en la mansión. Contestó que el señor Searle se había ausentado pero que creía probable que el ama de llaves consintiera en hacernos los honores. Pasé mi brazo por el de Searle.

—¡Vamos allá! —dije—. Apure el cáliz, por agridulce que sea. Debemos entrar.

Traspusimos una tercera verja y penetramos en los jardines. La mansión era un admirable ejemplo de isabelismo cabal, una enorme mole de ladrillo, en que las pintorescas irregularidades del estilo, los gabletes y soportales, los miradores y torrecillas, los revestimientos de hiedra y los pináculos de pizarra, se apiñaban y multiplicaban en deleitable profusión. Dos grandes terrazas dominaban el gran horizonte boscoso de los terrenos adjuntos. Nuestra petición fue contestada por el mayordomo en persona, solemne y *tout de noir habillé*. Ratificó la aseveración de que el señor Searle no estaba en casa, pero él mismo expondría nuestra intención al ama de llaves. Debíamos tener a bien, sin embargo, darle nuestras tarjetas. Esta solicitud, seguida tan inmediatamente después de la afirmación de que el señor Searle estaba ausente, no le pareció del todo pertinente a mi acompañante.

—No querrá usted decir que son para el ama de llaves —dijo.

El mayordomo carraspeó diplomáticamente:

—La señorita Searle sí está en casa.

—La suya sola bastará —me dijo Searle. Saqué una tarjeta y un lápiz y escribí debajo de mi nombre *Nueva York*. En tanto que estaba con el lápiz apoyado, experimenté una súbita tentación. Cedí a ella sin considerar en lo más mínimo si sería apropiado hacerlo o los resultados que podría ocasionar. Agregué sobre mi nombre el del señor Clement Searle. ¿Cuáles serían las consecuencias?

No muchos minutos después nos atendió el ama de llaves: una lozana ancianita sonrosada con una limpia cofia económica y un ligero vestido de percal, un exquisito espécimen de refinado y venerable servilismo. Tenía el acento del campo, pero los modales de la mansión. Bajo su guía recorrimos una docena de estancias debidamente decoradas con pinturas antiguas, tapicerías antiguas, tallas antiguas, armaduras antiguas: con todos los ornamentos consabidos de una mansión inglesa. Las pinturas eran especialmente valiosas. Los dos Van Dycks, el trío de sonrosados Rubens, el único y sombrío Rembrandt, resplandecían de consciente autenticidad. Un

Claude, un Murillo, un Greuze y un Gainsborough colgaban airesos en sus escogidas ubicaciones. Los largos intervalos estaban ocupados por dulces melancolías: paisajes de reciente textura italiana, mediocres en cuanto arte, pero admirables en cuanto mobiliario. Searleambulaba silenciosamente, pálido y grave, con los ojos inyectados en sangre y los labios comprimidos. No pronunció ningún comentario ni formuló ninguna pregunta. Echándolo de menos en determinado momento, volví sobre mis pasos y lo encontré en una habitación que acabábamos de dejar, sentado en un descolorido diván de seda, con la cara oculta entre las manos. Ante él, alineada sobre un antiguo aparador, había una magnífica colección de vieja mayólica italiana: enormes bandejas radiantes de colorido uniforme, jarras y jarrones noblemente abombados y grabados. Descendió sobre mí, mientras miraba, una repentina visión del joven caballero inglés que, ochenta años atrás, habría viajado en lentas etapas hasta Italia y regateado por estos tesoros con un pálido romano persuasivo en una tienda polvorienta, o aceptado los hermosos objetos como pago de una deuda de juego de algún decadente heredero de un saqueado palacio veneciano.

—¿Qué ocurre, Searle? —pregunté—. ¿No se encuentra usted bien?

Él descubrió su macilento rostro y me mostró un ardiente rubor. Después exclamó sonriendo con pasional ironía:

—¡Un recuerdo del pasado! Estaba pensando en un jarrón de porcelana que antiguamente descansaba sobre la repisa de la chimenea del salón cuando yo era niño, con la efigie del general Jackson pintada en un lado y un ramo de flores en el otro. ¿Cuánto tiempo supone usted que hace que estas piezas de mayólica están en la familia?

—Probablemente mucho tiempo; habrán sido traídas aquí, durante el siglo pasado, a la antigua, antigua Inglaterra desde la antigua, antigua Italia, por algún joven dandi coetáneo con afición por las *chinoiseries*. Aquí habrán estado durante una centuria, conservando sus firmes tonos claros en este aristocrático *demi jour*.

De un salto Searle se puso en pie.

—¡Caray —exclamó—, por amor del cielo sáqueme de aquí! No puedo soportar cosas de esta clase. Antes de que me dé cuenta, estaré haciendo algo de lo que luego me avergonzaré. Robaré algo de esta p... cacharrería. ¡Proclamaré mi identidad y esgrimiré mis derechos! ¡Iré lloriqueando a la señorita Searle para solicitarle por piedad que me dé cobijo durante un mes!

Si alguna vez se habría podido decir del pobre Searle que parecía “peligroso”, era ahora. Empecé a lamentar mi oficiosa presentación de su nombre y sin pérdida de tiempo me alisté a conducirlo fuera de la mansión. Alcanzamos al ama de llaves en la última habitación de la serie, un pequeño gabinete fuera de uso, sobre cuya chimenea colgaba un noble retrato de un joven de empolvada peluca y chaleco de brocado. Inmediatamente me llamó la atención su parecido con mi compañero.

—Este es el señor Clement Searle, tío abuelo del señor Searle, pintado por Sir Joshua Reynolds —describió el ama de llaves—. Murió joven, pobre caballero;

pereció en el mar al ir hacia Norteamérica.

—Éste es el joven dandi —dije— que trajo la mayólica de Italia.

—En efecto, señor: creo que él fue —dijo el ama de llaves, pasmada.

—Es la vera efigie de usted, Searle —cuchicheé.

—Se parece asombrosamente al caballero, salvando las distancias —dijo el ama de llaves.

Mi amigo se quedó contemplándolo:

—Clement Searle... en el mar... yendo a Norteamérica... —musitó. Después le dijo con alguna acrimonia al ama de llaves—: ¿Para qué diantres se fue a Norteamérica?

—¿Para qué, en efecto, señor? Es muy lógico que se lo pregunte. Creo que tenía parientes allí. Eran ellos quienes habrían tenido que venir.

Searle prorrumpió en una carcajada:

—¡Eran ellos quienes habrían tenido que venir! Bien, bien —dijo, fijando los ojos en la ancianita—; ¡pues por fin han venido!

Ella se puso encarnada como un arrugado pétalo de rosa.

—¡Desde luego, señor —dijo—, verdaderamente me parece que es usted uno de nosotros!

—Mi nombre es el mismo que el de ese apuesto joven —continuó Searle—. ¡Pariente, yo te saludo! ¡Escúcheme! —añadió para mí, mientras me agarraba el brazo—. ¡Tengo una teoría! Él pereció en el mar. Su espíritu llegó a la costa y vagó desamparado hasta que consiguió nueva encarnación en mi pobre cuerpo. En mi pobre cuerpo ha vivido, enfermo de nostalgia, estos cuarenta años, revolviéndose en su endeble envoltura, instándome al estúpido de mí a devolverlo a los escenarios de su juventud. ¡Y yo nunca supe que era eso lo que me ocurría! ¡Exhale yo mi espíritu aquí!

El ama de llaves ensayó una temerosa sonrisa. La escena era embarazosa. Mi turbación no se vio aquietada cuando de improviso percibí en el umbral la figura de una dama.

—¡Señorita Searle! —se le escapó al ama de llaves en forma escasamente audible.

Mi primera impresión de la señorita Searle fue que no era ni joven ni bella. Con semblante tímido permaneció en el umbral, pálida, tratando de sonreír y jugueteando con mi tarjeta entre los dedos. Inmediatamente hice una inclinación; Searle, creo, la contemplaba incrédulo.

—Si no me llamo a engaño —dijo la dama—, uno de ustedes, caballeros, es el señor Clement Searle.

—Mi amigo es el señor Clement Searle —contesté—. Permítame añadir que yo soy el solo culpable de que usted haya recibido su nombre.

—Habría lamentado no recibirlo —dijo la señorita Searle, principiando a sonrojarse—. El que sean ustedes de Norteamérica me ha impulsado a... a

molestarlos.

—La molestia, señorita, ha sido la ocasionada por nosotros. Y sólo con esa excusa: que hemos venido desde Norteamérica.

La señorita Searle, mientras yo hablaba, había clavado la mirada en mi amigo, puesto que él estaba silencioso debajo del retrato de Sir Joshua. El ama de llaves, agitada y desconcertada, no pudo contenerse:

—¡El cielo nos guarde, señorita! Es el retrato de su tío abuelo vuelto a la vida.

—No me he llamado a engaño, pues —dijo la señorita Searle—. Sí estamos lejanamente emparentados. —Tenía pinta de mujer extraordinariamente pudorosa. Estaba patentemente turbada por tener que hacer sus comentarios sin que la ayudasen. Con cortés asombro Searle la miraba de pies a cabeza. Me parecía leer sus pensamientos. Ésta, pues, era la señorita Searle, su prima doncella, futura heredera de estos terrenos y tesoros señoriales. Era persona de unos treinta y tres años, más alta que la mayor parte de las mujeres, con salud y robustez en la redondeada amplitud de sus formas. Tenía ojillos azules, un macizo moño de pelo rubio, y boca a un tiempo ancha y garbosa. Iba vestida con un deslustrado traje de satén negro, de corta cola. Alrededor de su cuello llevaba un pañuelo de seda azul, y sobre dicho pañuelo, en muchas vueltas, un collar de cuentas de ámbar. Su apariencia era singular: era grande, aunque no imponente; aniñada, y sin embargo madura. Su mirada y su tono, al dirigirse a nosotros, eran ingenuos, demasiado ingenuos. Searle, creo, se había imaginado alguna fría belleza altanera de veinticinco años; estaba aliviado de que la dama se le antojara tímida y sin una hermosura obstructiva. De pronto él se iluminó con el donaire de una vieja galantería en desuso:

—Somos primos distantes, tengo entendido. Soy feliz de ratificar un parentesco que usted tiene la amabilidad de recordar. De ningún modo había contado con que lo hiciera usted.

—Quizá he hecho mal. —Y la señorita Searle se ruborizó otra vez y sonrió—. Pero siempre he sabido que había gente de nuestra sangre en Norteamérica y a menudo me he preguntado y he indagado sobre ellos; sin conseguir enterarme de mucho, no obstante. Hoy, cuando me trajeron esta tarjeta y vi que un tal Clement Searle recorría la mansión como si fuese un extraño, sentí que debía hacer algo. ¡Apenas sabía qué! Mi hermano se halla en Londres. He hecho lo que pienso que habría hecho él: recibirlo como a un primo. —Y con un ademán a la vez franco y tímido, le tendió la mano.

—Soy bien recibido, en verdad —dijo Searle, estrechándosela—, si él lo habría hecho siquiera la mitad de bellamente.

—Ustedes ya han visto lo que hay —siguió la señorita Searle—. Quizá ahora querrían almorzar. —La seguimos a un pequeño comedor, donde una puerta vidriera se abría a las musgosas baldosas de la gran terraza. Aquí, durante algunos momentos, permaneció muda y desconcertada, a la manera de una persona que se recobra tras un esfuerzo considerable. También Searle se puso formalista y reticente,

de tal manera que fui yo quien hubo de ocuparse de aliviar el silencio. Por supuesto era fácil discantar las bellezas de la hacienda y la mansión. Mientras tanto escudriñé a nuestra anfitriona. Tenía poca hermosura y escasa gracia; su vestido estaba pasado de moda y de época; y sin embargo me agradó mucho. En ella había una vigorosa dulzura, un familiar sabor a la recluida *châtelaine* de los tiempos feudales. Ser tan sencilla en medio de este lujo masivo, tan sazónada y empero tan lozana, tan pudorosa y empero tan plácida, hablaba de la espaciosa pereza de la que yo había imaginado que en más de un hacendado hogar estaría saturada la vida humana. La señorita Searle era a la Bella Durmiente del Bosque lo que un hecho es a un cuento de hadas, lo que una interpretación a un mito. Por nuestra parte, nosotros éramos para nuestra anfitriona objeto de una curiosidad velada no hábilmente. La mejor crianza inglesa posible no deja de maravillarse ante todo norteamericano nativo. El asombro de la señorita Searle era lo bastante inocente para haber podido ser más explícito y sin embargo ininsultante; de hecho no hubo ni sombra de insulto en su relato de la invariable *gracieuseté* que una vez le había parecido una familia norteamericana junto al lago de Como, a la cual casi habría tomado por inglesa.

—Si yo viviera aquí —dije—, creo que apenas sentiría la necesidad de salir al extranjero, ni siquiera al lago de Como.

—Tal vez se hartaría usted de esto. ¡Y además es que el lago de Como...! ¡Cuánto me gustaría volver a salir al extranjero!

—¿No ha salido más que una vez?

—Solamente una vez. Hace tres años mi hermano me llevó a Suiza. Nos pareció extraordinariamente bella. Excepto ese viaje, he estado siempre aquí. Aquí nací. Me es un lugar muy querido, en realidad, y lo conozco bien. Pero supongo que a veces me cansa un poco. —Y, al preguntarle yo cómo pasaba el tiempo y qué compañías frecuentaba, siguió, procediendo por etapas cortas y frases simples, al modo de una persona requerida por vez primera a definir su situación y enumerar los elementos de su existencia—: Esto es extremadamente tranquilo. Vemos a muy poca gente. No creo que haya mucha gente distinguida por los alrededores. Por lo menos nosotros no la conocemos. Nuestra propia familia es muy pequeña. Mi hermano se ocupa casi nada más que de montar a caballo y leer libros. Tuvo una gran pena hace diez años. Perdió a su esposa y a su único hijo, un hermoso niño que lo habría sucedido en la posesión. ¿Saben que ahora lo probable es que sea yo la heredera del legado? ¡Pobre de mí! Desde su pérdida mi hermano ha preferido permanecer solo. Lamento que ahora esté fuera. Pero deben ustedes aguardar a que vuelva. Lo espero dentro de uno o dos días. —Habló cada vez más, con una vehemente sosería digresiva, sobre sus circunstancias, su soledad, su mala vista, que casi no le permitía leer, sus flores, sus helechos, sus perros y el vicario, recientemente impuesto por su hermano y probado buen ortodoxo, que aún hacía poco tiempo que había comenzado a encender velas de altar; de vez en cuando hacía una pausa para ruborizarse admirada de sí propia, y sin embargo enseguida reanudaba sus historias con el creciente apasionamiento de la

tentación y la oportunidad. De todas las cosas antiguas que yo había visto en Inglaterra, este espíritu de la señorita Searle me parecía la más antigua, la más singular, la más maduradamente lozana; tan preservada y protegida por convención y precedente y hábito; tan pasiva y suave y dócil. Sentí como si estuviese conversando con la heroína de una novela del siglo pasado. Mientras hablaba, ella posaba la ingenua mirada gentil en su pariente con una especie de fascinada fijeza. Al final le planteó—: ¿Pensaba usted marcharse sin solicitar vernos?

—Lo había pensado bien, señorita Searle, y estaba determinado a no molestarlos. Usted me ha demostrado lo poco amable que habría sido en ese caso.

—Pero ¿sabía usted que la finca era nuestra, y lo de nuestro parentesco?

—En efecto. Fue por estas cosas por lo que vine aquí; por ellas, casi, por lo que he venido a Inglaterra. Siempre me ha gustado pensar en ellas.

—¿Quería usted simplemente mirar, pues? No pretendemos ser gran cosa para que sólo nos miren.

—Usted no sabe lo que es, señorita Searle —dijo mi amigo, gravemente.

—¿Le gusta la vieja finca entonces?

Searle la miró en silencio.

—Me gustaría poder decírselo —declaró por fin.

—¡Dígamelo! Debe permanecer con nosotros.

Searle rompió a reír.

—¡Tenga cuidado, tenga cuidado! —exclamó—. La sorprendería. Como mínimo me convertiría en una carga para usted. Nunca la dejaría.

—Oh, usted terminaría sintiendo nostalgia de Norteamérica.

Ante esto Searle se rió mucho más.

—¡A propósito —exclamó para mí—, hablele usted a la señorita Searle sobre Norteamérica! —Y salió a la terraza por la puerta vidriera, seguido de dos hermosos perros de caza que desde el momento en que penetramos habían establecido la más afectuosa de las relaciones con él. La señorita Searle lo miró mientras se iba, con un vago anhelo tierno en los ojos. En su mirada leí, se me antojó, que se sentía interesada en su exótico primo. Impensadamente me acordé de las últimas palabras que había oído pronunciar al consejero de mi amigo en Londres. “En vez de morirte, cástate.” Ojalá la señorita Searle pudiera ser educadamente inducida a pensar en ello. ¡Quién poseyera cierto tacto divino! Algo me aseguraba que su corazón era suelo virgen, que el amor nunca había brotado en él. ¡Si yo pudiera tan sólo sembrar la semilla! Parecía ocultarse dentro de ella la imagen de una de las pacientes esposas de antaño.

—Mi amigo ha perdido su corazón por Inglaterra —dije—. Habría debido nacer aquí.

—Y sin embargo —dijo la señorita Searle— no tiene nada de inglés.

—¿Qué la hace pensar así?

—Apenas lo sé. Nunca había conversado con un extranjero antes; pero él habla y actúa como yo había imaginado a los extranjeros.

— ¡Sí, es bastante extranjero!

— ¿Está casado?

— Está viudo, y sin hijos.

— ¿Tiene muchas riquezas?

— Bien pocas.

— Pero sí las suficientes como para viajar. Medité.

— No espera viajar muy lejos —dije, por último—. ¿Sabe?, tiene muy mala salud.

— ¡Pobre caballero! Ya me lo imaginaba.

— El está, así y todo, mejor de lo que él mismo cree. Vino aquí porque quería ver la propiedad de ustedes antes de morir.

— ¡Pobrecillo! —Y en los ojos femeninos creí notar el brillo de una incipiente lágrima—. E ¿iba a irse sin que yo lo viera?

— Es muy modesto, ya ve.

— Es muy caballero.

— ¡Sin duda!

En este instante oímos en la terraza un fuerte grito áspero.

— ¡Eso ha sido el gran pavo real! —dijo la señorita Searle, abalanzándose hacia la puerta vidriera y saliendo al exterior. La seguí. Delante de nosotros, inclinado sobre el pretil, estaba nuestro amigo, con el brazo alrededor del cuello de uno de los perros de cala. Frente a él, en el gran paseo, se cimbreaba arrogante un espléndido pavo real con el cuello erizado y la cola desplegada. Al parecer el otro perro se había permitido un momentáneo conato de bajarle los humos; pero a la llamada de Searle había saltado de nuevo a la terraza y se había subido al borde, donde ahora estaba lamiendo la cara de su nuevo amigo. La escena tenía un hermoso aire característico de tiempos pretéritos: en primer término el pavo real luciéndose cual el mismísimo genio del antiguo paisajismo; luego la amplia terraza, que hartamente cosquilleaba un ingénito gusto mío por todos los desiertos paseos y explanadas adonde la gente debía de haberse encaminado después de ceremoniosas cenas, para beber café en antiguas vajillas de Sèvres, y en las cuales los tiesos brocados de vestidos femeninos debían de haber hecho crujir las hojas otoñales; y a lo lejos, en nuestro derredor, con un frondoso círculo deshaciéndose dentro de otro, los arborados acres de la hacienda.

— Hasta los propios animales le han dado la bienvenida —hice notar mientras nos reuníamos con nuestro compañero.

— El pavo real ha hecho para usted, señor Searle —dijo su prima—, lo que sólo hace para las personas muy importantes. Un año atrás vino por aquí una duquesa para visitar a mi hermano. No creo que desde entonces haya abierto la cola tan ampliamente para nadie; normalmente se limita a exhibir una docena de plumas.

— No ha sido sólo el pavo real —dijo Searle—. Hace un momento cruzó corriendo mi camino una lagartija verde, la primera que veo en mi vida, ¡la lagartija

de la literatura! Y si ustedes tienen un fantasma, aunque estemos a plena luz del día, espero verlo también aquí. ¿Conoce usted los anales de su casa, señorita Searle?

—¡Oh cielos, no! Para todas esas cosas ha de consultar a mi hermano.

—Deben de tener ustedes leyendas y tradiciones como para llenar un libro. Deben de tener amores y asesinatos y misterios por todas las habitaciones. Cuento con ello.

—¡Huy, señor Searle! Nosotros hemos sido siempre una familia de muy buena conducta. Nada fuera de lo común ha ocurrido nunca, creo.

—¿Nada fuera de lo común? ¡Qué espanto! Lo hemos hecho mejor en Norteamérica. ¡Hasta yo mismo! —Y la escrutó un momento con un destello de malicia, y luego prorrumpió en una carcajada—: ¿Qué pasaría si yo resultara ser un Searle mejor que ustedes? Mejor que ustedes, que han sido criados aquí en el romance y

la extravagancia. Venga, no me desilusione. Entre tantos de ustedes han de tener alguna historia, alguna poesía. Todos mis días he padecido una hambre canina de estas cosas. ¿No lo comprende? ¡Ah, usted no puede comprenderlo! ¡Cuénteme algo tremebundo! ¡Cuando pienso en lo que debe de haber acontecido aquí, cuando pienso en los amantes que deben de haber paseado por esta terraza y vagado por esos bosques, en todos los personajes y pasiones y maquinaciones que deben de haber rondado estos muros, en los nacimientos y muertes, las alegrías y sufrimientos, las jóvenes esperanzas y los viejos pesares, el inmortal tipismo...! —Y aquí vaciló un instante, en la apoteosis de su vehemencia. El brillo de su mirada, que he calificado como un destello de malicia, se había transformado en una intensa luz anormal. Empecé a temer que él estuviese perdiendo la cabeza. Pero siguió con redoblada pasión—: ¡Con tal de ver todo eso revivido delante mío —exclamó—, si el diablo pudiera lograrlo, yo le vendería mi alma al diablo! ¡Oh, señorita Searle, soy tan infeliz!

—¡Oh cielos, oh cielos! —dijo la señorita Searle.

—¡Mire aquella ventana, aquel precioso mirador! —Y señaló una pequeña fenestra —salediza sobre nosotros, que sobresalía del purpúreo muro de ladrillo, diestramente enmarcada con piedra esculpida, y acortinada de hiedra.

—Es mi habitación —dijo la señorita Searle.

—A todas luces es una habitación de mujer. Piense en todas las olvidadas bellezas que han atisbado a través de esa celosía; piense en todas las vidas de mujeres antiguas que apenas han visto otro panorama que el de esta boscosa hacienda. ¡Oh graciosas primas mías! Y usted, señorita Searle, usted es aún una de ellas. —Y avanzó hacia ella y tomó su grande y blanca mano. Ella se la entregó, ruborizándose hasta la raíz del cabello y presionando su otra mano contra el pecho—. Usted es una mujer de antaño. Usted es noblemente sencilla. Verla ha sido como un romance. No importa lo que yo le diga. Usted no me conocía ayer, usted no me conocerá mañana. Permítame hoy una dulce locura. Permítame imaginarla como la personificación de todas las

mujeres muertas que han hollado las baldosas de esta terraza, que permanecen aquí cual losas sepulcrales en el pavimento de una iglesia. Permítame decirle que le rindo adoración. —Y alzó la mano femenina hasta sus labios. Gentilmente ella la retiró, y por un momento desvió el rostro. Al observar yo sus ojos al momento siguiente, vi que las lágrimas los visitaban. La Bella Durmiente del Bosque había despertado.

Siguió una turbada pausa. Pero súbitamente se presentó una escapatoria en la aparición del mayordomo trayendo una misiva:

—Un telegrama, señorita —anunció.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita Searle—. No sé abrir un telegrama. Primo, ayúdeme.

Searle tomó la misiva, la abrió y leyó en voz alta:

—*Estaré en casa para la cena. Retén al norteamericano.*

2

“¡Retén al norteamericano!” La señorita Searle, de consuno con el mandato transmitido por el telegrama de su hermano (por cierto con algo de telegráfica sequedad), expresó sin pérdida de tiempo el placer que le depararía que mi compañero se quedara:

—Verdaderamente debe usted quedarse —dijo; y en el acto se fue a buscar al ama de llaves, para darle órdenes de que fuera preparada una habitación.

—¿Cómo diantres —preguntó Searle— ha podido saber que yo estoy aquí?

—Por intermedio de su procurador, probablemente —razoné—, se habrá enterado de la visita de su amigo Simmons. Simmons y el procurador deben de haber tenido aún otra entrevista tras la llegada de usted a Inglaterra. Simmons, por razones suyas, lo ha informado de su viaje a esta vecindad, y el señor Searle, una vez apercibido de tal cosa, inmediatamente habrá dado por hecho que usted se habría presentado formalmente a su hermana. Por naturaleza él será inclinado a la hospitalidad, y desea que ella haga por usted lo adecuado. ¡Puede incluso haber más que eso! Tengo mi pequeña teoría de que tal vez él sea el mismísimo fénix de los usurpadores, de que sus más nobles sentimientos se habrán impresionado mucho con los datos aportados por estos jurisperitos, y de que elegantemente desea concederle a usted su pequeña cuota de la herencia.

—*Je my perds!* —dijo mi amigo, caviloso—. ¡Lo que haya de ser, será!

—Por supuesto que usted —dijo la señorita Searle, reapareciendo y hablándome a mí— está incluido en la invitación de mi hermano. He mandado preparar una habitación para usted también. Enviaré a buscar sus equipajes inmediatamente.

Fue acordado que yo en persona iría a nuestra pequeña posada y volvería con nuestros efectos personales a tiempo de conocer al señor Searle en la cena. A mi llegada, varias horas más tarde, fui conducido inmediatamente a mi habitación. El

serviente me hizo saber que ésta comunicaba por una puerta y un pasillo privado con la de mi compañero. Hice el camino a través de este pasillo —un corredorcito asaz arcaico y pintoresco, con una alargada ventana de celosía, a través de la cual se filtraba, cayendo sobre una serie de armarios y alacenas de roble grotescamente tallados, la misteriosa luz animadora del sol poniente—, llamé a su puerta y, no recibiendo contestación, la abrí. En una butaca al lado de la abierta ventana estaba sentado mi amigo, durmiendo, con los brazos y piernas relajados y la cabeza plácidamente echada hacia atrás. Era un gran alivio hallarlo descansando de su anterior excitación. Durante algunos momentos lo contemplé antes de despertarlo. Había un tenue asomo de color en sus mejillas y una ligera separación de sus labios, como en una sonrisa: algo más cercano al optimismo y a la paz de lo que hasta entonces había visto en él. Era casi felicidad, era casi salud. Puse la mano en su hombro y lo agité suavemente. Abrió los ojos, me escrutó un momento, me reconoció vagamente, luego volvió a cerrarlos.

—¡Déjeme soñar, déjeme soñar! —dijo.

—¿En qué está soñando?

Transcurrió un momento antes de que llegara su respuesta:

—¡En una mujer alta con un anticuado vestido negro, de pelo rubio y sonrisa dulce, dulce, y de voz tímida, suave, deliciosa! Estoy enamorado de ella.

—Verla —dije— es mejor que soñar con ella. Levántese y arréglese, que bajaremos a cenar y la verá.

—Cenar... cenar... —Y gradualmente abrió los ojos de nuevo—. ¡Sí, palabra que cenaré!

—¡Ah, está usted curado! —dije, mientras se ponía de pie—. Vivirá para enterrar al señor Simmons. —Había pasado las horas de mi ausencia, me dijo, con la señorita Searle. Habían vagado juntos por la finca y recorrido los jardines e invernaderos—. ¡Deben de haberse vuelto muy íntimos! —dije, sonriendo.

—Ella es íntima mía —repuso—. ¡Dios sabe con qué jerigonza la he obsequiado! —Se habían separado hacía una hora: desde que, creía él, su hermano había llegado.

El decayente crepúsculo estaba todavía en el gran salón cuando nos personamos en él. El ama de llaves nos había dicho que esta estancia se usaba muy infrecuentemente, ya que había una más pequeña y manejable para las mismas necesidades. Ahora semejaba, empero, haber sido puesta en servicio en honor de mi camarada. Al fondo, elevándose hasta el techo, como una ducal tumba en una catedral, estaba la gran chimenea de cincelado alabastro, en la cual crepitaba un ligero fuego. Junto al fuego estaba un hombrecillo bajo con las manos a la espalda; cerca de él estaba la señorita Searle, tan transformada por su vestido que al principio no la reconocí. En nuestra entrada y recibimiento hubo algo hondamente austero y solemne. Avanzamos en silencio por la larga habitación. Lentamente el señor Searle se adelantó una docena de pasos para acogernos. Su hermana permaneció inmóvil. Me fijé en que ella enmascaraba su expresión con un gran abanico blanco de lamé y

en que sus ojos, graves y dilatados, nos miraban intensamente por encima del borde. El amo de Lockley Park estrechó en silencio la mano que su pariente le ofreció y lo estudió de pies a cabeza, reprimiendo, creo, un respingo de sorpresa ante su semejanza con el retrato salido del pincel de Sir Joshua.

—Éste es un día feliz —declaró. Y luego, volviéndose hacia mí con una inclinación, añadió—: El amigo de mi primo es mi amigo. —La señorita Searle bajó el abanico.

Lo primero que me llamó la atención en la apariencia del señor Searle fue su corta y magra estatura, inferior a la de su hermana en media cabeza. Lo segundo fue el rojo llameante de su pelo y barba. Su caballo, aparentemente fino como la seda en cuanto a textura, casi escarlata en cuanto a tonalidad, y densamente abundante, le rodeaba la cara como un enorme nimbo cárdeno. Su barba se desplegaba en abanico desde los labios y las mejillas y el mentón, tan semejante a su asombroso cabello como si hubiese sido la invertida imagen de éste reflejada en el agua. Su rostro era pálido y atenuado, como el rostro de un estudioso, un diletante, un hombre que vive su existencia en una biblioteca inclinado sobre libros y grabados y medallas. A cierta distancia tenía un aspecto despistado y juvenil; pero para una mirada más próxima revelaba cierto número de arrugas agudamente inscritas y marcadas que le conferían un singular aire envejecido y taimado. La tez era la de un hombre de cincuenta años. Su nariz era arqueada y delicada, casi idéntica a la nariz de mi amigo. En armonía con el efecto de su pelo estaba el de sus ojos, que eran grandes y hundidos, con una especie de astucia y rojez vulpinas, mas plenos de temperamento y brío. Imagínense esta fisonomía —grave y solemne de tono, grotescamente solemne, casi, a despecho de la pilosa brillantez en que estaba encajonada— puesta en acción por una sonrisa que parecía susurrar terriblemente: “Yo soy *la* sonrisa, la sola y única, la mueca hecha para mandar”, y tendrán una imperfecta idea de la notable presencia de nuestro anfitrión: algo más digno de ser visto y conocido, pensé mientras lo examinaba disimuladamente, que ninguna otra cosa que hasta ahora nos hubiera sido revelada durante nuestra excursión. Cuán absolutamente yo había llegado a compenetrarme con mi compañero y cuán efectivamente yo había encadenado mi sensibilidad a la suya, poco lo había sospechado yo hasta que, en los breves cinco minutos que precedieron al aviso para la cena, nítidamente intuí que se había endurecido en una postura (interiormente hablando) de indefinible protesta y recelo. A ninguno de nosotros dos el señor Searle le había parecido, como dirían los italianos, *simpatico*. Por la actitud de la señorita Searle habría podido yo suponer que ella percibía nuestros pensamientos. En ella se había operado un marcado cambio después de la mañana... durante la hora, mejor dicho (como leí a la luz de la extrañada mirada que él le lanzó), que había pasado desde que se había separado de su primo. Aún no se había repuesto de alguna gran agitación. Su semblante lucía pálido y sus ojos enrojecidos y llorosos. Estas afligidas señales y testimonios le conferían una inopinada dignidad a su continente, que se veía realzada por el raro tipismo de su vestido. Si se trataba de

buen gusto o de una casualidad, no lo sé; pero el caso es que la señorita Searle, tal como estaba allí, medio a la fría luz del crepúsculo, medio al moderado resplandor del fuego que se perdía en la vastedad de su cueva de mármol, era una figura para un diestro pintor. Estaba ataviada con el desvaído esplendor de un hermoso tisú de combinados y entretejidos crespón y seda de un claro color verde mar, festoneado y adornado e hinchado en un masivo *bouillonnement*: una obra de modistería que, aunque ya debía de haber presenciado un considerable número de cenas de gala, conservaba todavía el grandioso aire de un noble estilo. Sobre los blancos hombros llevaba un antiguo tejido del más precioso y venerable encaje, y en torno a la recia garganta un collar de recias perlas. Entré junto a ella a cenar, y el señor Searle, siguiéndonos con mi amigo, lo tomó del brazo (tal como posteriormente me contó éste último) y jocosamente hizo como si lo condujera. Conforme se desarrollaba la cena, creció en mí la sensación de que había empezado a representarse un drama cuyos actores eran las tres personas ante mí, cada una con un papel asaz arduo. El papel de mi amigo, empero, parecía el más fatigosamente ingrato, aunque yo rebotaba de poderosos deseos de que lo desempeñara honorablemente. Me pareció verlo azuzar sus apagadas facultades para que obedecieran a su apagada voluntad, pobrecillo, fingiendo solemnemente una gran autoestima. Con la señorita Searle, crédula, receptiva y compasiva, finalmente había dejado de lado toda vanidad y fingimiento y le había mostrado el verdadero carácter de su fantasioso corazón. Pero con nuestro anfitrión no podía permitirse ninguna conversación disparatada ni tomarse ninguna libertad; allí y entonces, más que nunca, se sentaba un conservador consumado, que respiraba los lisonjeros efluvios de los privilegios hereditarios y la seguridad financiera. Durante una hora, pues, vi a mi pobre amigo esforzarse por hablar con decoro sobre banalidades. Se adjudicó la tarea de parecer muy norteamericano, de tal forma que su entusiasmo por este antiguo mundo pudiera parecer puramente desinteresado. Qué se había esperado de él su pariente, no lo sé; pero el caso es que nuestro anfitrión, a despecho de su equilibrada y acusada urbanidad, no logró disimular un matiz de enojo por encontrarlo capaz de hablar elegantemente de cualquier cosa. El señor Searle no era hombre que enseñase sus cartas, pero creo que se había figurado que su mejor baza estaba en una cierta implícita confianza en que difícilmente este exótico parásito tendría buenos modales. Orientó la charla, con gran decoro, hacia Norteamérica, hablando como si más bien se tratara de algún planeta de fábula, ajeno a la órbita británica, respecto del cual se hubiese descubierto últimamente que tenía la mezcla de gases atmosféricos necesaria para mantener la vida animal, pero que, excepto so capa de una magnánima condescendencia, no podía ser admitido en la concepción normal de las cosas. Yo no sentí sino lástima al ver que para dar cabida a nuestras intrusas espaldas cuadradas la esférica tersura de su universo había de estirarse hasta salirle grietas.

—Yo ya sabía, de un modo impreciso —dijo nuestro anfitrión—, que tenía parentela en América; pero ya saben que uno apenas puede hacerse cargo de esas

cosas. Difícilmente podía imaginarme a gente de nuestra sangre allí más de lo que podía imaginarme allí a mí mismo. Hubo un hombre a quien conocí en la universidad, un tipo muy insólito, pero asimismo un tipo encantador; él y yo éramos amigotes; creo que después se marchó a América: a la República Argentina, tengo entendido. ¿Conocen ustedes la República Argentina? ¡Menudo nombre más extravagante, por cierto! Y luego, ya saben, estaba ese tío abuelo mío a quien pintó

Sir Joshua. Se fue a América, pero nunca llegó. Se perdió en el mar. Usted se le parece lo bastante como para hacer pensar que sí llegó allí y que ha seguido vivo hasta ahora. Si usted es él, no ha hecho nada juicioso con aparecerse por aquí. Él dejó un mal nombre detrás suyo. Hay un fantasma que de vez en cuando gime por la mansión, ¡el fantasma de alguien a quien él causó mucho daño!

—¡Oh, hermano! —exclamó la señorita Searle, con crédulo horror.

—Naturalmente tú no sabes nada de cosas semejantes —dijo el señor Searle—. Eres demasiado dormilona para oír gemidos de fantasmas.

—¡Estoy cierto de que me gustaría inmensamente oír los gemidos de un fantasma! —dijo mi amigo, con la luz de su ilusión reciente reapareciéndole en los ojos—. ¿Por qué gime? Narre el portentoso relato.

Durante un instante el señor Searle contempló a su público, calibrándolo; y luego, como dicen los franceses, *se recueillit*, como si midiera sus propias energías imaginativas.

Deseaba hacer justicia a su tema. Con las cinco uñas de la mano izquierda tamborileando nerviosamente contra el tintineante cristal de su copa de vino, y con la brillante mirada delatando su complacida sensación de que, a pesar de lo pequeño y grotesco que se lo veía allí sentado, a la sazón él resultaba hondamente impresionante, gota a gota rezumó sobre nuestras ignorantes mentes la leyenda sombría de su familia:

—El señor Clement Searle, por lo que infiero, fue un joven de grandes talentos pero de disposición débil. Su madre quedó viuda prematuramente, con dos hijos, de los cuales él era el mayor y más prometedor. Lo educó con el más grande afecto y cuidado. Como es natural, cuando se hizo hombre quiso que se casase bien. Su acaudalamiento era suficiente para permitirle pasar por alto la posible falta de caudal en su esposa; y la señora Searle seleccionó a una dama joven que poseía, tal como ella lo veía, todos los dones menos el de una fortuna: una espléndida, orgullosa, bella muchacha, la hija de un viejo amigo suyo... antiguo enamorado, sospecho, de ella misma. Sin embargo, Clement, por lo que parecía, o bien había elegido ya a otra persona o bien no estaba aún dispuesto a elegir. En vano la joven dama descargó sobre él la batería de sus encantos; en vano su madre abogó por su partido. Clement permaneció frío, impasible, inflexible. La señora Searle tenía un carácter que en nuestros tiempos parece haber desaparecido de la rama femenina de la familia. Mujer altiva, apasionada, imperiosa, había asumido inmensas responsabilidades y entablado un buen número de pleitos; esto le había inculcado una voluntad de

hierro. Sospechó que los afectos de su hijo ya tenían destinataria, una destinataria inconveniente. Irritada por el tozudo desafío de él a sus deseos, perseveró en importunarlo. Cuanto más lo observaba más se convencía de que amaba en secreto a alguien por debajo de su rango social. Siempre iba todo sombrío, hosco y cavilante. Por fin, con la fatídica temeridad de una mujer enojada, su madre amenazó con traerse a la joven dama de la propia elección de ella (muchacha ésta que, dicho sea de paso, no parece que fuera ninguna tímida flor) a vivir en la mansión. Una tormentosa escena fue la consecuencia. Él la amenazó con que si así hacía, él abandonaría el país y zarparía para América.

Probablemente ella no se lo creyó; sabía que él era débil, pero sobreestimó su debilidad. En cualquier caso la bella rechazada llegó y Clement Searle partió. En un turbio día de diciembre él tomó barco en Southampton. Desesperadas de rabia y dolor, las dos mujeres se sentaron solas en esta gran mansión, alternando lágrimas e imprecaciones. Una quincena más tarde, en Nochebuena, en medio de una gran tormenta de nieve cuya memoria perduró largo tiempo en el país, les sobrevino algo que agudizó fuertemente su amargura. Una joven, empapada y helada a causa de la tormenta, consiguió que la dejaran entrar en la mansión y fue conducida a presencia de la señora y su invitada. Allí desgranó su historia. Era la hija de un vicario pobre de Hereford. Clement Searle la había amado... la había amado demasiado completamente. Ahora la habían echado airadamente de casa de su padre; la madre de él, al menos, podría apiadarse de ella... si no por ella misma, por el hijo al que muy pronto iba a dar a luz. La pobre muchacha se había hecho demasiadas ilusiones. Las dos mujeres, con desprecio, con horror, con golpes posiblemente, la devolvieron a la tormenta. En la tormenta vagó, y en la espesa nieve murió. Su amante, como ya saben ustedes, naufragó en aquel duro clima invernal en el mar; la noticia le llegó demasiado tarde a su madre, pero aun así con bastante rapidez. Quien nos ronda es la hija del vicario.

Se produjo un silencio de varios instantes.

—¡Ah, no me extraña! —dijo la señorita Searle, con gran pena.

Searle ardía de entusiasmo:

—Por supuesto, como ya pueden figurarse —y de súbito empezó a ponerse intensamente arrebolado—, me pesaría afirmar cualquier identidad con mi desleal homónimo, pobre hombre. Pero me sentiría inmensamente encantado de que esta desdichada mujer fantasma se llamara a engaño ante mi parecido y me confundiera con su cruel amante. Sea bien recibida para este consuelo. Cualquier cosa que *pueda* hacerse por ella, estaré contento de hacerla. Pero ¿es dable que un fantasma se le aparezca a otro fantasma? ¡Yo *soy* un fantasma!

El señor Searle lo miró pasmado un momento, y luego dijo con una superlativa sonrisa:

—¡Casi podría creer que lo es!

—¡Oh, hermano y primo —exclamó la señorita Searle con la más cortés pero

más conmovedora dignidad —, ¿cómo pueden conversar tan horriblemente?!

Resultaba obvio, empero, que la horrible conversación poseía una poderosa magia al modo de ver de mi amigo; y su imaginación, que durante un rato había quedado congelada por la glacial presencia de su pariente, empezó de nuevo a arder con su prístino fuego. A partir de este momento cesó de andarse con cautelas, de cuidar lo que decía y cómo lo decía, con tal de expresar la apasionada satisfacción que infundía en su corazón el escenario que lo rodeaba. Mientras él hablaba, incluso interiormente dejé de desear que no lo hiciera. Desde entonces me he maravillado de que no me disgustase la exhibición de un egocentrismo tan redomado y llamativo. Pero es que una gran franqueza impone su propia ley, y una gran pasión su propio cauce. Había, además, una inmensa belleza en el estilo de las palabras de mi amigo. Liberado tanto de adulación como de envidia, la esencia de su discurso fue una divina aprehensión, un imaginativo dominio, libre como el vuelo de Ariel,¹⁶ de la rica realidad bajo cuya sombra material nuestros anfitriones estaban insensibilizados y perdidos, incapaces, como reza el dicho, de ver el bosque por culpa de los árboles.

—¿Cómo llega el aspecto de antigüedad? —planteó repentinamente a los postres—. ¿Llega por sí solo, sin que nadie lo intuya ni lo perciba ni lo vigile? ¿O lo anhelamos, y colocamos cebos y trampas para él, y lo observamos avanzar como a la incipiente negritud de una pipa de espuma, y lo retenemos cuando se presenta, justo donde aparece, y encendemos un cirio votivo a sus pies y le damos las gracias diariamente? ¿O lo rechazamos y lo combatimos y lo resistimos, y sin embargo lo sentimos asentarse y enraizarse a nuestro alrededor, tan inevitable como el hado?

“¿De qué demonios está hablando este hombre?”, dijo la sonrisa de nuestro anfitrión.

—Yo encontré en mí un cabello medio canoso esta mañana —apuntó la señorita Searle.

—¡Santo cielo, espero que lo respetara! —exclamó Searle.

—Lo miré durante mucho rato con el espejo de mano —contestó su prima, con sencillez.

—Durante los diez años venideros, la señorita Searle todavía podrá permitirse el lujo de reírse de las canas —dije.

—Dentro de diez años, tendré cuarenta y tres.

—Esa es la edad que tengo yo —dijo Searle—. ¡Ojalá hubiese venido aquí hace diez años! Habría tenido más tiempo para disfrutar del festín, aunque lo cierto es que habría tenido menos apetito. ¡Primero necesitaba estar hambriento!

—¿Por qué esperó hasta casi ser un muerto de hambre? —preguntó el señor Searle—. ¡Pensar en estos diez años que habríamos podido disfrutar con usted! —Y con el pensamiento en estos despilfarrados diez años el señor Searle soltó una

¹⁶ Duende del aire que está al servicio de Próspero en *La tempestad* de William Shakespeare. Personifica la ligereza, sabiduría y espiritualidad de que Próspero se vale como ingredientes de su magia blanca en contra de la maldad e ignorancia de Calibán. (N. del T)

violenta carcajada nerviosa.

—Siempre tuve la idea (una vulgar idea estúpida como nunca ha habido otra) de que para ir al extranjero correctamente había que tener una olla de dinero. Mi olla estaba casi vacía. ¡Al final he venido cuando ya está vacía del todo!

El señor Searle carraspeó con aire de duda:

—¿Está usted en... está usted en “circunstancias menguadas”?

A mi amigo por lo visto le hizo muchísima gracia ver descrita con una denominación tan algodonesa su desolada situación.

—“¿Circunstancias menguadas?” —espetó con una prolongada risa jocosa—. ¡Estoy reducido a la nada!

—¡Caramba! —exclamó el señor Searle, con pinta de sentirse dividido entre su percepción de la inelegancia y su percepción de la excepcionalidad de ver a un caballero adoptando aquel preciso tono al hablar de sus asuntos—. ¡Vaya, vaya, vaya! —agregó con una voz que podía significar todo o nada; y procedió, con un centelleo en la mirada, a apurar una copa de vino. Sus maliciosos ojos, mientras bebía, se cruzaron con los míos por encima del borde de su copa y, durante un momento, intercambiamos una profunda mirada sondeadora, una mirada tan intensa que dejó una ligera turbación en el semblante de ambos—. ¿Y usted? —dijo el señor Searle, con intención de atenuarla—. ¿Qué hay de sus circunstancias?

—¡Oh, las tuyas —dijo mi amigo—, las tuyas son infinitas! ¡Podría comprarse todo Lockley Park! —Había tomado, creo, mucho mayor número de copas de oporto (reconozco que el oporto era ilimitadamente deleitable) de lo que habría sido de desear en aras de un perfecto autodomínio. Rápidamente se alejaba del alcance de cualquier disuasión tácita por mi parte. Cierta atolondramiento enfebrecido en su mirada y su voz me advirtió de que intentar hacerlo refrenarse no conseguiría otra cosa que irritarlo. Cuando nos levantamos de la mesa captó mi mirada acuitada. Pasando su brazo por el mío un momento, me cuchicheó—: ¡Ésta es la gran noche! ¡La noche de la experiencia, la noche del destino!

El señor Searle hizo abrir toda la parte baja de la mansión y colocar una multitud de luces en sitios convenientes y efectivos. No había visto yo jamás una riqueza tan ordenada de antiguos candelabros y antorchas. Embutidas en los oscuros entrepaños, proyectando grandes círculos luminosos sobre la colgante rigidez de sombríos tapices, realizando y completando con admirable efecto la inmensidad y misterio de la antigua residencia, parecían poblar con una tenue presencia expectante las grandes estancias, mientras nuestro pequeño grupo pasaba morosamente de una en otra. Nos deleitamos con ello durante una maravillosa hora. Al punto el señor Searle asumió el papel de *cicerone*, y —hasta ahora yo no le había hecho justicia— el señor Searle se volvió agradable. Mientras yo caminaba detrás con la señorita Searle, él iba delante con su pariente. Era como si hubiese dicho: “¡Bien, si quieres vieja heredad vas a tenerla, espiritualmente al menos!” Para decirlo vulgarmente, se la restregó. Llevando un alto candelabro de plata en la mano izquierda, lo levantaba y

bajaba arrojando luz aquí y allá sobre cuadros y colgaduras y molduras y un centenar de acechantes tesoros arquitectónicos. El señor Searle conocía bien su casa. Apuntó innúmeras tradiciones y recuerdos y evocó con ingenio donosísimo las figuras de sus ocupantes pretéritos. Con casi reverencia) gravedad y nitidez contó una docena de anécdotas. Su pariente atendía con una especie de meditabundo entendimiento. Mientras tanto, la señorita Searle y yo no estábamos totalmente silenciosos.

—Supongo que a estas alturas —le observé— usted y su primo son ya casi viejos amigos.

Ella jugueteó un momento con su abanico y luego alzó su llana mirada sincera:

—¡Viejos amigos, y al mismo tiempo extrañamente desconocidos! Mi primo... mi primo... —y su voz se demoró en esa palabra—; ¡parece tan extraño llamarlo mi primo después de pensar todos estos años que no tenía ningún primo! Es un hombre muy singular.

—No es tanto él cuanto su situación lo que merece ese adjetivo —me aventuré a decir.

—Yo lamento su situación. Me gustaría poder ayudarlo de algún modo. Él me interesa muchísimo. —Y aquí la señorita Searle emitió un dulce suspiro expresivo—. Ojalá lo hubiese conocido mucho antes. Me ha dicho que no es sino la sombra de lo que fue.

Me pregunté si Searle habría estado trabajándose deliberadamente la sensibilidad de esta gentil criatura.

Si así lo había hecho, creí que había logrado su objetivo. Pero, a decir verdad, su posición me daba la sensación de haberse vuelto tan precaria que apenas si me atreví a alegrarme del todo.

—Ahora mismo lo mejor de su persona —dije— parece estar tomando forma de nuevo. Sería una buena acción por parte de usted, señorita Searle, si contribuyera a devolverle la salud y la serenidad.

—Ah, ¿qué puedo hacer yo?

—Sea amiga de él. ¡Déjelo apreciarla, déjelo quererla! Ahora ve usted en él, sin duda, mucho de lo cual compadecerse y sorprenderse. Pero permítale simplemente disfrutar algún tiempo de la grata sensación de su proximidad y cariño. Eso lo hará un hombre mejor y más fuerte, y entonces usted podrá amarlo, podrá estimarlo sin ninguna cortapisa.

La señorita Searle había escuchado con una confundida ternura en la mirada, y repuso:

—¡Es un arduo papel para que lo desempeñe una pobre tonta como yo!

Su casi infantil modestia no me dejó otra elección que ser absolutamente franco:

—¿Alguna vez ha desempeñado usted algún papel? —pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos, maravilladamente; se sonrojó, como con una súbita percatación de mi intencionalidad:

—¡Jamás! Pienso que apenas si he vivido.

—Ha empezado usted a vivir ahora, tal vez. Ha empezado a interesarse por algo ajeno al estrecho círculo de la costumbre y el deber. (Discúlpeme si le resulto muy rudo; ya sabe usted que soy extranjero.) ¡Es un gran momento: espero que lo goce!

—Casi podría creer que se ríe usted de mí. Siento más angustia que gozo.

—¿Por qué siente angustia?

Ella hizo una pausa, con los ojos fijos en nuestros dos acompañantes.

—La llegada de mi primo —dijo finalmente— ha sido una gran conmoción.

—¿Quiere decir que usted hizo mal en reconocer su parentesco? En ese caso la culpa es mía. Él no tenía ninguna intención de darle la oportunidad.

—¡Hice mal, en cierto modo! Pero mi corazón es incapaz de lamentarlo. ¡Nunca lo lamentaré! Hice lo que me pareció correcto. ¡El cielo me perdone!

—¡El cielo la bendiga, señorita Searle! ¿Acaso va a derivarse de ello algún perjuicio? ¡Yo cometí la falta, cargue yo con la culpa!

Gravemente ella negó con la cabeza:

—¡No conoce usted a mi hermano!

—¡Entonces, cuanto antes lo *conozca*, mejor! —Y a raíz de esto sentí explotar con súbita cólera una sorda irritación que había ido acumulándoseme durante más de una hora—: ¿Qué diantres *es* su hermano? —exigí. Ella desvió el rostro—. ¿Le tiene usted miedo? —pregunté.

Ella me lanzó una temblorosa mirada de soslayo.

—¡Está mirándome! —cuchicheó.

Yo lo miré a él. Él estaba colocado de espaldas a nosotros; sujetaba un gran espejo de mano veneciano, enmarcado en plata *rococo*, que había cogido de un estante lleno de antigüedades, justamente en tal ángulo que captaba el reflejo de su hermana. ¿He de confesarlo? Algo en este —comportamiento divirtió tantísimo mi sentido de lo pintoresco, que fue con una especie de enojo suavizado como me quejé:

—¡Hay que ver qué bribonazo! —Empero me sentía lo bastante soliviantado como para llegar más lejos. Se me antojaba que yo también, por regla de tres, estaba siendo encubiertamente vigilado. ¡Pues entonces no iba a ser vigilado injustificadamente!—. Señorita Searle —dije, reclamando su atención—, prométame una cosa.

Ella me encaró con un respingo y con la mirada de alguien que suplicara a cuenta de un gran dolor.

—¡Por favor, no me lo pida! —exclamó. Era como si ella estuviera en el borde de un lugar donde la tierra se hubiera abierto repentinamente y se le pidiera que diese un salto. Sentí que le era imposible la retirada y que lo más compasivo era animarla a saltar.

—¡Prométamelo! —reiteré.

Ella todavía protestó con la mirada.

—¡Oh, qué día más espantoso! —exclamó, por último.

—Prométame dejarlo hablarle a solas, si así se lo solicita él, a despecho de cualquier oposición que usted sospeche por parte de su hermano.

Ella se sonrojó profundamente, y balbució:

—¿Usted se refiere... se refiere a que él... tiene algo particular que decirme?

—¡Algo muy particular!

—¡Pobre primo!

Le lancé una mirada profundamente admonitoria:

—¡De acuerdo: pobre primo! Pero prométalo.

—Lo prometo —dijo, y atravesó la habitación y salió por la puerta.

—¡Llega usted a tiempo de oír la historia más deliciosa! —dijo mi amigo, cuando me reuní con los dos hombres. Estaban de pie ante un viejo y sombrío retrato de una dama con traje de la época de la reina Ana, los mal pintados matices de cuya piel, a la luz de la vela, parecían lívidos contra el oscuro ropaje y fondo—. Esta es la señora Margaret Searle, una especie de Beatriz Esmond,¹⁷ que hacía cuanto se le antojaba. Se casó con un don nadie francés, un violinista sin un solo penique, en contra de toda la familia. ¡Hermosa Margaret, yo te rindo pleitesía! ¡A fe mía, se parece a la señorita Searle! Le ruego que continúe. ¿En qué desembocó todo aquello?

Durante un instante el señor Searle miró a su pariente con aire de disgusto ante su tumultuoso homenaje y de piedad ante su inmadura imaginación. Después siguió con su relato con eficacísima sequedad de tono:

—Hace un año encontré, en una caja de documentos muy antiguos, una carta de la señora Margaret dirigida a Cynthia Searle, su hermana mayor. Estaba fechada en París y su ortografía era horriblemente mala. Contenía una muy apasionada súplica de... er... de ayuda pecuniaria. Acababa de estar de parto, se moría de hambre y su marido la cuidaba deplorablemente; maldecía el día en que había dejado Inglaterra. Era una efusión hartamente desesperada. Nunca oí que encontrara fondos para volver.

—¡Todo por casarse con un francés! —dijo sentenciosamente.

Durante unos instantes el señor Searle guardó silencio.

—¡Esta mujer es —dijo, por fin— el primer y último miembro de la familia que se ha mostrado tan p... antiinglés!

—¿Sabe la señorita Searle esta historia? —preguntó mi amigo mirando la redondeada blancura de las carnosas mejillas de la dama.

—¡La señorita Searle no sabe nada! —espetó, expresivamente, nuestro anfitrión.

En mi amigo esta aseveración pareció encender una generosa expresividad contraria:

—Va a saber por lo menos la historia de la señora Margaret —repuso, y se marchó velozmente en su busca.

El señor Searle y yo proseguimos nuestro ambular por las iluminadas estancias.

¹⁷ Personaje de la novela *Henry Esmond* de William M. Thackeray. (N. del T)

—Ha encontrado usted un primo —dije— imbuido de auténtico furor.

—¿Furor? —repitió rígido mi anfitrión.

—Quiero decir que se toma un interés tan vehemente como el de usted mismo por sus anales y posesiones.

—¡Oh, un interés igualito! —Y el señor Searle prorrumpió en una sonora carcajada—. Me ha dicho —reanudó el diálogo, luego de un instante— que está enfermo. Nunca lo habría sospechado.

—En las últimas horas —dije— es un hombre cambiado. Su hacienda y su amabilidad lo han remozado inmensamente.

El señor Searle profirió la pequeña exclamación informe con que más de un inglés suele anunciar el cese de cualquier acentuada cortesía verbal. Cefludamente bajó la mirada hacia el suelo y después, para mi sobresalto, se detuvo de improviso y me dedicó una mirada penetrante.

—¡Yo soy un hombre honrado! —dijo. Yo estaba bien dispuesto a convenir; pero él siguió, con una especie de furia de franqueza, como si fuera la primera vez en su vida que se sentía impelido a justificarse, como si este acto le resultara extremadamente desagradable y quisiera cumplir cuanto antes con el deber—. ¡Un hombre honrado, entérese! ¡No sé nada del señor Clement Searle! Nunca había esperado verlo. Ha sido para mí un... un... —Y aquí el señor Searle se interrumpió para seleccionar la palabra capaz de expresar con suficiente vividez lo que, para bien o para mal, su pariente había sido para él—. ¡Ha sido para mí una *consternación*! ¡No me cabe duda de que es un hombre sumamente amigable! No me negará usted, sin embargo, que es un estilo de persona muy extravagante. ¡Lo lamento si está enfermo! ¡Lo lamento si es pobre! ¡Es primo quincuagésimo mío! ¡Muy bien! Yo soy un hombre honrado. No podrá decir que no lo recibí en mi casa.

—¡Él también, gracias al cielo, es un hombre honrado! —dije, sonriendo.

—¡En ese caso, ¿por qué diantres —exclamó el señor Searle, volviéndose hacia mí casi fieramente— ha presentado esa taimada reclamación sobre mi propiedad?!

Estas alarmantes palabras arrojaron retrospectivamente un rayo de luz sobre el proceder de nuestro anfitrión y sobre la reprimida agitación de su hermana. En un instante se reveló al desnudo la recelosa alma del insatisfecho caballero. Por un momento quedé tan sorprendido y escandalizado ante lo directo de su ataque que me faltaron palabras para responder. No bien hubo hablado, el señor Searle pareció darse cuenta de que había asestado un golpe demasiado duro.

—Discúlpeme, señor —se apresuró a completar—, si hablo de este asunto con acaloramiento. Pero rara vez he sufrido un disgusto tan penoso como cuando me enteré, como lo hice esta mañana de labios de mi procurador, de los monstruosos trámites del señor Clement Searle. ¡Santo cielo, señor, ¿por quién me toma este hombre?! Finge Dios-sabe-qué fantástica admiración por mi casa. Que la admire pues. Que, con sus cursis alardes de imaginación, se imagine un diezmo de lo que siento yo. Amo mi propiedad: ¡es mi pasión, mi vida, yo mismo! ¿Voy a cederle una

fracción sustantiva a un extranjero menesteroso, un hombre sin medios, sin credenciales: un extraño, un aventurero, un bohemio? ¡Creía que Norteamérica se jactaba de tener tierra para acoger a todos los hombres! A fe mía, señor, nunca en mi vida me había sentido tan ofendido.

Hice una pausa de algunos momentos antes de hablar, para permitir que su pasión se extinguiera por completo o se reavivara si así lo prefería; pues por mi parte me parecía idóneo replicarle de una sola vez para siempre.

—Sus realmente absurdas aprensiones, señor Searle —dije, por fin—, sus terrores, puedo llamarlos así, francamente le han anulado el sentido común. Está usted atacando a un hombre de paja, a una criatura de humildes ilusiones; aunque desgraciadamente temo que ha herido usted a un hombre de temple y conciencia. O bien mi amigo no tiene ninguna reclamación válida sobre su propiedad, en cuyo caso la agitación de usted es innecesaria, o bien sí la tiene válida...

El señor Searle me agarró por el brazo y me miró furibundamente, puedo decir, con su pálida cara aún más pálida de horror ante mi insinuación, sus grandes ojos agudos relampagueando, y su brillante pelo erizado y tembloroso por la violencia de sus emociones.

—¿Una reclamación válida? —protestó—. ¡Que intente llevarla ante los tribunales!

Habíamos salido al gran vestíbulo de la mansión y estábamos de pie frente a la entrada principal. La puerta estaba abierta al noble soportal, a través de cuya arcada de piedra yo veía resplandecer el jardín bajo la azulencaluz de la luna llena. Mientras el señor Searle profería las palabras que acabo de consignar, avisté a mi compañero dirigiéndose lentamente al soportal desde afuera, con la cabeza descubierta, brillante bajo la luz de la luna en el exterior, luego oscura bajo la sombra de la arcada, y otra vez brillante bajo la luz de la lámpara en el umbral del vestíbulo. Mientras trasponía el umbral, el mayordomo apareció en lo alto de las escaleras a nuestra izquierda y visiblemente titubeó un momento al percatarse de la presencia del señor Searle; pero después, divisando a mi amigo, descendió solemnemente. Portaba una pequeña bandeja de plata. Sobre la bandeja, reluciendo a la luz de la colgante lámpara, había una nota doblada. Clement Searle se adelantó, mirándolo un tanto fijamente y sobresaltado, pienso, por alguna intuición de que se avecinaba una catástrofe. El mayordomo aplicó la cerilla a la mecha del polvorín. Avanzó hacia mi amigo, tendiéndole bandeja y nota. El señor Searle hizo un movimiento como si fuera a saltar hacia adelante, pero se contuvo.

—¡Tottenham! —gritó con voz estridente.

—Sí, señor? —dijo Tottenham, haciendo un alto.

—Estése quieto donde está. ¿Para quién es esa nota?

—Para el señor Clement Searle —dijo el mayordomo, mirando fijamente al frente como para desmentir la sospecha de haber leído la misiva.

—¿Quién se la ha entregado?

—La señora Horridge, señor. —Se trataba del ama de llaves.

—¿Quién se la entregó a la señora Horridge?

Por parte de Tottenham hubo una vacilación infinitesimal antes de decidirse a contestar.

—Mi querido señor —intervino Searle, completamente curado de su borrachera ante una escena de cortesía vulnerada—, ¿no es eso asunto sólo mío?

—Lo que ocurra en mi casa es asunto mío; y parecen estar ocurriendo cosas grandemente insólitas. —El señor Searle estaba exasperado hasta el punto de que, cosa rara en un inglés de pro, se comprometía delante de un miembro de la servidumbre—. ¡Tráigame esa nota! —exclamó. El mayordomo se aprestó a obedecer.

—¡En verdad esto es intolerable! —exclamó mi acompañante, afrentado y desamparado.

Yo estaba asqueado. Antes de que el señor Searle tuviera tiempo de tomar la nota, me posesioné yo de ella.

—Si no tiene usted ninguna consideración hacia su hermana —dije—, un extraño, al menos, actuará por ella. —Y rasgué el disputado objeto en una docena de pedazos.

—¡En nombre del cielo —exclamó Searle—, ¿qué significa todo este odioso asunto?!

El señor Searle estaba a punto de estallar contra él; pero en este momento su hermana apareció en lo alto de las escaleras, atraída evidentemente por nuestras voces elevadas y pendencieras. Se había cambiado el traje de noche por una oscura bata, quitado los adornos y comenzado a soltarse el pelo, un espeso mechón del cual estaba salido de la peineta. Bajó corriendo, con un pálido semblante interrogador. Percibiendo yo con claridad que nuestra inmediata partida se cocía en el ambiente, y adivinando que el señor Tottenham era un mayordomo de infinita intuición y extremada celeridad, aproveché la oportunidad de solicitarle, *sotto voce*, que sin demora enviara un carruaje a la puerta.

—Y suba a él nuestros equipajes —agregué.

Nuestro anfitrión se abalanzó hacia su hermana y le agarró la blanca muñeca, que asomaba por la holgada manga de su bata.

—¿Qué decía esa nota? —le exigió.

La señorita Searle miró primero hacia los esparcidos fragmentos, y luego hacia su primo:

—¿La ha leído usted? —le preguntó.

—No, ¡pero se la agradezco! —dijo Searle.

Durante un instante los ojos de ella se comunicaron luminosamente con los masculinos; después ella miró a la cara a su hermano, con lo cual la luz de sus ojos se apagó y quedó una grisácea paciencia triste. Pero a éste último le pareció una paciencia acusadora: se puso rojo por la rabia y por la conciencia de su propia indiscreción, y la apartó de un empujón:

—¡Eres una niña! —gritó—. Márchate a la cama.

También en el rostro del pobre Searle el acopio de serenidad se había arrugado en un indignado ceño y su reflejado resplandor de aquel día feliz se había convertido en pasmada turbación.

—¿He estado tratando estas tres horas con un hombre loco? —preguntó doloridamente.

—¡Un hombre loco, sí, si usted quiere! ¡Un hombre loco de amor por su casa y por la conciencia de su rotunda integridad! He refrenado mi lengua hasta ahora, pero usted ya es excesivo para mí. ¿Quién es usted, qué es usted? ¿En qué mundo irreal vive para imaginarse que en su beneficio voy a desprenderme de una parte de mi tierra, de mi casa, de mi corazón? ¡Sí, claro, voy a trocear mi diamante! ¡Intente seguir con su maldita reclamación! ¡No obtendrá ni *esto*! —Y le dio con el pie a uno de los pedazos de papel en el suelo.

Searle recibió boquiabierto esta andanada. Volviéndose luego, fue a sentarse en un banco adosado a la pared y se rascó atónito la frente. Consulté mi reloj y agucé el oído por si se escuchaban las ruedas de nuestro carruaje.

El señor Searle prosiguió:

—¿No era suficiente con que conspirara contra mis derechos? ¿Necesitaba venir a mi mismísima casa para pervertir a mi hermana?

Searle se llevó las dos manos a la cara.

—¡Ah, ah, ah! —bramó amortiguadamente.

La señorita Searle cruzó la estancia rápidamente y se puso de rodillas a su lado.

—¡Márchate a la cama, idiota! —aulló su hermano.

—Querido primo —dijo la señorita Searle—, ¡es cruel que se vea forzado a pensar así de nosotros!

—¡Oh, desde luego nunca dejaré de pensar en usted! —dijo. Y con una mano acarició la cabeza femenina.

—¡Yo creo que usted no ha hecho nada malo! —musitó ella.

—Me he esforzado cuanto he podido —volvió a la carga su hermano—. Pero es notable tontería fingir amistad cuando esta abominación se interpone entre nosotros. Fue usted bienvenido a mi comida y a mi bebida, pero me admira que fuera capaz de tragarlas. ¡Ver eso me estropeó el apetito a mí! —exclamó el furioso hombrecillo, con una risotada—. ¡Proceda con su demanda judicial! Mi gente en Londres ya ha recibido instrucciones y está preparada.

—Me da en la nariz —le dije a Searle— que su demanda ha prosperado mucho desde que usted la dejó por inviable.

—¡Ajá! ¡O sea que no finge usted ignorancia! —Y sacudió hacia mí su llameante *chevelure*—. ¡Es muy amable de su parte dejarla por inviable! —Y se rió sonoramente—. ¡Quizá también deje usted por inviable a mi hermana!

Searle permanecía sentado en una suerte de derrumbamiento, mirando de hito en hito a su oponente.

—¡Ah, hombre miserable! —gimió por último—. ¡Yo creía que habíamos llegado a ser bonísimos amigos!

—¡Anda ya, majadero! —gritó nuestro anfitrión.

Searle no dio muestras de oírlo:

—¿Espera usted en serio —continuó, lenta y penosamente—, espera usted en serio... que... que me defienda... y demuestre que no he hecho nada indecente? Piense usted de mí lo que quiera. —Y se puso, con esfuerzo, en pie—. ¡Me basta con saber lo que *usted piensa*! —agregó para la señorita Searle.

Las ruedas del carruaje resonaron sobre la grava, y en el mismo momento un lacayo descendió por las escaleras con nuestras dos maletas. El señor Tottenham lo seguía con nuestros sombreros y abrigos.

—¡Santo Dios! —exclamó el señor Searle—. ¿No irán ustedes a marcharse? —Esta exclamación, dadas las circunstancias, tuvo una grandiosa comicidad que— me movió a estallar en una ruidosa carcajada—. ¡A fe mía! —rectificó—. Ya lo creo que se marchan.

—Quizá estaría bien —dijo la señorita Searle, con un gran esfuerzo inexpresablemente enternecedor viniendo de alguien para quien visiblemente los grandes esfuerzos eran nuevos y extraños— que revele lo que mi pobre notita contenía.

—¡El asunto de su nota, señorita —dijo su hermano—, es cosa que ya arreglaremos entre usted y yo!

—Déjeme poder imaginarme su contenido —dijo Searle.

—¡Ah, ya se han imaginado aquí demasiadas cosas sobre su contenido! —replicó ella con franqueza—. Tan sólo se trataba de una palabra de aviso. Yo sabía que algo penoso iba a sobrevenir.

Searle se hizo con su sombrero.

—Nunca olvidaré —le dijo a su pariente— ni las penas ni los placeres de este día. Conocerla a usted —y le tendió la mano a la señorita Searle— ha sido el placer de los placeres. Esperaba que algo más habría nacido de ello.

—¡Demasiado ha nacido ya de ello! —dijo inconteniblemente nuestro anfitrión.

Searle lo miró serenamente, casi benignamente, de la cabeza a los pies; y después, cerrando los ojos con pinta de súbito malestar físico, dijo:

—¡Eso mismo opino yo! No puedo aguantarlo más.

Lo tomé del brazo y traspusimos el umbral. Cuando salíamos oí a la señorita Searle prorrumpir en un torrente de sollozos.

—¡Aún sabremos el uno del otro, presumo! —gritó nuestro anfitrión, hostigando nuestra retirada.

Searle se detuvo, volviéndose hacia él cortantemente, casi fieramente.

—¡Ah, iluso! —exclamó.

—¿Pretende que no se querellará? —chilló el otro; Lo obligaré a querellarse! ¡Lo llevaré a rastras ante el tribunal y será derrotado, derrotado, derrotado! —Y su verbo

cordial siguió resonando en nuestros oídos mientras nos alejábamos.

Nos dirigimos, naturalmente, a la pequeña posada junto al camino de la cual habíamos partido por la mañana tan exentos, en toda la ancha Inglaterra, lo mismo de enemigos que de amigos. Mi acompañante, mientras el carruaje rodaba por el camino, parecía enteramente abrumado y exhausto.

—¡Qué horrible y hermoso sueño! —se lamentaba confusamente—. ¡Qué extraño despertar! ¡Qué largo, largo día! ¡Qué espantosa escena! ¡Pobre de mí! ¡Pobre mujer! —En cuanto hubimos vuelto a tomar posesión de nuestras dos pequeñas habitaciones vecinas, le pregunté si la nota de la señorita Searle había sido el resultado de algo que hubiera pasado entre ellos cuando se fue a reunirse con ella—. La hallé en la terraza —dijo—, paseándose inquieta a la luz de la luna. Yo me encontraba enormemente excitado; apenas sé lo que dije. Le pregunté, creo, si sabía la historia de Margaret Searle. Pareció asustada y preocupada, y utilizó las mismas palabras que su hermano había empleado. “Yo no sé nada.” A la sazón, extrañamente, me sentía como borracho. Permanecí junto a ella y le conté, con gran énfasis, cómo la buena de Margaret Searle se había casado con un extranjero menesteroso, todo ello obedeciendo a su corazón y desafiando a su familia. Mientras yo hablaba, la plateada luz de la luna pareció envolvernos, de tal forma que estábamos en un sueño, en un lugar deshabitado, en un mundo aparte. Ella se volvió más joven, más bella, más grácil. Yo vibré con una divina locuacidad. Antes de que me diera cuenta, ya había ido demasiado lejos. ¡Estaba cogiéndole la mano y llamándola “Margaret”! Ella había dicho que era imposible, que no podía hacer nada, que era una idiota, una niña, una dominada. Luego, con repentina convicción profunda, hablé de mi reclamación sobre la heredad. “¿Es cierta, pues?”, dijo. “Es cierta”, respondí, “pero renuncio a ella. ¡Sea generosa! ¡Páguemelo con su corazón!” Por un momento su rostro se puso radiante. “¡Si me caso con usted”, exclamó, “eso arreglará el problema!” “En nuestro matrimonio”, afirmé, “el problema se fundirá como una gota de lluvia en el océano”. “¡Nuestro matrimonio!”, repitió ella maravillada; pero la profunda, profunda resonancia de su voz semejó hacer añicos la estructura de cristal de nuestra ilusión. “¡Debo meditarlo, debo meditarlo!”, dijo; y se alejó corriendo con la cara escondida entre las manos. Anduve de un lado para otro por la terraza durante unos momentos, y luego entré en la mansión y me encontré con ustedes. ¡Esa es la única hechicería que he usado!

El pobre tipo estaba a la vez tan excitado y tan extenuado por los acontecimientos del día que barrunté que podría dormir muy poco. Consciente por mi parte de que yo no podría pegar ojo, sólo me desvestí parcialmente, avivé el fuego y me senté a escribir un rato. Oí cómo el gran reloj del pequeño recibidor abajo daba las doce, la una, la una y media. Justo cuando la vibración de esta última campanada moría en el ambiente, la puerta que comunicaba mi habitación con la de Searle se abrió de par en par y mi compañero apareció en el umbral, pálido como un cadáver, en camisa de dormir, cual un espectro recortado contra la oscuridad que había a sus

espaldas.

—¡Míreme bien! —dijo, en voz baja—, ¡pálpeme, abrácame, reveréncieme! ¡Ante usted tiene a un hombre que ha visto a un fantasma!

—Válgame el cielo, ¿qué quiere usted decir?

—¡Escríbalo! —insistió—. Ea, tome su pluma. Póngalo en terribles palabras. ¡De todas las historias de fantasmas hágala la más fantasmal, la más real! ¿Qué aspecto tengo? ¿Parezco humano? ¿Parezco pálido? ¿Parezco rojo? ¿Estoy hablando en inglés? ¡Una mujer! ¡Un fantasma! ¿Para qué nací? ¿Para qué he vivido? ¡Para ver un fantasma!

Confieso que me invadió, por contagio, un gran escalofrío sobrenatural. Siempre me parecerá que yo también vi un fantasma. Mi primer movimiento —ni siquiera actualmente soy capaz de sonreírme ante ello— fue precipitarme hacia la puerta, cerrarla violentamente y luego atrancarla con llave, dejando afuera la hueca negrura de la que Searle había surgido. Agarré sus dos manos: estaban húmedas de sudor. Empujé mi silla junto al fuego y lo forcé a sentarse en ella. Me arrodillé junto a él y lo cogí de las manos tan firmemente como me fue posible. Le temblaban y se estremecían; sus ojos estaban inmóviles, exceptuando que las pupilas se dilataban y contraían con fuerza extraordinaria. No hice preguntas, sino que esperé con el corazón en la boca. Al fin habló:

—No estoy asustado, pero estoy... ¡oh, APASIONADO! ¡Esto es vida! ¡Esto es existir! ¡Mis nervios... mi corazón... mi cerebro! ¡Están palpitando con la energía de una miríada de vidas! ¿No los siente? ¿No siente la vibración? ¿Está usted acalorado? ¿Está usted helado? ¡Sujéteme fuerte, fuerte, fuerte! ¡Voy a temblar hasta deshacerme en ondulaciones, ondulaciones, ondulaciones, de tal forma que conoceré el universo y llegaré hasta mi Hacedor! —Hizo una pausa, y después siguió—: ¡Una mujer... tan blanca como esa vela... mucho más blanca! Vestida de azul, con una capa negra sobre la cabeza y un manguito también negro. Joven, dolorosamente hermosa, pálida y enferma, con la tristeza de todas las mujeres que alguna vez han amado y sufrido, reclamando y acusando con sus oscuros ojos muertos. ¡Bien lo sabe Dios, yo nunca he hecho nada deshonesto! Pero me tomó por mi antepasado, por el otro Clement. Vino hasta mí aquí como habría ido hasta mí allí. Retorciéndose las manos me habló. “¡Cásate conmigo!”, gimió. “¡Cásate conmigo y da fin a mi oprobio!” Me erguí en la cama lo mismo que estoy erguido aquí, la miré, la escuché... oí disiparse su voz, vi desvanecerse su figura. ¡Cielos y tierra! ¡Y heme aquí!

No realizaré ninguna tentativa ni de explicar este relato de mi amigo ni de refutarlo. Baste decir que de momento me rendí a la ineludible fuerza de su gigantesca emoción. En conjunto, creo que mi propia visión fue la más interesante de las dos. Él no vio más que el fugaz espectro irresponsable; yo vi al ser humano fogoso tras la presencia espectral. Pese a todo, pronto recobré el juicio lo suficiente como para sentir la necesidad de proteger la salud de mi amigo contra las peligrosas consecuencias de la excitación y del frío. Acordamos tácitamente que, durante

aquella noche, él no volvería a su habitación; y enseguida le hice bastante cómodo su lugar junto al fuego. Deseando sobre todo preservarlo de los escalofríos, deshice mi cama y lo envolví exhaustivamente en abundantes mantas y colchas. Yo ya no tenía humor ni para escribir ni para dormir; conque apagué las luces, eché más leña y me senté en el lado opuesto junto al hogar. Hallé una especie de solemne pasatiempo en contemplar a mi acompañante. Silencioso, tapado y abrigado hasta la barbilla, se sentaba rígido y erguido con la dignidad de su grandiosa aventura. La mayor parte del tiempo sus ojos estuvieron cerrados, aunque de vez en cuando los abría con una enorme dilatación fija y atalayaba sin pestañear el fuego, como si viera otra vez, sin terror, la imagen de aquella añublada muchacha. Mi amigo, con su demacrado semblante cadavérico, sus trágicas arrugas, intensificadas por el resplandor que subía del hogar, su gacho bigote negro, su trascendental seriedad y cierto intenso aire fantástico en las vacilantes alteraciones de su frente, se asemejaba al visionario caballero de La Mancha, bajo los cuidados del Duque y la Duquesa. La noche pasó enteramente sin cruzarnos palabra. Hacia el final de ésta dormí media hora. Cuando me desperté los pájaros ya habían comenzado a piar saludando un nuevo día. Searle seguía sentado en la misma postura, y me contemplaba. Intercambiamos una larga mirada; con una punzada sentí que por última vez sus relucientes ojos habían gustado de un sueño natural.

—¿Cómo va eso? ¿Está a gusto? —pregunté.

Durante algún rato miró fijamente sin responder. Después habló con una extraña grandilocuencia ingenua y haciendo pausas entre palabra y palabra, como si una voz interior estuviese dictándoselas lentamente:

—Usted me preguntó, cuando me conoció al principio, qué era yo. “¡Nada!”, dije; “nada”. Nada he supuesto siempre que era yo. Pero he sido injusto conmigo mismo. ¡Soy todo un personaje! ¡Soy una gran excepción! ¡Soy un hombre embrujado!

El sueño se había despedido de sus ojos; con una punzada aún más honda sentí que además la cordura se había despedido de su mente. Desde este instante estuve preparado para lo peor. En mi amigo había, empero, tal gentileza innata y tal insobornable paciencia que al modo de ver de las personas de su entorno probablemente lo peor llegaría sin precipitación ni violencia. Tenía tan confirmados hábitos de mansedumbre que, en lo más hondo de su cerebro, el proceso de desarreglo debía de llevar mucho tiempo fraguándose sin haber encontrado un agente traicionero que transmitiera sus órdenes ni hecho desertar a aquellas cualidades que oficiaban de apiñados y vigilantes centinelas. La mañana empezó a darnos su plena claridad. Di por concluida nuestra excéntrica vigilia. Searle parecía tan debilitado que le ofrecí mi mano para ayudarlo a levantarse de la silla; él la retuvo por unos momentos después de ponerse en pie, a causa de una manifiesta incapacidad de mantenerse en equilibrio.

—Bien —dijo—. He visto un fantasma, pero dudo de que llegue a vivir lo

suficiente para ver otro. Pronto yo mismo seré un fantasma tan vistoso como el mejor de ellos. ¡Me apareceré al señor Searle! Lo ocurrido sólo puede significar una cosa: mi cercana, querida muerte.

Cuando propuse desayunar, dijo:

—¡Éste será mi desayuno! —Y sacó de su neceser un frasquito de algún narcótico habitual. Tomó una potente dosis y se fue a la cama. Al mediodía lo encontré otra vez en pie, vestido, afeitado y aparentemente como nuevo—. Pobre hombre —dijo—; ahora usted tiene más de lo que nunca había contado con tener: un camarada rondado por un fantasma. Pero no será por mucho tiempo. —De inmediato se planteó el problema, naturalmente, de hacia dónde dirigiríamos ahora nuestros pasos—. Como me resta tan poco tiempo —dijo Searle—, me gustaría ver lo mejor, exclusivamente lo mejor. —Repuse que, lo mismo desde el punto de vista del tiempo que de la intemporalidad, yo suponía que Oxford era lo mejor que había en Inglaterra; y hacia Oxford consecuentemente partimos al cabo de una hora.

De Oxford siento escasa vocación de hablar pormenorizadamente. Para un norteamericano tardará mucho en dejar de ser una de las supremas recompensas del viajar. La impresión que produce, los pensamientos que genera, en una alma norteamericana, son demasiado grandiosos y variopintos para poder expresarlos con palabras. Parece encarnar con inimaginada completud y abrumadora masividad uno de los etéreos y sagrados ideales del intelecto occidental: la ciudad escolástica, el hogar señalado de la contemplación. En verdad, ningún otro sitio de Europa, creo, arranca de nuestros corazones bárbaros una admiración tan apasionada. Es deber de una pluma más esforzada que la mía enumerar los espléndidos ardides de que se vale para realizar este grandioso oficio. Yo puedo dar fe solamente del carácter avasallador de su efecto. Pasando por las calles innúmeras en que la longitud del anverso de los canosos muros de los colegios universitarios parece preservar un silencio antiguo, una quietud medieval, uno siente que ésta es la más majestuosa de las ciudades. Sobre todas las cosas, a través de todas las cosas, el gran hecho corporativo de la Universidad predomina y penetra, al modo de alguna permanente nota grave en una sinfonía de acordes ligeros, al modo de la medieval y mística presencia del Imperio en la vinculada dispersión de estados independientes. El gótico exuberante de las largas fachadas públicas de los colegios universitarios — benditos serrallos de cultura y ocio— excita la imaginación lo mismo que los inadornados muros de los harenes de las ciudades orientales. Dentro de sus arqueados portales, sin embargo, uno descubre más sagrados y menos soleados atrios y el oscuro verdor grato y relajante para los ojos estudiosos. Los patios verdigrises permanecen sempiternamente abiertos con una noble y confiada hospitalidad. La sede de las Humanidades es más invulnerable por la admonitoria sombra de su gran reputación que por una ordenada hueste de guardas y bedeles. Inmediatamente después de nuestra llegada mi amigo y yo paseamos sin rumbo fijo en el temprano atardecer luminoso. Llegamos al puente tendido bajo los muros del

Magdalen College y vimos la torre de ocho agujas, labrada en largas y finas estrías, elevarse en sobria belleza —la perfecta prosa del gótico—, atrayendo la mirada hacia el cielo, que lentamente agotaba el día. Traspusimos la pequeña entrada frailuna y permanecemos en ese tenue y fantástico patio exterior, angostado por la avasalladora presencia de la gran torre, donde los corazones laten más aprisa y las golondrinas anidan más amorosamente entre la enmarañada hiedra, me pareció, que en ningún otro lugar de Oxford. Desde allí pasamos al gran claustro y estudiamos las descarnadas imágenes de piedra a lo largo del entablamento de la arcada, que transmiten al risueño presente los sombríos caprichos de los fundadores. Me complació ver que Searle se mostraba extraordinariamente interesado; pero bien pronto comencé a temer que la influencia del lugar resultara demasiado fuerte para su desequilibrada imaginación. Me es lícito afirmar que a partir de este instante, en mi infeliz amigo, hallé difícil distinguir entre las piruetas de la fantasía y los frutos de la reflexión, y trazar la frontera entre percepción y espejismo. Ya antes le había agradado trocar su identidad por la del pretérito Clement Searle; ahora empezó a hablar casi constantemente como desde la imaginada personalidad de su antepasado del Viejo Mundo.

—Éste fue mi colegio universitario, ¿sabe? —dijo—: el más noble de todo Oxford. ¡Cuántas veces he medido este dulce claustro, lado a lado con algún amigo! Mis amigos están todos muertos, pero más de un joven de los de aquí, moreno o rubio, alto o bajo, me los recuerda. Incluso Oxford, se dice, siente en su maciza basa los murmullos de la marea del tiempo: ¡hay cosas que desaparecen, cosas que nacen! El mío era el antiguo Oxford, el hermoso viejo lugar de odiosos abusos, de rangos y privilegios. ¿Qué me importaba eso a mí, que era un perfecto caballero y tenía los bolsillos llenos de dinero? Tenía una asignación de dos mil al año.

Se me hizo patente, al siguiente día, que sus energías habían principiado a menguar y que no estaba a la altura de las fatigas de ninguna excursión prolongada. Leyó mis aprensiones en mi mirada, y se tomó la molestia de confirmarme que estaba en lo cierto:

—Estoy bajando la colina. Gracias sean dadas al cielo de que es una pendiente suave, revestida de césped inglés, y con un camposanto inglés al pie.

La casi histérica emoción ocasionada en él por nuestra aventura en Lockley Park había dado paso a una ancha satisfacción serena, en la cual el escenario que nos circundaba se reflejaba como en las profundidades de un lago cristalino. A primera hora de la tarde dimos un paseo atravesando Christ-Church Meadow —¡digno de su sonoro nombre!—, y en la ribera del río nos procuramos una barca, que yo propulsé corriente arriba hacia Iffley, hacia “la iglesia de Iffley, la iglesia que corona la colina”, y hacia los inclinados bosques de Nuneham, el paisaje ribereño más dulce, uniforme y pleno de juncos que el corazón pueda anhelar. Aquí, por supuesto, nos cruzamos a centenares con los robustos mocetones de Inglaterra, vestidos de franela blanca y azul, inmensos, rubios, magníficos en su juventud, navegando lentamente

corriente abajo en sus perezosas bateas, en amistosas parejas cuando no en soledad que posiblemente fantaseaba honores escolásticos, o remando en esforzadas tripulaciones roncamente alentadas desde la cercana ribera. Cuando junto con esta embarcada exhibición de vigor masculino, se piensa en el verdeante sosiego y la florida venerabilidad de los jardines de los colegios universitarios, es imposible no considerar que la juventud de Inglaterra tiene bien condimentada su existencia. Conforme mi compañero fue encontrándose cada vez menos capaz de caminar, durante tres días sucesivos frecuentamos esos variopintos jardines y pasamos luengas horas sentados en las más verdes de sus zonas. El tiempo continuaba siendo perfecto, firmemente sostenido de hora en hora, instando a cada una de éstas a callar en un dorado silencio de gratitud esporádicamente interrumpido por alguna rumorosa brisa de incredulidad. Estos dominios escolásticos nos parecieron las cosas más bellas imaginables de Inglaterra y los frutos más maduros y sabrosos del ideario inglés. Encerrados en su arcaico verdor, presididos (como en el caso del New College) por gentiles almenas de color gris plateado, sobresaliendo entre el enredado follaje de centenarias plantas trepadoras, llenos de fragancias y secretos y memorias, con alumnos tendidos estudiosamente sobre el césped (como para ahorrarle delicadamente a éste la injuria de los tacones de sus botas), y con la gran presencia vigilante de la fachada universitaria previniendo gravemente contra el bullicioso mundo exterior, parecen lugares para yacer sobre la hierba eternamente, en la venturosa convicción de que la vida es toda ella un inmenso jardín inglés antiguo, y el tiempo una tarde estival sin fin. Este encantado aislamiento le era especialmente grato a mi amigo, y su conciencia de ello alcanzó el apogeo, recuerdo, en la última de nuestras tres tardes, mientras estábamos veneradoramente sentados en el espacioso jardín del St. John's College. Aquí la luenga fachada universitaria se cierne sobre el césped con un aire más efectivo de propiedad que en ningún otro lugar. Searle se entregó a una incesante charla y verbalizó su enjambre de impresiones con una delicada agudeza y un insólito cruce de sabiduría y chaladura que no soy capaz de plasmar sino parcialmente. Cada estudiante que pasaba ante nosotros era tema para una improvisada historia, y cada rasgo del lugar era pretexto para una rapsodia lírica. A decir verdad, ahora todo el ser de mi amigo semejaba desmandarse cada vez más con el caprichoso acto de ver; y si me hubiesen preguntado qué sola circunstancia podría prolongar su vida, habría respondido que la de una súbita ceguera.

—¿No es todo —demandó— una deliciosa mentira? ¿Acaso no puede uno pensar que esto es el centro más recóndito del corazón del mundo, donde todos los ecos de la vida corriente no llegan sino para apagarse y morir? ¡Preste atención! El aire está cargado de sofocadas voces. Está bien que haya tales lugares, configurados en interés de necesidades artificiales: inventados para satisfacer a los ratones de biblioteca anhelosos de un medio en el cual se pueda soñar sin ser despertados y creer sin ser contradichos; para alimentar la dulce ilusión de que todo está bien en

este castigado mundo, todo perfecto y redondo, maduro y completo en este planeta plagado de lo lastimosamente inconcluso y lo deplorablemente inempezado. ¡El mundo está hecho, el trabajo está terminado! ¡Ahora, a descansar tocan! ¡Inglaterra está a salvo! ¡Ahora, a por Teócrito y Horacio, a por el césped y el cielo! ¡Qué sensación da todo ello de la armoniosa vida en Inglaterra, y cuán esencial factor de la educada conciencia británica se omite cuando no se piensa en Oxford! Por fortuna tuvieron el buen sentido de enviarme aquí en otra era. No soy mucho gracias a ello, tal vez; pero ¿qué habría sido yo sin ello? Todos estos años los brumosos chapiteles y torres de Oxford, que se ven lejísimos desde el suelo, han sido una de las cosas fieles que he recordado. Honradamente, ¿qué hace Oxford por esta nación? ¿Se ha vuelto más sabia, más gentil, más rica, más astuta? En determinados momentos, cuando su masivo influjo inunda mi alma cual una ola de marea, siento cierto daño por la conmoción; suplico a las aguas con apasionada voz. Mi espíritu retrocede al desnudo telón de fondo de nuestra propia aparición, la blanca pared vacía ante la cual desempeñamos nuestros papeles. Apruebo todo aquello con una especie de furioso sosiego; me someto a ello con inflexible orgullo. Somos amamantados en el polo opuesto. Desnudos venimos a un mundo desnudo. Hay una cierta grandeza en la ausencia de *mise en scène*, un cierto carácter heroico en esas infantiles imaginaciones occidentales que no encuentran entre sus manos nada hecho, que tienen que confeccionar sus propias tradiciones y levantar alto en nuestro aire mañanero, con sonoro martillo y clavos, los castillos donde moran. *Noblesse oblige*; Oxford obliga. ¡Qué horrible no satisfacer las obligaciones contraídas aquí! Si pagas la piadosa deuda hasta el último penique de interés, recibes sobre la frente su gran bendición; pero, si la dejas impagada, quedas muchísimo más anuladoramente desacreditado, entiendo, que los más iletrados e ignaros de los norteamericanos. ¡Pero, para bien o para mal, en lo más hondo de miríadas de corazones, piense cómo debe de ser amada Oxford! ¡Cómo parece adorarla abiertamente el juvenil sentimiento de la humanidad! Piense en las jóvenes vidas que ahora están tomando color en sus pasillos y claustros. Piense en las historias seculares de muchachos muertos: muertos lo mismo con el acabamiento de los días de juventud en que estos lugares eran un mundo presente que con el final de existencias más prolongadas que un escenario natal más acaparador ha incorporado a su populosa historia. ¿Con qué matan el rato aquellos dos jóvenes que están allí sobre la hierba? Uno tiene la *Saturday Review*; el otro... ¡a fe mía, el otro tiene un Artemus Ward! ¿Dónde viven, cómo viven, para qué fin viven? ¡Miserables jovenzuelos! ¿Cómo son capaces de leer a Artemus Ward bajo aquellas ventanas isabelinas? ¿Qué es lo que usted considera lo más precioso de todo Oxford? La poesía de ciertas ventanas. ¿Ve aquélla, allá lejos, en el segundo de los dos miradores más bajos, con el parteluz roto y los postigos abiertos? Ésa era la ventana de mi Píladés¹⁸ particular hace cien años. Recuérdele que le cuente a usted la

¹⁸ En la mitología griega, el “amigo del alma” de Orestes. Por extensión, el mejor amigo que puede tener alguien. (N. del T)

historia de ese parteluz roto. No alegue que no es corriente tener el Píldes propio en otro colegio universitario. Por favor, ¿estaba obligado yo a hacer lo corriente? Él era un tipo encantador. A propósito, se parecía bastante a usted. ¡Por supuesto se diferenciaba en el sombrero de tres picos, su pelo largo con una cinta negra, el traje de terciopelo canela y su chaleco floreado! Los caballeros llevábamos espada.

En la extremosa magnilocuencia de mi amigo había algo sorprendente e impresionante. El pobre *flâneur* descorazonado se había vuelto rapsoda y vidente. En particular me llamaba la atención que hubiese dejado a un lado el apocamiento y la huraña timidez que lo habían caracterizado durante los primeros días de nuestra amistad. Cada vez se transformaba más en un incorpóreo observador y crítico: el caparazón de los sentidos, al hacerse diariamente más transparente y tenue, transmitía sin mengua la vibración de su exaltado espíritu. Desveló una inesperada habilidad para trabar amistad con los togados ociosos a quienes encontrábamos en nuestras peregrinaciones sin rumbo fijo. Si yo lo dejaba durante diez minutos, estaba seguro de hallarlo, a mi vuelta, en profunda conversación con algún afable aprendiz de erudito. Diversos jóvenes con quienes así había entablado relación lo invitaron a sus habitaciones y lo recibieron, según colegí, con atolondrada hospitalidad. En cuanto a mí, preferí no estar presente en tales reuniones: las rehuía, en parte para no ser considerado en grado alguno responsable de sus desvaríos, en parte para no asistir a la penosa agravación de éstos que me temía que podría ser desencadenada por el champaña y las compañías juveniles. Él me relataba estas aventuras con menor elocuencia que la que yo había esperado que usaría; pero, en términos generales, sospecho que un cierto método en su locura, una cierta firmeza en su más blanda *bonhomie*, le habían granjeado un absoluto respeto. Dos cosas, empero, se hicieron evidentes: que bebía más champaña de lo debido y que la inmadura tosquedad de sus anfitriones propendía, si lo reflexionaba, a deteriorar en su mente la imagen de pureza de Oxford. Al mismo tiempo esto completaba su conocimiento del lugar. Cenó en el paraninfo de media docena de colegios universitarios, aludiendo después a estos banquetes con una suerte de escrupulosa concisión y fruición. Una noche, al término de uno de tales convites, volvió al hotel en un carruaje, acompañado de un estudiante amistoso y un médico, y parecía mortalmente pálido y exhausto. Al levantarse de la mesa se había desvanecido y había permanecido tan rígidamente inconsciente como para infundir gran alarma al resto de los comensales. Las siguientes veinticuatro horas, naturalmente, las pasó en cama; pero al tercer día dijo estar lo suficientemente fuerte como para salir a pasear. Al llegar a la calle sus fuerzas volvieron a abandonarlo, conque insistí en que retornara a su habitación. Con lágrimas en los ojos él me rogó que no lo encerrara.

—Es mi última oportunidad —dijo—. Quiero volver a aquel jardín del St. John's College durante una hora. Mire y sienta yo; pues mañana moriré.

Se me antojó posible que con una silla de ruedas se pudiera llevar a cabo la expedición. Por lo visto, el hotel poseía tal artilugio: lo sacaron inmediatamente.

Entonces se hizo necesario que tuviéramos una persona que empujara la silla. Como no había nadie disponible en aquel establecimiento, ya estaba yo a punto de realizar ese oficio; pero, justo cuando Searle se hubo sentado y abrigado (ahora sentía frío continuamente), un hombre mayor surgió del sitio donde estaba al acecho cerca de la puerta y, tras un ceremonioso saludo, se ofreció a cuidar del caballero. Asentimos, y solemnemente procedió a hacer avanzar la silla. Lo reconocí como un sujeto a quien, de tanto en tanto durante nuestra permanencia, había observado haraganear tímidamente cerca de la entrada del hotel con un melancólico aire de buscar algún empleo y una desesperanzada duda de llegar a encontrarlo. En una ocasión, por cierto, de un modo medio cohibido, se había ofrecido como principiante *cicerone para* un recorrido por los colegios universitarios; y ahora, mientras lo miraba, recordaba yo con una punzada haber declinado sus servicios con desconsiderada aspereza. Desde entonces, por lo visto, su cohibición había disminuido, o había aumentado su miseria; pues era con una extraña avidez inflexible como ahora se consagraba a nuestro servicio. Era una lastimosa imagen de raída gentileza y del deslustre de las “circunstancias menguadas”. Infundía una inusitada contundencia a la palabra “andrajoso”. Tendría, supongo, unos cincuenta años; pero su pálido, macilento, malsano rostro, el lastimero, encorvado porte, y la irremisible ruina de su vestimenta, parecían acrecer el peso de sus días y tribulaciones. Sus ojos estaban debilitados de vista e inyectados en sangre, la distinguida nariz se veía morada, y su barba rojiza, profusamente entreverada de gris, se encrespaba debido a un mes de pesimista desuso de la cuchilla. De todo este enmohecido abandono se desprendía una patente certidumbre de que nuestro amigo había conocido mejores días. Claramente, había sido víctima de alguna fatal depreciación, en el mercado de valores, de la gentileza pura. Había habido algo terriblemente patético en el modo como su ademán de llevarse la mano al pringoso borde de su desvencijado sombrero se había transmutado impetuosamente en la acabada y teatral reverencia con que un garboso hombre de mundo saludaría a un igual. Intercambiando con él algunas palabras mientras avanzábamos, me llamó la atención el perfecto refinamiento de su tono y manera de hablar.

—Lléveme por algún camino largo que dé muchos rodeos —dijo Searle—, para que pueda ver el mayor número posible de muros de colegios universitarios.

—¿Sabe usted deambular sin extraviarse? —le dije yo a nuestro servidor.

—Debería ser capaz de ello, señor —dijo, tras un momento, con turbada seriedad. Y cuando pasábamos ante el Wadham College agregó—: Éste era mi colegio universitario.

Ante estas palabras Searle le ordenó que se detuviera y diera la vuelta para verlo de frente.

—¿Dice usted que era *su* colegio universitario? —demandó.

—Acaso Wadham reniegue de mí, señor; pero el cielo no permita que yo reniegue de Wadham. ¡Si me deja que lo lleve dentro del patio, le mostraré las

ventanas tras las cuales viví hace treinta años!

Searle lo miró de hito en hito, llenos de asombro y piedad sus enormes ojos pálidos, que ahora habían llegado a usurpar el puesto más destacado en su consumido semblante.

—Si tiene usted la amabilidad —dijo con inmensa deferencia. Pero cuando este descarriado hijo de Wadham estaba a punto de empujarlo a través del umbral del patio, él se volvió, separó las mercenarias manos del respaldo de la silla, lo instó a caminar a su lado y me interpeló—: Mientras estemos aquí, mi querido amigo —dijo—, tenga a bien hacer usted este servicio. ¿Me comprende? —Le dirigí una sonrisa de aceptación a nuestro acompañante y reanudamos nuestro camino. Éste último nos mostró su ventana de treinta años atrás, donde un sonrosado joven con un batín escarlata estaba ahora fumando un pitillo junto a las hojas abiertas de la misma. De aquí pasamos al jardincillo, el más pequeño, creo, y con certeza el más dulce de todos los rincones plantados de Oxford. Empujé la silla hasta un banco sobre el césped, la volví hacia la fachada del colegio universitario y me senté al lado sobre la hierba. Nuestro servidor se balanceó tristemente sobre uno y otro pie. Searle lo miraba boquiabierto. Al cabo espetó—: ¡Válgame Dios, señor, no supondrá que espero que se quede de pie! Hay un banco vacío.

—Gracias —dijo nuestro amigo, doblando sus articulaciones para sentarse.

—¡Ustedes los ingleses —dijo Searle— son... *impayables*! ¡No sé si admirarlos o vituperarlos! Ahora dígame: ¿quién es usted?, ¿qué es usted?, ¿qué lo condujo a esto?

El pobre tipo se ruborizó hasta la raíz del cabello, se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo harapiento. Y respondió:

—Me llamo Rawson, señor. Todo lo demás es una larga historia.

—Lo pregunto por simpatía —dijo Searle—. ¡Experimento un sentimiento de compañerismo! Usted es un pobre diablo; yo soy un pobre diablo también.

—Yo soy el diablo más pobre de los dos —dijo el extraño con un pequeño movimiento categórico de la cabeza.

—Es posible. Supongo que un pobre diablo inglés es el más pobre de todos los pobres diablos. Y además usted ha caído desde muy alto. ¡Del Wadham College en calidad de caballero plebeyo (¿es así como los llaman a ustedes?) al Wadham College para empujar una silla de ruedas! ¡Santo cielo, amigo; la caída debió de ser más que suficiente para matarlo!

—No ocurrió toda de golpe, señor. Caí un poco una vez, otro poco otra, y así.

—¡Ése soy yo, ése soy yo! —exclamó Searle, batiendo palmas.

—Pero ya —dijo nuestro amigo— creo que no puedo caer más bajo.

—Querido camarada —y Searle le cogió la mano y se la estrechó—, hay una perfecta similitud en nuestros destinos.

El señor Rawson levantó las cejas, y exclamó:

—¡Exceptuando la diferencia que hay entre estar sentado en una silla muy agradable y sólo renquear detrás de la misma!

— Ah, yo estoy en mi última boqueada, señor Rawson.

— Yo estoy en mi último penique, señor.

— ¿Literalmente, señor Rawson?

Con la cabeza el señor Rawson hizo un ademán pesaroso, que dio a entender una infinitud de desesperada amargura.

— Prácticamente he llegado al punto —dijo— de beber cerveza y apretarme el cinturón en sentido metafórico; pero en realidad no se trata de ninguna metáfora.,

Temiéndome que la conversación había tomado un sesgo que podría parecer proyectar una luz más bien fantasiosa sobre las congojas del señor Rawson, me tomé la libertad de preguntarle con gran seriedad cómo se ganaba la vida.

— No me gano la vida —respondió, con lágrimas en los ojos—. No logro ganar para vivir. Tengo esposa y tres hijos, y todos se mueren de hambre, señor. No podría usted creerse hasta dónde he llegado. Envié a mi esposa a casa de su madre, quien apenas si puede permitirse mantenerla, y hace una semana me vine a Oxford pensando que podría conseguir unas pocas medias coronas enseñándole los colegios universitarios a la gente. Pero es inútil. No les doy la confianza suficiente. No parezco honrado. Quieren un viejecito agradable con guantes negros, y camisa limpia, y bastón con puño de plata. ¿Acaso doy la impresión de saber algo de Oxford, señor?

— ¡Cielos —exclamó Searle—, ¿por qué no nos habló antes?!

— Quise hacerlo; media docena de veces he estado a punto. Sabía que eran ustedes norteamericanos.

— ¡Y los norteamericanos son ricos! —exclamó Searle, riéndose—. Mi querido señor Rawson: por muy norteamericano que yo sea, estoy viviendo de la caridad.

— ¡Pero yo no, señor! Helo ahí. Yo estoy muriendo de falta de la misma. Usted dice ser pobre; pero a un norteamericano pobre le cabe ir por ahí en una silla de ruedas. Estados Unidos es un país gratificante.

— ¡Ay de mí! —gruñó Searle—. ¡Haberme venido hasta los jardines del Wadham para tener que oír tal elogio de Yanquilandia!

— Los jardines del Wadham están muy bien —dijo el señor Rawson—; pero aquí uno puede sentarse hambriento y harapiento, siempre que no esté excesivamente harapiento, del mismo modo que en cualquier otro lugar. No me persuadirá usted de que no es más fácil mantenerse a flote allá que aquí. ¡Desearía estar en Yanquilandia, ésa es la verdad! —agregó el señor Rawson, con una especie de delirante energía. Después, ensimismándose un momento en sus desdichas, continuó—: ¿Tiene usted un hermano engreído rico, señor? ¿O usted, señor? Eso no les ha ocurrido a ustedes. ¡Pero me ha ocurrido a mí con creces! Harapiento como estoy sentado aquí, tengo un hermano con una renta de cinco mil al año. Siendo solamente un par de años mayor que yo, él rebosa mientras yo fenezco. ¡Ahí tienen ustedes lo que es Inglaterra! ¡Un país muy bonito *para él*!

— ¡Pobre Inglaterra! —dijo Searle amortiguadamente.

— ¿No lo ha socorrido nunca su hermano? —pregunté.

—¡Un billete de veinte libras de tarde en tarde! No digo que no haya habido veces que he puesto fatigosamente a prueba su generosidad. No fui lo que debí ser. Me casé muy fuera de mi clase social. Pero lo peor es que él empezó bien y yo mal: con los gustos, los deseos, las necesidades, la sensibilidad de un caballero... ¡y nada más! ¡No puedo permitirme vivir en Inglaterra!

—Hace un par de meses —dije— este caballero pobre reflexionó que no podía permitirse vivir en Estados Unidos.

—¡Yo haría con él un intercambio de situaciones! —Y el señor Rawson se dio una vehemente palmada en la rodilla.

Searle se recostó en su silla con los ojos cerrados y el semblante contraído de violenta emoción. De pronto abrió los ojos con una mirada de terrible gravedad.

—¡Amigo mío —dijo—, usted es un completo fracasado! ¡Analícese bien! No hable de intercambios de situaciones. No hable de buenos comienzos y malos comienzos. Estoy atravesando un momento que me da derecho a hablar sobre ello. El convertirnos en un éxito a nosotros mismos no depende de situaciones ni de comienzos... ni de nada que un hermano pueda hacer o dejar de hacer. ¡Depende de nuestro carácter! Usted y yo, señor, no hemos tenido ningún carácter: ¡eso está clarísimo! Hemos sido débiles, señor: tan débiles como el agua. Y aquí estamos, mirándonos recíprocamente a la cara y leyendo en nuestros ojos la debilidad. ¡No tenemos ninguna envergadura!

El señor Rawson acogió este discurso con un continente en el que un sincero asentimiento se mezclaba extrañamente con una vaga sospecha de que un adecuado autorrespeto le exigía ofenderse ante aquella poco halagadora franqueza. En cuestión de un minuto el adecuado autorrespeto se rindió ante la confortadora sensación cálida de sentirse comprendido, aunque ello implicara un leve deshonor.

—Siga, señor, siga —dijo—. Es una edificante verdad. —Y se enjugó los ojos con su sucio pañuelo.

—¡Santo cielo! —exclamó Searle—. Lo he hecho llorar.

¡Bueno!, aquí hablamos de hombre a hombre. Celebraría poder pensar que por un momento ha sentido usted la luz del gran amanecer del espíritu que precede a... que precede al grandioso esclarecimiento de la muerte.

Durante unos instantes el señor Rawson permaneció silencioso, con la mirada fija en el suelo y su bien perfilada nariz aún más intensamente coloreada por la fuerza de la emoción. Después, alzando la vista, dijo finalmente:

—Usted es un hombre muy amable, señor; y no me persuadirá de que no proviene de una raza amable. Diga usted lo que dijere sobre intercambios de situaciones, cuando un hombre tiene cincuenta años (degradado, arruinado, y marido y padre) una oportunidad para ponerse de nuevo en pie no es para despreciarla. Algo me dice que la suerte me aguarda en su país, la gran tierra de las oportunidades. Puedo malvivir aquí, por supuesto; pero no quiero malvivir. Córcholis, señor, quiero vivir bien. Todavía veo treinta años de vida ante mí. ¡Ojalá

podiera, con la ayuda de Dios, pasarlos allá! Es una idea fija en mí. La he tenido durante todos estos últimos diez años. No es que yo sea un radical. ¡Lejos de ello! La querida Inglaterra es lo bastante buena para mí, pero yo no soy lo bastante bueno para Inglaterra. Soy un hombre harapiento que quiere salir de una estancia llena de caballeros inquisitivos. Continuamente me hacen sonrojarme. Es un absoluto tormento espiritual. Todo me hace recordarme a mí propio cuando era más joven y vivía en mejores circunstancias. ¡Cuánto agradecería una refrescante zambullida purificadora en lo que desconozco y me desconoce! Sueño despierto pensando en ello.

Searle cerró los ojos y se estremeció con un prolongado temblor que difícilmente supe si tomarlo como expresión de dolor físico o espiritual. Al momento vi que no era ninguna de ambas cosas.

—¡Oh mi país, mi país, mi país! —musitó con una voz rota; y luego permaneció abstraído y apático durante algún rato. Hice señas a nuestro acompañante de que era hora de que pusiéramos término a nuestra *séance*, y él, sin dudarle, se puso al manillar de la silla de ruedas y siguió empujándola. Hicimos la mitad del camino de vuelta hacia nuestro alojamiento sin que Searle hablara o se moviera. Inopinadamente, en la Calle Mayor, cuando pasábamos ante un restaurante especializado en chuletas, por cuyas abiertas puertas salía una olorosa insinuación de carne succulenta y budines de sebo, nos indicó que nos detuviéramos—. Estas son mis últimas cinco libras —dijo extrayendo un billete de la cartera—. Hágame el favor, señor Rawson, de aceptarlas. Entre ahí y pida un almuerzo colosal. ¡Pida una botella de Borgoña y bébasela por mi eterno descanso!

El señor Rawson se envaró y recibió el regalo con dedos momentáneamente descontrolados. Pero el señor Rawson tenía el temple de un caballero. Adiviné el agradable cosquilleo que sintieron las anhelosas puntas de sus dedos al asir el crujiente papel; observé el sutil temblor de las amoratadas ventanas de su nariz al ser cada vez más intensamente conscientes del sabroso aroma del establecimiento. Con crispada presión estrujó el rumoroso billete en la palma de la mano.

—¡Será de Chambertin! —dijo, haciendo a trompicones una espasmódica reverencia. Al momento siguiente la puerta estaba batiendo tras su paso.

De nuevo Searle se hundió en su debilitada apatía, y al llegar al hotel lo ayudé a meterse en la cama. Durante el resto del día yació en un estado de semisomnolencia, sin moverse ni hablar. El doctor, al que yo tuve constantemente atendiéndolo, manifestó que se hallaba cercano su fin. Expresó gran sorpresa de que hubiera durado tanto: durante el último mes debía de haber estado viviendo a fuerza de exprimir inhumanamente sus pocas energías. Hacia última hora de la tarde, mientras yo estaba sentado al lado de su cama en el creciente crepúsculo, él se despabiló con una resolución que vagamente yo había sentido ir acumulándosele debajo de su estupor.

—Mi prima, mi prima —dijo confusamente—, ¿está aquí? —Era la primera vez

que hablaba de la señorita Searle desde nuestra retirada de casa de su hermano—. Iba a casarme con ella —continuó—. ¡Qué sueño! Ese día era como una hilera de versos: instantes rimados. Pero el último verso está mal medido. ¿Qué rima con “amor”? *Dolor*. ¿Era ella realmente una mujer, una dulce mujer? ¿O la soñé? Tenía el don de sanar: su contacto habría curado mi locura. Quiero que usted haga algo por mí. Envíe tres renglones, tres palabras: “Adiós; recuérdeme; goce.” —Y después, tras una larga pausa, dijo—: Es extraño que una persona en mi estado tenga deseo alguno. ¿Es imprescindible que un hombre desayune antes de su ahorcamiento? ¡Qué criatura es el hombre!, ¡qué grotesca es la vida! Aquí yazgo, reducido a una mera partícula de fiebre palpitante; respiro *y* nada más, *y* sin embargo todavía *deseo*! Mi deseo vive. ¡Si pudiera verla! Ayúdeme a ello *y* luego ya podré morir.

Media hora más tarde, a la ventura, despaché por correo una nota a la señorita Searle: “*Suprimo está muriéndose con rapidez. Pide verla.*” Yo era consciente de una cierta falta de consideración en este acto. A ella le acarrearía un gran problema y no las fuerzas necesarias para afrontarlo. Pero de su aflicción esperaba yo ansiosamente que le brotara suficiente energía. Al día siguiente el debilitamiento de mi amigo era tan absoluto que principié a temer que su entendimiento estuviese acabado para siempre. Pero hacia el final de la tarde se reanimó un rato y habló en murmullos sobre muchas cosas, confundiendo en un siniestro revoltijo monomaniaco los recuerdos de las semanas pasadas y los de años pretéritos.

—Por cierto —dijo de pronto—, no he hecho testamento. No tengo mucho que legar. De todos modos, algo sí que tengo. —Había estado jugando lánguidamente con un gran anillo de sellar en su mano izquierda, que ahora trataba de sacarse dándole vueltas y vueltas en vano—. Le dejo a usted esto, si consigue sacarlo. ¡Qué nudillos más enormes! Nudillos así deben tener las momias de los faraones. ¡Bueno, pues cuando me haya ido! No, le lego algo más precioso que el oro: la sensación de una gran amistad. Pero me queda un poco de oro. Acérqueme ese joyero. —Coloqué ante él sobre la cama varios artículos de joyería, reliquias de una temprana elegancia: su reloj con cadena, de gran valor; un medallón con marchamo; algunos preciosos botones y alfileres de corbata. Durante unos momentos jugueteó irresolutamente con ellos, musitando varios nombres y fechas asociados con los mismos. Al fin, levantando la vista con súbita decisión, dijo—: ¿Qué se sabe del señor Rawson?

—¿Desea verlo?

—¿Cuánto valen estas cosas? —preguntó, sin hacerme caso—. ¿Cuánto nos darían a cambio? —Y las sopesó en sus débiles manos—. Son bastante pesadas. ¿Unas doscientas libras o así? ¡Soy más rico de lo que creía! Rawson, Rawson, ¿quiere usted partir de esta terrible Inglaterra?

Me encaminé hacia la puerta y le pedí al sirviente, al cual tenía en servicio constantemente en nuestro saloncito contiguo, que bajara a averiguar si el señor Rawson se hallaba por el establecimiento. A los pocos momentos volvió, haciendo pasar a nuestro raído amigo. El señor Rawson estaba pálido, incluso en la nariz, y su

agitación seria le infundía un aire de gran distinción. Lo conduje hasta la cama. En la mirada de Searle, al posarse sobre él, por un momento refulgió la luz de un gran saludo fraternal.

—¡Santo Dios! —dijo el señor Rawson, sentidamente.

—Amigo mío —dijo Searle—, va a haber un norteamericano de menos. Permitamos que al mismo tiempo haya uno de más. En el peor de los casos, usted será tan bueno como yo. ¡Infeliz de mí! Tome estas baratijas; deje que lo ayuden en su camino. Para mí son regalos y recuerdos, pero para usted tendrán una utilidad mejor. ¡Que el cielo le conceda un buen viaje! Ojalá Norteamérica sea buena con usted. ¡Sea amable, por último, con su país de origen!

—Realmente, esto es excesivo; no puedo —protestó con voz trémula nuestro amigo—. ¡Repóngase, cúrese, que yo me quedaré aquí!

—No, *yo ya* estoy inscrito para mi viaje, usted para el suyo. Espero que no lo afecte el navegar.

El señor Rawson exhaló un quejido de impotente gratitud, clamando fervorosamente a propósito de tan extraña buena suerte:

—¡Esto es como el ángel del Señor —dijo— que en la Biblia manda a las personas levantarse y huir!

Searle había tornado a recostarse en la almohada, exhausto; yo conduje al señor Rawson de vuelta al saloncito, donde en tres palabras le ofrecí un precio holgado por las joyas de nuestro amigo. Asintió con perfectos modales: ellas pasaron a mi posesión y unos cuantos billetes pasaron a la suya.

Pocas señales daba Searle de poder emerger del colapso en que lo había precipitado esta dadivosa entrevista. Respiraba y nada más, como había dicho él. El crepúsculo se ocultaba; encendí la lámpara de noche. El doctor estaba sentado silencioso y solemne al pie de la cama; yo reocupé mi constante lugar junto a la cabecera. De improviso Searle abrió enormemente los ojos.

—No vendrá —se lamentó—. ¡Pues claro!, es una sumisa hermana inglesa. —Transcurrieron cinco minutos. Se irguió pletórico de emoción—. ¡Ha venido, está aquí! —musitó.

Sus palabras le contagiaron a mi espíritu una certidumbre tan absoluta que raudamente me levanté y entré en el saloncito. Al propio tiempo, por la otra puerta del mismo, el sirviente daba paso a una dama. Una dama, como digo; durante un instante ella fue simplemente eso: una dama, alta, pálida, vestida de riguroso luto. Al instante inmediato exclamé su nombre:

—¡Señorita Searle! —Parecía diez años mayor. Me recibió tendiéndome ambas manos y con un inmenso aire interrogador en el semblante—. Él acababa de anunciarla a usted —le dije. Y luego, con una más plena conciencia del cambio en su atuendo y continente, le pregunté—: ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, ha muerto, ha muerto! —dijo la señorita Searle—. Ya sólo quedamos ustedes y yo.

Al escuchar sus palabras me asaltó una especie de conmoción indignada: la impresión de un ruín *escamotagede* la justicia poética.

—¿Su hermano? —demandé.

Ella había apoyado una mano en mi brazo y sentí intensificarse su presión mientras ella hablaba:

—Salió despedido de su caballo en la hacienda. Murió en el sitio. Han pasado seis días... ¡Seis días como seis meses!

Aceptó mi apoyo. Un momento después entramos en la habitación y nos aproximamos al borde de la cama. El doctor se apartó por discreción. Searle abrió los ojos y la miró de pies a cabeza. De pronto pareció percatarse del luto femenino.

—¡Ya! —exclamó él audiblemente... con una sonrisa, creo, de placer.

Ella se arrodilló junto a él y le tomó una mano.

—No es por ti, primo —musitó—. Sino por mi pobre hermano.

Él vibró en todo su moribundo largor como con un estremecimiento galvánico:

—¡Muerto! ¡Éh muerto! ¡La vida misma personificada! —Y luego, después de un momento, inquirió con una ligera entonación ascendente—: ¿Eres libre?

—Libre, primo. Tristemente libre. Y ahora, *ahora*, ¿de qué me sirve la libertad?

Serenamente él la miró un momento a los ojos, oscurecidos por la espesa sombra del anticuado velo de luto.

—¡Por mí —dijo— lleva trajes alegres!

Al cabo de otro instante, había llegado la muerte, silenciosamente el doctor lo había atestiguado y la señorita Searle había prorrumpido en sollozos.

Lo enterramos en el pequeño camposanto donde había expresado su deseo de yacer: bajo uno de los más robustos tejos ingleses y junto a la torrecilla que tiene un gris más suave y antiguo que ninguna otra en toda Inglaterra. Ya ha transcurrido un año. La señorita Searle, creo, ha empezado a llevar trajes alegres.